



PEARL S. BUCK

PABELLÓN DE
MUJERES

Lectulandia

Al cumplir cuarenta años, *Madame Wu*, esposa de uno de los terratenientes más importantes y mejor considerados de China, decide poner fin a la vida sexual entre ambos. A pesar del revuelo que su decisión levanta, es capaz de mantener su postura con elegancia y determinación y busca una concubina para su marido. Sin embargo, este cambio de papeles alterará la vida de toda la casa... Sobre todo, la de la propia *Madame Wu*, que dedicará su tiempo libre a leer libros hasta ahora prohibidos y a escuchar las lecciones del Padre André, un sacerdote extranjero y de mente abierta, que le abrirá un nuevo mundo. A las puertas de la Segunda Guerra Mundial, al igual que su país, *Madame Wu* deberá afrontar una dura encrucijada entre tradición, comunismo y pensamiento occidental.

Lectulandia

Pearl S. Buck

Pabellón de mujeres

ePub r1.0

Titivillus 25.03.15

Título original: *Pavilion of women*

Pearl S. Buck, 1946

Traducción: Isabel Murillo Fort

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Era su cuarenta cumpleaños. *Madame* Wu estaba sentada frente al espejo inclinado de su tocador y observaba su relajado rostro. Estaba comparándolo mentalmente con el rostro que había contemplado en aquel mismo espejo cuando tenía dieciséis años: aquel día abandonó temprano su lecho matrimonial, pues siempre había sido madrugadora, y después de ponerse su bata nueva, entró en aquella misma habitación y se instaló delante del tocador. Se sentó y adoptó su postura tranquila e inmóvil para mirar su joven rostro.

—¿Es posible que hoy tenga el mismo aspecto que ayer? —se preguntó aquella primera mañana después de su boda.

Examinó su cara con detalle, la frente ancha y despejada, libre desde el día anterior del flequillo de su infancia, los ojos grandes, la nariz delicada, el óvalo de las mejillas, el mentón y la boquita roja, muy roja aquella mañana. Luego entró corriendo Ying, su nueva criada.

—Oh, señorita... Oh, *madame* —tartamudeó—. ¡Pensaba que hoy no se levantaría tan temprano! —Tenía las mejillas encendidas por el rubor.

Las de *madame* destacaban con su pálido tono perla habitual por encima del rojo de sus labios.

—Me gusta levantarme temprano —repuso con su acostumbrada amabilidad, con un timbre de voz que aquel joven al que no había visto jamás hasta la noche anterior había comparado con el trino de un pájaro cantor.

Ahora, veinticuatro años después, como si supiese lo que su ama estaba recordando, Ying se dirigió a ella sin separarse del respaldo de la robusta silla de madera de secuoya. Tenía las manos ocupadas con los adornos para el reluciente cabello negro y liso de *madame* Wu, pero llevaba tantos años colocándoselos que podía realizar su trabajo sin mirar y dedicarse a observar el bello rostro que se reflejaba en el espejo.

—Señora, en estos veinticuatro años no ha cambiado usted nada —dijo.

—¿También estás pensando en eso esta mañana?

—Miró con cariño los ojos de la criada a través del espejo.

Los veinte años de matrimonio con el cocinero jefe habían convertido a Ying en una mujer fornida, pero *madame* Wu seguía tan esbelta como siempre.

Ying rió con ganas.

—Aquella mañana yo tenía aún más vergüenza que usted, señora. *Ai ya*, qué vergüenza tenía..., y sin ningún motivo, ¿verdad, señora? Con lo natural que es lo que sucede entre hombres y mujeres, ¡pero por aquel entonces era como cosa de magia!

Madame Wu sonrió sin responder. Permitía a Ying total libertad en sus comentarios, pero cuando no deseaba seguir con la conversación, contestaba con una sonrisa efímera y después se quedaba en silencio. Ying se quedó también en silencio.

Simuló sentirse insatisfecha con el resultado de uno de los adornos que había prendido en el suave cabello negro que tenía entre los dedos y, frunciendo los labios, deshizo el mechón y volvió a colocarlo.

Cuando estuvo acabado, remató el peinado con dos pasadores de jade, uno a cada lado, y se humedeció las manos con aceite perfumado antes de deslizarlas por la de por sí lustrosa cabeza de *madame Wu*.

—Mis pendientes de jade —dijo la dama con su voz hermosa y clara. Era una voz tan femenina que lo disimulaba todo.

—¡Sabía que hoy querría lucirlos! —exclamó Ying—. Los tengo preparados.

Abrió una cajita cubierta con seda floreada, sacó de la misma los pendientes y los colocó con cuidado en las delicadas orejas de *madame Wu*. Veinticuatro años atrás, el señor Wu había entrado en aquella estancia en el momento exacto en que ella acababa de vestir a su ama con una suave chaqueta de mangas anchas de raso rojo y una falda plisada de raso negro, cuyos pliegues iban bordados, por delante y por detrás, con pájaros y flores. El señor Wu llevaba en la mano aquella caja. Su atractiva mirada traslucía la satisfacción de una noche de poco sueño. Le entregó la caja a Ying, demasiado cortés como para dirigirse a su desposada delante de una sirvienta.

—Pónselos en las orejas a tu ama —dijo.

Ying gritó de admiración por la transparencia perfecta del jade al alzarlos ante los ojos de la recién casada, que se levantaron para mirar a su esposo un instante antes de que cayeran los párpados con elegante timidez.

—Gracias —murmuró.

Él asintió con un movimiento de la cabeza y permaneció inmóvil, observando, mientras la criada se los colocaba. *Madame Wu* vio reflejada la cara de su esposo en aquel mismo espejo, la cara atractiva de un hombre voluntarioso y lleno de orgullo.

—*Ai* —dijo él, con un suspiro de placer. Los ojos de la pareja se habían encontrado en el espejo y calibrado sus respectivas bellezas—. Ve y tráeme té caliente —le ordenó secamente a Ying, que, sorprendida y con sólo oír su voz, salió corriendo dando pequeños pasitos.

Volvían a estar solos, como durante la noche. Él se inclinó sobre ella y posó las manos sobre sus hombros. Se quedó con la mirada clavada en el rostro reflejado en el espejo.

—Si hubieras sido fea, te habría matado anoche con la almohada. Odio las mujeres feas.

Ella sonrió ante aquel comentario, sin cambiar de posición bajo sus manos.

—Pero ¿por qué matarme? —preguntó con su hermosa voz—. Habría bastado con devolverme a casa.

La mañana de su boda se sentía profundamente emocionada. ¿Sería aquel esposo suyo inteligente además de guapo? Tal vez era mucho pedir. Pero ¿y si lo fuese?

En aquel momento, veinticuatro años después, Ying estaba diciéndole:

—El jade luce más bonito que nunca sobre su piel. ¿Qué otra mujer de cuarenta

años puede decir eso? No me extraña que el amo nunca haya querido otra esposa.

—No hables tan alto. Todavía duerme.

—El día de su cuarenta cumpleaños debería levantarse temprano, *madame* —replicó Ying.

La criada se frotó la nariz con la mano. Después de todos aquellos años tenía la sensación de conocer bien al señor Wu, y de una cosa estaba segura: pese a todo su afecto, él seguía sin valorar lo suficiente a su preciosa esposa, a quien toda la casa quería. Sí, de las sesenta almas que vivían bajo aquel techo, ¿quién, desde la Vieja Dama hasta el nieto más pequeño, pasando por el criado de más bajo nivel, no quería a *madame* Wu? Cuando en las habitaciones de la servidumbre una sirvienta nueva se atrevía a refunfuñar porque la señora había visto el polvo barrido acumulado detrás de una puerta, Ying le daba un tirón de orejas.

—Ésta es la casa de la familia Wu —le decía en voz alta—. Ésta no es una casa normal y corriente, como la de los Wang o la de los Hua.

El cocinero jefe siempre sonreía al oírla. Durante toda su vida como esposo sabía que si tenía que competir con la señora, él no era nada a los ojos de Ying. Pero en aquella casa, ni siquiera las esposas de los dos hijos mayores tenían una palabra mala que decir de ella. Aquellas manitas que *madame* Wu solía cruzar sobre su regazo gobernaban con firmeza y bondad a la vez.

—Tomaré el desayuno —dijo la dama—. Después hablaré con mi hijo mayor. Me vestirás para la comida de celebración del mediodía. Pero vigila a tu amo, y cuando se levante, comunícamelo.

—Así lo haré, por supuesto, señora.

Ying se encorvó para coger un peine que le había caído al suelo. Estaba fabricado con olorosa madera de sándalo, el aroma que *madame* Wu utilizaba para el cabello.

Quitó unos cuantos pelos largos que habían quedado en el peine, los enrolló con cuidado en el dedo y los metió en un pequeño frasco de porcelana azul. Los guardaba pensando en el día en que su ama se hiciese mayor, cuando quizá tuviese incluso que verse en la necesidad de espesar los adornos para el cabello con un postizo.

Madame Wu se levantó. Estaba preparada para aquel día. El cuarenta cumpleaños de una mujer de una familia rica y tradicional era un día de dignidad. Recordaba muy bien cómo, veintidós años atrás, la madre de su esposo había pasado una jornada como aquella. Aquel día, la Vieja Dama entregó formalmente a la esposa de su hijo la gestión de la gran casa y de sus muchos miembros.

Madame Wu llevaba veintidós años controlando esa gestión con sus propias manos, manteniendo hábilmente sus costumbres externas para que la Vieja Dama no se percatase de ninguna alteración, y realizando a la vez numerosos cambios. Así, antes de decidir arrancar los arbustos de peonías que crecían por doquier en el jardín oriental, justo delante de sus aposentos, *madame* Wu los dejó morir durante un invierno. Cuando en primavera, como era habitual, no aparecieron los estridentes retoños rojos, llamó la atención de la Vieja Dama al respecto y le ayudó a llegar a la

conclusión de que las peonías debían de haber agotado el suelo y el aire de aquel jardín, y que, en consecuencia, era mejor plantar otra cosa durante una o dos generaciones.

—¿Narcisos? —sugirió amablemente *madame* Wu, que por aquel entonces sólo tenía dieciocho años—. ¿Orquídeas? ¿Arbustos con flores? Me siento ansiosa por complacerte, madre. —Pero había dejado caer las orquídeas a mitad de la frase. Eran su preferencia. Al ponerlas en medio, la Vieja Dama pensaría que carecían de importancia para ella.

—Orquídeas —dijo la Vieja Dama. Sentía un gran cariño por su nuera, pero le gustaba demostrarle su autoridad.

—Orquídeas —accedió ella.

En cuestión de cinco años había conseguido el mejor jardín de orquídeas de la ciudad. Pasaba mucho tiempo en él. En esos momentos, a principios del sexto mes del año, los delicados capullos de color gris plata de las primeras orquídeas empezaban a florecer. Hacia el octavo mes, los de color púrpura oscuro estarían en su máximo esplendor, y al noveno mes los amarillos.

Salió al patio, cortó dos de aquellas flores grises sin olor y entró con ellas de nuevo a la sala, donde la esperaba el desayuno. Era una comida ligera, pues nunca había sido capaz de comer mucho por las mañanas. En la mesa cuadrada del centro de la sala había té, *congee* de arroz servido en un pequeño recipiente de madera pulida rematado en plata, y dos o tres platitos con distintas salazones.

Se sentó y cogió sus palillos de marfil, cuyo extremo superior estaba unido mediante una fina cadena de plata.

Entonces hizo su entrada una sonriente criada. Sujetaba con ambas manos una bandeja con humeantes panecillos de la larga vida, muy calientes. Tenían forma de melocotón, el símbolo de la inmortalidad, y habían sido rociados con tintura roja.

—¡Larga vida, larga vida, señora! —exclamó la mujer en un tono fuerte y vigoroso—. A la señora no le gustan los dulces por la mañana, lo sé, pero nosotros los criados debemos traérselos porque dan buena suerte. El cocinero los ha hecho personalmente.

—Gracias —dijo *madame* Wu casi sin alzar la voz—, gracias a todos. —Por educación, cogió uno de los humeantes panecillos y lo partió en dos. Tenía en su interior un relleno dulce, hecho con puré de judías y azúcar rojo—: Qué delicia —exclamó, y empezó a comerlo.

La mujer se sintió animada y se inclinó hacia delante.

—No debería contárselo —susurró no demasiado bajo—, pero lo hago porque pienso en el bien de la casa. Ese viejo cocinero jefe está facturándole la leña a la señora al triple de su precio. Ayer, en el mercado, me enteré del precio..., sí, ahora va cara, cierto, porque aún no ha entrado la leña nueva, pero con ochenta monedas pagas el *catty* de leña de la mejor. ¡Y él lo paga a doscientos! Se cree que puede hacer cualquier cosa porque Ying es la criada de la señora.

Los nítidos ojos negros de la dama miraban a lo lejos.

—Me acordaré de ello cuando me traiga las cuentas —repuso con voz fría.

La mujer permaneció a su lado un instante y luego se marchó.

Madame Wu dejó el panecillo enseguida y cogió un trocito de pescado salado. Continuó con sus reflexiones. Aquel día no tenía la mínima intención de dimitir de su puesto en favor de Meng, la mujer de su hijo mayor. Para empezar, tenía cuatro hijos, dos de los cuales ya estaban casados. La Vieja Dama tenía sólo uno, y por lo tanto no podía haber habido ningún problema de celos entre nueras. Además, la mujer de Liangmo, su hijo mayor, era muy joven. Liangmo se había casado siguiendo la antigua tradición. Ella le había elegido una esposa: la hija de su vieja amiga, *madame Kang*. En ningún momento había sido su intención casarlo tan rápidamente, pues tenía sólo diecinueve años; pero su segundo hijo, Tsemo, que había estudiado en un colegio de Shangai, se había enamorado de Rulan, una chica dos años mayor que él, y a los dieciocho había insistido en contraer matrimonio. Aquello significaba que Rulan era mayor que su cuñada, la cual de todos modos ostentaba un rango superior en la casa. Debido a esa situación incómoda, de la que *madame Wu* se culpaba por no haber vigilado mejor a Tsemo, la única solución estaba en mantenerse en su puesto durante unos años más, un tiempo en el que podía suceder cualquier cosa.

Por lo tanto, ese día no pensaba anunciar cambios en la casa. Aceptaría los regalos y el banquete de celebración que estaba planificado. Se mostraría amable con los nietos, a quienes quería de verdad, y en todo lo posible rendiría sus respetos a la Vieja Dama, que saldría al mediodía de la cama especialmente para asistir a su comida.

Para *madame Wu* era un día cuya llegada esperaba desde hacía tiempo con una extraña mezcla de alivio y silenciosa tristeza. Acababa la primera parte de su vida y la segunda estaba a punto de empezar. La edad no le daba miedo, pues se portaba bien con ella. Con cada año que pasara ganaría en dignidad y en el respeto de su familia y sus amigos. Tampoco temía perder su belleza, pues con los años había permitido que cambiase de forma tan sutil que era todavía más manifiesta que su edad. Había dejado de vestir los colores floreados de su juventud, pero la delicadeza de sus facciones y su piel contrastaban ahora como siempre con los cálidos azules plateados y verdes grisáceos de sus trajes. El efecto general que la edad tenía en ella era de refinamiento y exaltación, más que de pérdida. Sabiéndose aún bella, estaba preparada para hacer aquel día lo que había planeado hacer. La sensación de derrota, los celos tal vez, habrían sembrado dudas en cualquier mujer que hubiera visto menguar su aspecto. Pero ella no tenía ninguna necesidad de sentirse celosa y lo que estaba a punto de llevar a cabo era por su propia, clara y reflexionada voluntad.

Terminó el desayuno. El resto de la familia seguía durmiendo, excepto los nietos, a quienes sus amas estarían entreteniendo en cualquier rincón de la extensa propiedad hasta que sus padres se despertaran. Pero nunca le llevaban a los niños a menos que ella lo pidiera. Por consiguiente, se quedó un poco sorprendida cuando al cabo de un

momento percibió un ligero alboroto en el patio vecino al suyo. Luego oyó una voz.

—¡No sucede todos los días que mi mejor amiga cumpla cuarenta años! ¿Qué importancia tiene que llegue demasiado temprano?

Reconoció al instante la voz de *madame* Kang, la madre de Meng, la esposa de su hijo mayor, y corrió hacia la puerta del patio.

—Pasa, por favor —exclamó, y le tendió ambas manos, una de ellas con las dos orquídeas de color gris plata que había recogido de la mesa.

Madame Kang caminó pesadamente por el patio en dirección a ella. Había engordado durante los años en que *madame* Wu se había mantenido tan exquisita, pero era demasiado generosa para no querer a su amiga pese a eso.

—Ailien —exclamó—, ¿soy la primera en desearte larga vida e inmortalidad?

—La primera —respondió *madame* Wu sonriendo.

Los criados, naturalmente, no contaban.

—Entonces no llego demasiado temprano —dijo, lanzando una mirada de reproche a Ying, que había intentado retenerla. Era norma de la casa que nadie molestara a la señora mientras desayunaba, pues a la menor interrupción dejaba de comer. La doncella no se sentía avergonzada. Nadie temía a *madame* Kang y ella habría desafiado incluso al magistrado con tal de que su ama disfrutara de una hora de paz por la mañana.

—Te preferiría a ti antes que a nadie —aseguró *madame* Wu.

Entrelazó sus finos dedos con los más regordetes de su amiga y la llevó hacia el jardín de las orquídeas. A la sombra de un sauce llorón había dos sillas de madera y las damas se acercaron a ellas. A sus pies, un pequeño estanque de forma oval, con una mata de lirios de agua enraizados en el fondo. En la superficie flotaban dos lirios azules. A *madame* Wu no le gustaban los lotos. Eran flores demasiado toscas y de aroma muy fuerte. Entre los lirios azules chapoteaban diminutos peces de colores que se detenían solamente para asomar a la superficie su temblorosa boca. Al no encontrar migas, volvían a hundirse y se separaban enseguida, con las vaporosas colas ondeando tras ellos como eternas sombras blancas.

—¿Cómo está el hijo de tu hijo mayor? —le preguntó *madame* Wu a su amiga. En los años en que ella había dado a luz a sus cuatro hijos vivos más a otros tres que habían muerto, de los cuales uno era una niña, *madame* Kang había tenido once hijos, seis de los cuales eran chicas. En casa de la mujer no reinaba para nada la paz que había en aquel jardín. Alrededor de su rolliza y bondadosa persona había siempre un continuo alboroto de niños, esclavas y criados. Sin embargo, y a pesar de todo, *madame* Wu amaba a su amiga. Sus madres habían sido amigas, y cuando la una iba a visitar a la otra, acudía siempre acompañada de su hija pequeña. Y mientras las madres se entretenían jugando hasta altas horas de la noche, las dos niñas llegaron a estar tan unidas como hermanas.

—No mejora. —Su cara colorada y redonda, que hasta entonces había brillado como un farolillo encendido, se mostró de repente afligida—: Estoy planteándome si

debería llevarlo al hospital extranjero. ¿Qué opinas?

—¿Es una cuestión de vida o muerte? —preguntó, reflexionando sobre el asunto.

—Podría serlo en cuestión de días. Pero dicen que el médico extranjero no sabe adivinar una enfermedad si no corta antes para verlo. Y Pequeña Felicidad es tan pequeño..., sólo tiene cinco años, hermana. Creo que su vida está aún muy tierna para dejar que lo abran.

—Espera al menos hasta mañana. No echemos a perder este día. —Entonces, temiendo haberse mostrado egoísta, añadió—: Mientras tanto, te enviaré a Ying con un tazón de caldo hecho según una vieja receta de mi bisabuela que le irá bien para esa tos. Lo he utilizado a menudo con mi primer y mi tercer hijo, y más de una vez con su padre. Ya sabes que estos dos últimos inviernos ha tenido problemas con la tos.

—Ailien, tú siempre tan amable —dijo agradecida *madame* Kang. Era temprano y el jardín estaba fresco, pero cogió el pequeño abanico que llevaba escondido en el interior de la manga y empezó a abanicarse, riendo—. Tan pronto como desaparece la nieve, tengo calor —observó.

Siguieron sentadas un momento en silencio. *Madame* Kang miró a su amiga con cariño y sin celos.

—Ailien, no sabía qué regalarte para tu cumpleaños. Así que te he traído esto...

Hurgó en el interior del escote de su amplio vestido de raso azul y sacó una cajita. Se la entregó a su amiga.

Madame Wu reconoció la caja en el instante de cogerla.

—Ah, Meichen, ¿de verdad quieres regalarme tus perlas?

—Sí. —El rostro bondadoso de *madame* Kang se vio transfigurado un instante debido a un destello de dolor.

—¿Por qué? —preguntó al percibirlo.

Su amiga dudó, aunque sólo un momento.

—La última vez que las llevé, el padre de mis hijos dijo que parecían gotas de rocío sobre un melón. —Sonrió. Luego los ojos se le llenaron de lágrimas. Ella no les prestó atención y rodaron lentamente por sus mejillas hasta salpicar el grueso tejido de raso que le cubría el pecho, aunque sin atravesarlo.

Madame Wu las vio sin aparentar verlas. No se movió de la silla. Tenía entre sus manos la caja de las perlas. Su amiga le comentaba muy a menudo sus dificultades con el señor Kang. Ninguna de las dos hablaba nunca del señor Wu, excepto un par de palabras mencionadas por *madame* Kang.

—Ah, Ailien —decía—, el padre de tus hijos no te da problemas. Hasta el momento no he oído decir siquiera que entrara en una casa de flores. Pero mi hombre..., sí, también es bueno. Sí, sólo que... —Llegado a aquel punto, la mujer siempre se interrumpía y suspiraba.

—Meichen —le había dicho *madame* Wu en una ocasión muchos años atrás—, ¿por qué no permitirle que se divierta si siempre regresa a casa antes de que

amanezca? —Nunca olvidaría la mirada de vergüenza que inundó los sinceros ojos de su amiga.

—Estoy celosa —declaró *madame* Kang—. Tan celosa, que mi sangre se vuelve fuego.

Madame Wu, que jamás había conocido los celos, se quedó en silencio. Era algo de su amiga que no alcanzaba a comprender. Y menos lo entendía cuando pensaba en el señor Kang, un vulgar mercader adinerado que ni siquiera era guapo. Era astuto, pero no inteligente. No se imaginaba que estar casada con él pudiera significar ningún placer.

—Llevo mucho tiempo queriendo explicarte una cosa —dijo ahora tras una pausa, observando el estanque—. Al principio, cuando empecé a pensarlo, me planteé pedirte consejo. Pero... no lo hice. Ahora creo que ya no hay consejos que valgan. Se ha convertido en una realidad.

Madame Kang seguía sentada abanicándose. La ligera brisa que levantaba el abanico le había secado las lágrimas. Su exceso de bondad la llevaba a llorar y reír con facilidad. Sabía humildemente que en aquella amistad ella ocupaba el segundo lugar. No se trataba sólo de que no fuera bella, sino que bajo su punto de vista nunca hacía nada tan bien como *madame* Wu. Pese a todos sus esfuerzos, su casa, aunque tan grande y bonita como aquélla, rara vez estaba limpia y jamás ordenada. Por mucho empeño que le pusiese, los criados se habían hecho cargo de ella, y la comodidad, más que las buenas costumbres, se había convertido en la norma. Se daba cuenta de ello siempre que visitaba a su amiga, aunque en su casa no lo veía. A menudo se decía que estar en presencia de *madame* Wu mejoraba a las personas, y ése era quizá el principal motivo por el que seguía visitándola diez veces por cada visita de *madame* Wu a su casa.

—Pues lo que quiera que sea, cuéntamelo —dijo.

Madame Wu levantó la vista. Tenía los ojos grandes, y el iris negro contrastaba con fuerza con el blanco, lo que les proporcionaba un aspecto de juventud atemporal. Habló con fría claridad.

—Meichen, he decidido que hoy voy a pedirle al padre de mis hijos que tome una concubina.

Madame Kang se quedó boquiabierta. Sus pequeños dientes blancos, que eran su única belleza, asomaban entre sus labios carnosos.

—Y él... ¿También él te ha...? —tartamudeó con dificultad.

—No. No, no es nada de eso. Por supuesto, nunca le he preguntado qué hace en sus fiestas con hombres. Eso no tiene nada que ver conmigo ni con nuestro hogar. No, es sólo por su propio bien... y por el mío.

—Pero ¿cómo? ¿Por el tuyo? —En aquel momento se sentía de repente superior a su amiga en lo que a su relación con el señor Kang se refería. Nunca se le habría ocurrido dar un paso como aquél, no, de eso estaba segura. Una concubina siempre presente en casa, un miembro más de la familia, sus hijos peleándose con los demás

niños, las disputas con la primera esposa por los favores del hombre... Todo eso sería peor que las visitas a casas de flores.

—Lo deseo. —Tenía la mirada perdida en las profundidades del pequeño estanque de aguas transparentes. Las orquídeas que había arrancado una hora atrás seguían, aún frescas, en su regazo. Era tan tranquila, que en su presencia las flores sobrevivían horas sin marchitarse.

—¿Y dará su consentimiento? —preguntó muy seria *madame* Kang—. Él siempre te ha amado.

—De entrada no consentirá —respondió calmadamente.

Ahora que conocía la noticia, *madame* Kang era toda preguntas. Le salían en tropel, incluso se le cayó el abanico de la mano.

—Pero ¿elegirás tú la chica... o él? Y, Ailien, ¿podrás soportarlo si tiene hijos? Ay, pobre, ¿no crees que siempre hay problemas en una casa en la que conviven dos mujeres bajo el techo de un solo hombre?

—No podré quejarme si es mi deseo que la tome.

—Ailien, no lo obligarás a ello... —dijo *madame* Kang, casi suplicante.

—Nunca lo he obligado a nada.

Alguien tosió y ambas mujeres levantaron la vista. Ying estaba en el umbral. En su redonda y risueña cara había una mirada maliciosa que *madame* Wu reconoció enseguida.

—¡No me digas que precisamente este día, de entre todos los días, tenemos aquí a la Pequeña Hermana Hsia! —exclamó, con su encantadora voz teñida por un pesaroso regocijo.

—Es ella. —Se detuvo para reír y luego se tapó la boca con la mano—. Oh, Cielo, si me oye... —musitó—. Pero, señora, le juro que no entiendo un no por respuesta. Le he dicho que tenía invitados...

—¡No le habrás contado que es mi cumpleaños! —exclamó *madame* Wu—. No quiero tener que invitarla.

—No soy tan estúpida como para eso —replicó Ying—. Pero le he explicado que estaba aquí *madame* Kang.

—Me marchó —dijo *madame* Kang con premura—. Hoy no tengo tiempo para escuchar evangelios extranjeros. De hecho, Ailien, he venido sólo para entregarte mi regalo, pues lo que debería estar haciendo en este momento es dirigir los asuntos de casa.

Pero su amiga extendió su grácil mano.

—Meichen, no puedes marcharte. Debes quedarte aquí sentada a mi lado, y juntas seremos amables y la escucharemos. Si en media hora no se ha ido, puedes levantarte y despedirte.

La mujer claudicó, como siempre, incapaz de negarle nada a ningún ser querido. Volvió a sentarse con toda su buena disposición, y Ying desapareció y regresó acompañada de una extranjera.

—¡La Pequeña Hermana Hsia! —anunció.

—¡Oh, *madame* Wu! ¡Oh, *madame* Kang! —gritó la Pequeña Hermana Hsia.

Era una mujer alta, pálida y delgada, de mediana edad y originaria de Inglaterra. El escaso pelo que lucía en la cabeza era de color arena, y tenía ojos de pez. Su nariz era fina y respingona, y los labios azulados. Con su vestido occidental de algodón gris a rayas parecía mayor de lo que en realidad era, pero ni en el mejor de los casos habría podido ser bonita. Una conclusión a la que las dos damas chinas habían llegado mucho tiempo atrás. Sin embargo, les gustaba por su bondad y les daba lástima la vida tan solitaria que llevaba en la ciudad, donde apenas había gente como ella. Nunca, como hacían algunas de sus amigas, ponían excusas cuando se acercaba a visitarlas. De hecho, en ese sentido, tanto *madame* Wu como *madame* Kang eran tremendamente amables. Pero dado que la Pequeña Hermana Hsia era virgen, no podrían hablar en su presencia sobre concubinas.

—Siéntese, por favor, Pequeña Hermana —dijo *madame* Wu con su hermosa voz—. ¿Ha desayunado?

La mujer rió. Nunca, pese a sus muchos años viviendo en la ciudad, se sentía del todo cómoda en compañía de aquellas damas. Mientras hablaba, no podía dejar de reír.

—Oh..., cuando me levanto, me tomo un cazo de leche —contestó. A diario estudiaba religiosamente chino, pero era dura de oído y seguía hablando como una occidental. Ahora acababa de confundir el sonido de dos palabras. Las amigas se miraron entre sí con perplejidad, pese a estar acostumbradas a las confusiones de la Pequeña Hermana.

—¿Un cazo? —repitió *madame* Kang.

—Se asemeja mucho a vaso —murmuró *madame* Wu—. Las dos palabras son muy similares, es verdad.

—Oh, ¿he dicho eso? —exclamó la Pequeña Hermana, riendo—. Oh, por favor, ¡qué boba soy!

Pero *madame* Wu vio al instante cómo el rubor le ascendía desde el cuello y manchaba su pálida piel, y comprendió la conmoción que sufría aquel desasosegado corazón extranjero.

—Ying, trae un poco de té y unos pasteles. Y unos panecillos de la larga vida —añadió, apiadándose de la inglesa—. ¿Por qué no debería contarle a mi amiga extranjera que hoy es mi cumpleaños?

—¡Oh, su cumpleaños! —exclamó—. Oh, no lo sabía...

—¿Cómo iba a saberlo? Hoy cumplo cuarenta años.

La mujer la miró con ojos dubitativos.

—¿Cuarenta? —Agitó las manos y rió con su habitual risa tímida—: ¿Cómo puede ser? —tartamudeó—. ¿Cómo puede ser, *madame* Wu, si parece que tenga veinte?

—¿Cuántos años tiene usted, Pequeña Hermana? —le preguntó educadamente

madame Kang.

Su amiga le lanzó una sutil mirada de reproche.

—Meichen, nunca te lo he comentado, pero preguntar la edad a una mujer no es de buena educación según las costumbres occidentales. Me lo explicó la esposa de mi segundo hijo, que ha vivido en Shangai y conoce bien a los extranjeros.

—¿No es de buena educación? —Sus ojos negros se habían quedado inexpresivos—. ¿Por qué?

—¡Oh, ja, ja! —Rió la inglesa—. No importa... Llevo tanto tiempo aquí, estoy acostumbrada...

Madame Kang la observó con moderado interés.

—Entonces, ¿cuántos años tiene? —volvió a preguntarle.

La Pequeña Hermana adoptó de repente un tono solemne.

—Oh..., treinta y tantos —dijo muy rápido y en voz baja.

Madame Kang no la entendió.

—Treinta y seis —repitió afablemente.

—No, no, treinta y seis no, no, es mucho. —Reía de nuevo, pero la risa escondía cierto matiz de protesta.

Madame Wu lo advirtió.

—Vamos —terció—, ¿y qué importa la edad? Lo bueno es ir viviendo año tras año, disfrutar de todos los años.

Comprendió, por su don de adivinar los pensamientos de los demás, que el tema de la edad afectaba a aquella mujer occidental porque todavía era virgen. ¡Una virgen mayor! La hermana menor de la madre de su madre seguía virgen de mayor porque el hombre con el que estaba a punto de casarse había muerto. La familia la admiraba, pero, por otro lado, sufría a diario el incordio de aquella anciana que se marchitaba bajo su mismo techo. Al final, para estar tranquila, se había hecho monja. En cierto sentido, quizá aquella occidental fuera también una monja.

Con su enorme amabilidad, dijo entonces *madame Wu*:

—En breve llegarán los invitados, Pequeña Hermana, pero antes de que lleguen, predíquenos por favor un poco del evangelio. —Sabía que nada complacía más a la extranjera que predicar.

La mujer la miró con gratitud e introdujo la mano en las profundidades del bolso negro que siempre llevaba consigo. Sacó del mismo un libro grueso con raídas cubiertas de cuero y un estuche negro de gafas. Cogió las gafas, se las colocó sobre la nariz y abrió el libro.

—Venía hoy con la intención, *madame Wu* —empezó, en un tono fervoroso y conmovedor—, de contarle la historia del hombre que construyó su casa en la arena.

Madame Kang se puso en pie.

—Discúlpenme —dijo, con su voz fuerte y algo desafinada—. Pero he dejado todos mis asuntos familiares pendientes.

Inclinó la cabeza a modo de despedida y salió del patio con sus pesados andares.

Madame Wu, que se había levantado también, volvió a tomar asiento tan pronto como su amiga se hubo marchado y reclamó la presencia de Ying para ordenarle que el caldo que había prometido para el nieto de *madame Kang* le fuera enviado a su casa. Luego sonrió levemente a la Pequeña Hermana Hsia.

—Cuénteme lo que su Señor le dijo a ese hombre que construyó su casa en la arena —le pidió cortés.

—Querida *madame Wu*, Él es también su Señor —musitó la mujer—. Sólo tiene que aceptarlo.

La dama sonrió.

—Es muy amable por su parte, y así debe decírselo —contestó sin abandonar su cortesía—. Y ahora proceda, amiga mía.

Había algo tan inaccesible en la dignidad con que *madame Wu* pronunció aquellas palabras, que la Pequeña Hermana Hsia empezó a leer con cierto nerviosismo. Con su acento, la historia era difícil de seguir, pero *madame Wu* la escuchó muy seria, con la mirada fija en los saltos de los peces de colores. Ying se acercó a la puerta del patio dos veces e hizo signos por encima de la espalda inclinada de la Pequeña Hermana, pero su ama negó ligeramente con la cabeza. Sin embargo, tan pronto como la inglesa hubo acabado, se puso en pie.

—Gracias, Pequeña Hermana —dijo—. Una historia agradable. Venga de nuevo, por favor, cuando yo disponga de más tiempo.

Pero la mujer, que también había pensado rezar una plegaria, se incorporó a regañadientes, recogiendo el bolso, las gafas y el grueso libro.

—¿No habrá una pequeña oración? —Con sus líos de palabras, pronunció «oración» como «pastel», y durante unos segundos también *madame Wu* se sintió confusa. Tenían pasteles preparados, ¿no? Pero luego cayó en la cuenta y no sonrió por amabilidad.

—Rece por mí en casa, Pequeña Hermana —repuso—. En este momento tengo otras obligaciones.

Empezó a caminar en dirección a la puerta del patio mientras hablaba y Ying apareció de repente y se llevó con ella a la extranjera. *Madame Wu* se quedó sola de nuevo. Regresó junto al estanque y permaneció inmóvil contemplándolo; su esbelta figura se reflejaba en él de pies a cabeza. Reparó en que las orquídeas seguían en su mano, que levantó para dejar caer las flores en el agua. Un enjambre de peces de colores saltó a por ellas, las mordisqueó y volvió a desaparecer.

—No son más que flores —dijo, riéndose un poco de ellos. ¡Siempre estaban hambrientos! ¿Una casa sobre la arena? Jamás habría hecho una locura así. La casa en la que vivía llevaba cientos de años en pie. Habían vivido y muerto en ella veinte generaciones de la familia Wu.

—Madre, debería haber venido antes para desearte larga vida. —Era la voz de su hijo mayor en la puerta. Se giró.

—Pasa, hijo mío.

—¡Larga vida, madre! —exclamó Liangmo con cariño. Al entrar le hizo una reverencia medio en broma. La familia Wu no era tan anticuada como para mantener vigente la antigua costumbre de arrodillarse ante los mayores en señal de obediencia el día de su cumpleaños, pero la reverencia era en recuerdo de esa vieja costumbre.

Madame Wu aceptó su saludo con una elegante inclinación de la cabeza.

—Gracias, hijo mío. Ahora siéntate. Quiero hablar contigo.

Se acomodó otra vez en una de las sillas de bambú e indicó al joven que tomara asiento en la otra; él se sentó en el borde por deferencia a su madre.

—Qué buen aspecto tienes, hijo —declaró, examinando su atractivo y joven rostro. Era, de ser posible, más atractivo que su padre a esa misma edad, pues ella le había aportado también algo de su delicadeza.

Aquella mañana iba vestido con una túnica larga de verano de seda color verde agua. Llevaba corto y peinado hacia atrás su pelo negro, y el tono oliváceo oscuro de su piel era una prueba de su buena alimentación y salud. Su mirada estaba henchida de satisfacción.

«Lo he casado felizmente», se dijo *madame Wu*.

—¿Y el pequeño? ¿Y mi nieto? —preguntó.

—Esta mañana no lo he visto —respondió Liangmo—. Pero si estuviera enfermo, me habría enterado.

No pudo evitar responder a la sonrisa de su madre. Había un gran cariño entre ellos. Él confiaba en la sabiduría de su madre mucho más que en la suya propia, y por eso, cuando ella le pidió que se casara para evitar confusiones en la familia por el hecho de que su hermano menor contrajera matrimonio antes que él, le contestó enseguida: «Elige alguien para mí, madre. Tú sabes de esas cosas más que yo». Estaba inmensamente satisfecho con Meng, su preciosa esposa, y con el hijo que le había dado al año de su matrimonio. Y Meng volvía a estar embarazada.

—He estado reservándome una buena noticia para este día, madre —dijo en aquel momento.

—Es un día apropiado para las buenas noticias —replicó *madame Wu*.

—La madre de mi hijo va a tener un segundo hijo —anunció orgulloso—. Ha superado su segundo ciclo lunar y ahora ya está segura. Me lo reveló hace tres días, y le dije que esperaríamos al cumpleaños de nuestra madre para contárselo a la familia.

—Una noticia estupenda —afirmó *madame Wu* con afecto—. Tienes que comunicarle que le enviaré un regalo. —Entonces su mirada cayó sobre el estuche con las perlas que había dejado sobre una mesita de porcelana—. Tengo el regalo —exclamó. Cogió el estuche y lo abrió—. Me lo ha entregado su propia madre hace una hora, unos pendientes de perlas. Pero yo opino que las perlas son para esposas jóvenes, y serían un obsequio adecuado para nuestra hija. Cuando vayas a ver a Meng..., no, iré yo contigo. Pero primero, hijo mío, ¿hay alguna cosa que yo tenga que hacer con respecto a nuestros invitados y el banquete?

—Nada, madre. Nosotros nos encargamos de todo. Tus hijos quieren darte un día

de ociosa alegría. No tienes siquiera que pedir nada..., sólo disfrutarlo. ¿Dónde está mi padre?

—Dudo que sea capaz de levantarse antes del mediodía, ni el día de mi cumpleaños —contestó sonriendo—. De hecho le dije que no lo hiciese. Disfruta mucho más de la jornada cuando no se levanta temprano, y así estará fresco y feliz para el banquete.

—Eres demasiado buena con todos nosotros.

Ella lo examinó con sus prudentes y bellos ojos, como si no hubiese oído su comentario.

—Hijo mío, ya que sin duda nos veremos interrumpidos muy pronto, te hablaré de inmediato sobre lo que he pensado hacer. He tomado una decisión, pero aun así, creo que como hijo mayor que eres, tengo la obligación de explicarte mi plan. He decidido proponer a tu padre que tome una concubina.

Pronunció con su bella y serena voz aquellas impactantes palabras. Liangmo las escuchó sin entenderlas. De pronto asaltaron su mente y lo ensordecieron como un trueno. Su atractivo rostro palideció hasta cobrar un color lechoso.

—¡Madre! —exclamó con un grito ahogado—. Madre, ¿ha hecho él..., mi padre...?

—Absolutamente no —respondió. Pero sintió una punzada de dolor al ver que también Liangmo formulaba de entrada esa pregunta. ¿Era posible que su esposo le pareciese a todo el mundo el tipo de hombre capaz de...? Alejó de su cabeza aquel pensamiento indigno—. Tu padre es aún joven, a pesar de sus cuarenta y cinco años, y sigue siendo apuesto, por lo que no es de extrañar que incluso tú, su hijo, plantees esa pregunta. No; ha sido y es de lo más fiel. —Hizo una pausa, y luego, con lo más cercano a la timidez que su hijo hubiera visto jamás en sus pausados modales, continuó—: No; tengo mis propios motivos para tomar tal decisión. Pero me gustaría asegurarme de que tú, mi hijo mayor, aceptas la llegada de otra mujer y ayudas a la casa a aceptarla en cuanto se sepa. Es natural que se produzcan comentarios y alborotos. Yo no me enteraré de los alborotos. Pero tú sí, y deberás mantener la dignidad de tus padres.

Aunque sus mejillas seguían pálidas como la leche, Liangmo se había recuperado ya. Frunció sus negras cejas sobre sus ojos, que eran iguales que los de su madre.

—Naturalmente, se trata de una cuestión entre mi padre y tú. Pero si me permites ir más allá de donde me corresponde, te suplico que no le pidas eso si ése no es su deseo. Somos una familia feliz. ¿Quién sabe lo que una desconocida podría traer a la casa? Sus hijos tendrán la misma edad que tus nietos. ¿No servirá todo ello para confundir las generaciones? Si es muy joven, ¿no estarán celosas las esposas de tus hijos de la posición que ella alcance con mi padre? Preveo mucho dolor.

—Es posible que, a tu edad, no entiendas la relación entre los hombres y las mujeres de mi generación —replicó *madame* Wu—. Pero precisamente porque siempre he sido feliz con tu padre, y él conmigo, he resuelto dar este paso. Por favor,

hijo mío, vuelve a tu lugar. Lo único que te ruego es que obedezcas a tu madre en esto igual que lo has hecho en todas las cosas. Has sido el mejor de mis hijos. Lo que tú digas influirá a tus hermanos menores. Lo que Meng diga influirá a las esposas jóvenes. También debes ayudarla a ella.

Liangmo tuvo que luchar contra sus propias ideas. Pero tan profundamente arraigada estaba su costumbre de obedecer a su madre, que la obedeció una vez más.

—Haré lo posible, madre, pero no fingiré que lo que acabas de decirme no entristece este día.

Ella le sonrió levemente.

—En realidad estoy ahorrándote la tristeza de otros días. —Entonces vio que lo que decía era un enigma para aquel hombre mucho más joven que ella, de modo que se incorporó y cogió el estuche de las perlas—: Ven. Iremos a ver a Meng y le haré mi regalo.

Él se había levantado a la vez que ella y estaba de pie a su lado, joven y fuerte como su padre; su cabeza y sus hombros superaban la altura de su madre. *Madame Wu* extendió la mano y la posó un instante en el brazo de su hijo, en un gesto de cariño tan excepcional que lo dejó sorprendido. Ella no soportaba con facilidad el contacto con otro ser humano, incluso tratándose de sus propios hijos. Liangmo la miró y se encontró con su clara mirada.

—En ti —dijo *madame Wu* claramente—, he construido mi casa sobre una roca.

Meng estaba jugando con su pequeño en el patio de su propia casa dentro de la gran casa. Estaba sola con él, exceptuando la compañía del ama de cría, la cual, sentada en cuclillas, reía y los observaba. Ambas jóvenes, madre y ama de cría, pasaban el día entero adorando al chiquillo. De noche, el niño se dormía en brazos de su nodriza. Las dos mujeres encontraban una profunda camaradería en la común veneración que sentían por el pequeño. Le dedicaban, en feliz sacrificio, todo el amor y la atención que él exigía.

El cuerpo de Meng estaba hecho para tener hijos, y sus pechos se habían llenado de leche. Pero nadie, ni siquiera ella misma, se había planteado permitir que el bebé se agarrara a sus encantadores senos y echara a perder su firmeza. Lien había sido contratada para amamantarlo. Era la joven esposa de uno de los granjeros de las tierras de los Wu. Su propio hijo estaba siendo alimentado por su abuela con harina, agua y gachas de arroz, en lugar de con la leche de su madre. Por ese motivo, era menudo, delgado y amarillento, mientras que el bebé que ella criaba estaba rollizo y rosado. Lien tenía permiso para volver a su casa una vez al mes, y cuando veía a su hijo, lloraba y lo aferraba a su pecho. La leche manaba sin cesar de sus pezones, pero el niño apartaba la cara. Nunca había probado aquella leche y no sabía mamar. Lien no podía permanecer ausente todo el día porque los pechos empezaban a dolerle. A media tarde se veía obligada a regresar corriendo a la casa de los Wu. Allí la

aguardaba el pequeño de la familia, gritando de rabia y de hambre.

Al verlo, ella se olvidaba del flacucho niño amarillento. Abría los brazos, reía, y el rollizo bebé la reclamaba a gritos desde las rodillas de su madre. Entonces Lien corría hacia él, abriéndose ya la chaqueta. Se arrodillaba al lado de Meng, y el niño le agarraba el pecho con ambas manos como si fuera una copa y bebía dando grandes tragos. Meng y Lien reían juntas, y ambas sentían en su propio cuerpo la satisfacción del pequeño.

Viendo la cara de ambas mujeres mirando al niño, habría sido difícil adivinar quién era la madre. De hecho, el crío no hacía diferencias. Sonreía radiante a las dos. Estaba aprendiendo a caminar y ya daba unos pasitos de la una a la otra, riendo y cayendo cada vez sobre una de ellas.

Meng siempre estaba feliz, pero en los últimos días su felicidad era más grande que nunca. No le había comentado a nadie, excepto a Liangmo, la llegada del segundo hijo. Los criados, naturalmente, lo sabían. Su propia doncella había sido la primera en recordarle que el segundo ciclo lunar había pasado sin dar señales. En las dependencias de la servidumbre reinaba ya una alegría secreta. Pero en una gran casa, los criados eran como muebles: se usaban sin prestarles atención.

Lien lo sabía, y eso hacía que se sintiese más jovial que nunca. Una casa con muchas amas de cría era una casa con suerte. Poco a poco había ido dejando de amar a su propio hijo. La totalidad de su abundante amor animal había sido transferido a su amamantado. Su hogar era pobre; vivir allí, duro; y la comida, escasa. Su suegra tenía la lengua afilada y una mano que esperaba con avaricia el sueldo que Lien llevaba. Pese a que la joven amaba su hogar y lloró día y noche cuando la madre de su esposo la mandó a la mansión de los Wu, le había cogido cariño a la buena comida, a lo fácil, a la ociosidad. Fuera de alimentar a aquel bebé tan sano, no se le exigía nada más. La animaban a comer, a beber, a dormir. Su joven cuerpo, amante de los placeres, respondió rápidamente. Aquélla se había convertido en su casa y quería a aquel pequeño más que a su propio hijo.

Anhelaba, con la satisfacción interna que sentía esa mañana, decirle a su joven ama lo mucho que se alegraba ante la promesa de un segundo nacimiento, pero tenía sus dudas. Aquellas mujeres ricas, jóvenes y ociosas parecían permitir cualquier cosa, pero a veces se enfadaban de forma inesperada y sin motivo alguno. Se limitó, por lo tanto, a seguir riendo y elogiando al pequeño.

—Un pequeño dios —declaró con orgullo—. Jamás he visto ninguno como él, señora.

Antes de que Meng tuviera tiempo de hacer algo más que sonreír, oyeron pasos que se acercaban. El niño corrió hacia Lien, y desde sus brazos se quedó mirando a su abuela y a su padre. Meng se levantó.

—Así que estás aquí, Meng —dijo *madame* Wu—. Siéntate, hija. Descansa, por favor. Ven aquí, hijo de mi hijo.

Lien empujó al chiquillo hacia delante y fue avanzando poco a poco, en cuclillas,

de modo que el pequeño quedara en todo momento resguardado por sus brazos. El niño llegó así hasta las rodillas de *madame* Wu y la miró con aquellos enormes ojos negros tan rasgados. Se llevó los dedos a la boca, y ella se los retiró con delicadeza.

—Un niño encantador —murmuró—. ¿Habéis pensado ya en un nombre?

—No hay prisa —respondió Liangmo—. No lo necesita hasta que vaya al colegio.

Ella miró al pequeño, que seguía allí en medio, en el centro de todo. Y aun así, reflexionó, no era él en sí mismo, aquella simple criatura, quien mantenía todas las esperanzas puestas en él. De morir, otro ocuparía su lugar. No; él era un símbolo de que la vida continuaba. Era el símbolo lo que mantenía con vida todos sus sueños.

Apartó la mirada de su encantadora carita y recordó por qué estaba allí.

—Meng, Liangmo acaba de contarme que has aumentado su felicidad. He venido a darte las gracias y a traerte un regalo.

Meng se sonrojó como un melocotón maduro e inclinó la cabeza. El único defecto de su belleza era su pelo, que tendía a ondularse pese a los fragantes aceites de madera que se aplicaba continuamente para alisarlo. Y su satisfacción empezó a mezclarse con el miedo al darse cuenta de que se le estaba ondulando el cabello delante de la madre de Liangmo. Amaba a su suegra, pero la temía. Nadie había visto jamás un solo pelo fuera de lugar en la elegante cabeza de *madame* Wu. Extendió ambas manos para recibir el obsequio, y entonces olvidó sus temores.

—¡Las perlas de mi madre! —dijo casi sin voz.

—Me las ha regalado, pero ya soy demasiado mayor para perlas. En esta casa todo sale bien. Tú has anunciado hoy tu felicidad y yo tenía estas perlas listas para regalártelas.

—Siempre las anhelé —aseguró Meng. Abrió el estuche y las contempló.

—Póntelas —le ordenó Liangmo.

Meng obedeció. Sus suaves mejillas se sonrojaron más si cabe. Todos la miraban, incluso su hijito. Pero, pese a ello, ajustó las perlas a sus orejas sin que sus frágiles dedos vacilaran.

—Solía ponérmelas y suplicarle a mi madre que me dejara seguir con ellas —confesó.

—Ahora te las has ganado —dijo *madame* Wu. Se volvió hacia su hijo—. Observa el tono rosado que han adquirido las perlas. Eran de un color gris plateado.

Era cierto. Sobre la suave piel de Meng las perlas parecían de color rosa.

—*Ai ya* —exclamó Lien—. ¡Si está tan guapa, el bebé será niña!

Todos rieron, y *madame* Wu acabó con las risas diciendo, mientras se incorporaba para marcharse:

—Una niña sería bien recibida. Al fin y al cabo, en el mundo tiene que haber tanto mujeres como hombres. Solemos olvidarlo, mas es cierto, ¿verdad, Meng?

Pero Meng era demasiado tímida para responder a una pregunta de ese tipo.

Había llegado la hora de la celebración del cumpleaños. *Madame* Wu tomó asiento a la izquierda de la Vieja Dama, quien, por su edad y generación, ocupaba el lugar más destacado. El señor Wu se sentaba a la derecha de su madre, y a su otro lado estaba Liangmo. Tsemo, el segundo hijo, se hallaba a la izquierda de *madame* Wu, y a la izquierda de Tsemo, el tercer hijo, Fengmo. Yenmo, el cuarto, era aún un niño de siete años de edad. Pero se había trasladado a vivir a las estancias de su padre, entre cuyos brazos estaba en aquel momento. Así pues, uno a uno, cada miembro de la familia había ido ocupando su sitio, y las dos nueras se habían sentado por debajo de los hijos; Meng, con el pequeño en las rodillas y una criada a su lado, dispuesta a llevárselo en cuanto empezara a ponerse pesado. La Vieja Dama se sentía orgullosa de su bisnieto, pero perdía fácilmente la paciencia, mientras que la de *madame* Wu era inagotable.

Y nada parecía ponerla nerviosa. Su agradable rostro de color perla contemplaba con satisfacción la gran reunión familiar. En seis mesas más, de ocho comensales cada una, había repartidos tíos y tías, primos y amigos, todos con sus hijos, y una de las mesas estaba presidida por *madame* Kang. Todos los invitados habían enviado sus regalos antes de la fecha señalada. Eran muy diversos: parejas de jarrones, paquetes de dátiles, cajas de bizcochos y pasteles, rollos de seda con letras de pan de oro adheridas, todos ellos acompañados por un buen deseo. Había muchos presentes más. A modo de regalo personal, el señor Wu la había obsequiado con dos piezas de tejido de seda bordada, y la Vieja Dama, con dos cajas de té de primera calidad.

El regalo de la familia era caro. Habían encargado al mejor artista de la ciudad un cuadro de la diosa de la Larga Vida. Todos los invitados coincidieron en la belleza de la obra cuando se acercaron a ofrecer sus respetos a *madame* Wu. La pintura ocupaba el lugar de honor, e incluso sus detalles eran impecables. La diosa sostenía entre sus manos el melocotón inmortal. A su lado, un ciervo; la bendición de los murciélagos rojos revoloteando en torno a su cabeza; y colgada de su fajín, la calabaza que contenía el elixir de la vida. El artista no había ni olvidado el detalle de las plantas de la larga vida: pendían de su bastón.

En la pared que había detrás de donde se hallaba sentada *madame* Wu se había desplegado un cuadrado de seda roja sobre el que estaban cosidos los caracteres de la larga vida recortados en terciopelo negro. La cabeza oscura de *madame* Wu resaltaba, elegante y austera, sobre el brillo de la seda.

Liangmo respondió por ella a todas las felicitaciones y buenos deseos. Antes de que los invitados tomaran asiento, él y Meng habían pasado por todas las mesas, como el hijo y la nuera de mayor edad, para dar las gracias en nombre de su madre.

Todo se había llevado a cabo con naturalidad y, aun así, con cierta formalidad, lo que demostraba que la familia Wu valoraba las viejas maneras y comprendía las nuevas. De vez en cuando, *madame* Wu se levantaba de su asiento y se acercaba a los comensales para asegurarse de que todos estuvieran debidamente atendidos. Cuando lo hacía, los convidados se ponían en pie y le rogaban que no se molestase, y ella, a

su vez, les rogaba que volvieran a sentarse.

Después de que ya lo hubiese hecho dos veces y fuera a hacerlo una tercera, el señor Wu se inclinó sobre la esquina de la mesa y le dijo:

—Te ruego que no vuelvas a levantarte, madre de mis hijos. Ocuparé tu lugar en cuanto se sirvan los postres.

Ella ladeó la cabeza y le dedicó una leve sonrisa de agradecimiento, y entonces vio que la Vieja Dama había cogido un trozo de pollo demasiado grande y se estaba derramando toda la salsa sobre el vestido. Con sus propios palillos, corrió a sujetar el pedazo de carne hasta que la mujer pudo introducirse completamente en la boca. Tan pronto como pudo hablar, la anciana lo hizo con su habitual vehemencia.

—¡Ying! —exclamó.

La criada, que siempre estaba cerca de su ama, apareció al instante.

—¡Ying! Dile a ese trozo de grasa de tu marido que debe cortar el pollo más pequeño. ¿Se cree que tenemos mandíbulas de leones y tigres?

—Se lo diré, señora.

Pero la Vieja Dama estaba feliz, harta de comida, y se dirigió entonces a todos los presentes con su fuerte y cascada voz de anciana.

—Los extranjeros comen porciones de carne muy grandes —dijo, mirando a su alrededor—. No lo he visto nunca, pero me han dicho que sirven en la mesa la pierna entera de un cordero o un pedazo de ternera del tamaño de un niño, y que cortan la carne en tajadas con cuchillos y de allí van comiendo los trozos. La pinchan con púas de hierro y luego se la introducen en la boca.

Todos rieron.

—Estás de buen humor, madre —dijo el señor Wu. Nunca había intentado corregir los comentarios inapropiados de su madre. En primer lugar, no deseaba contrariarla, y en segundo lugar, daba igual de todos modos y no merecía la pena preocuparse por ello.

En aquel momento hizo su entrada el arroz dulce con sus ocho exquisitas frutas, señal de que el banquete llegaba a su mitad, y todos contemplaron el manjar con satisfacción. Ying vio a su marido medio escondido junto a la puerta para poder escuchar desde allí los elogios de los invitados. *Madame* Wu lo vio también y se inclinó hacia la criada.

—Dile que venga —le ordenó.

El orgullo que sintió Ying quedó reflejado en el rubor que encendió sus mejillas, pero por educación fingió quitarle importancia a su esposo.

—Señora, no es necesario que se tome ninguna molestia con mi mequetrefe —dijo en voz baja.

—Me apetece hacerlo —insistió *madame* Wu.

De modo que, con falsa desgana, Ying lo llamó por señas, y el hombre entró y se plantó delante de la señora, alisando dichoso su sucio delantal, ya que ningún cocinero que se precie lleva el delantal limpio y él lo sabía.

—Debo darte las gracias por este arroz dulce con sus ocho exquisitas frutas —le dijo *madame* Wu con su habitual amabilidad—. Siempre es delicioso, pero hoy está mejor que nunca. Lo tomo como una muestra de tu fidelidad y de la bondad de tu corazón. Lo tendré presente antes de que finalice la jornada.

El cocinero sabía que con aquello se refería a que entregaría regalos a los criados al final del banquete, pero para guardar las formas quiso dar a entender lo contrario.

—No lo considere tan bien, por favor. No merezco ningún honor especial.

—¡Lárgate, zoquete! —cuchicheó Ying, con la mirada radiante.

Él se marchó satisfecho, y a sus espaldas, Ying intentó no dejar traslucir su orgullo y permanecer en su puesto.

El señor Wu se levantó entonces para cumplir con lo prometido y pasó por todas las mesas, rogando a los convidados que se sirviesen todo el postre que les apeteciera. *Madame* Wu lo siguió con la mirada, pensativa. ¿Se lo estaba imaginando o él se demoraba un momento en la mesa de *madame* Kang, donde su hermosa tercera hija ocupaba un asiento junto a su madre?

—¡Pudin, pudin! —reclamó la Vieja Dama, y su nuera extendió su grácil brazo y, subiéndose un poco la manga, cogió una cuchara de porcelana y llenó el plato de la anciana con una cantidad generosa de pudin—. La cuchara... ¿Dónde está mi cuchara? —murmuró, y *madame* Wu le puso una en su arrugada mano.

Mientras los comensales disfrutaban en silencio del postre, ella siguió observando pensativa a su marido. Sin duda alguna, estaba entreteniéndose más de lo habitual junto a la hermosa hija de *madame* Kang. La chica era moderna, demasiado moderna, pues llevaba el pelo por los hombros y ondulado, siguiendo las modas extranjeras. Había estado estudiando un año entero en Shangai antes de que la ciudad fuese ocupada por el enemigo. Y ahora solía amargar a sus padres porque no le gustaba vivir en una pequeña ciudad de provincias.

Madame Wu observó cómo la joven levantaba la cabeza y respondía con descaro a algo que el señor Wu había dicho. Él rió y siguió hablando, y *madame* Wu cogió su cuchara y la sumergió en el viscoso dulce. Cuando su esposo regresó a su lado, lo miró fijamente con sus grandes ojos.

—Gracias, padre de mis hijos —dijo, y su voz sonó con su acostumbrado tono musical.

El banquete prosiguió su largo y agradable proceso. El dulce fue seguido por carnes y después por un mínimo de seis platos. En lugar de arroz, el cocinero había hecho fideos, porque era un banquete de cumpleaños y los fideos largos eran símbolo de larga vida. *Madame* Wu, siempre delicada al comer, rechazó las carnes, pero era necesario que comiese un poco de fideos. El ferviente cocinero los había preparado incluso más largos de lo normal, pero ella consiguió enrollarlos con los palillos con elegancia y habilidad.

La Vieja Dama, por el contrario, no tenía tanta paciencia. Con la mano izquierda se acercó el tazón lleno a rebosar a la boca, y empezó a empujar los fideos con los

palillos, sorbiéndolos como una niña. Siempre comía con mucho apetito.

—Esta noche me voy a poner enferma —dijo con su voz penetrante—. Pero merece la pena, hija, por tu cuarenta cumpleaños.

—Come hasta estar satisfecha, madre —respondió ella.

Uno a uno, los invitados se pusieron en pie con las pequeñas copas de vino en la mano y realizaron diversos brindis. *Madame* Wu no respondió a ellos. Era una mujer moderada, y miró a su esposo, quien se levantó en su lugar y aceptó los buenos deseos de todos los allí reunidos. Sólo *madame* Kang, captando la mirada de su amiga, alzó en silencio su copa, y después de que *madame* Wu alzara también la suya en silencio, las dos bebieron simultáneamente, compartiendo su secreto.

La Vieja Dama, harta de tanto comer, se recostó en su silla y examinó a la familia.

—Liangmo tiene mal aspecto —declaró.

Todo el mundo miró a Liangmo, que efectivamente sonreía de forma enfermiza.

—No me encuentro mal, abuela —dijo enseguida.

Meng lo miró con preocupación.

—Estás raro —murmuró—. Llevas toda la mañana raro.

Al oír aquellas palabras, sus hermanos y la esposa de Tsemo lo miraron, y él negó con la cabeza. *Madame* Wu no dijo nada. Comprendía que Liangmo seguía sin poder aceptar lo que ella le había dicho por la mañana. Él la miró en aquel momento con ojos suplicantes, pero ella se limitó a sonreír levemente y apartar la vista.

Fue al volver la cabeza cuando sorprendió la mirada inteligente y perspicaz de su segunda nuera. La esposa de Tsemo, Rulan, no había pronunciado palabra en todo el banquete, pero era una chica que nunca necesitaba palabras para comprender lo que sucedía a su alrededor. *Madame* Wu se dio cuenta de que había visto las súplicas del hijo y también la respuesta de la madre. Pero Tsemo no prestaba atención a lo que ocurría. Era un joven impaciente y echó hacia atrás la silla para apartarse de la mesa, dando golpecitos nerviosos con el pie en el suelo. Para él, la fiesta de cumpleaños ya había durado suficiente.

Uno de los niños invitados, empachado, vomitó de repente sobre el suelo enlosado y salpicó por todas partes, lo que provocó una gran agitación entre los criados.

—Llamad a los perros —aconsejó *madame* Kang, pero Ying, acercándose rápidamente al escenario del desastre, se disculpó.

—Nuestra señora no permitiría perros debajo de las mesas —explicó.

—Ya lo ves, madre —intervino con una mueca la hermosa tercera hija de *madame* Kang—. Ya te dije que no lo hacía nadie..., está pasado de moda. Siento vergüenza cuando lo haces en casa.

—Sí, sí, y ahora deja de hablar de tus vergüenzas en presencia de los demás.

—Demasiada charla entre chicas —terció el señor Kang, pero sentía un cariño especial por Linyi por ser la más bella de todas sus hijas, y le sonrió.

La Vieja Dama se levantó tambaleándose.

—Me voy a la cama. Tengo que prepararme para encontrarme mal.

Madame Wu se levantó también.

—Ve, madre. Nosotros seguiremos con los invitados en otro salón.

Esperó a que dos criados acompañaran a la Vieja Dama y los demás convidados se pusieron en pie. Entonces miró al señor Wu.

—¿Podrías acompañar a tus invitados al salón principal? —le pidió con delicadeza—. Las damas vendrán conmigo a mi sala de estar.

Empezó a caminar y las mujeres la siguieron, mientras los hombres se acercaban al señor Wu, formando así dos corrientes distintas de movimiento. Los niños fueron conducidos a los patios o quedaron al cargo de sus nodrizas para dormir.

Madame Wu se detuvo en la puerta.

—Lleva al pequeño enfermo al dormitorio de bambú —le dijo al ama de cría del chiquillo—, allí estará fresco. Debe dormir un poco.

El niño, que había estado gimoteando hasta entonces, dejó de hacerlo de repente al oír el sonido de su voz.

El banquete había finalizado, pero en su salita de estar, *madame Wu* mantuvo su delicada dignidad frente a las mujeres. Habló poco, pero nadie se percató de su silencio porque por costumbre era poco habladora. Sólo se volvían hacia ella por instinto, a la espera de una respuesta, cuando había que tomar alguna decisión, pues sabían que en aquella casa era ella quien tomaba todas las decisiones. Fuera lo que fuese lo que resolviera, lo daba a conocer con unas pocas palabras claras y sencillas, con aquella voz en todo momento hermosa, suave y delicada como el agua al deslizarse por un río cantarín.

A su alrededor, la conversación decaía y volvía a resurgir. A modo de entretenimiento, habían contratado a una pequeña compañía de actores que en aquellos momentos se dedicaba a realizar sus números. Los niños observaban satisfechos el espectáculo, mientras que las personas mayores miraban también, aunque sin dejar de hablar y beber a sorbos un té hecho con las mejores hojas recogidas antes de que empezaran las lluvias de verano. En presencia de las mujeres más jóvenes, las de más edad no tenían libertad para hablar y *madame Kang* se quedó dormida un ratito. *Madame Wu* aprovechó el momento para decirle a Ying:

—Ve a ver si nuestra Vieja Dama sigue indispuesta.

Ying desapareció y regresó riendo.

—Se ha mareado y lo ha vomitado todo —le explicó a *madame Wu*—. Pero sigue diciendo que ha valido la pena.

Todas rieron y *madame Kang* se despertó al oír las risas.

—Es hora de volver a casa —le dijo a su amiga—. No queremos fatigarte, hermana, ya que tienes que vivir cien años.

Madame Wu sonrió y se levantó para despedirse una a una de sus invitadas. Los convidados habían preparado para la servidumbre paquetes con dulces, regalos y dinero, que Ying dispuso en una bandeja para que los criados pasaran a recibirlos.

Desfilieron ante *madame* Wu haciendo una reverencia, con las manos cruzadas educadamente sobre el pecho, y ella respondió con cortesía a todos ellos y les entregó sus obsequios. También los sirvientes habían celebrado su banquete en las cocinas.

Por fin volvió a estar sola y se permitió sentirse agotada un instante. Relajó la musculatura del cuello, el pecho y la cintura que había mantenido sus huesos elegantemente erguidos hasta entonces, y durante un momento adoptó el aspecto de una flor marchita, casi el de una mujer de su edad. Luego enderezó sus delgados hombros. Aún era pronto para no hacer nada. El día no había finalizado todavía.

Una hora más tarde, después de un descanso, se levantó y caminó siete veces arriba y abajo de la habitación. Se acercó a la ventana y se inclinó sobre el alféizar. Era un ventanal largo y ancho y las celosías estaban abiertas. Daba al patio donde aquella mañana se había sentado primero con *madame* Kang y después con Liangmo. Recordaba su expresión de horror al enterarse de lo que estaba a punto de hacer y, de forma inconsciente, sonrió; su sonrisa no era ni triste ni alegre.

En aquel momento apareció Ying junto a la verja redondeada del patio y la sorprendió sonriendo.

—¡Parece usted una joven a la luz de la luna, señora! —exclamó.

La sonrisa de *madame* Wu permaneció inalterable, pero se giró y se sentó junto al tocador. Ying entró en la habitación y la despojó de sus prendas hasta llegar a la delicada seda blanca de la ropa interior. Luego le soltó la melena y empezó a peinarla con firmeza con el peine de púas finas de madera de sándalo. Contempló el rostro silencioso reflejado en el espejo y se dio cuenta de que aquella noche sus ojos parecían más negros y más grandes que nunca.

—¿Está cansada, señora? —preguntó.

—En absoluto.

Pero Ying continuó.

—Hoy ha sido un día muy largo. Y ahora, señora, tiene cuarenta años y está empezando otro tipo de vida, y creo que no debería trabajar tanto. Tendría que ceder la gestión de la casa y las compras a su hijo mayor y permitir que su esposa dirigiese las cocinas, e incluso que la esposa de su segundo hijo se encargara de la supervisión de los criados. Debería dedicarse a sentarse en el patio y leer, contemplar las flores y recordar lo buena que es su vida bajo este techo, y ver cómo sus nueras crían a sus hijos.

—A lo mejor tienes razón. Yo también he estado pensando en esas cosas. Ying, le pediré al padre de mis hijos que tome una concubina.

Lo dijo con tanta serenidad que durante un momento supo que la criada no la había entendido. Luego notó que dejaba de peinar, y sintió las manos de Ying aferradas con fuerza a su cabello en la zona de la nuca.

—No es necesario que digas nada —dijo *madame* Wu. El peine empezó a trabajar

de nuevo, con excesiva rapidez—. Me estás tirando del pelo.

Ying arrojó el peine al suelo.

—¡No pienso ocuparme de otra dama que no sea usted! —estalló.

—Nadie te lo ha pedido.

Pero Ying cayó de rodillas en el suelo embaldosado junto a su señora, lloró y se secó las lágrimas con la manga de la nueva chaqueta de seda que había estrenado para la ocasión.

—¡Oh, ama mía! —Sollozó—. ¿La ha obligado él, preciosidad mía? ¿Ha olvidado toda su bondad y su belleza? Dígame sólo una cosa...

—Es por mi propia voluntad —aclaró con firmeza *madame* Wu—. Ying, levántate. Si entra el señor, pensará que he estado pegándote...

—¡Usted! —Siguió sollozando—. ¡Usted, que nunca aplastaría ni un mosquito, aunque le chupara la sangre! —Pero se incorporó, recogió el peine y, sorbiendo las lágrimas, continuó peinando la melena de su ama.

Madame Wu empezó a hablar con su tono de voz de siempre, tranquilo y razonable.

—Te lo digo a ti primero, Ying, para explicarte cómo debe comportarse la servidumbre. No tiene que haber chismorreos entre vosotros y nada de echar las culpas a esto o aquello. Cuando llegue la joven...

—¿Quién es?

—Todavía no lo sé.

—¿Cuándo viene? —preguntó Ying, interrumpiendo de nuevo.

—No lo he decidido. Pero cuando venga, tiene que ser recibida como una persona respetada de la casa, a un nivel algo inferior al mío, algo superior al de las esposas de mis hijos. No será ni una actriz, ni una cantante, ni una persona de ese tipo, sino una buena mujer. Todo ha de seguir su orden. Por encima de todo, no debe pronunciarse ni una palabra en contra del padre de mis hijos ni en contra de la joven, porque soy yo quien la invitará a venir.

Ying no podía soportarlo.

—Señora, ya que llevamos tantos años juntas, ¿me está permitido preguntarle por qué?

—Podrías preguntarlo, pero no te lo diré —dijo tranquilamente.

En silencio, Ying terminó de peinar la melena, perfumarla y trenzarla. La sujetó con un pasador para que *madame* Wu pudiera bañarse y luego fue a controlar el agua del baño. Allí había una tina redonda y profunda de cerámica verde, y acababan de entrar, por una puerta que daba al exterior, dos porteadores cargados con grandes cubos de madera con agua caliente y fría que vertieron en la tina antes de desaparecer. Ying probó la temperatura del agua con la mano, arrojó en ella esencias de un frasco, y luego, cargada con jabón y sedosas toallas, pasó a la otra estancia.

—El baño está preparado, señora —dijo, tal y como decía cada noche.

Madame Wu se despojó de sus últimas prendas y cruzó desnuda la habitación,

frágil y esbelta como una joven, hasta llegar al baño. Se deslizó en la bañera sujetándose a la mano de Ying, y se sentó con las piernas cruzadas en el agua mientras Ying la lavaba con la ternura que habría empleado con un niño. El agua estaba transparente, y el tono marfileño de la exquisita piel de *madame* Wu contrastaba con el verde oscuro de la porcelana. El agua le llegaba a la altura de los hombros; sumergida, reflexionó sobre su madurez. Su cuerpo seguía tan bello como siempre. El señor Wu no le había permitido amamantar a sus hijos y, bajo el agua, sus pequeños pechos recordaban capullos de loto.

Al salir, Ying la envolvió en la toalla, la secó con delicadeza, la vistió con ropa interior de seda y se ocupó de las uñas de sus manos y sus pies. Cuando hubo terminado, abrió la puerta del dormitorio. Seguía vacío, pues el señor Wu nunca llegaba antes de que ella se marchara. Por supuesto, había noches en las que no aparecía, pero eran escasas. *Madame* Wu subió al taburete de madera tallada situado a los pies de la cama y de allí pasó al alto lecho cubierto con dosel de seda.

—¿Corro las cortinas de la cama? —preguntó Ying—. La luz de la luna es muy potente.

—No; déjame que la vea.

De modo que las cortinas permanecieron sujetas en los ganchos de plata y Ying preparó la tetera y la pequeña pipa de plata que su ama fumaba a veces por la noche, cuando no podía conciliar el sueño, y comprobó que hubiera cerillas junto a la vela.

—Hasta mañana —dijo *madame* Wu.

—Hasta mañana, señora —dijo Ying, y desapareció.

Madame Wu se quedó tendida, muy quieta y recta, bajo las sedosas sábanas y la mullida colcha de verano con relleno de seda. La luz de la luna resplandecía por encima de la pared opuesta a su cama. Era potente, tan potente de hecho que le permitía incluso ver los perfiles del pergamino allí colgado. Se trataba de un dibujo sencillo, pero hecho por un verdadero artista. Había utilizado más el espacio que la pintura, y con unas pocas pinceladas había conseguido sugerir un despeñadero y la cima de una montaña, y una pequeña figura abriéndose paso hacia arriba. Era imposible adivinar si se trataba de una mujer o de un hombre. Era simplemente un ser humano.

A veces, o así se le antojaba a *madame* Wu, la pequeña figura parecía estar en un punto más alto de su camino que otras. A veces parecía haberse deslizado hacia abajo muchos kilómetros. Sabía, por supuesto, que eso dependía por completo de cómo entraba la luz por la ventana. Aquella noche, el perfil de la ventana cortaba el cuadro con una sombra tras la que llegaba la luz, por lo que la criatura humana semejaba de pronto estar muy cerca de la cumbre. Pero ella sabía que estaba exactamente en el mismo lugar de siempre, ni más arriba ni más abajo.

Permaneció acostada, sin pensar, sin recordar, siendo tan sólo todo lo que era. Tampoco estaba esperando ni expectante. Si aquella noche él no iba a verla, se dormiría y se lo diría en otra ocasión. Los momentos estaban elegidos y designados.

Cuando se forzaban, salían mal. Toda la fuerza silenciosa de su decisión se reuniría en torno al instante oportuno, y entonces todo saldría bien.

Entonces oyó los sólidos pasos del señor Wu al atravesar el patio. Él entró en la antesala y luego en la salita de estar. Luego se abrió la puerta y apareció en el dormitorio. Había estado bebiendo vino. El fino olfato de *madame* Wu captó enseguida el olor a vino caliente y alcohol que transpiraban su aliento y su piel. Pero no se inquietó, pues él nunca bebía en exceso y era evidente que aquella noche lo había hecho en compañía de amigos. ¿Qué había más natural que terminar un día de fiesta bebiendo? Su marido llevaba la pipa en la mano y estaba a punto de dejarla sobre la mesa. Pero retrasó esa acción un instante.

—¿Estás cansada? —preguntó de repente.

—No estoy cansada en absoluto —respondió ella tranquilamente.

Él dejó la pipa en la mesa y, tras soltar las cortinas del gancho, se acostó en la cama.

Después de veinticuatro años, naturalmente, su vida seguía cierta rutina. Ya que era la última noche que pasaría con él, a ella le habría gustado variarla de alguna manera. Pero después de reflexionar sobre una posible variación, había optado por no introducirla. Sólo haría que le resultase más difícil convencerlo de la sabiduría de su decisión..., es decir, si es que se volvía necesario convencerlo. Había intentado prepararse para la posibilidad de que pudiera incluso sentirse complacido ante la idea. En ese caso, todo sería más fácil. Pero quizá no se sintiera complacido. Existía también la posibilidad de que se negara hasta el final a aceptar su resolución. Pero ella creía que no se negaría, a buen seguro no hasta el final.

Por lo tanto, tenía que ir con cuidado y ser exactamente el término medio que era siempre. Es decir, ni fría ni ardiente. Era agradable, era tierna. Se aseguraba de que no faltara nada, pero que tampoco nada sobrara. Su don natural en todas las cosas era la plenitud, no el exceso.

Sin embargo, se sintió algo desconcertada al ver que su esposo no estaba como era habitual en él. Parecía inquieto y un poco distraído.

—Hoy estabas más bella que nunca —murmuró—. Lo ha comentado todo el mundo.

Con la cabeza recostada sobre la almohada, ella le sonrió mirándolo a los ojos. Era su encantadora sonrisa de siempre, pero a la luz mortecina de la única vela de la mesita de noche, vio que los ojos oscuros de su marido brillaban apasionados, con una llama mucho más intensa de lo que había visto últimamente. Cerró los ojos y su corazón empezó a latir. ¿Se arrepentiría de su decisión? Durante las dos horas siguientes estuvo deshojando la margarita, formulándose muchas veces la pregunta. ¿Se arrepentiría? ¿No se arrepentiría?

Transcurridas las dos horas, supo que no se arrepentiría. Se levantó en cuanto él se durmió, se dirigió en silencio al baño y volvió a lavarse con agua fría. No regresó a la cama donde él seguía acostado, profundamente dormido. Cogió su pequeña pipa,

llenó el diminuto hornillo con tabaco dulce y la encendió. Se acercó a la ventana para contemplar el cielo. La luna estaba a punto de desaparecer. En cinco minutos más se habría hundido tras los tejados de la vieja casa. Una sensación de paz llenaba el cuerpo de *madame* Wu. Nunca jamás dormiría en aquel cuarto. Había elegido ya su nueva habitación. Junto al patio de la Vieja Dama había una estancia vacía donde habitaba el padre del señor Wu. La ocuparía con el pretexto de poder cuidar a la anciana tanto de día como de noche. Se trataba de un bello patio situado justo en el centro de la casa. Viviría allí, sola y en paz, un corazón solitario con toda la vida girando a su alrededor.

El señor Wu bostezó inesperadamente y se despertó.

—He de regresar a mis aposentos —dijo—. Has tenido un día muy largo y debes dormir.

Cuando decía aquello, y siempre lo decía, siendo como era un hombre caballeroso tanto en el amor como en los negocios, ella siempre le respondía: «No te vayas, te lo ruego. Puedo dormir muy bien contigo».

Pero esa noche no lo dijo. Contestó, sin volver la cabeza:

—Gracias, padre de mis hijos. Tal vez tengas razón.

Él se quedó tan asombrado ante su respuesta que saltó de la cama y buscó las zapatillas que había dejado en el suelo. Pero no las encontraba, así que ella se acercó rápidamente, las localizó y, sin levantarse, se las puso en los pies. Y él, como un niño grande, recostó la cabeza sobre su hombro y enlazó sus manos por detrás de su cuerpo.

—Hueles mejor que la flor del jazmín —murmuró.

Ella rió tenuemente al sentir su abrazo.

—¿Sigues bebido?

—Bebido. ¡Bebido, bebido! —Volvió a atraerla y ella empezó a alarmarse.

—Por favor, ¿quieres que te ayude a levantarte? —Se incorporó, fuerte como un roble de repente, y lo arrastró consigo.

—¿Te he ofendido? —preguntó él. Se había despertado del todo. *Madame* Wu observó la transparencia de su oscura mirada.

—No. ¿Cómo puedes ofenderme después de veinticuatro años? Pero... esto se ha acabado.

—¿Se ha acabado?

—Hoy he cumplido cuarenta años.

Supo de pronto que ése era el momento, en plena noche, cuando la casa entera dormía. Se apartó de él, dejándolo sentado en la cama, y encendió más velas con la que ya estaba prendida. Fueron encendiéndose una tras otra y la estancia se llenó de luz. Se sentó junto a la mesa y él siguió en la cama, mirándola.

—Llevo muchos años preparando este día —dijo *madame* Wu. Cruzó las manos sobre las rodillas. Vestida con su ropa interior blanca de seda, a la luz de la luna, con las manos posadas en las rodillas, se armó de toda la fuerza de la que su ser era capaz.

Él se inclinó hacia delante, con las manos unidas entre las piernas, sin dejar de mirarla—. He sido una buena esposa para ti.

—¿No he sido yo un buen esposo para ti?

—Eso, siempre. Tal y como van hombres y mujeres, no podía habernos ido mejor. Pero ha pasado ya la mitad de mi vida.

—Sólo la mitad.

—Pero la mitad de la tuya aún está muy lejos —prosiguió ella—. El cielo ha creado esa diferencia entre hombres y mujeres.

Él la escuchaba, igual que escuchaba cualquier cosa que ella dijera, aunque sabía que sus palabras siempre llevaban encima una carga de significado más allá de su desnudo armazón y más allá, quizá, de lo que él podía captar.

—Sigues siendo un hombre joven —continuó—. Tu fuego sigue ardiendo con fuerza. Deberías tener más hijos. Pero yo ya he cumplido.

Él se enderezó, con su atractivo rostro cada vez más serio.

—¿Es posible que esté comprendiendo lo que pretendes decirme? —preguntó.

—Veo que lo comprendes —respondió ella.

Se miraron, repasando los veinticuatro años que habían vivido juntos en aquella casa donde sus hijos dormían en aquel momento, donde la Vieja Dama dormía con un sueño ligero y anciano esperando la muerte.

—No quiero otra mujer. —Su voz sonó ronca—: Nunca he mirado a otra mujer. Tú has sido siempre más bella que cualquier otra que haya visto en mi vida, y sigues siendo más bella que cualquiera. —Dudó, bajó la vista hasta quedarse mirando las manos—: Hoy, viendo a esa joven..., cuando la miraba, pensaba que tú eres mucho más hermosa que ella.

Madame Wu supo al instante a qué joven se refería.

—Ah, Linyi es bonita. —Renovó interiormente la decisión que había tomado. Cuando la conversación avanzara hasta el tema de quién elegiría a la otra mujer, sería ella quien la eligiera. Para la casa sería malo que hubiese mezcla de generaciones, y Liangmo estaba ya casado con Meng, la hermana de Linyi, ambas hijas de su mejor amiga.

Él frunció sus carnosos labios.

—No, no puedo estar de acuerdo con tu plan. ¿Qué dirían mis amigos? Nunca he sido hombre de ir detrás de las mujeres.

Ella rió levemente y al reír le sorprendió sentir un pequeño dolor en el pecho, como el pinchazo de una daga que tan sólo roza la piel. Si él era capaz de empezar a pensar en lo que opinarían sus amigos, significaba que pronto estaría convencido, más pronto de lo que ella esperaba.

—No es apropiado que una mujer mayor de cuarenta años tenga hijos. ¿Te culparían también tus amigos de eso?

—¿Es necesario tener hijos? —replicó él.

—Siempre es posible. Me gustaría ahorrarme el temor de ponerte en una situación

embarazosa.

Él hablaba de amigos y ella de vergüenza. Seguían sin hablar el mismo idioma. *Madame Wu* tendría que excavar en el corazón de su esposo y extirpar de allí las raíces que ella hubiera plantado, siempre que no fueran demasiado profundas.

Él la miró.

—¿Has dejado de amarme?

Ella se inclinó hacia él. Era una conversación de corazón a corazón.

—Te amo tanto como siempre —dijo con su bella voz—. No deseo otra cosa que tu felicidad.

—¿Y cómo puede ser esto felicidad? —preguntó él con tristeza.

—Sabes que siempre he tenido tu felicidad en mis manos —respondió. Levantó las dos manos como si entre ellas guardara un corazón—. Siempre la he protegido así, desde el momento en que vi tu rostro el día de nuestra boda. La protegeré así hasta mi muerte.

—Si murieses antes que yo, mi felicidad quedaría enterrada contigo.

—No, porque antes de morir la depositaré en otras manos, en las manos que prepararé para ello. —Se dio cuenta de que el poder que tenía sobre él iba abriéndose camino. Él continuaba sentado, inmóvil, mirándole las manos—: Confía en mí —susurró, conservando la postura de sus manos.

—Siempre he confiado en ti.

Ella dejó caer las manos en su falda.

Él continuó de forma obstinada:

—No puedo prometerlo, no puedo, así, tan rápidamente...

—No es necesario que me prometas nada. No te obligaría ni pudiendo hacerlo. ¿Desde cuándo he sido persona de forzar las cosas? No; dejaremos el tema de lado de momento. Vuelve a la cama y permíteme que te tape.

La noche se está enfriando, casi amanece ya. Debes dormir y no despertarte temprano.

Lo guió con suaves movimientos de presión en los hombros, los brazos y las manos. Él la obedeció a regañadientes, pero la obedeció.

—Ten en cuenta que no te he prometido nada —le recordó.

—Nada, nada. —Y lo cubrió con la colcha, retiró una cortina para que corriese el aire y dejó la otra caída para protegerlo de la luz de la mañana cuando empezara a entrar.

Pero él le retuvo la mano.

—¿Dónde dormirás?

—Oh..., ya tengo mi cama preparada —dijo, medio en broma—. Mañana nos veremos. Nada cambiará en la casa. Seremos amigos, te lo prometo, sin que nos separen temores ni vergüenzas...

Él la dejó marchar, serenado por su preciosa y prometedora voz. Siempre conseguía serenarlo. Nunca podía creer la plenitud de todo lo que ella significaba.

Y cuando se quedó dormido, ella se fue y atravesó sin hacer ruido y sola los diversos patios hasta llegar al patio contiguo al de la Vieja Dama. Siguiendo sus instrucciones, se había mantenido limpio y arreglado a lo largo de los años transcurridos desde la muerte del Viejo Caballero, pero hacía sólo unos días que había ordenado preparar con ropa limpia el colchón. Se acostó sobre su nueva ropa de cama. Estaba helada y desprendía la típica sensación de nueva. Tembló un instante por la frialdad y por una extraña y repentina sensación de cansancio. Luego, como si le hubiera sobrevenido una especie de muerte, cayó dormida al instante.

Pero lo que pone la rúbrica a lo que ha sucedido durante la noche es la mañana. Sólo el sol deja claro lo que ha estado bien y lo que ha estado mal. El día siguiente a su cuarenta cumpleaños *madame* Wu se despertó con una nueva sensación de ligereza. Su mirada vagó por la conocida pero poco familiar habitación. Era muy distinta a la estancia donde había dormido durante muchos años. Aquélla había sido decorada para una mujer joven, una mujer casada con un hombre y de la que se esperaba que le diera hijos. Los bordados de las cortinas de la cama eran motivos de frutas y símbolos de fecundidad. La habitación que había abandonado la noche anterior estaba igual que cuando la Vieja Dama la instaló en ella como desposada de su único hijo. La Vieja Dama había adquirido para el dosel bordado unos rasos tan fuertes y unas sedas de colores tan resistentes que en veinticuatro años no había habido excusa para comprar uno nuevo. El único objeto que *madame* Wu había añadido era el cuadro de la criatura humana que ascendía por la montaña. Ahora lo echaba de menos. Haría que se lo llevaran ese mismo día junto con su ropa y sus artículos de aseo. Por lo demás, su antigua habitación sería muy adecuada para la nueva y joven concubina. ¡Que las frutas y los símbolos de fecundidad fueran para ella!

Madame Wu estaba acostada en su nueva cama, sola. Era una cama incluso mayor que la que había dejado atrás, y allí tendida, tanteó sutilmente su corazón. ¿Sufría al pensar que otra mujer se acostaría bajo las colchas de raso rosado de su lecho de matrimonio? Sentía una especie de dolor débil, remoto, nada cercano ni personal. Era un dolor amplio, el dolor que se debe sufrir cuando el Cielo, con su impenetrable sabiduría, dicta el destino del alma. Pues sabía que habría sido inefablemente bueno y reconfortante que el señor Wu hubiera estado preparado para entrar con ella en la segunda mitad de la vida. Le habría supuesto un milagro de dicha que, por sí mismo y sin sacrificios, hubiera podido llegar al mismo tiempo que ella a ese punto de la vida al que ella ya había llegado.

Lo sopesó durante un buen rato. ¿Por qué el Cielo no habría dado a las mujeres el doble de longevidad que a los hombres, de modo que su belleza y su fertilidad duraran lo mismo que la vida de ellos y se marchitaran solamente con el cambio de generación? ¿Por qué la necesidad que el hombre sentía de plantar su semilla se prolongaba durante más tiempo que la plenitud de la mujer?

«Por lo tanto —pensó—, las mujeres deben ser más solitarias que los hombres. Tienen que pasar solas parte de su vida, y el Cielo las ha preparado para ello».

La razón la llevó a abandonar tan vano interrogatorio. ¿Sería posible cambiar lo que el Cielo dictara? El Cielo, en lo que a la vida se refiere, había dado la semilla al hombre y la tierra a la mujer. De tierra había mucha, pero ¿de qué servía sin semilla? La verdad es que la necesidad del hombre continuaba incluso después de que sus huesos se hubiesen convertido en yeso, y su sangre, en agua, y era así porque el Cielo había colocado el hecho de tener hijos por encima de todo lo demás para que la

especie humana sobreviviera. De ahí que fuese preciso plantar hasta la última semilla de las entrañas del hombre, y que esa última semilla llevase dentro de sí un fruto vigoroso, razón por la cual, a medida que el hombre se hacía mayor, su semilla debía ser plantada en un terreno mejor y más fuerte. Por lo tanto, la mujer que se aferraba a un hombre superada su época de fertilidad estaba desafiando los dictados del Cielo.

Llegada a esa conclusión, aquel dolor amplio y remoto se desvaneció, y se sintió liberada y tranquila. De hecho, se sentía como si se hubiese recuperado a sí misma y casi igual a como era de pequeña. Qué extraño y qué agradable sería acostarse por la noche y saber que podía dormir hasta la mañana, o, en caso de estar desvelada, saber que podía seguir despierta sin temor a despertar a otra persona. Era como si le hubiesen devuelto su cuerpo. Se subió una manga y contempló su piel. Estaba más firme y en mejor forma que nunca. Bien alimentada y cuidada, e infundida ahora con una nueva libertad, viviría hasta llegar a anciana. Pero para vivir felizmente habría de ser cuidadosa con todas sus relaciones, especialmente con el señor Wu. No debía permitirse desconectar por completo de él. A buen seguro, no sería tarea fácil cuando el vínculo entre ellos no fuera el de la carne, sino el de la mente y el espíritu. Él tendría que plantearse nuevas formas de dependencia para con ella, formas que, en honor a la justicia, no lo distanciaran de la recién llegada.

—Debo cumplir con mi deber hacia todos —murmuró, y volvió a cubrir con la manga su esbelto brazo.

¿Quién habría de ser esa joven? *Madame* Wu había pensado mucho en ella. Y empezó a darle vueltas de nuevo al tema. Era evidente que debería ser muy distinta a ella. Tenía que ser joven, aunque no más que sus nueras, pues de lo contrario provocaría problemas en la casa. La edad adecuada era veintidós años. No debía tener una educación excesivamente elevada, pues *madame* Wu ya la poseía. No debía ser una mujer moderna, pues una joven moderna no sería feliz como concubina y en poco tiempo estaría apartando a *madame* Wu de su camino y exigiendo todo el tiempo y el corazón del señor Wu, lo que supondría una vergüenza en la casa frente a los hijos. Un hombre mayor podía mantener una concubina con dignidad, pero no dejarse poseer por ella. Naturalmente debía ser bonita, pero no tanto como para suponer una distracción para los demás hombres de la casa, o incluso para el mismo señor Wu. Bastaría con que tuviese una belleza agradable. Y ya que la belleza de *madame* Wu era de un tipo determinado, la de esa joven habría de ser de otro tipo. Es decir, debería ser curvilínea y sonrosada, y tampoco importaría que fuese de osamenta fuerte.

Todo eso apuntaba hacia una joven de origen rural. Más aún: una mujer de campo disfrutaría de buena salud, carecería de malas costumbres y probablemente criaría hijos sanos. Había que tener hijos, por supuesto, pues ninguna mujer se siente satisfecha sin ellos, y cuando no los hay, la mujer se torna irascible, se obsesiona en sí misma y fija todas sus exigencias en el hombre. La concubina no debería estropear la felicidad del señor Wu.

«Y tiene que ser un poco estúpida —reflexionó—, para que se sienta satisfecha con lo que él le dé y no se pregunte acerca de lo que existe entre él y yo».

Empezaba a formarse una imagen mental muy clara de la chica. Veía a una joven algo boba, bonita, aficionada a la buena comida, que nunca había vivido en una casa rica, de modo que aquella casa le inspirara cierto temor, ni terca ni orgullosa, para que no intentase superar sus miedos con mal genio y escándalos.

«Ha de haber muchas jóvenes normales así», pensó animada *madame* Wu.

Decidió que en cuanto se hubiese levantado y ocupado de las tareas del día, mandaría buscar a la anciana que había actuado como alcahueta con Meng. Porque ella había utilizado una alcahueta incluso con su amiga, para impedir que *madame* Kang, con toda su amabilidad, pidiese demasiado poco y después el matrimonio lo sufriera por no haber sido justo.

«Tengo que llamar a la anciana Liu Ma, y le explicaré claramente lo que busco. Es tan concreto como el pedido de una mercancía».

Luego dejó vagar sus pensamientos por las nuevas estancias en que viviría el resto de su vida. Haría muy pocos cambios. Siempre había sentido mucho cariño por su anciano suegro. Al no haber tenido hijas, fue muy bueno con ella, y cuando descubrió que era una joven inteligente y cultivada además de bonita, se sintió muy satisfecho. Dejó de lado los convencionalismos que prohibían a un padre hablar con la esposa de su hijo. La mandaba llamar en muchas ocasiones para leerle algún fragmento de los viejos ejemplares de su biblioteca. Estando el anciano con vida, ella misma se acercaba a la biblioteca a leer. Él había apartado algunos de los libros por considerarlos inapropiados para una mujer, y ella no los tocó jamás. Sin embargo, concluida la primera parte de su vida y sola como estaba, ya podía leerlos todos.

Pensar que la biblioteca llena de volúmenes era ahora suya le proporcionaba una gran satisfacción. Durante los años intermedios de su vida no había tenido mucho tiempo que dedicar a los libros. Al señor Wu no le gustaba la lectura y, por lo tanto, no le gustaba verla con un libro en la mano. Después de años de entregar su cuerpo y su mente a los demás, sentía la necesidad de beber a fondo de viejas fuentes.

Aquellas estancias estaban volviéndose suyas por momentos. El Viejo Caballero había muerto tanto tiempo atrás que había dejado de existir para ella como carne y sangre. En el presente, cuando pensaba en él, se le representaba como una mentalidad sabia y anciana, una voz anciana y tranquila. Por tanto, en aquellas estancias no había nada que quisiese cambiar, pues allí no tenía sensación alguna de carne y sangre. Las cortinas de la cama estaban hechas con seda brocada en azul oscuro, nada que ver con la pasión o la fecundidad. Las paredes estaban encaladas y con el tiempo habían adquirido un tono amarillento. Las vigas del tejado se habían dejado al descubierto. Puertas y ventanas, sillas y mesas, eran sólidas y sencillas, construidas con simple madera pulida y oscurecidas con laca Ningpo, una tintura oleosa que duraba generaciones en el interior de una casa. El suelo estaba cubierto con grandes baldosas cuadradas de color gris, tan antiguas que se habían hundido incluso junto a la cama y

en la puerta que daba acceso a la biblioteca. El dormitorio era una de las tres habitaciones, y la tercera era la sala alargada que daba al patio. Sólo haría un pequeño cambio en el patio. Las copas de los árboles estaban muy pegadas entre sí y no dejaban pasar el sol, y las piedras que había a sus pies estaban cubiertas de musgo resbaladizo.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante!

Ying hizo su aparición, asustada.

—No sabía dónde estaba, señora —tartamudeó—. He buscado por todas partes. He entrado en su antigua habitación y he despertado al amo, y se ha enfadado conmigo.

—A partir de ahora, y hasta que me muera, me encontrarás aquí todas las mañanas —dijo con calma *madame Wu*.

La noticia se filtró entre la familia a medida que fue transcurriendo el día. El hijo mayor se lo contó a su esposa, y ésta se lo contó a la otra, Ying lo contó al cocinero, y él, al ayudante de cocina, de modo que al final de la jornada no había ni un alma que no supiese que *madame Wu* se había trasladado a las estancias del Viejo Caballero. A través de los criados la noticia llegó a oídos de la doncella de la Vieja Dama, y, de ese modo, a la anciana, que no podía creerlo. *Madame Wu* no le había mencionado nada expresamente, pues sabía que se enteraría de lodo por su doncella, y así estaba bien, pues la primera explosión de carácter de la mujer la recibiría alguien que no era más que una criada. Cuando hubiese terminado, la Vieja Dama estaría dividida pensando con quién debía pelearse primero, si con su hijo o con su nuera. Si se decidía en primer lugar por *madame Wu*, significaría que le echaba la culpa a ella. Si se decidía en primer lugar por su hijo, significaría que pensaba que todo era culpa de él.

Cerca del mediodía, mientras *madame Wu* se ocupaba de las cuentas del último mes en el salón que había pasado a ser suyo, vio a la doncella de la Vieja Dama, precediendo a ésta y acercándose por el patio. Ya habían cortado los árboles y rascado el musgo que cubría las piedras. La anciana se detuvo a ver qué habían hecho. Se apoyó con una mano en el brazo de su doncella mientras con la otra seguía sosteniéndose en su bastón con cabeza de dragón. El sol inundaba el antaño eternamente sombrío patio, y los peces del estanque central, cegados por la luz se habían hundido en el fango, de modo que el agua aparecía vacía. Pero por encima del agua bailaban un par de libélulas azules, borrachas de sol.

—Has talado el orgullo de la China —dijo la Vieja Dama con un tono acusador.

Madame Wu, que se había levantado para aproximarse a ella, sonrió.

—Esos árboles germinan con mucha facilidad y crecen muy rápidamente. Ése no estaba plantado, sólo se había abierto paso entre dos piedras.

La Vieja Dama suspiró y continuó caminando hacia la puerta. Cuando *madame*

Wu la cogió por el codo, le aparto la mano casi con despecho.

—No me toques —dijo malhumorada—. Estoy muy enfadada contigo.

Madame Wu no respondió. Siguió a la dama hacia el interior.

—No me comunicaste que ibas a trasladarte aquí —protestó con su áspera voz de anciana—. Nadie me cuenta nunca nada de lo que sucede en esta casa. —Tomó asiento mientras iba hablando.

—Debería habértelo dicho —admitió—. No ha estado bien por mi parte. Debo pedirte que me perdones.

La Vieja Dama refunfuñó.

—¿Te has peleado con mi hijo? —preguntó muy seria.

—En absoluto. De hecho, nunca nos peleamos.

—No me vengas con palabrerías —le ordenó—. Aún puedo oír la verdad.

—No es palabrería, madre. Ayer cumplí cuarenta años. Llevaba tiempo decidida a que cuando llegara ese día, me retiraría de mis deberes como mujer y encontraría a una persona joven para mi señor. El sólo tiene cuarenta y cinco años. Le quedan aún muchos por delante.

La Vieja Dama se sentó y cruzó sus delgadas manos sobre la cabeza del dragón, observando con detalle a la esposa de su hijo.

—¿Es que ama a otra? —Quiso saber—. Si se ha dedicado a jugar por las casas de flores, voy a hacerle..., le haré...

—No, no hay otra mujer. Tu hijo es el mejor de los hombres y siempre ha sido bueno conmigo. Soy lo bastante egoísta como para desear mantener fresco el buen amor que hemos tenido siempre. Y eso es imposible si llevo encima la carga del miedo de un hijo tardío, y también si mi fuego se debilita mientras el de él sigue ardiendo.

—La gente dirá que él ha hecho el tonto y que tú te lomas tu venganza —dijo severamente la anciana—. ¿Quién va a creerse que te has retirado por voluntad propia..., a menos que hayas dejado de quererlo?

—No he dejado de quererlo.

—¿Qué es el amor entre un hombre y una mujer si no se acuestan juntos?

Madame Wu hizo una larga pausa antes de responder.

—No lo sé —dijo por fin—. Siempre me lo he preguntado, y quizá ahora lo descubra.

La Vieja Dama resopló.

—Espero que no lo suframos todos. ¡Espero que no entre en esta casa una nueva fuente de problemas!

—Debo ser yo quien se ocupe de eso —admitió *madame Wu*—. Si tal cosa ocurriera, la culpa sería sólo mía.

—¿Dónde está esa nueva mujer?

La anciana seguía ofendida, pero notaba que el enfado iba disipándose en contra de su voluntad. Era verdad que ninguna mujer deseaba concebir superados los

cuarenta. Ella misma había sufrido aquella desgracia, pero por suerte el niño murió al nacer. Pero recordaba con claridad, como si fuese el día anterior en lugar de más de treinta años atrás, la profunda vergüenza que sintió al saber que había quedado embarazada a esa edad. Hasta entonces había deseado tener más hijos, pero a los cuarenta no quería más, y durante todos los meses de infeliz espera peleó constantemente con su esposo.

—Ve y búscate una prostituta —le espetaba al acongojado hombre—. ¡Ve y búscate una jovencita que esté siempre dispuesta!

Esos comentarios causaron un dolor profundo al Viejo Caballero, el cual nunca más se le acercó después de aquello. Pero tampoco la quiso igual. A ella le fastidiaba a menudo su reserva, pues era tan tímido y amable como podía ser un amante de los libros, pero, a partir de entonces, el hombre prácticamente no volvió a dirigirle la palabra. Incluso en el presente, recordando su rabia contra él, la Vieja Dama sentía una leve punzada de remordimiento. Lo sucedido había sido tan sólo fruto de la naturaleza, nada más. ¿Por qué hubo de culpabilizar de ello al buen hombre que tenía por marido?

Suspiró.

—¿Dónde está esa mujer? —inquirió de nuevo, olvidando que ya lo había preguntado.

—Todavía no la he encontrado.

La doncella seguía la conversación mientras simulaba atender a su anciana ama, primero sirviéndole té, luego abanicándola y después moviendo un biombo para que el sol no le diera directamente. Pero *madame Wu* ya había pensado en ello y se había dicho que era mejor que los criados se enterasen de todo de primera mano.

—Será difícil de encontrar —dijo con obstinación la Vieja Dama.

—Creo que no. Sé exactamente cómo habría de ser. Lo único que queda es elegir según eso.

—De todos modos, sigo creyendo que debería echarle la culpa a mi hijo.

—No lo hagas, por favor —le suplicó *madame Wu*—. Culparlo haría que se sintiera un fracasado en cierto sentido, y él no es responsable en absoluto. No tiene que reprocharse nada por el simple hecho de que yo haya cumplido los cuarenta. Sería tremendamente injusto.

La Vieja Dama rezongó.

—¡Oh, Cielo, que ha creado al hombre y a la mujer como si fueran de dos tierras distintas!

Madame Wu sonrió al oírla.

—Tal vez hagas bien culpando al Cielo de todo; no lo negaré.

Parecía no haber nada más que decir después de eso.

La Vieja Dama seguía recordando la intensidad de la situación similar que había vivido muchos años atrás. Si el padre de su hijo hubiese tomado una mujer más joven, ella se habría enfadado mucho, aun habiéndole dicho a gritos que lo hiciese.

Pero aquella mujer, su nuera, quizá fuese más lista que ella.

Empezaba a divagar, como le sucedía últimamente con frecuencia, y miró a su alrededor.

—¿Piensas cambiarlo todo en las habitaciones? —preguntó.

—No cambiaré nada, excepto el cuadro que he tenido conmigo de mi antiguo dormitorio. Siempre le he tenido mucho cariño.

La pintura estaba ya en la pared opuesta a donde estaba sentada, pues, justo después de desayunar, le había ordenado a Ying que le pidiera a un criado que la llevara y la colgara allí. Había decidido no ponerla en el dormitorio como antes. Su nuevo dormitorio sería sólo para dormir.

La Vieja Dama se había levantado. Se acercó al pergamino y se quedó frente a él, apoyada en su bastón.

—Ese que sube a la montaña... ¿qué es? ¿Un hombre o una mujer?

—No lo sé. Tal vez carezca de importancia.

—¡Solo! —murmuró—. ¡Solo en medio de todas esas montañas! Siempre he odiado las montañas.

—Supongo que esa persona no estaría ahí si la soledad le importara.

Pero la tristeza de la anciana iba siempre acompañada de una fuerte sensación de hambre. La imagen la había puesto triste.

Se giró hacia *madame* Wu con cara de pena.

—Tengo hambre. Hace horas que no como nada.

—Llévala a sus habitaciones y dale de comer lo que desee —indicó entonces *madame* Wu a la criada.

Cuando la Vieja Dama se hubo ido, ella volvió a sentarse con sus cuentas. Nadie fue a verla durante el resto del día. La familia se sentía infeliz y guardaba silencio. Se preguntó si el señor Wu iría a visitarla y se sorprendió sintiendo cierta timidez al pensar en él. Pero tampoco él apareció. Comprendía exactamente lo que estaba sucediendo en la casa. Los hijos y las esposas de los hijos se habrían pasado la mitad del día hablando, discutiendo qué debían decir y hacer, y consultando con primos y esposas de primos. Al no haber llegado a un acuerdo, nadie se había acercado a verla, y ya que no la habían visitado los mayores, tampoco lo habían hecho los niños. En cuanto a los criados, era simplemente la prudencia natural lo que los mantenía en silencio y centrados en su trabajo hasta que el ambiente de la casa se hubiera despejado. A lo largo de la jornada, sólo Ying se dedicó a atenderla, y habló bien poco, aunque cada vez que entraba lo hacía con los ojos enrojecidos. *Madame* Wu, de todos modos, simuló no darse cuenta de ello. Dedicó la jornada a sus cuentas, que había permitido que se acumularan durante la preparación de la fiesta de cumpleaños.

Se dedicó a estudiar un libro de contabilidad tras otro, primero las cuentas de la casa, que llevaba el administrador, luego las de la ropa —la remendada y la nueva—, después las reparaciones y las sustituciones que se habían realizado en la vivienda, siempre importantes en una familia tan grande, y finalmente las de las tierras. Las

tierras ancestrales de la familia Wu eran extensas y productivas, y la familia dependía de ellas y de las tiendas. Ni el señor Wu ni ninguno de sus hijos habían ido nunca a trabajar. Ciertamente es que algunos de los primos más lejanos se habían instalado en otras ciudades como mercaderes o en el sector de la banca y el comercio, pero incluso éstos, cuando estaban temporalmente alejados del trabajo, regresaban a las tierras un tiempo para recuperarse. *Madame Wu* administraba tanto las tierras como la casa. Hacía mucho que su marido repasaba los libros sólo una vez al año, justo antes de que llegase año nuevo. Pero ella estudiaba las cuentas de la casa dos veces al mes, y las de las tierras una vez al mes. Conocía exactamente el estado de las cosechas de arroz y trigo, los huevos, las verduras y el combustible. El administrador le informaba de cualquier cambio o desastre. A veces ella se lo comentaba al señor Wu, y a veces no. Dependía de lo cansada que estuviera. Si estaba cansada, arreglaba el asunto ella sola.

Aquel día se dedicó a esa labor desde primera hora de la mañana hasta que anocheció, y sólo se detuvo para supervisar la disposición de la pintura y la tala de los árboles. La casa estaba en silencio, como si ella fuese la única alma viviente. El silencio suponía un descanso. No lo deseaba a diario, naturalmente. Eso habría sido como entrar en la muerte demasiado pronto. Pero después de cuarenta años, resultaba agradable pasar un día sola por completo, sin que ni una voz le pidiera nada. Las cuentas eran correctas y satisfactorias. Habían gastado menos de lo que habían ingresado. Los graneros no estaban todavía vacíos y pronto se recogerían las nuevas cosechas. Las despensas estaban llenas de comida, tanto en salazón como fresca. Las sandías habían madurado y estaban ya colgadas en el interior de pozos profundos para mantenerlas frescas. El administrador había escrito con letra de pulga: «Diecinueve sandías, siete amarillas, el resto rojas, colgadas en los dos pozos del norte». Pediría que le llevaran una esa noche antes de acostarse. La sandía era buena para el riñón.

Después de cerrar los libros de contabilidad, siguió sentada impregnándose del dulce silencio de la soledad. Sentía rezumar la fatiga poco a poco, como un veneno expulsado por sus pulmones. Estaba mucho más cansada de lo que nunca habría imaginado, un agotamiento no tanto físico como espiritual. Resultaba incluso difícil definir en qué lugar del espíritu se encontraba ese agotamiento. Lo que era evidente es que su cabeza no estaba exhausta. Estaba hambrienta, en estado de alerta e impaciente por ejercitarse. Tenía la sensación de que llevaba mucho tiempo sin utilizarla de verdad excepto en temas como gestionar las cuentas, resolver peleas y decidir si un niño debía ir a un colegio o a otro. No; su fatiga estaba oculta en algún lugar de lo más profundo de su ser, tal vez en su abdomen, en su vientre. Llevaba veinticuatro años dando vida, antes de que los niños naciesen y después de que naciesen, y ahora eran ellos quienes darían vida a otros hijos. Madre y abuela, se habían concentrado por completo en dar vida. Eso había acabado.

En aquel instante oyó pasos. Claros y decididos, resonaron en las piedras al

acercarse. Se extrañó un momento..., ¿zapatos de piel? ¿Quién, entre las mujeres, llevaba zapatos de piel? Porque eran pisadas de mujer. Entonces lo supo. Era Rulan, nacida en Shangai, la esposa de Tsemo, su segundo hijo. Suspiró, reacia a prescindir ni un minuto de su silencio y soledad. Pero se reprendió por ello. Nadie debía pensar que se había retirado de la vida de la casa. Más bien se trataba de que considerasen aquel lugar como el centro de la casa porque ahora ella vivía allí.

—Ven aquí, Rulan —dijo. Su hermosa voz sonó alegre.

Al levantar la vista, vio que los oscuros ojos de la chica examinaban su cara. La joven estaba en el umbral de la puerta, alta y delgada. Llevaba un vestido largo y recto ceñido a la cintura, siguiendo la moda medio extranjera de Shangai. Tenía poco pecho. No era bella porque los pómulos le quedaban muy altos. El rostro de *madame* Wu formaba el óvalo terso de la belleza clásica. El de Rulan era ancho en la parte de los ojos y estrecho en la barbilla. Tenía la boca cerrada en una mueca taciturna.

Madame Wu pasó por alto aquel signo de mal humor.

—Pasa y siéntate, hija. Acabo de terminar con las cuentas familiares. Somos afortunados..., la tierra ha sido bondadosa.

La chica era muy normal, pero aun así tenía destellos de belleza; eso pensó *madame* Wu mientras la observaba tomar asiento muy erguida en una silla. Carecía del refinamiento y la educación que poseían las demás jóvenes de la casa. A veces daba incluso la impresión de que le gustaba ser descortés y siempre muy seca. La miró con interés. Era la primera vez que estaba a solas con ella.

—Debes cuidar tu bonita boca, hija —le dijo con ese tono amable y desapasionado que todas las personas jóvenes encontraban desconcertante, ya que no era ni de censura ni de asesoramiento.

—¿A qué te refieres? —tartamudeó Rulan. Le temblaron los labios en cuanto los separó.

—Ahora tienes una boca encantadora y trémula. Pero cuando la mujer se hace mayor, la boca va cambiando. La tuya será más encantadora si cobra firmeza, o se volverá poco elegante y terca.

Su fría voz no transmitía ningún tipo de interés, simplemente declaraba lo que cabía esperar. De haber mostrado algún tipo de interés, Rulan le habría dicho que no le importaba en qué se convirtiera su boca. Pero confundida por la frialdad, se limitó a apretar los labios un instante y a juntar sus oscuras cejas.

—¿Has venido para hablarme de alguna cosa? —preguntó *madame* Wu. Había cambiado de asiento para instalarse en otro más cómodo que la silla recta de madera junto a la mesa. También era de madera, pero tenía el respaldo curvado. Sin embargo, no se recostó. Continuó con la espalda erguida mientras llenaba su pequeña pipa. La encendió y dio sus dos habituales y delicadas bocanadas.

—¡Madre! —exclamó Rulan con ímpetu. Se sentía como enjaulada, incómoda, y no sabía cómo empezar.

—¿Sí, hija? —dijo *madame* Wu con benevolencia.

—Madre —repitió—, has disgustado a todo el mundo.

—¿De verdad? —Su voz sonaba llena de musicalidad y asombro.

—Sí, de verdad. Tsemo ha dicho que yo no tenía que hablar contigo. Ha dicho que era deber de Liangmo como hijo mayor. Pero Liangmo no lo hará. Asegura que no serviría de nada. Y Meng no hace más que llorar. Yo he contestado que alguien debía venir a hablar contigo.

—Y no ha venido nadie excepto tú. —*Madame Wu* esbozó una leve sonrisa.

Rulan no respondió a la sonrisa. Su joven rostro, excesivamente serio, agonizaba entre la timidez y la determinación.

—Madre —empezó una vez más—, siempre he tenido la sensación de no ser de tu agrado, y por ello debería ser la última en estar aquí.

—Te equivocas, hija. Nadie hay en el mundo que no sea de mi agrado, ni siquiera esa pobre alma extranjera, la Pequeña Hermana Hsia.

Rulan se estremeció.

—No soy de tu agrado —la contradijo—. Lo sé. Soy mayor que Tsemo, y no te gusto por eso. Y nunca me perdonarás que nos enamorásemos en Shangai y que decidiéramos casarnos en lugar de permitirte arreglar nuestros asuntos.

—Por supuesto que eso no me gustó —admitió *madame Wu*—. Pero cuando reflexioné sobre ello, supe que quería la felicidad de Tsemo, y cuando te vi, supe que él era feliz, por lo que me sentí satisfecha contigo. No puedo evitar que seas mayor que él. Es incómodo para la casa, pero he conseguido arreglarlo a pesar de eso. Todo se puede arreglar.

—Pero si yo fuese como Meng y las demás —replicó Rulan con sus modales tremendamente impetuosos—, ahora no me sentiría tan mal por lo que has hecho. Madre, no debes permitir que padre tome otra mujer.

—No es cuestión de que se lo permita —dijo *madame Wu*, manteniendo su tono benévolo—. He decidido que es lo mejor para él.

El rostro rubicundo de Rulan se quedó sin color.

—Madre, ¿sabes lo que haces?

—Creo que lo sé.

—La gente se reirá de nosotros. Tener una concubina está pasado de moda.

—Para la gente de Shangai, quizá sí —contestó, y su voz le transmitió el mensaje de que no le importaba en absoluto lo que la gente de Shangai pensase.

Rulan la miró con terca desesperación. Aquella mujer fría que era la madre de su esposo era tan bella, tan perfecta, que quedaba fuera del alcance de cualquier enfado, de cualquier reproche. Sabía desde hacía mucho tiempo que nunca podría imponerse sobre Tsemo yendo en contra de ella. El control que su madre ejercía sobre él era tan absoluto que ni siquiera se rebelaba. Estaba convencido de que todo lo que su madre hiciese era finalmente por su propio bien. Ese mismo día, cuando todas las mujeres se revolvían ante la idea de una nueva mujer en la casa, Liangmo había guardado silencio, y Tsemo se había encogido de hombros mientras jugaba al ajedrez con

Yenmo, el menor.

—Si nuestra madre quiere una concubina, por algún motivo será, pues nunca actúa sin un motivo. Yenmo, te toca a ti.

Yenmo jugaba sin prestar atención a la agitación reinante. Tsemo era su hermano más querido, pues jugaba con él a diario. Sin él, el pequeño se habría sentido solo en una casa llena de mujeres y niños.

—¡Motivo! —exclamó Rulan con desprecio.

—Vigila tu lengua —repuso con severidad Tsemo sin levantar la vista del tablero.

Ella no se atrevió a desobedecerlo. Pese a ser más joven, Tsemo había heredado la calma de su madre y aquello le proporcionaba poder sobre el carácter arrebatado y apasionado de su esposa. Pero ella decidió secretamente ir a ver a *madame Wu*.

Apretó las manos contra sus rodillas y la miró.

—De hecho, madre, que un hombre tome una concubina va contra las leyes, ¿lo sabías?

—¿Qué leyes?

—¡Las nuevas leyes! ¡Las leyes del partido revolucionario!

—Esas leyes, igual que la nueva constitución, no son de momento más que papel.

Notó que Rulan se quedaba desconcertada al oírla utilizar la palabra «constitución», pues no esperaba que ella supiese nada al respecto.

—Somos muchos los que hemos trabajado duro para abolir el concubinato —declaró la joven—. Marchamos en procesión por las calles de Shangai bajo el calor del verano, con el sudor empapándonos el cuerpo. Portamos pancartas a favor del sistema de matrimonio de una única esposa, como el que tienen en Occidente. Yo misma llevé una pancarta azul con letras blancas en la que se leía «Abajo las concubinas». Y ahora, alguien de mi propia familia, la madre de mi esposo, hace una cosa tan pasada de moda, tan... tan malvada..., porque es malvado, madre, volver a las crueles formas antiguas...

—Hija mía —dijo *madame Wu* con su dulce y razonable voz—, ¿qué harías si un día Tsemo quisiese otra esposa, alguien, digamos, con menos energía e ingenio que tú, alguien más dúctil y cómodo?

—Me divorciaría de él enseguida —respondió con orgullo—. No lo compartiría con ninguna otra mujer.

Madame Wu volvió a encender su pequeña pipa y dio dos bocanadas más.

—La vida del hombre se divide en muchas partes. La mujer es consciente de ello a medida que se hace mayor.

—Creo en la igualdad entre el hombre y la mujer —insistió Rulan.

—Ah, dos cosas iguales no significa que sean la misma cosa. Son iguales en importancia, igualmente necesarias para la vida, pero no son lo mismo.

—Eso no es lo que pensamos hoy en día. Si una mujer se siente satisfecha con un hombre, un hombre debería sentirse satisfecho con una mujer.

Madame Wu dejó su pipa.

—Eres tan joven —dijo pensativa—, que me pregunto cómo puedo explicártelo. Mira, hija mía, lo que importa es la dicha..., la dicha del hombre, la dicha de la mujer. Cuando uno alcanza su grado de dicha, ¿crees que debería decirle al otro: «Mira, párate aquí porque ya me siento dichoso»?

—Pero Liangmo nos ha explicado que nuestro padre no desea otra mujer —insistió tenazmente Rulan.

Madame Wu pensó: «¡Ah, así que Liangmo ha estado hablando con su padre!». Durante un momento sintió pena por su marido, a la merced de sus hijos sin tener culpa de nada.

—Cuando has vivido veinticinco años con un hombre como su esposa —dijo apaciblemente—, has vivido con él hasta conocerlo al máximo. —Suspiró, y de pronto deseó que aquella joven desapareciera. Sin embargo, empezaba a gustarle mucho más que antes. Se necesitaba coraje para acudir sola a verla y dirigirle aquellas palabras contundentes, valientes, insensatas—: Hija —continuó, inclinándose hacia ella—, creo que, después de todo, el Cielo es bondadoso con las mujeres. No podemos seguir teniendo hijos eternamente. De manera que cuando una mujer cumple cuarenta años, el Cielo, con su clemencia, le dice: «Pobre alma y pobre cuerpo, el resto de tu vida es para ti. Te has dividido sin parar una y otra vez, toma lo que queda de ti vuelve a convertirte en un ser completo para que la vida te satisfaga por lo que eres, no sólo por lo que das, sino por lo que obtienes». Dedicaré el resto de mi vida a integrar mi mente y mi cuerpo. Me ocuparé con atención de mi cuerpo, no porque con él haya de satisfacer a un hombre, sino porque me alberga y, por lo tanto, dependo de él.

—¿Nos odias a todos? —preguntó la chica. Abrió los ojos de par en par y, por primera vez, *madame Wu* se percató de toda su belleza.

—Os quiero a todos más que nunca.

—¿También a nuestro padre?

—También a él. ¿Por qué si no desearía tan fervientemente su felicidad?

—No te entiendo —dijo transcurrido un momento—. Creo que no sé a qué te refieres.

—Mi edad te queda muy lejos. Sé paciente conmigo, hija mía, en cuanto a tratar de comprender lo que deseo.

—¿Vas a hacer de verdad lo que quieres? —preguntó dudosa Rulan.

—De verdad voy a hacerlo —respondió con ternura *madame Wu*.

Rulan se levantó.

—Voy a ir a explicárselo a los demás. Pero no creo que nadie lo comprenda.

—Diles que tengan paciencia conmigo —pidió la mujer, sonriéndole.

—Bien, si estás segura... —respondió, dubitativa aún.

—Muy segura.

Cuando Rulan se hubo ido, *madame Wu* se alegró una vez más de la soledad y el silencio. Sonrió levemente al pensar en toda la familia reunida sin ella, consternados

todos, preguntándose qué hacer, porque por primera vez desde que la conocían, ella había hecho alguna cosa sola. Y mientras sonreía, se sintió llena de paz. Sin esperar a Ying, pues faltaban todavía dos horas para irse a dormir, se bañó, se puso un camisón de seda blanca y se acostó en la gigantesca y vieja cama con cortinas oscuras. Cuando Ying entró en la habitación una hora después, se asustó ante aquel silencio y corrió hacia el dormitorio. Allí, detrás de las cortinas abiertas de la cama, vio a su ama tendida en la cama sin moverse. Fue hacia ella, con el corazón en un puño y la vista clavada en la figura inmóvil.

—¡Oh, Cielo! —gimió—. ¡La señora ha muerto!

Pero *madame* Wu no estaba muerta, sino tan sólo dormida, aunque la criada jamás la había visto dormir de aquel modo. Ni su exclamación la despertó.

—¡Ella, que se despierta al amanecer incluso con el revoloteo de un pájaro en el alero! —dijo, maravillada. Se quedó un instante contemplando la belleza pura del rostro de su ama; luego dio un paso atrás y corrió las cortinas—. Está agotada hasta no poder más —murmuró—. Está cansada porque en la casa todos viven de ella, como niños de teta.

Se detuvo en el umbral de la puerta del patio y miró a derecha e izquierda. Nadie se acercaba, y mucho menos el señor Wu.

En el patio de Liangmo, los dos hijos mayores y sus esposas estuvieron hablando hasta que el reloj de agua superó la primera mitad de la noche. Los dos jóvenes permanecieron en silencio la mayor parte del tiempo. Se sentían confusos y avergonzados en nombre de su padre. Él era un hombre, como ellos. ¿Sucedería lo mismo con sus matrimonios cuando alcanzaran la edad madura? Tenían sus dudas, y las ocultaban.

De las dos esposas, la más callada era Meng. Estaba en un momento demasiado feliz de su vida como para ponerse a discutir con nadie. Consideraba a Liangmo el hombre más atractivo y mejor de todos, y se preguntaba continuamente cómo podía haber tenido la fortuna de recibirlo como marido. No había nada en él que no fuese de su agrado. Su cuerpo joven y fuerte, su buen carácter, la dulzura de sus modales, su inagotable amabilidad, su paciencia, su risa fácil, la forma en que unía los labios, la tersura de sus mejillas, la suavidad de su pelo negro, la firmeza de sus manos, la frialdad seca de sus palmas... Lo conocía bien y le encantaba todo. No le encontraba fallo alguno. Estaba loca por él y feliz de que así fuera. No quería nada para sí misma. Ser suya, acostarse entre sus brazos por la noche, atenderlo durante el día, doblar su ropa, llevarle personalmente la comida, servirle el té y encenderle la pipa, escuchar todas y cada una de sus palabras, ocuparse de remediarle el mínimo dolor de cabeza, probar por él el sabor de un plato o la temperatura del vino, ésas eran sus alegrías y sus tareas. Pero por encima de todo estaba darle hijos. Su único deseo era darle muchos hijos. Ella era el instrumento de su inmortalidad.

Ahora, como siempre que estaba presente, pensaba en él y escuchaba las voces de los demás a través de la bruma dorada de la felicidad que sentía a su lado. El hecho de que su suegro pudiera tomar una concubina servía tan sólo para que Liangmo fuese aún más perfecto ante sus ojos. No había otro como Liangmo. Era mejor que su padre, más inteligente, más fiel. Y estaba satisfecho con ella.

Mientras Rulan hablaba, Meng escuchaba pensando en Liangmo. Cuando Rulan le dijo: «Meng, tú eres la esposa del hijo mayor, ¿qué opinas?», ella se giró hacia su marido para ver qué debía opinar.

Rulan lo sabía y la menospreciaba por no tener pensamientos propios. También ella amaba a su joven esposo, y muy a menudo, cuando estaban solos, le comentaba a Tsemo lo mucho que lo quería por no ser un tonto como Liangmo. Ella sufría en secreto que Tsemo no fuese el hijo mayor. Era más fuerte que Liangmo, más agudo, más rápido, más delgado y de lengua más afilada. Liangmo era como su padre, pero Tsemo era como su madre. Rulan lo quería mucho, incluso cuando peleaban. Las disputas eran frecuentes, y se odiaba por ello. Todas las riñas terminaban con su tormentoso arrepentimiento, un arrepentimiento que tenía su origen en su constante y secreto miedo, que incluso a sí misma se ocultaba, pues era mayor que Tsemo y sabía que ella lo amó antes de que él la amase. Sí, ésa era su secreta vergüenza: haberle entregado su corazón en la escuela donde se habían conocido, y que su corazón la hubiese forzado a perseguirlo con excusas mal camufladas de libros que no entendía y apuntes que había perdido, y cualquier cosa que pudiera imaginarse para atraerlo hacia ella. Suyo fue el primer ofrecimiento de amistad, y suya la mano que inició una caricia.

Y se había excusado atrevidamente de todo ello, ante sí misma y ante él, diciendo que era una mujer de su tiempo, no una mujer anticuada ni temerosa de los hombres, sino que creía que hombres y mujeres eran iguales. Pero sabía, en todo momento, que Tsemo era más joven, que nunca había conocido a otra mujer, que el amor que ella sentía por él lo había presionado, y que había acabado sucumbiendo, pero no con todo su ser.

—¡Temes a la anticuada de tu madre! —le había dicho ella.

A lo que él contestó, muy en serio:

—La temo porque siempre tiene razón.

—Nadie tiene siempre razón.

—No conoces a mi madre —replicó Tsemo riendo—. Aun cuando deseo que esté equivocada, sé que tiene razón. Es la mujer más inteligente del mundo.

Pronunció esas palabras con inocencia, pero con ellas clavó una daga en el corazón de Rulan, y allí seguía. La joven había entrado en la casa de los Wu dispuesta a odiar a su suegra y a estar celosa de ella, y estaba rabiosa porque ni podía odiarla ni sentir celos. La fría amabilidad que la mujer mostraba con todos no daba pie a ello. Si percibía el odio de Rulan, no lo manifestaba, y la joven comprendió pronto que a *madame* Wu no le importaban ni el amor ni el odio.

Tampoco podía sentir celos. En una de sus peleas le había espetado a Tsemo lo siguiente:

—¿Por qué amas tanto a tu madre? Ella no te ama tanto a ti.

A lo que él respondió con su habitual frialdad:

—No quiero que me amen demasiado.

Una nueva punzada para Rulan, que la dejó estremeciéndose. Se la podía herir con facilidad; su corazón estaba siempre abierto y listo para ser herido, y su orgullo oscilaba en todo momento.

—¡Me imagino que piensas que yo te amo demasiado! —le espetó a Tsemo en aquella ocasión.

Y él no le contestó. Tenía una figura muy gallarda, ancho de hombros, estrecho de cintura. Todos los hijos eran guapos excepto Yenmo, que estaba aún demasiado gordo, pero Tsemo era el de aspecto más noble de todos. Aquel aspecto noble torturaba a Rulan. ¿Sería el espejo de su alma o sólo una artimaña construida con huesos, encajados en su cráneo y cubiertos por una fina carne y una piel suave y dorada? No lo sabía, y él le escondía la verdad, o así lo creía ella.

—Dime en qué piensas, Tsemo —le pedía a menudo.

A veces él se lo decía, otras no.

—Déjame un poco de intimidad —le respondía con dureza en esas ocasiones.

—¡No me quieres! —le gritaba ella con frecuencia.

—¿Que no? —replicaba él, y Rulan maldecía su lengua acosadora.

Aun así, había veces en que él la amaba con toda la delicadeza que ella le exigía, pero ¿cómo saber a qué se debían esas ocasiones? Sola, se encolerizaba ante su jovialidad y se abandonaba a merced de su amor, anhelando poder liberarse de él porque la convertía en inferior y dependiente. Pero ¿cómo liberarse de las cadenas a las que ella misma se había atado? Su alma era una tempestad. La vida que en su día soñara había muerto. Estaba encarcelada en aquella casa. ¿Y quién era su carcelero, sino ella misma?

Vivía aquella tempestad con el máximo secretismo, pero no podía ocultarlo todo. Su genio saltaba enseguida y su desdén era apasionado. Tenía facilidad para echar las culpas a los criados, que no estaban acostumbrados a la descortesía en aquella casa, y por eso la atendían peor que a los demás miembros de la familia y se reían de ella en las cocinas, y siempre alguno acababa contándole lo de esas bromas. La joven solía mostrarse terca y todo lo encontraba poco conveniente y anticuado.

—En Shangai teníamos agua corriente y electricidad —decía, y se lamentaba de las bañeras llenadas a cubos, de las velas y las lámparas de aceite. Y ¿quién le prestaba atención? Estaba sola, viviendo bajo el techo de los Wu entre sesenta desconocidos, y ni siquiera había concebido aún un hijo.

Por consiguiente, cuando aquella noche criticó en exceso a su suegro, Tsemo acabó cansándose. Bostezó, estiró los brazos y estalló en una risotada.

—¡Oh, pobre padre! —dijo riendo—. Al fin y al cabo, si tuviéramos que hacerte

caso, Rulan, es a él a quien debemos compadecer. Nosotros únicamente veremos a esa mujer de pasada, pero él tendrá que soportar el peso de su carga día y noche. Vamos, chica, es medianoche. Vete a la cama y descansa..., y dame un respiro.

Se levantó, se desperezó, se pasó las manos entre el cabello, le silbó como si fuese un perro y se marchó. ¿Qué otra cosa podía ella hacer que seguirlo camino a su patio?

3

Por la mañana, *madame* Wu se despertó después de una noche de sueño ininterrumpido. Una de sus bendiciones fue que, al despertarse, vio ante sus ojos el camino, como la luz de la luna reflejada sobre el mar oscuro, camino que había decidido tomar. Aparecía muy claro ante ella.

«Tengo que elegir a esa mujer enseguida», se dijo. La casa no estaría tranquila mientras se mantuviese a la espera. Por lo tanto, ese mismo día mandaría llamar a la vieja alcahueta y la interrogaría sobre qué jóvenes de orígenes rurales podrían ser adecuadas. Había ya repasado a todas las que conocía, pero ninguna era la que deseaba. O eran de clase demasiado alta o demasiado baja. Hijas de familias ricas que resultarían excesivamente orgullosas y problemáticas, o educadas tan a la extranjera que acabarían incluso pretendiendo arrinconarla. O hijas de pobres que resultarían igualmente orgullosas y problemáticas. No, para liberarse de los temores y las envidias debía encontrar una joven que no tuviera ni mucho ni poco. Y sería mejor, además, que fuese una perfecta desconocida, de origen remoto a ser posible, para que cuando entrara en la casa, arrancase todas sus raíces y volviera a plantarlas de nuevo allí.

Ying entró con el té de la mañana y unos dulces; *madame* Wu la saludó y le dijo:

—Después de desayunar hablaré con esa anciana, Liu Ma.

—Sí, señora —contestó con tristeza Ying.

La ayudó a levantarse y vestirse en silencio. Le cepilló la larga melena sedosa y se la recogió, luego desapareció para regresar con el desayuno. Lo hizo sin pronunciar palabra, igual que su ama. Ésta se dejó vestir, con su bello y esbelto cuerpo tan flojo como el de una muñeca a merced de las manos de Ying. Pero comió bien y se sintió satisfecha.

Apenas había dado el último sorbo al té cuando entró Ying con Liu Ma. A buen seguro que la vieja conocía el motivo de la llamada. En todas las casas ricas tenía espías a sueldo que se dedicaban a informarle en cuanto surgía el desencanto entre hombres y mujeres. Su nariz ancha y plana poseía un olfato delicado para emparejar al hombre y la mujer, similar al que el sabueso posee para la carne de caza. Por lo tanto, sabía muy bien que se buscaba una concubina para el señor Wu. Pero era demasiado lista como para dejar ver a *madame* Wu que lo sabía. Simuló, más bien, que el motivo de la reunión sería que la dama deseaba casar a Fengmo, su tercer hijo.

Pero *madame* Wu conocía también al ser humano y estaba segura de que Liu Ma lo sabía todo gracias al boca oreja existente entre criados, así que dejó que la anciana creyera que estaba engañándola.

—Es usted madrugadora, señora —dijo Liu Ma al entrar, jadeante. Era una mujer bajita y gorda que en su juventud había estado en una casa de flores. Pero engordó muy pronto y descubrió que podía ganar más dinero presentando a los hombres otras mujeres distintas a ella, de manera que se casó con un pequeño tendero, le entregó a

modo de dote el dinero que tenía ahorrado y decidió dedicarse profesionalmente a ser alcahueta de buenas familias.

—Me gustan las mañanas a primera hora —replicó *madame* Wu con amabilidad.

No se levantó, pues Liu Ma era de clase inferior a la suya, pero le indicó amablemente que tomara asiento. Ying le sirvió el té y se marchó.

Liu Ma sorbió ruidosamente el té. No hizo ningún comentario ante el hecho de que la señora se hubiera trasladado a aquel patio, sino que dijo, con su voz ronca:

—Está más bella que nunca. Vuestro señor es muy afortunado.

Lo dijo como forma de introducir el tema de las concubinas. Pensó que entonces *madame* Wu suspiraría y respondería que, por desgracia, su belleza no le era ya de ninguna utilidad. Pero la dama se limitó a agradecer el cumplido.

Liu Ma sacó una pieza cuadrada de tela blanca de algodón y tosió en su interior. Sabía que era mejor no escupir en el suelo de esa casa. Todo el mundo estaba al corriente de que *madame* Wu era tan particular como una extranjera en lo que a esas cuestiones se refería. Luego volvió a empezar.

—Pensaba que querríais una joven apropiada para vuestro tercer hijo, por lo que he traído conmigo algunas imágenes.

Tenía sobre las rodillas un paquete rectangular atado con un pañuelo de algodón azul. Deshizo el nudo. En su interior había una vieja revista extranjera con imágenes de actrices de cine. La abrió y sacó de allí unas cuantas fotografías.

—En estos momentos dispongo de tres jóvenes, una verdadera ganga todas ellas.

—¿Sólo tres? —murmuró *madame* Wu, sonriendo.

La vieja siempre conseguía provocarle su risa más secreta. Su mercancía era la pasión entre hombres y mujeres y la trocaba con la misma franqueza que usaría con el arroz, los huevos y la col.

—No quiero decir que sólo disponga de tres —se apresuró a responder Liu Ma—. Tengo, por supuesto, tan buenos clientes como cualquier otra alcahueta de la ciudad. Pero éstas son las mejores. Estas tres jóvenes tienen buenas familias dispuestas a dar dinero, el mejor mobiliario y los vestidos de la boda.

—Déjame ver ese libro extranjero. —Ahora que había llegado el momento de elegir a la mujer que ocuparía su lugar se sentía algo asustada. A lo mejor había emprendido un proyecto de más envergadura de lo que se imaginaba.

—Ninguna de estas jóvenes es mía. No son más que la sombra eléctrica de chicas de América.

—Lo sé —dijo *madame* Wu con su suave risa—. Simplemente tengo curiosidad por ver lo que los extranjeros consideran bonito en una mujer.

Cogió el libro de papel que Liu Ma tenía entre sus manos. Estaba manchado, pero no arrugado, pues la vieja lo apreciaba mucho. Ninguna de las dos sabía leer el idioma extranjero, de modo que resultaba imposible conocer los nombres.

Madame Wu pasó las páginas y fue observando una alegre cara tras otra.

—Son todas iguales —murmuró—, aunque, claro, todos los extranjeros parecen

iguales.

Liu Ma soltó una carcajada.

—La verdad es que la Pequeña Hermana Hsia no se les parece en nada. ¡A éstas podría casarlas, pero a la Pequeña Hermana Hsia no!

En la ciudad, todo el mundo conocía a la inglesa y corrían chistes sobre ella por bares, tiendas, patios y teterías. Todo el mundo conocía su bondad de corazón, pero igualmente se reían de ella. Sólo la defendía su único criado, un anciano.

—No me digas que entiendes lo que te dice —se burlaba del anciano un pescadero del mercado, mientras le pesaba un pescadito para la comida de la Pequeña Hermana.

—La entiendo —juraba él—. Si sé lo que va a decir, incluso la entiendo fácilmente.

—La Pequeña Hermana Hsia es monja —le contestó *madame* Wu a Liu Ma—. Una monja extranjera. Las monjas no son mujeres. ¿De dónde has sacado este libro?

—Lo compré —dijo con orgullo—. Un amigo mío viajó a Shangai hará cinco o seis años; le dije que quería un libro de éstos, y me lo trajo. Pagué cinco dólares por él.

—¿Por qué querías un libro de extranjeras?

—Hay hombres a los que les gusta mirar este tipo de caras —explicó—. Encienden su deseo y a mí me supone un negocio. Luego están también los que quieren mujeres modernas, que me señalan a una de éstas y me dicen: «Quiero una así». Y entonces busco una chica que pueda llegar a semejarse lo máximo posible a la elegida.

Madame Wu cerró el libro enseguida y se lo devolvió.

—Déjame ver las tres fotografías —dijo. Las cogió sin tocar la mano sucia de Liu Ma y las miró, una a una—. Estas tres caras también se parecen —objetó.

—¿Y no se parecen todas las chicas jóvenes? —replicó Liu Ma—. Ojos luminosos, cabello brillante, nariz pequeña y labios encarnados... Y cuando les quitas la ropa, ¿qué diferencia existe entre una mujer y otra? —Su barriga se estremeció de risa bajo su vestido suelto de seda de mala calidad—: Pero eso no debemos contárselo a los hombres, preciosa, pues se me acabaría el negocio. Debemos dejar que piensen que una jovencita es tan distinta de la otra como el jade de las perlas... ¡Aunque todas son joyas, por supuesto! —Su barriga retumbaba de risa.

Madame Wu sonrió levemente y dejó las fotografías en la mesa. Tres caras jóvenes, bonitas todas, enmarcadas por sedosas melenas negras, seguían observándola. Les dio la vuelta y las dejó mirando la mesa.

—¿Tienes chicas cuya familia viva lejos de aquí? —preguntó.

—Dígame qué es lo que quiere exactamente. —Tenía la sensación de estar llegando al corazón de la reunión y puso toda su astucia en juego.

—Creo estar viendo la mujer que quiero —dijo *madame* Wu, algo dubitativa.

—Eso es tan bueno como haberla encontrado —dijo con entusiasmo Liu Ma—, si

es que se encuentra en la tierra y no ha subido ya al Cielo.

—Una mujer joven —empezó, aún dudosa. Delante de la familia no había titubeado ni un instante al hablar sobre la joven, pero sabía que delante de aquella alma vieja y endurecida, cuyo negocio era el trato entre hombres y mujeres, no podía ocultar nada.

Liu Ma esperó, con sus incisivos ojos clavados en el rostro de *madame* Wu. Ésta giró la cabeza y miró hacia el patio. Era una mañana preciosa y el sol descansaba sobre las piedras recién limpias que mostraban débiles matices de rosa, azul y amarillo.

—Una mujer bonita —prosiguió con voz débil—, muy bonita, pero no una belleza. Una chica..., una mujer, que tenga unos veintidós años, de mejillas redondeadas, jóvenes y sonrosadas como las de un niño, dispuesta a entregar su amor a cualquiera y no sólo a un hombre..., alguien que, de hecho, no ame con excesiva intensidad a un hombre y que, a cambio de un nuevo vestido o un dulce, olvide un problema..., que le gusten los niños, por supuesto, de buen carácter..., y cuya familia esté lejos para que no se pase el día llorando pensando en su casa...

—Tengo exactamente lo que necesita —dijo triunfante Liu Ma. Luego su cara redonda cobró solemnidad—. La pena es que la chica es huérfana. ¿No querrá usted que uno de sus hijos se case con una huérfana que no sabe quiénes fueron sus padres? No, no, eso sería introducir sangre desconocida en esta casa.

Madame Wu apartó su mirada del patio y la posó sobre el rostro de Liu Ma.

—No quiero la chica para Fengmo —dijo, manteniendo la calma—. Para él tengo otros planes. No, esta chica ha de convertirse en una pequeña esposa para mi señor.

Liu Ma simuló horror y sorpresa. Frunció los labios, volvió a coger el paño cuadrado de algodón y se lo llevó a los ojos.

—¡Ay! —murmuró—. ¡Ay, incluso él!

Madame Wu negó con la cabeza.

—No lo juzgues injustamente. Todo es idea mía. Él se muestra muy reticente. Soy yo quien insiste.

Liu Ma se apartó el paño de la cara y lo guardó de nuevo en su pecho.

—En ese caso —dijo enseguida—, a lo mejor la huérfana es la indicada. Es fuerte y útil.

—No quiero una doncella para mí —la interrumpió *madame* Wu—. Tengo suficiente servidumbre para la casa, y Ying siempre se ha ocupado de mí y envenenaría a cualquiera que se entrometiera. No; si es una criada, no funcionará.

—No es una criada —dijo alarmada Liu Ma—. A lo que me refiero simplemente es a que es muy hábil, muy cariñosa, muy amable...

—Pero tiene que ser vigorosa y sana —insistió *madame* Wu.

—Lo es. De hecho, también es bonita, y de no haber sido huérfana, podría haberla casado hace meses. Pero ya sabe cómo va esto, señora. Las buenas familias no quieren sangre desconocida para sus hijos, y las que están dispuestas a aceptarla son

demasiado inferiores para ella. Es fuerte, pero no de clase inferior. En realidad señora, había pensado en colocarla en una casa de flores una temporada con el único objetivo de encontrarle algún hombre mayor que la quisiese como pequeña esposa. Pero el Cielo debe de haber velado por ella para que en este mismo momento, cuando está en lo mejor, usted esté buscando justo a alguien como ella.

—¿Tienes alguna fotografía?

—Qué pena, no, nunca se me ha ocurrido tomarle una ni saber si ella tenía. La verdad es que... —empezó, pero apareció de nuevo el paño de algodón y tosió en su interior— el único fallo de la chica es que es sencilla e ignorante. Lo peor es mejor que os lo cuente. No sabe leer, señora. Antigamente eso se habría considerado incluso una virtud, pero ahora, claro, está de moda que las chicas lean igual que los chicos. Son las formas extranjeras que se infiltran en nuestro país.

—No me importa que no sepa leer.

El rostro de Liu Ma se llenó de arrugas de satisfacción. Se golpeó las rodillas con las manos.

—¡Entonces, señora, eso está hecho! —exclamó—. Se la traeré cuando me diga. Ahora está en el campo, en una granja, con su madre adoptiva.

—¿Quién es esa madre adoptiva?

—No es nadie —dijo vehemente Liu Ma—. Ni siquiera le diré quién es. Una noche gélida, señora, se encontró a la niña junto a las murallas de la ciudad. Alguien la había abandonado allí..., una niña no deseada. La mujer regresaba a casa después de una comida de celebración con su hermano, que aquel día cumplía treinta años. El hombre tiene un pequeño establecimiento en... No, ni siquiera se lo diré. No importa dónde esté él o lo que sea su establecimiento. Oyó llorar a un bebé y vio a la niña. Claro está que no habría llevado una boca más a su casa, porque es pobre, pero ya tenía un hijo, y cuando vio a esa niña, pensó que un día le serviría como esposa para él, y se ahorraría el coste de buscarla fuera. ¿Cómo podía saber que su único hijo enfermaría y moriría antes de que pudieran llegar a casarse? Cayó víctima de la peste. Ahora tiene a esa chica y no tiene un marido para ella.

Madame Wu escuchó el relato sin apartar los ojos de la cara de la alcahueta.

—¿Y la entregará? —preguntó.

—Estaría dispuesta. Es muy pobre, y al fin y al cabo la chica no es carne de su carne ni sangre de su sangre.

Madame Wu se colocó dando la espalda al patio. El sol había trepado por la pared y acortado, engrosado y oscurecido las sombras de los bambúes que se alzaban sobre las piedras.

—Sería mejor que la viera —dijo pensativa. Se llevó un delicado dedo a los labios, un gesto que solía hacer cuando reflexionaba—. No, ¿por qué debería verla? —prosiguió—. No creo que te interese defraudarme, Liu Ma, y como bien dices, todas las chicas son iguales, una vez que tenemos acotada su personalidad.

—¿Cuánto pagaría, señora?

—Debería vestirla, naturalmente —respondió meditabunda *madame* Wu.

—Sí, pero teniendo en cuenta que la anciana no es su madre, poco le importaría lo que hiciera. Lo único que le interesaría es tener una buena cantidad de plata en la mano.

—Cien dólares no es poco para una chica de campo —dijo con calma—. Pero pagaré más que eso. Pagaré doscientos.

—Súmele cincuenta, señora —repuso Liu Ma en tono adulator. Su piel oscura empezaba a empaparse de sudor—. Así puedo darle doscientos a la mujer. Por esa cantidad, dejará ir a la chica hoy mismo.

—Que así sea entonces —dijo *madame* Wu, tan rápido, que vio la congoja de la avaricia brillando en los ojitos de la anciana, que seguían clavados ansiosamente en ella—. No tienes que apesadumbrarte por no haber pedido más. Sé lo que es justo y lo que es generoso.

—Conozco su sabiduría, señora —contestó enseguida. Manoseó las fotografías y luego se detuvo—. ¿Está segura de que no desea también una esposa bonita para su hijo? Por dos chicas a la vez le haría algún de descuento.

—No —respondió con cierta dureza—. Fengmo puede esperar. Es muy joven.

—Eso es verdad —admitió. Cerrado el trato, estaba medio llorosa de alegría y deseaba coincidir en todo con *madame* Wu—. Sí, sí, señora, es el señor el que no puede esperar. Es necesario servir primero a los hombres mayores, señora. Siempre tiene usted razón. Conoce bien los corazones. —Volvió a guardar el libro de fotografías en el interior del pañuelo y se puso en pie—: ¿Traigo enseguida a la chica?

—Tráela esta tarde, al anochecer.

—Bien, bien..., es la mejor hora. Dispondrá del día para lavarse ella, la ropa y el pelo.

—Dile que no traiga nada, nada en las manos, nada en ninguna caja. Tiene que llegar a mí sin nada, únicamente con lo que lleve encima.

—Se lo prometo, se lo prometo —balbuceó Liu Ma, y dirigiéndole inclinaciones de la cabeza salió de prisa sobre unos pies que durante su infancia habían permanecido vendados y ahora parecían muñones.

Ying entró casi de inmediato en la habitación con té recién hecho. No dijo nada, tampoco *madame* Wu. Observó en silencio cómo la criada limpiaba la mesa y la silla donde la anciana se había sentado y recogía la taza que había utilizado como si fuese una inmundicia. Se dirigió a ella cuando estaba a punto de marcharse.

—Ying, al anochecer se presentará una joven en la puerta.

Ying permaneció inmóvil, escuchando, con la taza sucia sujeta entre el pulgar y el índice.

—Tráemela directamente —ordenó *madame* Wu— y prepara una pequeña cama de bambú para ella aquí en esta habitación.

—Sí, señora —murmuró. Se le hizo un nudo en la garganta al hablar y

desapareció corriendo.

El día fue avanzando hacia la noche. *Madame Wu* tenía la costumbre de retirarse después de la comida del mediodía y descansar una hora. Pero aquel día, cuando entró en el amplio cuarto en penumbra, descubrió que no podía ni dormir ni descansar. No porque la habitación le resultara extraña. De hecho, estaba ya tan en su casa en aquellos aposentos que se maravillaba de sentirse tan cómoda. Su inquietud nada tenía que ver con la habitación, sino con su interior.

—Hoy no me acostaré —le dijo a Ying.

Ésta la observó; sus fieles ojos transmitían mal agüero.

—Mejor que descanse ahora, señora. Dudo que por la noche pueda dormir bien con una desconocida en la casa.

—Creo que no necesito dormir —dijo *madame Wu*. El mal agüero de Ying le había alterado el humor. Se sintió maliciosa y terca. Extendió la mano y rozó levemente el brazo de la criada, que estaba casi empujándola—. Vete..., déjame, Ying —le ordenó—. Buscaré un libro, me entretendré.

—Como guste —replicó, y con una brusquedad poco habitual en ella, dio media vuelta y la dejó plantada en medio de la habitación.

Pero *madame Wu* no se percató de nada. Permaneció allí, con el dedo cerca del labio y una media sonrisa. Hizo un rápido movimiento afirmativo con la cabeza y cruzó la estancia en dirección a la biblioteca. Su pisada encajó en la baldosa hundida que había frente a la puerta donde antes que la suya tantas otras pisadas habían encajado también.

«Pero eran todas de hombre», pensó, aún con la media sonrisa, percibiendo el hueco bajo su pie.

Se sentía libre y audaz como jamás se había sentido en su vida. No había nadie allí para observar lo que hacía. Durante aquella hora se pertenecía por completo a sí misma. Pues muy bien, entonces había llegado el momento de leer uno de los libros prohibidos.

El Viejo Caballero nunca le había ocultado el lugar que esos volúmenes ocupaban en las estanterías. De hecho, después de que descubriera que ella sabía leer y escribir, le indicó que lo acompañase un día a la biblioteca y, personalmente, le mostró la estantería donde estaban, tomo a tomo, todos aquellos ejemplares con tapas de algodón azul.

—Estos libros, hija mía —le dijo con su voz grave—, estos libros no son para ti.

—¿Porque soy mujer? —preguntó ella.

Él asintió, y después añadió:

—Pero tampoco permití que mi hijo los leyera hasta que hubo superado los quince años y dejado atrás la infancia.

—¿Los ha leído todos mi señor?

El Viejo Caballero se mostró incómodo ante la pregunta.

—Me imagino que sí —respondió—. Nunca se lo he preguntado, pero me imagino que los leen todos los jóvenes. Por eso los tengo aquí. Le dije a mi hijo: «Si vas a leerlos, espérate a cumplir quince años y léelos aquí, en mi biblioteca, y no escondidos astutamente entre tus libros de texto».

Entonces ella formuló otra de sus preguntas directas:

—Padre, ¿cree que mi mente llegará algún día más allá de la de mi señor a los quince años?

Aquella cuestión lo incomodó más aún. Pero era un anciano honrado, y un erudito, y arrugó su despejada frente amarilla.

—Tu mente es magnífica para ser mujer —contestó al fin—. Diría incluso, hija mía, que de haber estado tu cerebro en el interior del cráneo de un hombre, podrías haberte sometido a los Exámenes Imperiales, haberlos superado con honores y haber obtenido un cargo oficial en las tierras. Pero tu cerebro no está en el cráneo de un hombre, sino en el de una mujer. Lo irriga la sangre de una mujer, gracias a él late el corazón de una mujer, y está circunscrito por la que debe ser la vida de una mujer. En una mujer no está bien que el cerebro se desarrolle más allá del cuerpo.

De no haber sido ella una criatura tan exquisita, su siguiente cuestión podría haber parecido poco delicada. Pero sabía que el Viejo Caballero la quería y la apreciaba por lo que era. Así que volvió a preguntarle:

—¿Quieres decir con eso, padre, que el cuerpo de la mujer importa más que su cerebro?

El Viejo Caballero suspiró ante aquello. Había tomado asiento en la gran silla de secuoya junto a la larga mesa de la biblioteca. Y ahora estaba ella allí sentada, pensando en él, reflexionando sobre aquel día, tanto tiempo atrás. Él se había acariciado su escasa barba canosa y la tristeza había inundado sus ojos.

—Como la vida ha demostrado —dijo—, es verdad que el cuerpo de la mujer tiene más importancia que su mente. Sólo ella puede crear nuevas criaturas humanas. De no ser por ella, la raza del hombre habría dejado de existir. El Cielo ha introducido ese don en su cuerpo, como en un cáliz. Su cuerpo, por lo tanto, es inefablemente precioso para el hombre. El hombre no puede sentirse realizado si la mujer no crea. La semilla es de él, pero únicamente ella puede hacer que florezca y dé fruto en otro ser semejante a él.

Ella lo escuchaba con atención. Se veía ahora igual que ese día, con dieciséis años, de pie enfrente de aquel hombre sabio. Le planteó una duda más.

—Entonces, ¿por qué tengo cerebro si soy sólo una mujer?

El Viejo Caballero movió lentamente la cabeza sin dejar de observarla. Un centelleo extraño iluminó su mirada.

—No lo sé. Eres tan bella que la verdad es que no necesitas tener, además, cerebro.

Ambos se echaron a reír; la risa de ella, joven y ondulada, seca y vieja la de él.

Luego volvió la seriedad.

—Pero lo que me has preguntado —continuó él— es una cosa sobre la cual he pensado mucho, sobre todo desde que llegaste a mi casa. Te elegimos para nuestro hijo porque eras bonita y buena y porque tu abuelo fue el antiguo virrey de esta provincia. Ahora he descubierto que también eres inteligente. Una vasija de oro a la que se le ha añadido piedras preciosas. Pero sé que en mi casa poca inteligencia necesitas... Sí, siempre se precisa alguna para llevar las cuentas, vigilar a los criados y controlar a tus subordinados. Pero tú posees razonamiento y te cuestionas las cosas. ¿Qué vas a hacer con eso? No sé decírtelo. Si fueses una mujer inferior, me sentiría alarmado, pues tendrías problemas dentro de estas cuatro paredes que son tu mundo. Pero tú no generarás problemas porque posees, además, sabiduría, una sabiduría muy poco habitual en alguien tan joven. Puedes controlarte.

Ella permanecía frente a él sin moverse. Y él se dio cuenta.

—Siéntate, hija. Estarás cansada. Además, no es necesario que sigas estando de pie en mi presencia.

Pero ella apenas lo oyó, absorta como estaba en la conversación que mantenían. Continuó de pie frente a él con las manos unidas delante del cuerpo. Tenía ya pensada y preparada la siguiente cuestión.

—¿Me amaré menos mi señor por ser lo que dices que soy?

El Viejo Caballero puso un semblante muy serio ante esa pregunta. Su mano regresó a la barba canosa. Era como si estuviese viendo ahora aquella mano, ancha y delgada, la piel tensa como pan de oro sobre sus frágiles huesos.

—¡Ah, eso es lo que yo también me he preguntado! —respondió. Y soltó un profundo suspiro—. Este asunto de la inteligencia... es un don muy grande, y una carga muy pesada. La inteligencia, más que la pobreza y las riquezas, divide a los seres humanos y los convierte en amigos o enemigos. La persona estúpida teme y odia a la persona inteligente. Por bueno que sea el hombre inteligente, debe también saber que no conseguirá el amor de aquel cuya mente es inferior a la suya.

—¿Por qué? —Un extraño miedo se había apoderado de su ser. En aquella época era un poco arrogante. Conocía su calidad mental y confiaba en ella. Y el Viejo Caballero estaba diciéndole que sería odiada por ello.

—Porque —dijo él sin ningún signo de emoción en la voz o el rostro— el primer amor en el corazón del hombre es el amor a sí mismo. El Cielo puso ese amor en primer lugar para que el hombre deseara siempre seguir viviendo, fueran cuales fuesen sus penas. Ahora bien, cuando el amor hacia uno mismo resulta herido, no hay otro amor que sobreviva, porque cuando el amor hacia uno mismo se ve gravemente herido, el hombre está dispuesto a morir, y eso va en contra del Cielo.

—¿Me odiará mi señor, entonces?

Sin expresarlo con palabras, el Viejo Caballero le dejó claro que sabía que ella era más inteligente que su hijo, y estaba poniéndola sobre aviso.

—Hija mía, no existe hombre capaz de soportar la sabiduría superior de una

mujer que vive en su casa y duerme en su cama. Tal vez diga que la adora, pero la veneración es muy dura en la vida diaria. El hombre no puede convertir su casa en un templo, ni tomar una diosa por esposa. No es lo bastante fuerte.

—Padre, ¿no sería mejor que leyese esos libros perversos? —preguntó, de forma tan repentina que el Viejo Caballero se quedó mirándola.

Ella se sintió sorprendida y luego incluso un poco conmocionada al ver cierto apocamiento en sus ojos. Hasta aquel momento él la había estado mirando con su habitual franqueza. Pero entonces, para evitarla, pasó a fijar la vista en la tetera que había sobre la mesa.

Ella dio un paso adelante.

—Permite que te lo sirva —dijo, y así lo hizo. El Viejo Caballero bebió un sorbo de té antes de responder. Dijo entonces, aún sin mirarla:

—Hija, tal vez no me comprendas. Pero créeme sin necesidad de comprender. Es mejor que no leas estos libros. Los hombres aman a las mujeres que no saben demasiado. Y tú eres ya muy sabia, muy sabia para tu edad. No necesitas estos libros. Aplica tu propia mente, fresca y pura como es ahora, a la labor de hacer feliz a mi hijo. Aprende a amar a partir de las fuentes, hija mía, no a partir de libros.

Durante un momento, ella tuvo la sensación de que aquello no era una respuesta. Luego, allí de pie junto a la mesa, apoyada sobre las manos y mirándolo, percibió que el anciano era la persona más inteligente del mundo, que hasta que su sabiduría no llegara a la altura de la de él, mejor haría creyéndolo.

—Te obedeceré, padre —afirmó, y por lo tanto lo había obedecido durante veinte años o más.

Pero ahora, sola en la misma estancia que aquel día, sentada en la silla que fuera sólo de él, tenía la sensación de que su propia sabiduría andaba pareja a la suya y que el plazo de obediencia estaba completado. Por fin, también, se había liberado del Viejo Caballero.

De modo que se levantó y se dirigió, con un latido extraño en el corazón, a los libros prohibidos. Conocía los títulos de algunos, los títulos de novelas y relatos de los que siempre le habían dicho que el verdadero erudito nunca leía, pues quedaban por debajo de él. Sólo los inferiores y más groseros, incapaces de soportar lo etéreo del espíritu y el pensamiento elevado, se permitían la diversión de libros como aquéllos. Pero aun así, todos los hombres los leían, sí, incluso los eruditos. El Viejo Caballero los había leído y había permitido que su hijo los leyera, consciente de que si no se lo permitía, los leería igualmente.

«¿No debería una mujer saber lo que todos los hombres saben?», se preguntó ella.

Eligió una obra al azar. Era extensa. En el interior del estuche de tapa dura había muchos volúmenes de menor tamaño. Había oído mencionar el título de aquel libro erótico. Entre las muchas mujeres de una casa tan grande como la de su madre y tan grande como la de los Wu, siempre había alguna ordinaria al hablar. De un modo u otro, todo el mundo había oído comentar la historia de Hsi Men Ch'ing y sus seis

esposas. *Flor de ciruelo en un jarrón de oro...* La cubierta de seda de ese primer volumen mostraba el título escrito a pincel con extrema delicadeza.

«Se notan muy leídos», pensó, y sonrió con un fugaz regocijo amargo. Sin duda alguna, los habían leído generaciones de hombres de los Wu, y quizá ella fuera la primera mujer que los tenía entre sus manos.

Los llevó a la mesa y miró primero los dibujos. Estaban realizados por un artista. Las líneas sensuales estaban magníficamente trazadas. Estudió en especial el rostro de Hsi Men Ch'ing. El artista se había superado al describir con imágenes la decadencia de aquel hombre. La joven y atractiva cara de felicidad de Hsi Men Ch'ing, que había encontrado la expresión de su juventud en el amor por el cuerpo de la mujer, se había vuelto repugnante hasta convertirse en la cara de un hombre muerto ahogado, abotargada por la decadencia. *Madame Wu* observó con detalle cada dibujo y percibió el profundo significado del relato. Era la historia de un hombre que vivió sin mente ni espíritu. Era la historia del cuerpo de un hombre, dentro del cual su mente luchaba hasta morir de inanición.

Empezó a leer. Pasaron las horas. Oyó a Ying dando vueltas por la habitación contigua, pero no se enteró de que se acercaba al umbral de la puerta, desde donde la miró y volvió a marcharse. Advirtió el tiempo transcurrido sólo cuando la oscuridad fue entrando a hurtadillas en la estancia y le impidió seguir leyendo. Entonces miró a su alrededor como si no supiese dónde estaba.

—No debería haber obedecido al Viejo Caballero —murmuró a media voz—. Debería haber leído este libro hace mucho tiempo.

Pero ahora que había dejado de leer, no quería comenzar de nuevo. Estaba saciada y mareada. Guardó los volúmenes en su estuche, cerró el pequeño pasador de marfil y lo colocó en la estantería. Luego se llevó las manos a las mejillas, y de ese modo empezó a deambular de un lado a otro de la habitación. No, era mejor no haber leído ese libro de joven. Ahora que lo había guardado, comprendía que era un libro maligno. Pues tal era la genialidad del autor, que el lector podía encontrar allí todo lo que desease. Para los que querían maldad, era todo maldad. Para los sabios, era una obra llena de la más dolorosa sabiduría. Pero el Viejo Caballero tenía razón. Un libro como aquél no debería caer en manos de los jóvenes. Incluso ella, de haberlo leído veinte años atrás, ¿habría sido capaz de entender su sabiduría? ¿Habría llegado a sentir tantas náuseas que le habrían impedido acostarse por la noche? El Viejo Caballero seguía siendo la persona más sabia. Los jóvenes no están preparados para tantos conocimientos. Deben ir recibéndolos poco a poco, en proporción a sus años de vida. Antes de conocer, es necesario vivir.

Fue en ese momento de sus reflexiones cuando Ying reapareció en la puerta. Su sombra sólida era una masa negra que destacaba sobre el gris del atardecer. En el patio, detrás de ella, había otra sombra.

—Señora, ha venido la anciana Liu... La chica está aquí.

Madame Wu volvió a llevarse las manos a las mejillas. Pasó un instante sin

responder. Luego bajó las manos. Se acercó a la silla y tomó asiento.

—Enciende la vela —le ordenó a Ying—, y que pase sola. No recibiré a la anciana.

Ying se retiró en silencio y *madame* Wu vio a la chica en el umbral de la puerta. La luz de la vela la iluminaba de pleno, aunque con delicadeza. Vio entonces la cara exacta que se había imaginado y prácticamente también la figura exacta. La joven la observaba con unos ojos redondos, muy negros, casi de niña, una muchacha sana y de mejillas sonrosadas. Llevaba la larga melena oscura recogida en la nuca y con flequillo sobre la frente, al estilo rural. En la mano, un pañuelo anudado.

—¿Qué es eso que llevas en la mano? —preguntó *madame* Wu—. He dicho que no tenías que traer nada. —La chica le parecía tan inocente, tan infantil, que sólo pudo pronunciar esas sencillas palabras.

—Le he traído unos huevos. He pensado que le gustarían, y no tenía otra cosa. Son muy frescos. —Su voz era agradable, vigorosa, pero algo tímida.

—Ven aquí, déjame ver esos huevos.

La joven se acercó tímidamente, caminando de puntillas, como temerosa de hacer ruido y romper el intenso silencio de la estancia. *Madame* Wu le miró los pies.

—Veo que no te vendaron los pies —observó.

La chica se mostró avergonzada.

—No había nadie para hacerlo —replicó—. Además, siempre he tenido que trabajar en el campo.

—Los tiene muy grandes, señora —intervino Ying—. Sin duda ha ido descalza como todos los niños del campo y se le han vuelto bastos.

La chica seguía de pie, mirando ansiosa a Ying y a *madame* Wu.

—Ven aquí, enséñame los huevos —repitió la dama.

La muchacha depositó sobre la mesa, con cuidado, el paquete. Luego desató el pañuelo y cogió los huevos de uno en uno para examinarlos.

—No hay ninguno roto. Tenía miedo a tropezar en la oscuridad y romperlos. Hay quince... —Hizo una pausa, y *madame* Wu comprendió que no sabía cómo dirigirse a ella o qué decirle.

—Puedes llamarme Hermana Mayor.

Pero la chica era demasiado tímida. Repitió:

—Quince huevos y ninguno tiene más de una semana. Son para usted, para que los coma.

—Gracias. Parecen muy frescos.

Viéndola allí a su lado, había percibido ya varias cosas sobre la joven. Su aliento era dulce y limpio, y los únicos olores que desprendía su piel eran los de la salud, tenía los dientes sanos y blancos. Las manos que habían desatado el pañuelo estaban morenas y eran ásperas, pero tenían buena forma. Debajo de la chaqueta y los pantalones de algodón lavado de color azul, se veía un cuerpo redondeado y sin grasa. El cuello era suave, y la cara, inocentemente bonita.

Madame Wu no pudo evitar sonreírle.

—¿Crees que te gustaría quedarte aquí? —le preguntó. Aquella joven criatura le daba un poco de lástima, comprada a una campesina como si fuera un animal.

Pese a las mejillas quemadas por el sol y su tosca vestimenta, descubrió en ella algo delicado y bueno.

La chica percibió esa amabilidad, y en sus ojos oscuros y francos se encendió una luz de devoción instantánea.

—Liu Ma me ha dicho que es usted buena. Ha dicho que no es como otras mujeres. Me ha dicho que por encima de todo la complazca primero a usted, y eso es lo que haré. —Tenía una voz entusiasta, natural.

—Entonces debes explicarme todo lo que recuerdes de tu vida. No debes esconderme nada. Si eres sincera, me gustarás mucho. —Notaba la devoción, y sintió, sorprendida, una punzada de algo semejante a la culpabilidad.

—Se lo contaré todo. Pero ¿no debería primero llevar los huevos a la cocina?

—No —respondió, ocultando su sonrisa ante el comentario. ¡Los criados se quedarían pasmados ante una visita como aquélla!—. Ying los llevará. Tú siéntate ahora en esta silla delante de mí y hablaremos.

La chica ató el pañuelo que contenía los huevos y se sentó en el borde del asiento. Pero parecía algo incómoda.

—¿Tienes hambre? —preguntó *madame Wu*.

—No, gracias —dijo con mucha cautela. Estaba sentada muy erguida, con las manos unidas, mirando al frente.

Madame Wu volvió a sonreír.

—Vamos, has de ser sincera. ¿No tienes hambre?

La joven rompió a reír de repente, con una ondulante carcajada.

—Soy una tonta —repuso con franqueza—. No puedo mentir ni por educación. Es que Liu Ma me ha dicho que si me preguntaba si tenía hambre, debía responder «No, gracias» para no parecer una tragona de entrada.

—¿No has cenado antes de venir?

La chica se ruborizó.

—No tenemos mucha comida. Mi madre adoptiva ha dicho... Mi madre adoptiva pensaba...

Madame Wu la interrumpió.

—¡Ying! —llamó—. Trae comida.

La muchacha suspiró. Su cuerpo se relajó, y se giró para mirar a *madame Wu*. Pero ella no la miraba.

«Si algún fallo tiene —pensaba—, es que tal vez sea un poco demasiado grande». Eso debía de significar que llevaba sangre del norte. Quizá los suyos fuesen refugiados de algún desastre natural, una inundación, del Río Amarillo acaso, o una hambruna, y se hubieran visto obligados a abandonar la niña a su suerte.

—Liu Ma me ha dicho que eres huérfana. ¿Sabes alguna cosa de tu familia?

La chica negó con la cabeza.

—Cuando me abandonaron, era una recién nacida. Conozco el lugar donde me dejaron, pues mi madre adoptiva me lo ha indicado muchas veces al ir al mercado de la ciudad. Pero me contó que yo no llevaba ningún tipo de identificación, exceptuando que no estaba envuelta en algodón, sino en seda. No eran más que harapos.

—¿Tienes esa seda?

La joven movió afirmativamente la cabeza.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó con ingenua sorpresa.

—Pensaba que querías traer contigo la única cosa que es realmente tuya. — Sonrió a los ojos redondos de la chica a modo de respuesta.

—Pero ¿cómo es posible que conozca el corazón de una desconocida? —insistió.

—Muéstrame la seda. —No tenía ganas de explicarle detalles de aquel conocimiento intuitivo tan suyo.

Sin dudarle, como si hubiese decidido ya obedecerla en cualquier cosa, la chica se llevó la mano al pecho y sacó de allí un pedazo de seda doblado. Estaba lavado y limpio, pero el color rojo original se había descolorido hasta adoptar un tono rosado. *Madame Wu* lo cogió y lo desplegó. Era una prenda de mujer, una chaqueta corta, estrecha, pero con mangas muy largas.

—Si pertenecía a tu madre, se ve que también era alta —observó.

—¿Cómo lo sabe?

Madame Wu examinó el bordado. Era una prenda pasada de moda, con el cuello rematado por una banda bordada que descendía por la abertura lateral. Las amplias mangas llevaban también el adorno de la banda bordada.

—Es un bordado delicado —declaró—, hecho con la puntada pequeña típica de Pekín.

—Está diciendo más de lo que nunca había sabido —se admiró la chica, casi sin respirar.

—Pero eso es todo lo que puedo decirte. —Dobló de nuevo la prenda y se la tendió.

Pero la joven no alargó las manos para recibirla.

—Guárdela por mí. Aquí no la necesito.

—La guardaré si así lo deseas. Pero si más adelante ves que la quieres, te la restituiré.

—Si permite que me quede —contestó con voz suplicante—, nunca volveré a quererla.

Pero *madame Wu* todavía no estaba dispuesta a acceder a su promesa.

—Ni siquiera me has dicho tu nombre.

A la chica le cambió la cara tan explícitamente como a un niño desengañado.

—No tengo nombre —explicó con humildad—. Mis padres adoptivos nunca me dieron uno. No saben leer ni escribir, y yo tampoco.

—Pero de algún modo te llamarían.

—Me llamaban Pequeña Huérfana de niña y Gran Huérfana de mayor.

—Eso, por supuesto, no es ningún nombre —dijo *madame* Wu, amablemente—. Cuando te conozca mejor te daré uno.

—Se lo agradezco —repuso la chica con humildad.

En aquel momento llegó Ying con dos tazones de comida, que dejó en la mesa. *Madame* Wu observó el contenido. Los habría devuelto en caso de que Ying hubiese llevado comida para criados. Pero Ying era sensata. Había servido platos no lo bastante buenos para la familia, pero sí demasiado buenos para la cocina. Se trataba de un tazón de caldo con albóndigas de pollo y otro de cerdo con col. Los había acompañado de un pequeño cuenco de madera con arroz y una taza para el té, una telera y palillos. Los palillos no eran los de la familia, de marfil y plata, y tampoco los de bambú que se utilizaban en las cocinas. Eran de madera pintada de rojo, como los que usaban los niños.

—Sírvele —ordenó *madame* Wu.

Ying dudó de entrada, pero luego obedeció, con la boca tensa y en silencio.

Pero la chica no se dio cuenta de nada. Aceptó con ambas manos y educación el tazón de arroz que le entregó Ying, alzándose un poco de su asiento con la típica cortesía rural, y pensando que todo aquello era demasiado. *Madame* Wu se percató enseguida de que estaba dividida entre un hambre sincera y el deseo de parecer educada, de modo que se levantó e inventó una excusa para dejarla sola.

—Volveré dentro de poco —dijo—. Mientras, come todo lo que te apetezca.

Y con esas palabras se marchó hacia su salón. Allí estaba la cama de bambú que Ying había preparado para la joven. *Madame* Wu la observó pensativa. Dejaría que durmiese allí unas cuantas noches. Tal vez debería incluso tenerla allí hasta que comprendiese su lugar en la familia y hasta que ella, por su lado, comprendiese a la chica. Antes de dejarla marchar de aquellas estancias para entrar en otras, debía establecerse entre ambas una especie de acuerdo profundo, pues, de lo contrario, habría problemas en la casa. Estaba haciendo algo difícil y delicado, y debía hacerlo con habilidad. Permaneció allí de pie, con el pulgar y el índice presionados sobre su labio inferior. De pequeña, en primavera le gustaba ayudar en el proceso de la fabricación de la seda en las tierras de la familia. Después de que los gusanos de seda hilaran sus capullos, llegaba un momento, preciso pero fugaz, en que debían introducirlos en recipientes de agua caliente para que los gusanos no se convirtieran en mariposas y destrozaran los capullos. Ella adivinaba el momento. Las mujeres de la granja estaban maravilladas con su astucia. Recordaba aquella gran seguridad, surgida de la nada y, a la vez, de todo.

—¡Ahora! —declaraba, y entonces sumergían en los recipientes las ramas de paja de arroz de las que colgaban los capullos. Y ella, junto con los demás, encontraba con sus dedos delicados y sensibles el fino extremo húmedo de la seda y desenrollaba los capullos. El viejo don para la adivinación se agitaba de nuevo. La delicadeza no

podía fallarle, o el señor Wu se lo reprocharía toda la vida.

Pasó del salón a su dormitorio y deambuló lentamente arriba y abajo, deslizando en silencio sus pies cubiertos de seda por las lisas baldosas.

La chica parecía franca como un niño. Su corazón y su carácter, al alcance de todo el mundo. Pero eso significaba que estaba aún por desarrollar... ¿Y cómo se desarrollaría? No era tonta. Su mirada era rápida y llena de inteligencia. Sus labios, tiernos y carnosos. ¿Sería tal vez demasiado inteligente? Luego estaba la prenda de seda y el delicado bordado. No era de sangre ordinaria, a menos que la madre hubiese sido la criada de una familia rica. Sí, cabía la posibilidad de que fuera hija de una criada de una familia así, embarazada de uno de los hijos, quizá, y que esa prenda la hubiera obtenido de la ropa que desechaba su ama. O quizá fuese la prenda de alguna chica de una casa de té y que se la hubiese dado al bebé no deseado.

—Es imposible saber quién es —murmuró para sí.

¿Quería meter en su casa a una persona tan poco conocida? Era incapaz de responder. Al cabo de un rato regresó a la biblioteca. La chica estaba sentada, sola, con aspecto asustado en medio de aquella estancia grande y llena de sombras. Tenía las manos en las rodillas. Había terminado la comida y Ying había retirado los recipientes.

Se levantó al ver entrar a *madame* Wu y su rostro resplandeció de alivio.

—¿Qué tengo que hacer ahora, Hermana Mayor? —preguntó. El nombre salió de sus labios con confianza y agradó a *madame* Wu aun sin quererlo. Pretendía ser muy cautelosa en cuanto a dar cariño con excesiva premura.

—¿Qué sueles hacer a esta hora?

—Siempre me acuesto tan pronto he cenado. Las velas se gastan si permaneces despierto después de que haya anochecido.

Madame Wu se echó a reír.

—Entonces es mejor que vayas a dormir. —La precedió de camino a la habitación donde la esperaba la estrecha cama—: Aquí está tu cama, y detrás de esa puerta hay una estancia donde podrás prepararte.

—Ya estoy preparada. Me he lavado antes de venir. Me quitaré esta ropa y eso es todo.

—Entonces te veré mañana.

—Hasta mañana. Pero se lo ruego, Hermana Mayor, si por la noche quiere cualquier cosa, llámeme, por favor.

—Si te necesito, te llamaré —aseguró *madame* Wu, y salió de la habitación para entrar en la suya.

Mucho después de haberse acostado seguía sin poder dormir. Se levantó cerca de medianoche, se dirigió a la otra habitación, encendió la vela y miró a la chica dormida. No se había movido, ni siquiera una pizca. Estaba acostada sobre su lado

derecho y con una mano bajo la mejilla. Respiraba con tranquilidad, la boca cerrada, la cara sonrosada. Dormida era incluso más bonita que despierta. *Madame Wu* se dio cuenta de ello. Se dio cuenta también de que ni se movía ni roncaba. Tenía la colcha bajada hasta la cintura. Se había acostado con su ropa interior de algodón, pero se había desabrochado el escote, y le quedaban al descubierto la totalidad del cuello y parte del pecho. *Madame Wu* podía ver con claridad uno de sus senos. Era joven, firme y redondeado.

Dormía profundamente, sin moverse en absoluto. Aquello era bueno. Ella siempre había tenido el sueño muy ligero; se despertaba al instante cuando el señor Wu se revolvía en la cama y luego era incapaz de conciliar de nuevo el sueño. Pero esa chica dormiría bien toda la noche y se despertaría fresca por la mañana. *Madame Wu* protegió la vela con la mano y se inclinó hacia la cara de la joven. ¡El dulce aliento seguía allí! Se enderezó y regresó a su habitación, apagó la vela con los dedos y se acostó de nuevo.

Se despertó antes del amanecer al oír unos ruiditos en la habitación contigua. Un crujido de la cama de bambú, un susurro. Se desveló del todo, como siempre, y se quedó escuchando. ¿Estaría la chica preparándose para huir a aquellas horas? Se levantó, se puso la bata, encendió la vela y salió. La joven estaba sentada en un taburete cepillándose la melena. Se había vestido, incluso se había puesto sus medias blancas de algodón y los zapatos.

—¿Adónde vas? —preguntó *madame Wu*.

La chica se asustó al oír su voz y dejó caer el gran peine de madera que estaba utilizando. El cabello negro le cubría la cara.

—No voy a ninguna parte. —Se puso en pie y se quedó mirando a la mujer. Sus ojos oscuros brillaban entre las sombras de su pelo—: Me he levantado.

—Pero ¿por qué te levantas tan temprano?

—Porque ya es la hora —respondió sorprendida—. He oído cantar un gallo.

Madame Wu rió, con una carcajada repentina y poco habitual en ella.

—No podía imaginarme por qué, pero, claro, eres una chica de campo. No hay ninguna necesidad de que aquí madrugues tanto, hija. Ni siquiera los criados se levantarán hasta dentro de una hora. Y nosotros no nos levantamos hasta una hora después.

—¿Tengo que volver a la cama?

—¿Qué otra cosa puedes hacer?

—Déjeme barrer las habitaciones, o el patio.

—De acuerdo, como quieras.

—No haré ruido —prometió—. Vuelva a la cama, Hermana Mayor, y duérmase otra vez.

Así que *madame Wu* regresó a la cama y oyó el sonido de la escoba que la chica había encontrado en el pasillo. La utilizó para barrer el patio y el suelo, moviéndose con pasos ligeros y en silencio. Luego, sin darse cuenta, *madame Wu* volvió a caer

dormida, y cuando se despertó de nuevo, era tarde. El sol iluminaba el suelo y Ying estaba junto al lecho, esperando.

Madame Wu se levantó rápidamente y empezó el ritual del vestido. Ying no mencionó a la chica, y la dama no dijo nada. Las habitaciones estaban en silencio. No se oía nada.

El silencio se hizo tan intenso que finalmente *madame* Wu decidió romperlo.

—¿Dónde está la chica? —le preguntó a Ying.

—Está en el patio, cosiendo. Necesitaba alguna coa que hacer y le he dado unas suelas de los niños.

Por el leve desdén del tono de voz de Ying, comprendió que el querer ver a la chica ocupada reflejaba que no la valoraba mucho, que la veía como una criada. No dijo nada más. No se dejaría llevar por lo que pudiera gustarle o no a Ying.

Desayunó y luego salió al patio. Allí estaba la joven, sentada en un pequeño taburete de tres patas, a la sombra del bambú. Estaba cosiendo, empujando con destreza la aguja para atravesar la gruesa suela de tela. En el dedo medio llevaba un anillo de latón a modo de dedal. Se levantó en cuanto la vio aparecer y permaneció a la espera, sin tomar la palabra en primer lugar.

—Siéntate, por favor —dijo *madame* Wu. Tomó también asiento en una de las sillas de jardín de porcelana.

Resultó que la silla estaba situada de manera que ella quedaba de espaldas a la verja del patio, y la chica, de cara. Apenas acababa la joven de sentarse de nuevo y levantar la aguja cuando alzó la mirada y descubrió a alguien en esa verja. *Madame* Wu la vio elevar la vista, bajar los ojos al momento y que se intensificaba el tono melocotón de sus mejillas; se giró, esperando, por ese comportamiento, encontrarse con un hombre, el cocinero tal vez.

Pero no se trataba del cocinero. Era Fengmo, su tercer hijo. Allí estaba, con la mano apoyada en un lateral de la entrada mirando a la chica sin parpadear.

—¿Qué quieres, Fengmo? —preguntó *madame* Wu.

Al instante cobró conciencia de la extraña rabia que le daba verlo aparecer por sorpresa. Sabía que era su hijo menos querido. Era testarudo y menos afable que Liangmo o Tsemo, y menos juguetón que el pequeño Yenmo. De pequeño prefería la compañía de los criados a la compañía de la familia, algo que su madre había considerado como un síntoma de su inferioridad. Externamente lo había tratado igual que a los demás, pero internamente sabía que lo quería menos. Sin duda alguna, él había notado esa diferencia, pues desde que cumplió los quince años apenas se le acercaba, a menos que ella mandara llamarlo.

—¿Por qué has venido, Fengmo? —insistió al ver que él no respondía. Su hijo continuaba observando a la chica, y ésta, como si lo notara, levantó los párpados, lo miró y volvió a bajar la vista.

—Venía a ver... a ver cómo estás, madre —tartamudeó.

—Estoy muy bien —respondió ella con frialdad.

—También hay otra cosa.

Madame Wu se levantó.

—Entonces vamos a la biblioteca.

Empezó a caminar y él la siguió, pero ninguno de los dos se sentó. Fengmo movió la mano en dirección a la joven.

—Madre, ¿es... es ella?

—Fengmo, ¿has venido aquí a interrogarme? —dijo enfadada—. No es asunto tuyo.

—Lo es, madre —replicó con pasión—. Madre, ¿cómo crees que me siento? Mis amigos se reirán de mí y se burlarán...

—¿Es eso lo que venías a decirme?

—¡Sí! —exclamó—. Antes ya era malo. Pero ahora que la he visto... Es muy joven, y mi padre..., muy viejo.

—Regresa enseguida a tus aposentos —exigió ella, manteniendo su frialdad—. Ha sido una intrusión por tu parte venir aquí sin enviar antes un criado a averiguar si me iba bien recibirte en este momento. En cuanto a tu padre, la generación más joven no decide por los mayores.

Estaba acostumbrada a la terquedad de Fengmo. Y por lo tanto, se sorprendió al verla tambalearse. Él tenía el rostro encendido y tembloroso. Y sin mediar una palabra más, dio media vuelta y abandonó la estancia y el patio sin volver ni una vez la vista atrás.

Madame Wu se quedó profundamente contrariada por aquel encuentro entre los jóvenes. Pese a las muchas antiguas costumbres que había roto, y que no dudaba en romper si así lo decidía, había seguido de forma inquebrantable la que separaba hombres y mujeres en edad temprana. En la casa, sus hijos habían sido separados de todas las mujeres al cumplir los siete años de edad. Ni siquiera había tenido que reprender a los criados masculino por sus respuestas ignorantes a las preguntas de los chicos. En una ocasión oyó cómo Fengmo le preguntaba al mayordomo:

—¿Por qué me han prohibido jugar con mis dos primas?

—Los niños y las niñas no pueden jugar juntos porque, de hacerlo, les salen llagas en los pies.

Madame Wu, tan rápida usualmente para corregir cualquier muestra de ignorancia, dejó pasar aquélla.

Y ahora Fengmo acababa de ver a la chica antes de que ocupara su lugar en la casa, y la chica lo había visto a él. ¿Quién podía adivinar el fuego que aquello encendería? Deambuló de un lado a otro de la biblioteca. Cada vez que pasaba junto a la puerta abierta, veía la cabeza de la joven inclinada afanosa sobre la suela del zapato, clavando y sacando de nuevo la aguja. De repente tomó una decisión. Tenía que ser enseguida. Se quedaría con ella.

Pero ella debía entender exactamente cuál iba a ser su deber. Echó a andar con un paso más ligero de lo habitual y tomó asiento de nuevo.

—He tomado una decisión —dijo de pronto—. Te quedarás en esta casa.

La muchacha levantó los ojos, con la aguja lista para hundirse en la tela, pero no acabó de rematar la puntada. Se puso en pie como señal de respeto hacia *madame Wu*.

—¿Quiere decir que la satisfago? —preguntó con voz baja, casi sin aliento.

—Sí, si cumples con tu deber. Mira..., has venido aquí para servir a mi señor..., para ocupar mi lugar... en determinadas cosas.

—Comprendo —dijo con el mismo tono de voz.

Tenía la vista clavada en la cara de *madame Wu*.

—Debes saber que nuestra casa sigue siendo muy tradicional en ciertos aspectos. El ir y venir entre las dependencias de hombres y mujeres no existe.

—Oh, no, por supuesto —aceptó rápidamente la chica. Dejó caer las manos sobre su regazo, pero mantuvo su mirada.

—En ese caso —dijo, con un tono brusco y precipitado que no era en absoluto su forma acostumbrada de hablar—, no hay motivo por el cual no podamos cerrar el tema.

—¿Y no debería tener un nombre? —preguntó apremiante la chica—. ¿No tendré un nombre en esta casa?

La pregunta escondía algo patético y conmovedor, y *madame Wu* lo percibió.

—Sí —respondió—, debes tener un nombre, y te lo daré. Te llamaré Ch'iuming. Significa «Otoño Luminoso». Con este nombre dejas claro tu deber. Él es el otoño, tuya es la luminosidad.

—Ch'iuming —repitió la joven. Saboreó el nombre en su boca—. Soy Ch'iuming

El señor Wu no se acercó a *madame* Wu, la cual dejó que así fuera. Después de tantos años, ella sabía muy bien lo que le pasaba por la cabeza. De estar decididamente en contra de la chica, él habría ido a decírselo con su temple y su decisión, seguramente incluso con risas. Pero el hecho de que se hubiese mantenido alejado demostraba que no era reacio a que la chica viviese en sus estancias, y que se sentía avergonzado frente a su esposa por no ser reacio. *Madame* Wu lo conocía lo bastante bien como para saber que incluso era posible que interiormente estuviese disgustado consigo mismo, aunque no lo suficiente para ir en contra de su tendencia. En resumen, él era lo que ella sabía que era, de una naturaleza capaz de conocer cuáles eran las cualidades de un gran hombre, de admirar y desear todas esas cualidades y, aun así, de dejar que su alma sucumbiera a las exigencias del cuerpo.

De ese modo, igual que nunca había sido capaz de resistirse a un plato bien condimentado en la mesa, tampoco, por mucho que anhelara la perfección, sería capaz de negarse al placer de una mujer joven. No era austero, pese a haber pasado años satisfecho con *madame* Wu. Pero ésta sabía, sin necesidad de presunciones, que de haber sido menos bella y menos aplicada como esposa, él no se habría dejado arrastrar hacia otros derroteros. Ella se había esmerado en tenerlo satisfecho en todos los aspectos. Si él sentía deseos de conocer cualquier tema que pudiera encontrarse en los libros, ella se informaba y luego se lo explicaba. Si él mostraba cierta curiosidad por cuestiones extranjeras, ella se enteraba y se lo comunicaba. En todos aquellos años juntos, el señor Wu no había tenido ningún deseo por satisfacer. Y *madame* Wu sabía, sin sentir dolor por eso, que se debía a que ella había estudiado siempre todos sus deseos; cuando eran vagos, lo ayudaba a clarificarlos mediante conversaciones detalladas, y cuando estaban bien definidos y eran inmediatos, no se demoraba en satisfacerlos. Había sido una buena esposa.

Tampoco ella se había sentido insatisfecha con él. No había sufrido un desengaño repentino. Al principio, se tomaba la curiosidad terca de su marido como la perturbación de una mente bloqueada por una madre que lo había mimado en exceso desde el mismo instante de su nacimiento. La Vieja Dama no había permitido nunca que el Viejo Caballero ejerciera algún tipo de poder sobre su único hijo, exageradamente apreciado por ser el único superviviente después de varios partos. Se opuso de forma clara y violenta a cualquier deseo de su esposo de disciplinar al pequeño. Eso ocurrió cuando el niño cumplió siete años. Hasta entonces, siguiendo la costumbre de ese tipo de familias, el Viejo Caballero había permitido que el niño viviera en los aposentos de su madre. Pero a los siete años de edad, le dijo a su mujer que había llegado el momento de que el chico pasara a los suyos.

Entonces ella sacó a relucir una excusa detrás de otra. Primero, que el niño tenía la garganta muy débil y debía vigilarlo por las noches, luego que tenía muy poco apetito y que sólo comía haciéndose rogar mucho. Cuando el Viejo Caballero se

ponía duro, ella lloraba, y cuando él se enfadaba, ella se enfadaba aún más. Pero el hombre era duro como una piedra y ella acabó viéndose obligada a transigir. A los nueve años, el niño se trasladó a una pequeña habitación contigua al dormitorio de su padre, el cual asumió la responsabilidad de instruirlo y disciplinarlo.

¡Suerte que aquella pequeña habitación tenía también una puerta lateral por la que el gallardo y testarudo chico se escapaba por las noches a ver a su madre! El Viejo Caballero se dedicaba con paciencia y ternura a educar a su hijo en vano. Pues en lugar de la autodisciplina que él le enseñaba, su esposa, por su exceso de amor, lo entretenía jugando cuando debería estar estudiando. Lo obsequiaba con comidas exquisitas y delicadas, y para cuando su joven estómago estaba a rebosar y le dolía, le enseñó a fumar una pipa de opio para aliviar el dolor. Fue solamente la buena salud del chico y su espíritu inquieto lo que lo salvó de la adicción al opio. De ese modo, cuando llegó a los veinte años, el Viejo Caballero se dio cuenta de que la Vieja Dama había ganado y, con una advertencia final, acabó cediendo a su hijo.

—Hijo mío —dijo para concluir su discurso—, has elegido a la mujer por encima del hombre, a tu madre antes que a tu padre, la facilidad antes que el logro. Que así sea. Por el bien de nuestra casa, queda ahora que encuentres una esposa que dé fuerza a tu debilidad.

El chico se amedrentó ante la gravedad de la voz de su padre y, como siempre hacía cuando estaba asustado, corrió lo más rápidamente posible en busca de su madre y en cuestión de minutos había olvidado su malestar.

Madame Wu llegó a la casa poco después. El décimo día después de contraer matrimonio, el Viejo Caballero la mandó llamar a su biblioteca y habló con ella sobre su hijo.

—Mi hijo será lo que tú hagas de él. Hay hombres que se hacen a sí mismos, pero él siempre será lo que de él hagan las mujeres. Sin embargo, no debes permitir que lo sepa. Nunca le reproches su debilidad, porque entonces se volvería completamente débil. Nunca dejes que sienta que si no fuese por ti, él sería un inútil, porque entonces acabará siendo un inútil. Debes buscar en él los hilos más fuertes y tejer con ellos tu tela, y nunca confíes en los hilos débiles que encuentres. Proporciónale los tuyos en secreto.

Ella era muy joven por aquel entonces, su flamante esposo era atractivo y alegre, y se sentía entusiasmada con su matrimonio. Nada le daba miedo.

—Lo amo —le contestó simplemente al Viejo Caballero.

Él se quedó perplejo, pues no era habitual que una mujer hablara con tanta osadía. Pero habiendo murmurado la chica aquellas extraordinarias palabras con un tono de voz tan cálido y hermoso, y siendo su aspecto tan delicado e inocente, no tuvo el valor suficiente para reprocharle nada.

En lugar de eso, se limitó a inclinar la cabeza y decir:

—En ese caso, tienes en tu mano el arma más afilada de la mujer.

Fueron necesarios quizá diez años para que *madame Wu* comprendiera por

completo al hombre con quien se había casado y a quien todavía amaba con ternura. De forma muy lenta, tan gradual que ni siquiera sintió el dolor del desengaño, fue descubriendo todas las limitaciones de la mente y el alma de su esposo. El espacio comprendido entre esos límites era pequeño. Se dio cuenta de que las curiosidades y preguntas, que al principio la habían entusiasmado por tomarlas como destellos de inteligencia, carecían de base alguna. No eran más que una forma de pasar el tiempo. No conducían a ningún fin. En cualquier momento, él se aburría de una pregunta concreta y dejaba de buscarle respuesta, y entonces le tocaba a ella descubrir hacia qué lado soplaría el viento a continuación.

Fue en aquella época cuando *madame* Wu sobrepasó los límites de su marido y dejó que los suyos vagaran libremente. Pero no se lo dijo. En realidad, ¿por qué tenía que hacerlo si no iba a comprender lo que le decía? Dentro de los límites de su esposo conservó la cantidad suficiente de ella para que él pudiera seguir pensando que continuaba allí, a su lado. Pero empezó a soñar ya en su cuarenta cumpleaños y a planificar lo que haría cuando llegara el día.

Tomó la decisión de anunciarle al señor Wu que había encontrado a Ch'iuming y que estaba preparada. Pese a que se habría enterado por los criados, ella tenía que comunicárselo personalmente. Y ya que Fengmo había visto a la chica, no debía retrasar el anuncio. Que un hombre joven viese a una mujer joven podía no significar nada, pero también podía significar mucho. Existe un momento en la marea de la juventud en el cual un encuentro como ése, por fortuito que sea, puede resultar tan peligroso como una cita amorosa. Si el señor Wu tenía la cabeza sobre los hombros, reclamaría a Ch'iuming tan pronto como ésta estuviese lista.

Ch'iuming se sentía feliz aquella luminosa mañana de verano. *Madame* Wu había mandado a Ying a una tienda de telas a por algodón floreado de buena calidad y seda de calidad media, y luego había llegado un empleado cargando montañas de telas. *Madame* Wu había elegido la cantidad suficiente para hacerle a Ch'iuming tres conjuntos completos de prendas. Deseosa de complacer a la chica, le permitió señalar sus colores y estampados preferidos, y observó con satisfacción cómo elegía estampados pequeños y colores suaves. Más satisfecha se sintió si cabe cuando la joven se puso enseguida manos a la obra para confeccionarse ella misma las prendas.

Ch'iuming se situó delante de la mesa cuadrada y, en primer lugar, extendió sobre ella el algodón estampado. Luego se detuvo, tijeras en mano.

—¿Lo corto como sus vestidos, Hermana Mayor? —preguntó. La ropa que llevaba era una chaqueta corta y de mangas anchas, al estilo rural.

—Ying te ayudará a conseguir el estilo adecuado para esta casa —respondió *madame* Wu.

De modo que Ying se encargó de tomar las medidas, marcar la tela con tiza blanca, y luego de cortarla para que se adaptara al estilizado y curvilíneo cuerpo de Ch'iuming.

Y mientras todo aquello sucedía, la chica entró en un trance de puro placer.

—En toda mi vida he tenido una prenda hecha con tela nueva —murmuró.

Ya con las piezas cortadas, enhebró la aguja, deslizó el dedal de latón en su dedo índice y se sentó para continuar con aquel sueño de felicidad. Daba puntadas lentamente y con cuidado, mientras Ying la supervisaba para controlar que las puntadas fueran pequeñas y regulares. Observando a Ch'iuming, *madame* Wu volvió a sentir aquella extraña punzada de ligera culpabilidad, como si estuviese a punto de hacerle algo malo. Decidió ir enseguida a buscar al señor Wu y ordenó a Ying que la acompañara un momento a la otra habitación. Allí, sin que la chica pudiera oírlas, le dijo:

—Debes ayudarla. Encárgate de que tenga enseguida un conjunto completo de ropa interior, y uno exterior. Es posible que mañana, según cómo se me presente el día, la saque de aquí.

—Sí, señora —dijo Ying, cuidándose de que su cara y su voz no demostraran ni satisfacción ni tristeza.

Madame Wu abandonó sus estancias por primera vez desde que se había trasladado a ellas. Por obligación, se detuvo a ver a la Vieja Dama. La encontró bien, sentada al sol junto a la puerta de su patio y excepcionalmente contenta, mientras una criada le frotaba con aceite los pies y los tobillos, que aquel día se le habían hinchado un poco.

—Han sido los cangrejos —dijo la Vieja Dama—. Siempre me hinchan los pies. Pero teniendo en cuenta que estoy a punto de bajar a la tumba de un momento a otro, ¿para qué rechazarlos? De todos modos, para poca cosa ya me sirven los pies y los tobillos. Además, bebí mucho vino con los cangrejos para quitarles el veneno.

Parecía haber olvidado por completo el enfado con su nuera por el tema de la concubina, y *madame* Wu no se lo recordó. Se paró a examinar los pies inflamados de la anciana y se despidió indicándole a la criada que los masajeara hacia arriba para que la sangre subiera en lugar de bajar. Luego prosiguió su camino.

Esperaba encontrar al señor Wu en sus antiguas estancias, más que en las de él, de modo que se dirigió hacia allí. En su patio empezaban a marchitarse las orquídeas plateadas. Se inclinó para ver si había pulgones en las hojas, pero no descubrió ninguno. Fue en aquel momento cuando vio al señor Wu sentado en el interior de la habitación y vestido con ropa cómoda. Debido al calor iba con unos pantalones tobilleros y sueltos de seda blanca y una chaqueta de seda sin abrochar que dejaba al descubierto su suave torso. Se daba aire con un abanico de seda blanca con estampado de bambúes verdes y sujetaba una taza de té. En la mesa estaban los platos vacíos del desayuno. En su atractivo rostro ella adivinó cierta turbación y resentimiento, pero siguiendo la vieja costumbre, se dirigió a él en tono alegre.

—Creo que ha llegado el momento de que en este jardín volvamos a plantar peonías. ¿Qué opinas, padre de mis hijos?

—Estas orquídeas grises nunca me han gustado. Prefiero algo con más color.

—Haré que las retiren hoy mismo y que planten peonías. Si las compramos en

maceta, seguirán floreciendo sin problemas.

Él se puso en pie, salió de la habitación sin prisas y se plantó en el patio junto a ella, contemplando las orquídeas.

—Peonías rosas y rojas —dijo, pensándolo bien—. Y una blanca por cada cinco rojas y rosas.

—Una buena proporción —observó ella—. ¿Dónde está Yenmo? —Su hijo menor solía estar siempre cerca de su padre.

—Ayer lo mandé al campo —respondió con solemnidad el señor Wu—. Es demasiado joven para toda la confusión que reina en esta casa.

—Muy juicioso por tu parte. Muy atinado. —Levantó la vista y lo miró con cariño. Era un hombre alto, algo rollizo debido a su afición a la comida—: ¿Qué tal te encuentras esta mañana? Pareces un príncipe de Chu.

—Bien, muy bien —aseguró, pero ella le notó cierta impaciencia y le sonrió.

—No me he olvidado de ti —dijo, con su hermosa voz llena de ternura.

—Me siento como si lo hubieses hecho —gruñó. Se abrió la chaqueta y se abanicó el pecho desnudo un momento con brío y fuerza—. He estado muy solo, esperando que tomaras tu decisión. ¡Soy un buen esposo, Ailien! Otro hombre no habría soportado esta separación durante tanto tiempo. ¡Tantos días! ¡Ya basta, digo!

—No me he olvidado de ti ni un instante. He estado buscando bien y la joven ya está aquí.

La cara del señor Wu se cubrió con una oleada de rubor.

—Ailien, no vuelvas a hablar de eso.

—Debes de haberte enterado de que estaba por aquí —prosiguió ella con su voz cristalina.

—No presto atención a los chismorreos de los criados —dijo, adoptando un aspecto muy digno. Pero ella sabía que no era más que la imagen que él tenía de sí mismo. Escuchaba todo lo que su criado le contaba y reía con sus chistes, pues el hombre era muy gracioso y sabía que a su amo le gustaba reír.

Madame Wu se acercó con elegancia a una silla del jardín.

—La joven es realmente idónea —murmuró. Dejó caer sus delicadas manos sobre el regazo con su habitual tranquilidad—. Sana, joven, bonita, inocente...

—¿No tienes celos de ningún tipo? —la interrumpió con amargura. La luz del sol caía sobre él y ella apreció con agrado la imagen que creaba: cabello negro y brillante, suave piel dorada, labios carnosos y ojos grandes y osados.

—Eres tan atractivo —dijo sonriendo— que estaría celosa si ella no fuese una niña, muy sencilla, que representa menos que nada entre tú y yo.

—No entiendo por qué de la noche a la mañana te has tornado tan monstruosamente fría —se lamentó—. Ailien, la semana pasada eras... como siempre has sido. Esta semana...

—He cumplido cuarenta años —terminó ella por él, sin dejar de sonreír. Luego le indicó que tomara asiento a su lado—. Ven, siéntate. —Apenas acababa de decirlo

cuando vio a Fengmo cruzando la puerta. El chico miró, y al ver a sus padres sentados el uno junto al otro, dio rápidamente media vuelta—: ¡Fengmo! —gritó. Pero él no la oyó y no regresó—. Tenemos que casar al tercero de nuestros hijos —le dijo al señor Wu—. ¿Qué opinas de que hable con *madame* Kang enseguida, tal vez mañana, y le pida a Linyi?

—Siempre has elegido las esposas de los chicos.

—Tsemo eligió la suya —le recordó—. Desearía evitar ese error con Fengmo.

—Me parece bien.

Quedó ella satisfecha al ver que su tono de voz no mostraba ningún interés ante la idea de Linyi. La había olvidado. Estaba pensando sólo en él. Decidió hablar directamente, como si acabase de comprarle un nuevo conjunto de prendas o un par de zapatos.

—A menos que no estés de acuerdo, mañana te enviaré a la chica.

Las mejillas del señor Wu se cubrieron de nuevo de rojo. Introdujo el pulgar y el índice en el bolsillo de su chaqueta y sacó un paquete de cigarrillos extranjeros, tomó uno y lo encendió.

—Sé que eres una mujer tan endiabladamente tozuda que podría matarme a golpes contra tus deseos —murmuró entre nubes de humo—. ¿Por qué matarme?

—¿Te he hecho alguna vez menos feliz a causa de mi tozudez? —preguntó ella. Su voz era un cascabel de risa—. ¿No la he empleado siempre en tu bien?

—No me hables de este tema. —Soltó una gran bocanada de humo—: ¡Nunca vuelvas a mencionarme a la chica!

—No hay motivo por el que tengamos que hablar de ella —coincidió *madame* Wu—. Te la mandaré mañana por la noche. —Vio entonces una segunda forma en la puerta del patio y reconoció a su hijo mayor. Pasaba también por allí, o eso parecía—: ¡Liangmo! —llamó. Pero él se fue también y no regresó.

El señor Wu se puso en pie de repente.

—Ahora recuerdo que quedé para verme con un hombre en la casa de té. El administrador de las tierras piensa que deberíamos comprar ese pedazo de terreno que tres generaciones atrás mi abuelo regaló a uno de los criados por salvarle la vida. Los descendientes del hombre están dispuestos a vender y con ello las tierras recuperarían sus antiguos límites.

—Me parece muy bien, pero no debes pagar por ese quinto de acre más de setenta y cinco dólares.

—Le daríamos ochenta.

—Me alegraría de que no fuera más. Tenemos que pensar en nuestros hijos.

—No más de ochenta —le prometió. Se volvió y fue hacia la casa. Ella se incorporó también, dispuesta a seguir su camino. Pero él se detuvo al llegar al umbral de la puerta y se giró. Se quedó mirándola—. ¡Ailien! —exclamó—. ¡Yo no tengo la culpa de nada!

—¿Y quién te culpa de algo? —respondió ella—. Por cierto, he olvidado

mencionarte su nombre. Se llama Ch'iuming. Será la luz de tu otoño.

Al oír aquello, el señor Wu abrió la boca, la cerró a continuación y se marchó.

Madame Wu observó las orquídeas marchitas con mirada pensativa.

«Quería maldecirme —pensó—, pero no ha sabido cómo hacerlo».

De repente se sintió cohibida y deseó regresar a sus tranquilas habitaciones. Pero sabía que no debía por sus hijos, que estarían esperándola. Debía visitarlos a todos, uno por uno.

Halló a Liangmo en el patio contiguo, donde se encontraban las estancias correspondientes a él y su familia. Era un hogar feliz y animado. El pequeño hijo de Liangmo estaba jugando en el jardín con su ama de cría y se le acercó corriendo en cuanto la vio llegar. Ella le acarició las mejillas y se inclinó para oler el dulce aroma de su piel.

—¡Bolita de carne! —dijo con ternura—. ¡Qué bien huelen tus mejillas!

Liangmo oyó su voz y salió de la casa. Iba vestido de calle.

—Estoy aquí, madre. Estaba a punto de ir a la ciudad para ver qué tal va el arroz. Es hora de empezar a calcular la cosecha.

—Retrasa tu salida, hijo mío —contestó. Liangmo extendió el brazo y ella se apoyó en él para que la guiara hasta un banco de jardín situado bajo un pino que se había curvado sobre el asiento, formando de ese modo una especie de marquesina—. He venido a pedirte que acompañes a tu padre a la casa de té. Está pensando en recomprar la parcela que la familia Yang ha tenido durante tres generaciones. El hijo actual es fumador de opio, como bien sabes, y es una buena oportunidad para que ese terreno pase de nuevo a formar parte de nuestras posesiones. Pero has de ir y procurar que la oferta no supere los setenta dólares. Tu padre está hablando de ochenta. Pero puede conseguirse por setenta. La gente nos roba porque piensa que somos ricos, y nadie es lo bastante rico como para dejarse robar.

—Iré, madre, naturalmente.

Ella lo vio dubitativo y supo enseguida que deseaba preguntarle sobre Ch'iuming. Pero había tomado ya la decisión de no hablar de la chica con ningún hijo. No estaba bien permitir que una generación discutiera con otra.

—¿Dónde está Meng? No la he visto desde mi cumpleaños. Quiero preguntarle..., y a ti también, hijo mío, qué opináis de Linyi para esposa de Fengmo.

—¿Linyi? —Liangmo no había pensado en ello—: ¿Crees que Fengmo permitirá que decidas por él?

—Si no lo permite, entonces dejaré que sea él mismo quien decida casarse con Linyi —dijo con su hermosa sonrisa—. Yo nunca obligo a nadie a nada.

En aquel momento Meng salió de la casa. Su principal fallo era que le gustaba mucho dormir por las mañanas, y que una vez levantada podía pasarse una hora o dos sin arreglarse. Aquella mañana, cuando oyó a *madame* Wu, estaba sentada en camisón y sin peinarse todavía. Había corrido a su habitación para adecentarse. Y ahora aparecía hecha una rosa, ni en forma de capullo ni de la flor completamente

abierta. El nuevo embarazo le provocaba cierta languidez. Sus grandes ojos parecían transparentes y tenía la boca entreabierta. Lucía en las orejas los pendientes que le había regalado *madame* Wu.

—¡Madre! —exclamó a modo de saludo—. ¡Has venido!

—Qué bien te quedan las perlas. —Miró a Liangmo—: Ve, hijo mío —dijo, con aquel tono de autoridad que nunca lo parecía por ser tan delicado—. Meng y yo charlaremos un ratito. —Cuando él se fue, examinó a la joven de pies a cabeza—: ¿Tienes ya vómitos matutinos? —preguntó con cariño.

—Empiezo con ello. Es decir, siento náuseas, pero no sale nada.

—Diez días más y empezará. Un bebé sano, especialmente si es niño, siempre provoca vómitos en la madre durante tres meses.

—Bien que me los provocó este mocoso —dijo Meng, frunciendo la boca y contemplando a su hijo, que en aquel momento jugaba a montar a caballito sobre su ama de cría.

Madame Wu necesitaba siempre tomarse su tiempo antes de abordar una verdadera conversación con Meng. Ninguna de las hijas de *madame* Kang poseía la amplitud de mente y de cuerpo de su madre. Reflexionó sobre ello mientras observaba la figura rellenita de la joven, su exquisito rostro y sus pequeñas manos. Era como si con sus hijas, su amiga se hubiese dividido en nueve partes. Ella no tenía la sensación de haberse dividido dando a luz a sus hijos. Los había creado como seres completamente nuevos que se habían separado de ella desde el momento de su nacimiento. Pero Meichen nunca se había separado de sus hijas. Se aferraba a todas ellas como una parte de sí misma.

—Meng, hija mía —empezó—. He venido a pedir te consejo. ¿Qué opinas de proponerle a tu madre que me conceda a tu hermana Linyi para Fengmo? Son casi de la misma edad..., creo que tu hermana es cuatro meses menor que Fengmo. Es bonita, y Fengmo es guapo también. Ambos están sanos. Todavía no he consultado los horóscopos, pero sé que sus meses de nacimiento encajan. Ella es agua y él es piedra.

—¡Cómo me gustaría tener a mi hermana aquí! —exclamó. Dio palmas, y sus anillos tintinearón al chocar. Luego dejó caer las manos—. Pero, madre, debo decirle que Linyi considera a Fengmo pasado de moda.

—¿Por qué? —preguntó asombrada.

—Nunca ha estudiado fuera. Sólo se ha criado en esta casa —explicó.

—Tu madre nunca debería haber permitido que Linyi pasase ese año estudiando en Shanghai. —La seriedad endureció las bellas comisuras de su boca.

—Claro que Fengmo aún podría ir a estudiar fuera. —Camufló un bostezo con su mano llena de hoyuelos.

—No enviaré a Fengmo fuera mientras no esté formado. Deseo que mis hijos se formen en esta casa, no en una escuela extranjera —replicó.

Meng nunca discutía.

—¿Se lo digo a Linyi? —preguntó entonces.

—No —contestó *madame* Wu con dignidad—. Hablaré yo misma con tu madre.

Las palabras de su nuera la desanimaron un instante. Pero antes de seguir pensando en ella, el rostro infantil de Meng hizo una mueca de sorpresa.

—Oh, Cielo —gritó, y se llevó las manos al vientre.

—¿Qué sucede?

—¿Podría ser que sintiese el niño... tan pronto? —dijo con solemnidad.

—Otro chico —anunció *madame* Wu—. Si da patadas tan pronto, es un chico.

Habría sido indecoroso mostrarse impaciente con Meng en aquel momento, de modo que se controló. Lo único que se pedía a las mujeres jóvenes era que cumplieran sus funciones. Y eso es lo que Meng estaba haciendo.

Se levantó.

—Has de beber un poco de caldo caliente, hija. Lo mejor es caldo de arroz. Cuando el niño se mueve, es que tiene hambre.

—Lo haré, aunque acabo de terminar el desayuno. Pero tengo hambre día y noche, madre.

—Come. Come tu ración y la del niño.

Se marchó, y mientras caminaba por los bellos y antiguos patios se sintió sacada de su propio ser y arrastrada, como a menudo le sucedía, por el torrente de aquella familia Wu a la que tantos años atrás se había unido. Vida y matrimonio, nacimientos y nuevos nacimientos, el torrente continuaba. ¿Por qué impacientarse con Meng, que no podía pensar en otra cosa que en dar a luz?

«Yo también, con mis propios hijos, he aportado mi parte a ese río de vida», se dijo. Su único deber en aquel momento era mantener el flujo puro y libre de trabas para la siguiente generación. Levantó la cabeza y respiró el aire de la mañana. Porque más allá de su deber, era una persona libre.

Pero quedaba todavía Tsemo. No hablaría con Fengmo hasta que conociese la opinión de Linyi. Yenmo se había ido. Tan pronto como hubiera saludado a Tsemo y Rulan, habrían terminado sus tareas para aquel día.

El jardín de Tsemo era el menos agradable de todos. En cuanto puso el pie en el limitado espacio, se arrepintió de la venganza que se había tomado por su matrimonio. El recinto disponía de sólo dos estancias, las dos con orientación norte. El sol no las calentaba en invierno y en verano eran húmedas.

Encontró a Tsemo en la habitación principal. Estaba limpiando una mancha de tinta extranjera que se había derramado de su recipiente; ella lo vio primero y se dio cuenta enseguida de que estaba de mal humor. Aquel hijo suyo solía estar malhumorado, con una mueca en la boca y una mirada cruel. Y justo así estaba ahora.

Madame Wu se detuvo en el umbral.

—¿Y bien, hijo? —dijo a modo de saludo—. ¿Estás solo?

—Rulan está enferma —respondió, arrojando al suelo el trapo manchado de tinta.

—¿Enferma? Nadie me ha dicho nada. —Cruzó la elevada puerta y entró en la

estancia.

—No tenía buen aspecto, y le he dicho que se quedara en cama —dijo Tsemo.

—Pasaré a verla.

Retiró la cortina de seda roja que separaba las dos habitaciones y entró. Era la primera vez desde la llegada de Rulan que entraba allí y vio que había cambios. La cama carecía de cortinajes y, en cambio, había cortinas en la ventana. En las paredes había algunos cuadros foráneos y entre los libros de las estanterías había también ejemplares extranjeros.

Rulan yacía acostada en la cama, con la cabeza sobre una almohada alta y el cabello corto retirado de la cara, que le dejaba las orejas al descubierto. Eran pequeñas y bonitas, recordaban pequeñas conchas. *Madame Wu* se percató de ello al instante.

—Nunca te había visto las orejas —dijo amablemente—. Son muy bonitas. Deberías llevar pendientes. Te enviaré un par de pendientes de oro.

Rulan la miró con sus oscuros ojos brillantes.

—Gracias, madre —contestó, con una mansedumbre poco habitual en ella.

Madame Wu se alarmó ante aquella mansedumbre.

—Me temo que estás muy enferma.

—Estoy cansada —admitió la joven.

—¿Llevas quizá la felicidad en tu seno? —sugirió.

Pero Rulan negó con la cabeza.

—Sólo estoy cansada —repitió. Empezó a retorcer el cubrecama de seda entre sus dedos morenos.

—En ese caso, reposa. Reposas. Nada hay en esta casa que no pueda hacer otro.

Movió afirmativamente la cabeza, sonrió y volvió a salir para ver a Tsemo. Él estaba escribiendo cartas en algún idioma extranjero, una tras otra, con una pluma extranjera. Se levantó al verla entrar de nuevo, sin soltar la pluma.

—¿Qué escribes? —preguntó *madame Wu*.

—Practico mi inglés.

—¿Quién te lo enseña?

Él se sonrojó.

—Rulan —respondió. Su madre comprendió enseguida que se sentía avergonzado, de modo que se apresuró a cambiar de tema.

—Rulan está exhausta. Debe descansar.

—La obligaré a hacerlo —dijo con ansiedad—. Es demasiado activa. Ayer asistió a una reunión del Comité de Reconstrucción Nacional en el ayuntamiento y fue elegida presidenta. Cuando llegó a casa, estaba agotada.

—¿Otra vez la reconstrucción nacional? —Su voz sonó con retintín—: Ah, eso es agotador.

—Es lo que yo le dije —coincidió Tsemo.

Madame Wu asintió con la cabeza y a continuación se fue; regresó a su patio con

una celeridad insólita en ella. Ch'iuming estaba sentada en un taburete en el jardín, cosiendo sus nuevos vestidos. *Madame Wu* se detuvo a su lado y la chica hizo el ademán de levantarse, pero ella la empujó con delicadeza, posándole la mano en el hombro, para que continuara sentada.

—Sigue con tu costura —le ordenó—. Mañana es el día y debes prepararte.

La joven recogió la aguja que había caído y colgaba de una hebra de hilo. No dijo palabra. Inclino la cabeza y se puso de nuevo a coser moviendo la mano y los dedos con rapidez. *Madame Wu*, observando la cabeza inclinada, vio un rubor rojo como las flores del melocotón ascendiendo por los hombros de Ch'iuming y extendiéndose hacia la nuca hasta alcanzar las raíces de su cabello negro.

Al final del siguiente día, *madame Wu* había decidido ya cómo iba a ser la entrada de Ch'iuming en las estancias del señor Wu. El alboroto sería menor si se hacía deliciosamente y por la noche. No había motivos para convertirlo en una celebración. Se trataba de un asunto de su generación y la del señor Wu, y permitir que los miembros de la generación más joven tomaran parte de ello sería incomodarlos.

Al día siguiente, por lo tanto, ordenó a Ying que ayudara a la chica en pequeños detalles concretos de su aseo que, naturalmente, Ch'iuming debía de ignorar. Ella pasó la jornada en la biblioteca. No le apetecía retomar los libros prohibidos. De hecho, le daba la sensación de que nunca volvería a abrir ninguno de ellos. ¿Qué más tenía ella que ver con los hombres? Eligió un libro de historia y empezó a leer desde el principio de los tiempos, cuando la tierra y el cielo no estaban separados, sino unidos en el caos.

El día transcurrió como si estuviese fuera de su cuerpo y viajando por el espacio. Nadie se acercó a verla. Sabía que la casa entera estaba pendiente de cuál sería su voluntad, y que hasta que no hubiese instalado a Ch'iuming nadie la visitaría. Nadie sabía cómo dirigirse a ella mientras los asuntos en el centro de la familia siguieran confusos. Su único visitante fue el administrador de las tierras, que mandó aviso de que a última hora de la tarde le gustaría ir a informar sobre el tema de la adquisición del terreno. *Madame Wu* dio la orden de recibirlo, y cuando apareció en el umbral de la puerta de la biblioteca, levantó la vista de su libro y, sin cerrarlo, le indicó que pasara. El administrador entró, se plantó delante de ella y se sacó un papel doblado del pecho.

—Señora, le he traído la escritura de compra de la parcela de los Yang. Hemos pagado ochenta dólares. Si el señor se hubiese mantenido aparte, la habría obtenido por setenta, pero recordó que las tierras habían sido un regalo y no quiso ser duro.

—Me quedaré con la escritura —dijo ella, sin responder a su queja contra el señor Wu. Extendió la mano y él le entregó el documento—. ¿Es eso todo? —No le cabía la menor duda de que el hombre estaba al corriente de lo que sucedía en la casa. Lo vio

echar una rápida ojeada a su alrededor, buscando con la mirada la presencia de una nueva cara—: ¿Es eso todo? —repitió.

El administrador centró la mirada, pero siendo como era un hombre vulgar, fue incapaz de esconder lo que pensaba. Ella observó la caída de las comisuras de su boca carnosa, sus ojos vacilantes, y leyó sus pensamientos con la misma claridad con que leyó el libro prohibido.

—¿Y bien? —preguntó de forma tajante.

Él bajó la vista ante su brusquedad.

—No hay nada más, señora. Excepto que, a menos que usted lo prohíba, plantaré alubias en la nueva parcela. Es demasiado tarde para otro tipo de cosecha.

—Alubias y luego trigo de invierno —ordenó.

—Eso es lo que tenía pensado.

Ella movió afirmativamente la cabeza y entonces se dio cuenta de que él esperaba recibir algún pequeño obsequio por la adquisición. Se levantó, extrajo una llave de su bolsillo interior y la encajó en un arcón de madera que estaba adosado a la pared. Lo abrió y sacó de allí una caja de madera reforzada con hierro, la abrió también y cogió de ella unos cuantos dólares de plata, contando hasta diez ante los ojos del hombre.

—Con esto te doy las gracias —dijo cortésmente.

Él extendió la mano como queriendo protestar, la retiró, ladeó la cabeza para rechazar el regalo, y luego lo aceptó.

—Gracias, señora, gracias —dijo una y otra vez, y luego se alejó caminando hacia atrás hasta salir por la puerta.

Ella observó cómo se enderezaba en el patio y miraba a derecha e izquierda mientras se dirigía a la verja.

Se alegró de que Ch'iuming no estuviera a la vista. La chica poseía la elegancia de permanecer escondida. Un punto más a su favor. Cerró el libro que había dejado abierto sobre la mesa, lo guardó dentro de sus cubiertas y se dirigió al salón. Ying le había llevado la cena, y junto con ella, la de Ch'iuming. Examinó la comida que la chica iba a tomar. Se inclinó y la olió.

—No le habrás puesto ajo, cebolla o cualquier cosa que huela fuerte, ¿verdad?

—Sé lo que debo hacer —respondió brevemente Ying.

—¿Nada de pimienta? —insistió—. Provoca acidez.

—Nada que un bebé no pueda comer. —Su amable rostro seguía antipático e indiferente para demostrarle a su ama que no había aflojado. *Madame Wu* sonrió a la mirada rabiosa y los labios fruncidos de su criada.

—Ying, eres la lealtad personificada. Pero si de verdad quieres servirme, tienes que saber que yo hago sólo aquello que deseo hacer.

Ying no respondió al comentario.

—Tiene la cena en su habitación, señora —dijo, muy brusca todavía.

De modo que *madame Wu* comió sola en su habitación con su habitual y exquisita lentitud y luego holgazaneó y fumó un rato de su pipa. Salió después al

jardín, donde un jardinero había pasado todo el día ocupado trasplantando las orquídeas. Le había dado instrucciones acerca de su ubicación y el trabajo estaba ya terminado. Había arrancado flores y capullos y cortado las hojas exteriores, pero en cada tallo quedaba la punta de una nueva hoja. Sobrevivirían. El patio en el que habían vivido hasta ese día había sido replantado con peonías en flor.

Esperó una hora después de que anocheciera, y tras esa hora de oscuridad entró en la casa. Ch'iuming se había bañado y se había peinado el cabello. Se había puesto un vestido nuevo. Estaba sentada en el extremo de la estrecha cama, con las manos unidas sobre el regazo. Su joven rostro, inmutable, no transmitía nada. Pero en el nacimiento del pelo, peinado de forma que le cubría las cejas, *madame* Wu vio dos hilillos de sudor. Se sentó junto a ella.

—No debes tener miedo. Es un hombre muy amable.

La chica le echó una mirada rápida levantando apenas los párpados y volvió a bajar la vista.

—Sólo has de obedecerlo —añadió. Pero se sentía cruel pronunciando aquellas palabras.

¿Por qué se sentía cruel? Ch'iuming ya no era ninguna niña. El hombre que tendría que haber sido su esposo había muerto. De haber seguido viviendo en casa de su madre adoptiva, ¿qué habría podido esperar excepto casarse, como joven viuda sin casar, con algún campesino cargado de hijos cuya esposa hubiera fallecido? ¡A buen seguro, su destino actual era mejor que eso!

De modo que intentó ser más dura. La joven levantó la mano con sigilo, se secó el sudor que le resbalaba por las mejillas y permaneció en silencio.

—Es mejor que te la lleves ahora —le dijo de pronto *madame* Wu a Ying, que permanecía allí esperando.

Ying dio un paso adelante y cogió a la chica por la manga.

—Ven.

Ch'iuming se levantó. Con la boca abierta, empezó a jadear y a resistirse, con las pupilas cada vez más dilatadas.

—Ven —repitió Ying duramente—. ¿Para qué si no te han traído a esta casa?

La chica miró a Ying y a *madame* Wu. Entonces, viendo que nada en ellas le proporcionaba una escapatoria, inclinó la cabeza y siguió a la criada hasta salir de la habitación, cruzar la verja y salir del patio.

Una vez sola, *madame* Wu se quedó un rato sentada completamente inmóvil. Su cabeza, vacía por completo de pensamientos. Permaneció en un estado de sentimiento ciego, y dejó que ese sentimiento siguiera su curso. ¿Sufría dolor? Sabía que no. ¿Se arrepentía? No, no se arrepentía de nada. Era en aquel estado de vacío en el que debía sentirse perdida el alma cuando llegaba la muerte.

Luego levantó la cabeza. Le temblaban los labios. ¿No vivía también en el vientre, en aquel estado de vacío, el alma del nonato? Entonces, también ella podía volver a nacer. Se levantó, salió al patio y alzó la cara hacia la oscuridad del cielo. La

noche era cálida y oscura, y el cuadrado de cielo que delimitaba el patio estaba cubierto de nubes que impedían ver el brillo de las estrellas. Llovería antes del amanecer. Pero ella siempre dormía bien las noches lluviosas.

Ying regresó y pasó de largo, sin verla en la oscuridad. Entró en la casa vacía y se quedó sorprendida al no encontrarla allí.

—¡Oh, Cielo! —La oyó murmurar *madame Wu*—. ¿Dónde habrá ido ahora? ¡Ama..., ama! —gritó Ying.

—Estoy aquí, tonta —dijo ella tranquilamente desde la puerta—. He salido al patio para ver si llovería.

Ying estaba verde como el tofu pasado. Se llevó la mano al corazón.

—Oh, ama —repuso casi sin aliento—. Pensaba... Pensaba...

Madame Wu se echó a reír.

—Si dejaras de pensar tanto, serías mucho más feliz. Deberías dejarme a mí lo de pensar, Ying. No tienes ninguna necesidad de hacerlo.

La criada suspiró y dejó caer la mano.

—¿Quiere acostarse ahora, señora, como siempre?

—¿Por qué no? —respondió con su hermosa voz—. Está empezando a llover. Lo oigo en el tejado.

Una hora después se metía en la cama. Se acostó recién bañada, recién vestida con su camisón blanco de seda.

Ying comenzó a sollozar de repente.

—¿Qué novia hay más bella que usted? —dijo entre sollozos.

Madame Wu había descansado la cabeza en la almohada. Volvió a levantarla.

—¿Cómo te atreves a llorar si no lo hago yo?

Tragándose las lágrimas, Ying soltó las cortinas y las corrió alrededor de la cama. Y encerrada detrás del esplendor de la seda, *madame Wu* cruzó las manos sobre su pecho y cerró los ojos. Sobre el tejado, por encima de su cabeza, se oía el balsámico y constante sonido de la lluvia.

Ch'iuming se adentró en la oscuridad y siguió una dirección desconocida para ella. No había abandonado ni una sola vez las estancias de *madame Wu* desde que llegara a ellas. Ahora, alejada de allí, se sentía por completo sin hogar, tan huérfana como cuando la mujer que le dio a luz la abandonó junto a las murallas de la ciudad. Pero entonces no conocía lo apurado de su situación. Ahora sí.

Su vida, de todos modos, siempre había sido así y hacía mucho tiempo que había aprendido a guardar silencio, pues nadie la oiría por mucho que gritara. Ying seguía tirándole de la manga y sentía que aquel leve tirón guiaba sus pasos. Pero no cruzó palabra con ella.

También Ying guardó silencio mientras avanzaban de un patio a otro. En las estancias de la Vieja Dama no se oía nada, pues la anciana se acostaba con la puesta

de sol. En dirección oeste se oía gritar un niño. Era el hijo del hijo mayor. En dirección norte, Ying oyó, o creyó oír, a una mujer llorando. Se detuvo a escuchar.

—¡Shh! ¿Quién está llorando a estas horas de la noche?

Ch'iuming levantó la cabeza.

—Ahora no oigo nada —dijo Ying—. A lo mejor no era más que una tórtola.

Prosiguieron la marcha. El corazón de Ch'iuming latía con fuerza. Todos sus sentidos se aceleraron. Notaba la humedad del aire en la piel. Sí, entonces oyó un llanto femenino. ¿Qué mujer podía llorar por esos patios? No preguntó. ¿Qué podría hacer ella aun averiguando de quién se trataba? Sintió crecer en ella su indefensión y tuvo miedo. También ella quería llorar. Tenía que hablar, tenía que comunicarse con algún ser vivo y oír una voz que le respondiera, aunque fuese sólo la de aquella criada.

—Me parece extraño que me quisiera a mí —dijo con voz ahogada—. Es de suponer que prefiriese a una chica de una casa de flores, alguien que sepa cómo... Yo sólo he vivido en el campo...

—Nuestra ama no habría querido una chica así en nuestra casa —respondió Ying con frialdad.

Llegaron a su destino antes de que Ch'iuming pudiera decir algo más. El jardín estaba lleno de peonías. Las iluminaba un farolillo y resplandecían entre las sombras.

—Aquí no hay nadie —anunció Ying.

Le abrió el camino y Ch'iuming la siguió. Vio una habitación muy grande, la más grande que había visto en su vida. El mobiliario era lujoso y oscuro y las paredes estaban cubiertas de cuadros. El viento de la noche agitaba con delicadeza los cortinajes de las puertas. Eran de color granate y contrastaban con las paredes en tono marfil. Entró tímidamente. Allí era donde viviría... si él la encontraba de su agrado.

¿Pero dónde estaba?

No lo preguntó, y Ying tampoco dijo nada de él. Con la misma frialdad, la ayudó a prepararse para acostarse. Sólo sintió pena por ella cuando la chica se sentó en el borde de la cama y vio la palidez de su cara.

—Debes recordar que ésta es una casa honorable —le dijo en voz alta—. Si cumples con tu deber, no tienes que temer nada. Él es amable, y ella es inteligente, además de amable. Eres una mujer afortunada, ¿por qué has de tener miedo? ¿Es que tienes un hogar que llevar o una madre que vuelva a recibirte?

Ch'iuming negó con la cabeza y se ruborizó. Se acostó y cerró los ojos. Ying corrió las cortinas y desapareció.

Detrás de las cortinas, Ch'iuming se quedó sola y aterrorizada. ¿Qué le sucedería en el transcurso del par de horas siguientes? La gran casa la enclaustraba. A lo lejos oía el chasqueo de las piezas del Mahjong. Los criados estarían jugando... ¿o serían los hijos? ¿O sería él, con sus amigos? ¿Habría entrado alguna vez una concubina en la casa de aquella manera, sin que el hombre la hubiese visto antes? Era como si fuese una esposa, no una concubina. Pero la esposa era la señora, no ella. ¿Y cómo

podía llegar a ser más bella que esa esposa, y cómo podía complacerlo después de ella, que era hermosa en todos los aspectos?

«Soy tan basta... —pensó—. ¡Incluso mis manos!». Las levantó en la oscuridad y las dejó caer de nuevo. Eran ásperas, y rozaron la fina seda de la colcha.

Recordó a la mujer que lloraba. ¿Quiénes eran los demás habitantes de la casa? Hijos y esposas de los hijos, y debía llevarse bien con todos ellos para que no la odiaran. Y los muchos criados ¿serían tan amables como Ying? ¿Y qué se les pedía a los criados? Ella, que no tenía nada con qué pagarles sus servicios... ¿Se le permitiría servirse a sí misma?

—Me gustaría volver a estar en mi cama —gimió en voz baja.

Había dormido toda su vida en un pequeño cobertizo adyacente a la habitación de su madre adoptiva. Su cama estaba formada por tablones colocados sobre dos bancos, y de noche oía respirar al buey y el aleteo de las aves de corral posadas en su palo. Sobre las tablas había una colcha de algodón en la que se envolvía y que hacía las veces de colchón y abrigo. A veces, por la mañana, la despertaban los excrementos de los gorriones cobijados bajo las vigas.

Entonces pensó en el chico junto al que se había criado, el hijo de su madre adoptiva, aunque nunca su hermano. Desde el momento en que tuvo conciencia, supo que la habían llevado a aquella casa para ser su esposa. No lo había amado porque lo conocía demasiado bien. Era un chico campesino como todos los demás del pueblo. Ahora, pensando en él, veía su cara redonda y sus mofletes, tal y como era cuando ella era una niña.

Después se hizo alto y delgado, y ella empezaba a sentirse tímida con él cuando le llegó la muerte. Ni siquiera había comenzado a preparar su ajuar de boda. Murió muy joven, antes incluso de que se hubiera puesto a pensar realmente en él como marido. Cuando murió, su madre adoptiva le echó a ella la culpa.

—Has traído una maldición a mi casa —dijo—. Tendría que haberte dejado morir junto a las murallas. No estabas hecha para mi hijo.

Recordaba el daño que le habían producido esas palabras. La granja era su único hogar, la mujer, su única madre. La mujer no había sido desagradable con ella. Pero cuando pronunció aquellas palabras, Ch'iuming supo que de nuevo volvía a ser simplemente una expósita, y que no pertenecía a esa casa. Cuando Liu Ma las visitó y se cerró el trato, no dijo nada.

«¿Qué podía hacer sino venir aquí?» se preguntó.

En aquel momento oyó pasos y la sangre se detuvo en sus venas. Agarró la colcha de seda, se la subió hasta la barbilla y se quedó con la mirada fija en las cortinas cerradas. Se abrieron. Vio un rostro atractivo, ni joven ni viejo, sonrojado por el alcohol. El olor a vino inundó el recinto de la cama. Él se quedó mirándola durante un minuto entero, luego volvió a cerrar con cuidado las cortinas.

Ch'iuming no oyó nada más durante un buen rato. ¿Se habría ido él? No se atrevía a moverse. Permaneció acostada en la oscuridad, esperando. Si resultaba no

ser de su agrado, la despacharían por la mañana. ¿Y adónde iría? ¿Le darían un poco de dinero si la echaban? ¿Qué sucedía con las concubinas que no gustaban? Empezó a temer de tal manera un destino así que ahora cualquier cosa le parecía mejor que eso.

Se sentó impulsivamente, separó las cortinas con una mano y oteó el exterior. Allí estaba él, sentado en un sillón y sin moverse. Se había despojado de sus prendas exteriores e iba sólo vestido con la ropa interior de seda blanca. ¿Cómo era posible que se hubiese movido tan silenciosamente que ella ni siquiera lo había oído?

Ella lo miró y él a ella. Luego Ch'iuming cerró las cortinas rápidamente, se acostó y se tapó la cara con las manos. ¡Estaba acercándose! Oyó las pisadas sobre las baldosas del suelo. Las cortinas de seda se abrieron como si fueran a arrancarlas, y entonces notó sus manos apartándole las suyas de la cara.

Madame Wu se despertó del sueño más profundo que había tenido en su vida. Era de día, y había dormido la noche entera de un tirón. No recordaba cuándo era la última vez que le había pasado eso. La vela nueva que Ying había dejado en la mesita la noche anterior tenía aún la mecha blanca.

Su primera impresión fue de descanso completo. El cansancio había desaparecido de su cuerpo y de su alma. Pero la sensación de alivio tenía, además, algo que le resultaba familiar. Obligó a su mente a reflexionar sobre su intensa vida y encontró el recuerdo. Así era como se sentía después del nacimiento de sus hijos. En cada ocasión, había notado la carga de su interior cada vez más pesada a lo largo de los diez meses lunares, más cercana, más invasora, hasta llegar a un punto en que lo único que le había posibilitado mantener la compostura habitual en ella era el meticuloso autocontrol que tenía de sí misma. Entonces llegaba el alumbramiento. Un instante que para ella no significaba tanto el nacimiento como la reivindicación de su propio cuerpo. Su primer pensamiento cuando el dolor se acababa de repente y cuando oía el agudo llanto del hijo que se separaba de ella, siempre había sido el de haber recuperado la libertad. Tan pronto como le acercaban el niño, aseado y vestido, empezaba a quererlo por lo que era, pero nunca por ser parte de ella. De hecho, nunca había deseado sentirse dividida. Lo único que deseaba era volver a sentirse íntegra.

Y aquella mañana tenía esa misma sensación de integridad, pero más profunda y más completa. Había cumplido todos sus deberes. A nadie en aquella casa le faltaba nada que necesitara.

... Se acordó entonces de su hijo Fengmo. ¡No sería completamente libre hasta que estuviera casado!

Se levantó pensando en eso y calzó sus pequeños y finos pies en las zapatillas de seda negra bordada que Ying dejaba siempre en el banco largo que había junto a la cama. Los pies de *madame Wu* eran un poco más finos de lo que podrían haber sido por naturaleza. Y se debía a que mucho tiempo atrás, a los cinco años de edad, su madre había empezado a vendárselos. En aquella época, su padre viajaba por países extranjeros acompañando al príncipe Li Hung Chang. Ella miraba las fotografías de su padre en aquellos países exóticos, y su criada le hablaba sobre su sabiduría y su bondad. Su madre hablaba también a menudo de él, pero siempre para corregir alguna rebelión de su hija.

—¿Qué te diría ahora tu padre? —le preguntaba muchas veces.

La pequeña no podía responder porque no lo sabía y por ello acababa siempre cediendo en sus brotes de rebeldía. Un día que su madre reclamó su presencia, la niña vio los largos vendajes blancos de algodón y se echó a llorar. Había visto lo que le había sucedido a su hermana mayor, esa hermana que antes corría y jugaba alegremente y que ahora se pasaba el día sentada en silencio y bordando, incapaz siquiera de mantenerse firme sobre sus doloridos pies vendados.

La mujer miró con severidad a su segunda hija.

—¿Qué diría tu padre si llegara a casa y te encontrara con los pies grandes como los de la esposa de un campesino? —le preguntó.

Los sollozos de la niña se convirtieron en un gemido, y se dejó vendar los pies.

Madame Wu seguía recordando aquel mes de agonía. Entonces recibieron una carta anunciando el regreso de su padre. Soportó medio mes más, por el bien de su padre. A su llegada a casa, se obligó a acercarse a él caminando con sus piecitos. ¿Qué alegría podía semejarse a la alegría que sintió a continuación? Antes de que le diese tiempo a verle la cara o llamarlo, el hombre lanzó un grito agudo y la levantó en brazos.

—¡Quitad inmediatamente estos vendajes de los pies de la niña! —ordenó.

Se produjo un alboroto y muchos gritos de protesta. Ella nunca fue capaz de recordar ni una sola palabra de aquella batalla entre adultos, pero jamás olvidaría el tumulto. Su madre gritaba, su abuela chillaba enfadada, e incluso su abuelo voceó también. Pero su padre se sentó con ella en las rodillas, y con sus propias manos le quitó los vendajes y le liberó los pies. Aún se acordaba del dolor, de la alegría de los pies liberados. Su padre los cogió entre sus manos, primero uno y luego el otro, y los frotó con delicadeza para restablecer en ellos la circulación de la sangre, y la llegada de la sangre a las venas comprimidas fue primero una agonía y luego una felicidad.

—Nunca... jamás —murmuró el hombre.

Ella se había aferrado a él llorando.

—¡Y si no hubieses vuelto a casa! —Sollozó con la cabeza escondida en su pecho. Su padre había llegado a tiempo de salvarla. En pocos meses podría volver a correr. Pero para los pies de su hermana ya era demasiado tarde. Los huesos estaban destrozados.

Después de aquello, en la casa todo fueron peleas. Su padre había aprendido nuevas formas de vida en nuevos países, e insistió en que la enseñaran a leer. Cuando tres años después falleció a finales de verano a causa de un ataque repentino de cólera, era ya demasiado tarde para vendarle de nuevo los pies a la niña y demasiado tarde también para la ignorancia, pues ya había aprendido a leer. Se le permitió incluso seguir con sus lecturas porque estaba ya prometida, y al Viejo Caballero le gustaba que supiese leer y no tuviese los pies vendados.

—Somos muy afortunados —dijo su madre— por haber encontrado una familia rica tan indulgente.

Y cuando en aquel momento deslizó sus finos pies en el interior de las zapatillas, recordó a su padre. Volvía a sentir en su interior algo de aquella alegría de libertad. Sonrió, y en ese momento entró Ying, que la sorprendió sonriendo.

—Ama —la reprendió—. ¡Qué feliz se la ve esta mañana! —La miró y, por mucho que pretendió guardar la compostura, no pudo evitar sonreír también—: Parece una niña traviesa.

—No intentes comprenderme, buena alma —dijo alegremente *madame Wu*—.

¿Por qué molestarte? Sigamos siendo como siempre hemos sido. Dime, ¿hace buen día?

—Como si no hubiese llovido.

—Entonces vísteme para ir de visita. Saldré a ver a *madame* Kang en cuanto desayune. Tengo un asunto que tratar con ella. ¿Qué opinas de su Linyi para nuestro Fengmo?

—Dos nudos de la misma cuerda —respondió Ying reflexionando sobre ello—. Creo, ama, que es mejor repetir una cosa buena que una mala. Nuestro joven primer señor está feliz con la hija mayor de los Kang. Pero nuestro segundo señor pegó anoche a su esposa.

—¿Que Tsemo pegó a Rulan? —exclamó.

—La oí llorar. Sería porque él le pegó.

Madame Wu suspiró.

—¿Es que nunca conseguiremos la paz bajo este techo?

Desayunó rápidamente, se puso en pie y se dirigió a las estancias de Tsemo. Pero Tsemo se había levantado incluso más temprano que ella y se había ido ya. Rulan continuaba en cama, durmiendo, según la criada. A *madame* Wu jamás se le ocurriría preguntar a una criada por qué su hijo había pegado a su esposa, de modo que le dijo:

—Dile a mi hijo que quiero verlo esta noche.

Siguió entonces con su recorrido habitual de cada día para inspeccionar las cocinas y los patios de la familia, y cuando hubo examinado las distintas partes de la casa, después de elogiar aquí y corregir allí, regresó a sus estancias.

Dos horas después cruzaba la puerta de la mansión. Hacía unos dos años que el señor Wu había comprado un automóvil extranjero, pero las calles eran tan estrechas que a *madame* Wu no le gustaba utilizarlo. Le desagradaba ver a la gente común aplastándose contra las paredes de las casas mientras el cochazo se abría paso por las callejas. Por otro lado, tampoco le agradaba la accesibilidad del rickshaw que le había regalado el señor Wu. Lo que más seguía gustándole era la intimidad del anticuado palanquín que en su día había formado parte de su mobiliario de boda. De modo que le dijo a Ying que la siguiese en el rickshaw. Uno de los cuatro portadores levantó la cortina, *madame* Wu entró, se acomodó en la silla y el porteador volvió a soltar la cortina. La ventanita que se abría en la tela le bastaba para ver lo que pudiera interesarle de las calles sin ser vista.

De ese modo, transportada por las abarrotadas calles por los cuatro portadores, tenía la sensación de no hacer daño a nadie. Su peso era muy ligero para los cuatro hombres y el palanquín era tan estrecho que no se requería empujar a nadie para abrirse paso. Más aún, le gustaba el respetuoso grito del porteador en cabeza cuando quería apartar a los que se interponían en su camino, «¡Os pido prestada vuestra luz! ¡Os pido prestada vuestra luz!», pues los ricos debían ser respetuosos con los pobres, y los de clase elevada, con los de clase baja. *Madame* Wu nunca había soportado la opresión de ningún tipo. Desde que era la dueña y señora de la casa de los Wu, jamás

se había pegado a un esclavo ni ofendido a un criado. Pese a que a veces resultaba necesario despedir a un sirviente desleal o incapaz, nunca se hacía aduciendo esos motivos sino otros, de modo que, aunque él supiese que eran falsos, le suponía un consuelo frente a sus compañeros. Y por eso se sentía tan mal pensando en lo que Ying le había explicado..., que Tsemo había pegado a Rulan.

«No me lo creeré hasta que le haya pedido que me cuente la verdad». Y alejó ese pensamiento de su cabeza.

La distancia entre las casas de los Wu y los Kang no era corta; de hecho, era preciso atravesar casi toda la ciudad. Pero *madame* Wu no tenía prisa. Aprovechó para disfrutar del sol que caía sobre las calles aún húmedas por la lluvia de la noche. Los suelos adoquinados lucían lavados y limpios y la gente parecía alegrarse de la luminosidad del cielo. Los mercados estaban muy concurridos y los campesinos llenaban ya las calles de la ciudad cargados con sus sacas con coles frescas, sus cestas de huevos y sus fardos de forraje. La visión de todo aquel trajín siempre tranquilizaba a *madame* Wu. En la ciudad, la familia Wu no era más que una casa. Resultaba agradable pensar que existían todos aquellos hombres y mujeres que vivían juntos y criaban a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Y en el país había muchas ciudades más, y en el mundo muchos países más donde diferentes tipos de hombres y mujeres vivían la misma vida. Le gustaba sumergirse en esos pensamientos. Su vida, entonces, cobraba la proporción adecuada. ¿Qué era una pena entre tantas otras penas o una alegría en un mundo de tantas alegrías?

El palanquín llegó a la puerta de la casa de los Kang en menos de una hora. Naturalmente, Ying había enviado un criado con antelación para notificar la visita de *madame* Wu y estaban ya aguardándola. Las verjas lacadas en rojo se abrieron enseguida y apareció un criado que esperaba su llegada. Ying salió precipitadamente de su rickshaw para ayudar a su ama a bajar de la silla. Llevaba bajo el brazo el pequeño neceser de viaje de su señora, por si acaso deseaba arreglarse el pelo o repasarse la cara con polvos.

Cruzaron la verja, y antes de llegar al primer patio, *madame* Kang apareció en persona para recibir a su amiga. Las dos damas unieron las manos.

—¡Me siento feliz de verte, hermana! —exclamó con pasión *madame* Kang. Estaba ansiosa por escuchar de boca de *madame* Wu todo lo sucedido. Gracias a las idas y venidas de los criados de las dos casas, sabía que su amiga había llevado a cabo su plan. Sabía incluso que la noche anterior Ch'iuming había ocupado las estancias del señor Wu.

—Vengo a hablar de muchas cosas, hermana. Pero he llegado demasiado pronto..., te interrumpo.

—¿Cómo puedes decir eso? —replicó. Inspecciono el rostro fresco y encantador de su amiga. No estaba alterado en lo más mínimo. Los ojos tranquilos, la boca serena y exquisita, la piel perlada; todo, en su mejor estado—. Qué bonita que estás siempre —dijo con ternura, consciente, aunque sin sentirse mal por ello, de que ella

ni siquiera se había peinado todavía.

—Me levanto temprano. Ahora entremos, y esperaré mientras te peinas.

—No te preocupes por mi pelo —repuso enseguida—. Me lo peinaré por la tarde. Las mañanas siempre pasan muy rápido.

Miró a su alrededor y se echó a reír, pues detrás de ella acababa de aparecer una docena de chiquillos como surgidos de la nada. Hijos y nietos mezclados. Se inclinó y cogió al más pequeño de todos, que aún no caminaba pero que, rozando el suelo con las puntas de los pies, se balanceaba sobre un trapo de algodón pasado por la entrepierna que sujetaba por los extremos una joven esclava. Pese a ir vestido con una chaquetilla de seda, el niño estaba sin asear y bastante sucio, pero *madame* Kang lo olisqueó igualmente con amor, como si estuviese recién salido de la bañera, y lo abrazó con todas sus fuerzas.

Las dos amigas entraron en la casa, atravesaron dos patios y llegaron finalmente al patio de *madame* Kang. Ésta depositó en el suelo el niño que había transportado en brazos todo el trayecto y agitó sus dos gordezuelas manos en dirección a los pequeños y a las jóvenes esclavas que las habían seguido.

—¡Largaos! —les gritó enérgicamente. Entonces, viendo la tristeza de sus rostros, se introdujo la mano en la chaqueta y sacó de ella un puñado de calderilla que depositó en la mano de la mayor de las esclavas—. Ve y compra cacahuets para todos —le ordenó—. ¡Con cáscara! —le indicó a la impaciente chica—. ¡Para que tarden más en comerlos! —Rió con su risa arrolladora al ver a los niños correteando hacia la calle. Luego volvió a coger la mano de *madame* Wu, la guió hacia su habitación y cerró la puerta—: Ya estamos solas. —Se sentó tan pronto su amiga hubo tomado asiento y se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas—: Cuéntamelo todo.

Pero *madame* Wu la miró. Sus ojos mostraban una mezcla de inexpresividad y sorpresa.

—Resulta extraño —dijo después de un segundo de pausa—, pero siento que no hay nada que contar.

—¿Cómo es posible? —exclamó *madame* Kang—. Tengo más preguntas que huevos puede tener una gallina. La chica... ¿Cómo es?... ¿Te gustó? ¿Le gustó a él?

—Me gusta —afirmó. En cuanto su amiga hizo una pausa, se dio cuenta de que esa mañana había estado evitando expresamente pensar en Ch'iuming y el señor Wu. ¿Le habría gustado a él? Se obligó a continuar sin responder a aquella pregunta que empezaba a envolver su corazón como una serpiente—. Le he dado un nombre... Ch'iuming. No es más que una chica corriente pero buena. Estoy segura de que le gustará. Gustará a todo el mundo porque no tiene nada que no pueda agradar. Nadie en la casa sentirá celos de ella.

—¡Cielos! —exclamó maravillada—. ¡Y dices todo eso como si acabaras de contratar un ama de cría nueva para un nieto! Cuando mi padre tomó una concubina, mi madre lloró e intentó ahorcarse, y nosotros teníamos que verla día y noche, y

cuando tomó una segunda concubina, la primera se tragó sus pendientes, y así siguió la cosa hasta que tuvo la quinta, que fue con la que terminó. Todas se odiaban entre sí y peleaban por él. —Soltó una de sus características carcajadas—: Siempre andaban persiguiendo sus zapatos..., pues él los dejaba en la habitación de la que tenía pensado visitar por la noche. Entonces aparecía otra y los robaba. Al final, para lograr la paz en casa, mi padre decidió dividir su tiempo por igual con cada una de ellas.

—Esas concubinas debían de ser tontas —dijo con calma *madame* Wu—. No me refiero a tu madre, Meichen. Por supuesto, es natural que ella pensara en el corazón de ese hombre. ¡Pero las concubinas!

—Nunca ha habido una mujer como tú, Ailien —declaró con orgullo *madame* Kang—. Cuéntame al menos, ¿pudiste dormir anoche?

—Anoche dormí muy bien porque oía la lluvia sobre el tejado.

—¡Oh, sí, la lluvia sobre el tejado! —exclamó, y le dio tal ataque de risa que tuvo incluso que secarse las lágrimas con las mangas.

Madame Wu esperó, sonriendo, a que las risas terminaran. Después habló muy seria.

—Tengo un tema que discutir contigo, Meichen.

Madame Kang se ponía muy seria siempre que oía a su amiga emplear aquel tono de voz.

—Ya no reiré más. ¿De qué se trata?

—Ya conoces a mi hijo Fengmo. ¿Crees que debería enviarlo a estudiar fuera? —Era una pregunta muy astuta. Si su amiga respondía que no era necesario, le pediría enseguida a Linyi. Por otro lado, si...

—Eso depende de lo que el chico quiera hacer —respondió. Su cara redonda estaba muy seria.

—Nunca me ha dejado entrever lo que quiere. Hasta ahora se ha limitado a ir creciendo. Pero a partir de los diecisiete, una madre tiene que vigilar a los hijos.

—Naturalmente —coincidió *madame* Kang. Frunció los labios y pensó en Fengmo, con su cuerpo afilado y su orgullosa cabeza.

—De acuerdo —dijo con franqueza *madame* Wu—, ¿por qué no decirte la verdad? Había pensado en unir de nuevo nuestra sangre en el mismo río. Fengmo y Linyi... ¿Qué opinas?

Madame Kang dio dos palmadas.

—¡Estupendo! —gritó. Pero luego dejó caer las manos—. El caso es que Linyi... —empezó, apesadumbrada—. Una cosa es que yo diga estupendo. Pero ¿cómo saber lo que opinará ella?

—Nunca deberías haberle permitido estudiar en una escuela extranjera. Ya te lo dije en su momento.

—Tenías razón —admitió con tristeza *madame* Kang—. Ahora no encuentra nada que esté bien en casa. Se queja de todo. Se pelea con su padre cuando escupe en el suelo, el pobre. Quiere que pongamos recipientes para escupir. Pero los pequeños

cogen los recipientes y los rompen. Y Linyi se enfada porque quiere que los pequeños vistan con el culito tapado. Pero con trece nietos bajo este techo que aún no saben aguantarse el pipí, ¿cómo podemos taparlos a todos? Nuestros antepasados nos enseñaron la sabiduría que esconden los pantalones con el trasero al aire. ¿Crees que debemos despreciar su sabiduría? En estos momentos tenemos ya tres criadas responsables de la lavandería.

—En nuestra casa no tendría problemas con ningún niño pequeño excepto los nuestros —dijo *madame* Wu—. Y cuando se trata de los suyos, la mujer aprende a ser sabia.

Era demasiado amable como para contarle a *madame* Kang que en lo que a ese asunto se refería, comprendía secretamente a Linyi. Las nodrizas y las criadas de aquella casa estaban continuamente sujetando a los pequeños para que hiciesen sus necesidades en el suelo, hasta el punto de que ya no sabías ni dónde pisar. *Madame* Wu nunca había permitido en su casa costumbres tan descuidadas como ésas. Las sirvientas siempre habían tenido la orden de llevar a los pequeños a hacer las necesidades a determinados rincones o detrás de los árboles.

Madame Kang miró a su amiga sin convicción.

—Me alegraría que te quedases con Linyi. Necesita casarse y tener la cabeza ocupada. Pero te quiero demasiado para no contarte sus fallos. Me da la sensación de que, aunque estuviera dispuesta a casarse con Fengmo, le exigiría estudios extranjeros. Le parecería vergonzoso que él no hablara ninguna lengua extranjera.

—¿Y con quién la hablaría? ¿Acaso se sentarían los dos a charlar entre ellos en otra lengua? Sería una tontería.

—A buen seguro —coincidió *madame* Kang—. Pero ya sabes que con las jóvenes de hoy en día lo de charlar en idiomas extranjeros es una cuestión de orgullo.

Las dos damas se miraron pensativas. Luego *madame* Wu dijo claramente:

—Si Linyi no se siente satisfecha con Fengmo tal y como es, dejaré correr el asunto. La guerra está en el aire, y no permitiré que mis hijos se desplacen a ninguna ciudad costera. Aquí, al ser provincias alejadas del mar, estamos a salvo.

—¡Espera! —gritó de repente *madame* Kang—. Ya lo tengo. En la ciudad hay un sacerdote extranjero. ¿Por qué no lo contratas como tutor de Fengmo? Así, cuando yo hable con Linyi, puedo explicarle que Fengmo está estudiando otros idiomas.

—¿Un hombre extranjero? —repitió con reservas *madame* Wu—. ¿Y cómo podríamos hacerlo para que viniese a casa? ¿No supondría una molestia? He oído decir que los occidentales son muy lujuriosos e impetuosos.

—Éste es sacerdote. Está más allá de esos pensamientos.

Madame Wu se planteó concienzudamente el asunto.

—Bien —dijo por fin—, si Linyi insistiese en eso, sería mejor que enviar a Fengmo a estudiar fuera.

—Eso es.

Madame Wu se levantó.

—¿Y si Fengmo no quiere? —preguntó *madame* Kang.

—Querrá, porque elegiré el momento adecuado. Con el hombre, joven o viejo, lo importante es elegir el buen momento.

—Qué bien lo sabes —murmuró.

Una vez en pie, las dos damas se dieron la mano y salieron de la habitación. En el patio estaba el té servido junto con unos pasteles.

—¿Te quedas a tomar algo, hermana? —pregunto *madame* Kang.

Pero *madame* Wu negó con la cabeza.

—Si me perdonas la descortesía, regresaré a casa. Puede que hoy sea el momento adecuado para hablar con Fengmo.

No le apetecía explicar, ni siquiera a su amiga, que cabía la posibilidad de que Fengmo estuviera inquieto por haber visto a Ch'iuming antes de que ésta hiciese su entrada en los aposentos del señor Wu. Se despidió y dejó algo de dinero a modo de regalo para la criada que había preparado el té. Ying llegó procedente de las habitaciones de los sirvientes, donde había estado chismorreando, y juntas regresaron a casa.

Pero la primera persona a la que vio a su llegada no fue Fengmo sino la extranjera, la Pequeña Hermana Hsia. E igual que todos los criados de todas las casas de la ciudad sabían lo que sucedía en la casa de los Wu y en la casa de los Kang, que eran las dos grandes familias del lugar, *madame* Wu sabía que el cocinero de la Pequeña Hermana Hsia se habría enterado también de la noticia y se la habría contado a la mujer.

La inglesa estaba cruzando el patio principal cuando la vio. Se detuvo y exclamó:

—Oh, *madame* Wu, acabo de enterarme... No puede ser verdad.

—Pase —dijo ella con amabilidad—. ¿No hace un día precioso? No es frecuente que la atmósfera esté tan limpia en esta estación. Nos sentaremos fuera, y Ying nos traerá alguna cosa para comer. Debe de ser casi mediodía. —La guió por el patio principal en dirección al suyo—: Siéntese, por favor. Tengo que ir un momento a mis habitaciones. Pero descanse. Disfrute de la mañana.

Sonriendo y saludando con elegancia, se retiró a sus habitaciones. Ying la siguió malhumorada.

—Debe de ser que volveremos a tener lluvia —murmuró—. Los demonios están ahí fuera.

—Calla —dijo *madame* Wu. Pero sonrió mientras se sentaba frente al espejo. Colocó en su lugar un mechón de cabello desplazado, se dio unos toques de polvos en las mejillas, cambió los sencillos pendientes de oro por unos de jade en forma de flor. Se lavó y se perfumó las manos y volvió a salir.

El pálido rostro de la Pequeña Hermana Hsia lucía una mueca de simpatía. Se levantó de la silla con la torpe rapidez que tenía por costumbre.

—¡Oh, buena amiga! —dijo suspirando—. ¡Qué dura prueba le ha caído encima! Jamás soñé... El señor Wu parecía tan distinto a los demás hombres... Siempre había

pensado...

—Me alegro mucho de que haya venido esta mañana —declaró con su cálida sonrisa—. Podrá ayudarme.

Estaban sentadas. La inglesa se inclinó de aquella manera tan intensa en que solía hacerlo, con las manos unidas.

—Lo que sea —murmuró—. ¡Lo que sea! Querida *madame* Wu, a veces el Señor castiga a los que ama...

La dama abrió los ojos de par en par.

—¿Le apetece predicar el evangelio esta mañana, Pequeña Hermana? —preguntó—. De ser así, dejaré para otro momento lo que iba a decir.

—Sólo para consolarla, sólo para ayudarla.

—Pero si estoy muy bien —dijo sorprendida.

—He oído decir, pensaba... —titubeó, perpleja.

—No debe hacer caso a los chismorreos de los criados —dijo *madame* Wu amablemente—. Siempre desean ser portadores de noticias emocionantes. Si por ellos fuese, estaríamos todos enfermos hoy, muertos mañana y en pie de nuevo al tercer día.

La Pequeña Hermana Hsia la miró con atención. ¿Sería un chiste aquello? Decidió no enfadarse.

—¿Entonces no es verdad? —preguntó.

—No sé lo que es verdad y lo que no es verdad. Pero le aseguro que en esta casa no sucede nada sin mi conocimiento y mi permiso. —Sintió lástima por el leve rubor que moteó la pálida cara extranjera que tenía enfrente—: Es usted siempre tan amable... —dijo con gentileza—. ¿Me ayudará?

La Pequeña Hermana Hsia movió afirmativamente la cabeza. Bajó las manos. En sus labios y sus ojos había una sombra de desilusión.

Madame Wu se acarició sus bellos labios con su pañuelo de seda perfumado.

—Tengo la sensación de que mi tercer hijo necesita más educación —dijo con su delicada voz, una voz cuya amabilidad siempre parecía poner distancia entre ella y la persona a quien se dirigía—. He decidido, por lo tanto, que un extranjero adecuado le enseñe a hablar un idioma extranjero y a leer libros extranjeros. Al fin y al cabo, lo que bastaba para nuestros antepasados ya no basta hoy para nosotros. Los mares han dejado de dividir a los pueblos, y el cielo ha dejado de ser nuestro exclusivo dosel. ¿Podría usted decirme si hay en la ciudad algún occidental a quien pueda invitar a enseñar a Fengmo?

La Pequeña Hermana Hsia se quedó tan sorprendida ante una solicitud que nada tenía que ver con lo que había oído comentar, que durante un momento permaneció sin habla.

—He sabido que hay un sacerdote forastero —continuó *madame* Wu—. ¿Puede contarme alguna cosa sobre él?

—¿Sacerdote? —murmuró.

—Eso me han dicho.

La hermana parecía dudar.

—Si es el que creo que insinúa, no creo que lo quiera para su hijo.

—¿No es cultivado?

—¿Y qué es la sabiduría del hombre, querida amiga? —preguntó la inglesa—. ¡Es igual de bueno que un ateo!

—¿Por qué lo dice?

—No creo que sea un verdadero creyente —respondió muy seria.

—A lo mejor es que tiene su propia religión.

—Sólo existe una religión verdadera —afirmó de forma concluyente la mujer.

Madame Wu sonrió.

—¿Le pedirá que venga a verme? —preguntó.

Le sorprendió ver que un rubor pasajero iluminaba el sencillo rostro que había frente a ella.

—No está casado —explicó la Pequeña Hermana Hsia—. No sé qué pensaría si yo fuera a visitarlo.

Madame Wu extendió una mano y rozó los huesudos dedos que descansaban en el regazo de la hermana.

—Nadie pondría en duda su virtud —aseguró.

La amabilidad deshizo la timidez de la extranjera.

—Querida *madame Wu*. Haría cualquier cosa por ayudarla.

La intensidad se apoderó de nuevo de su voz, pero *madame Wu* la pasó por alto con elegancia. Por encima de todo, sentía aversión por la ansiedad.

—Es usted buena. —Dio una palmada, y Ying hizo su aparición con la bandeja de té y dulces.

Madame Wu estuvo media hora ocupada con eso. A continuación tomó los pasos necesarios para ayudar a su invitada a despedirse.

—Y bien —dijo con sus suaves modales—, ¿le gustaría rezar una oración antes de irse?

—Me encantaría —contestó la Pequeña Hermana Hsia.

Cerró entonces los ojos, inclinó la cabeza y su voz inició su ferviente discurso hacia un personaje invisible. *Madame Wu* permaneció sentada en elegante silencio mientras todo aquello sucedía. No cerró los ojos. Pero observó el rostro de la inglesa con la comprensión de sus antepasados. ¡Qué vacía estaba aquella persona, tan sola, tan lejos de casa! Había cruzado el mar para hacer buenas obras. Todos la conocían por la reunión semanal que celebraba para enseñar a coser a las pedigüeñas. Todos sabían que vivía pobremente y que daba casi todo lo que tenía. ¡Pero qué sola estaría la mujer que moraba en el seno de aquella pobre criatura!

En las profundidades del corazón de *madame Wu* se agitó un intenso cariño. La Pequeña Hermana Hsia era ignorante, por supuesto, y no había que hacerle caso, pero era buena y estaba sola.

Cuando la mujer abrió los ojos, se sorprendió al ver el amor que desprendía la preciosa mirada de *madame* Wu. Pensó durante un momento que su oración había sido respondida como por un milagro. ¿Y si Dios había llegado por fin al corazón de aquella pagana?

Pero *madame* Wu se levantó y la despidió con un movimiento firme.

—¿Me enviará pronto al sacerdote? —preguntó, convirtiendo la pregunta en una orden.

En contra de su voluntad, la Pequeña Hermana Hsia se encontró respondiéndole que lo haría.

—¿Cómo podré pagarle? —dijo cortésmente *madame* Wu—. Al menos, Pequeña Hermana, permítame decirle lo siguiente. A cambio de su amabilidad por ayudarme a encontrar un maestro para mi tercer hijo, rece por mí siempre que lo desee, por favor. —Y así despidió a su visita.

Madame Wu no pudo olvidar durante todo aquel día las palabras de Ying: que por la noche había oído llorar a Rulan. Pero había aprendido tiempo atrás que los asuntos de la gran casa tenían que gestionarse de uno en uno y en orden. Ese orden se establecía primero en su cabeza. Había intentado ver a Tsemo y el Cielo se lo había impedido. Eso significaba, por lo tanto, que el momento no estaba todavía maduro. Y sabía que mientras reflexionaba sobre los asuntos mayores, podía dedicarse a los menores.

Mandó llamar al cocinero para que se presentara con las cuentas mensuales, que tenía que haberle entregado dos días antes pero que había retenido al intuir la confusión que reinaba en la casa. *Madame* Wu las repasó y comentó lo elevado del precio del forraje que se utilizaba como combustible.

Ying procuraba estar siempre presente cuando se revisaban las cuentas, pues creía que su marido, pese a ser el mejor cocinero que se podía encontrar, no era listo para nada más. Cuando su señora empezó a hablar del forraje, supo al instante que alguien de la servidumbre había informado del asunto, y se imaginó que sería aquella criada de mediana edad que en su día abordó a su esposo ofreciéndole su amor. Pero él sabía que debía guardarse muy bien de mirar a otras mujeres, y ahora la sirvienta estaba amargada y no sabía cómo encontrarles una falta a Ying y al cocinero.

Madame Wu mencionó lo del combustible y Ying le gritó a su marido:

—¡Lo ves, burro, ya te dije que no lo compraras en el mercado de la puerta oriental! ¡Allí todo es más caro!

—No deberíamos comprar forraje tan pronto —dijo *madame* Wu—. El de nuestras tierras tendría que bastar hasta el octavo mes, cuando pueda cortarse la hierba nueva.

—El administrador ha decidido labrar parte de las tierras donde crecía la hierba —replicó el cocinero.

Madame Wu sabía que no era necesario prolongar más el tema. Aceptó su excusa, pues la reprimenda ya estaba dada, cerró los libros de cuentas y se los devolvió. Entonces se acercó a la caja del dinero y sacó de la misma la cantidad que se debía del mes anterior y el dinero en metálico suficiente para el próximo mes. La familia ascendía casi a sesenta personas, incluyendo todas las bocas, y la cantidad nunca era pequeña.

El criado responsable de la ropa y las reparaciones fue el siguiente, y llegó acompañado por las dos costureras. *Madame Wu* acordó con ellos la ropa de verano necesaria para los miembros del servicio y para la familia, los cambios de ropa de cama y otros temas relacionados. Una vez que hubo terminado con ellos, pasaron los carpinteros para estimar los costes de la reparación de los tejados con goteras y de la construcción de una nueva dependencia exterior para almacén.

Madame Wu prestó toda su atención a esos asuntos. Tenía el talento de hacerlo todo con los cinco sentidos y de saber dedicarse de forma exclusiva a las cosas. Solucionado un asunto, su cabeza pasaba por completo al siguiente. Así que durante aquella jornada fue aceptando una tarea tras otra. Sólo cuando empezó a anochecer y hubo finalizado con todos los temas de la casa, volvió a ocuparse de sus pensamientos. Y estaban concentrados en Fengmo.

«Hoy he ido muy lejos en cuanto a la decisión de su vida», pensó. Seguía todavía en la gran silla situada junto a la mesa de la biblioteca en la que había pasado el día trabajando. Pese a que tenía más clara que nunca la decisión de que debía casarlo con Linyi, era justo que hablara con él y le permitiera primero cierta libertad para poder rebelarse. Llamó a Ying, que estaba en la habitación contigua preparando la cama para la noche.

—Ve y dile a Fengmo que se presente aquí. —Se quedó dudando mientras Ying aguardaba—: Y cuando hayas llamado a mi hijo —continuó—, invita a la Segunda Dama a asistir esta noche a la cena familiar.

Ying frunció la boca y desapareció; *madame Wu* permaneció sentada, se llevó el pulgar y el índice a los labios, e inició la espera. A aquellas horas, casi la de cenar, Fengmo estaría en su habitación. Si el chico encajaba bien su decisión, ella cenaría con la familia en vez de sola, como había hecho los últimos días. Había llegado el momento de salir y ocupar de nuevo su lugar entre ellos.

En cuestión de minutos oyó los pasos del muchacho. Conocía los pasos de cada uno de sus hijos. Los de Liangmo eran lentos y firmes, los de Tsemo, rápidos e irregulares, y Yenmo iba corriendo por todas partes. Pero Fengmo caminaba marcando un ritmo, tres pasos siempre más rápidos que el cuarto. Apareció en la puerta de la biblioteca, vestido con su uniforme escolar de color azul oscuro. Llevaba en la cabeza una gorra con visera de la misma tela, y en la gorra, una banda con el nombre de su escuela, la Escuela de Enseñanza Media de la Reconstrucción Nacional.

Madame Wu sonrió a su hijo y le indicó con un gesto que pasara.

—¿Qué significa eso de la «reconstrucción nacional»? —le preguntó bromeando.

—No es más que un nombre, madre. —Tomó asiento en una silla, se quitó la gorra y la giró como una rueda entre los dedos de las dos manos.

—¿No significa nada para ti?

—Naturalmente, todos queremos la reconstrucción nacional.

—¿Sin saber lo que significa? —inquirió ella, continuando con el mismo tono bromista.

Fengmo se echó a reír.

—En estos momentos tengo dificultades con el álgebra. A lo mejor cuando haya superado eso, comprenderé mejor la reconstrucción nacional.

—Álgebra —murmuró pensativa *madame Wu*—. Varios de esos estudios se descubrieron en la India y luego se abrieron camino hacia Europa.

Fengmo pareció sorprendido. Nunca se había imaginado que su madre conociese cosas de libros; ella lo sabía y le gustó sorprenderlo.

—Te veo pálido —dijo de repente—. ¿Estás tomándote tu tónico de polvo de cuerno de ciervo?

—Sabe peor que el pescado podrido.

Madame Wu le ofreció una de sus bellas sonrisas.

—Entonces no lo tomes —repuso tranquilamente—. ¿Por qué tomar lo que no gusta?

—Gracias, madre —contestó, otra vez sorprendido.

Madame Wu se inclinó hacia delante y sus manos cayeron unidas sobre su regazo.

—Fengmo, es hora de que hablemos sobre tu vida.

—¿Mi vida? —Él levantó la vista y dejó de darle vueltas a la gorra.

—Sí, tu vida. Tu padre y yo ya lo hemos discutido.

—Madre, no creo que vaya a consentir que elijas una esposa por mí —dijo acaloradamente.

—Por supuesto que no lo haré —afirmó enseguida—. Todo lo que puedo hacer es darte determinados nombres y preguntarte si te gustaría alguna de ellas, he tenido en cuenta tus gustos, por supuesto, así como la posición de la familia. He rechazado cualquier idea al respecto de chicas como la segunda hija de la familia Chen, que ha sido criada a la antigua.

—Nunca estaría con una chica así —declaró Fengmo.

—Por supuesto que no. Pero hay otra dificultad —continuó con su habitual calma—. Las muchachas de hoy en día son también muy exigentes. No es como cuando yo era joven. Yo dejé todas estas cosas en manos de mi madre y de mi tío, que ocupó el lugar de mi padre fallecido. Pero ahora las chicas..., las del tipo que querrías tú, Fengmo, no quieren un chico que no sepa hablar en un idioma extranjero como mínimo.

—En la escuela estudio algo de inglés —dijo él con arrogancia.

—Pero no lo hablas muy bien —replicó—. Yo no conozco ese idioma, pero te

oigo tartamudear y veo que te interrumpes cuando emites esos sonidos. No te culpo le ello, pero es así.

—¿Qué chica no me querría? —preguntó Fengmo enfadado.

Madame Wu avanzó hacia su objetivo sin hacer caso del enfado de su hijo, igual que una barca avanza sobre la espuma en dirección a la orilla.

—La tercera hija de *madame* Kang, Linyi —dijo, y pese a no haber visto ninguna muestra de interés entre ellos, la reacción de Fengmo le bastó. Se mostró interesado de inmediato.

—¿Esa chica? —murmuró—. Parece muy orgullosa. No me gusta su aspecto.

—La verdad es que es muy guapa. Pero lo que importa no es eso. La menciono como un nombre más entre las otras. Si Linyi, que conoce nuestra familia y nuestra posición, pone objeciones, ¿crees que podemos aspirar más alto?

—Puedes enviarme a estudiar a una escuela extranjera —dijo con entusiasmo.

—No lo haré —respondió con su bella voz, aunque tan inexorable como el sol y la luna—. En pocos años habrá guerra en todo el mundo. Cuando llegue ese momento, todos mis hijos tienen que estar en casa.

Fengmo la miró pasmado.

—¿Cómo puedes decir esas cosas, madre?

—No soy inconsciente, aunque todos los que me rodeen lo sean —dijo *madame Wu* sin perder la calma—. Cuando se dan ciertos pasos y nadie los impide, se siguen dando más pasos.

El chico se quedó en silencio, con los ojos clavados en el rostro de su madre. Eran grandes y negros como los de ella, pero carecían de su profundidad. Era todavía muy joven. Pero no dijo nada, como si estuviese luchando por captar lo que su madre decía.

—He oído que en la ciudad hay un sacerdote extranjero —prosiguió ella—, y que es un hombre instruido. Es posible que a cambio de algún dinero te enseñe a hablar otros idiomas. ¿Estás dispuesto a eso? Los idiomas podrían servirte algún día. No pienso sólo en el matrimonio. Los tiempos van a cambiar.

Su voz, tan clara, tan musical, estaba llena de augurios. Fengmo amaba y temía a su madre al mismo tiempo. Para él, siempre tenía razón, y las pocas veces que la había desobedecido, ella no lo había castigado, pero igualmente se había sentido castigado. Lentamente y a las duras había aprendido que todo lo que ella decía era sabio. Pero, siendo un chico, puso reparos un momento.

—¿Un sacerdote? —repitió—. Yo no creo en religiones.

—No te pido que creas en religiones —dijo ella a modo de respuesta—. No estamos hablando de eso.

—Intentaría convertirme —repuso Fengmo malhumorado—. La Pequeña Hermana Hsia intenta convertir a todos los de esta casa. Siempre que se cruza conmigo me entrega una hoja sobre el evangelio.

—¿Necesitas doblegarte a la conversión? ¿Tan débil eres? Tienes que aprender a

tomar de una persona lo mejor de ella y prescindir de todo lo demás. Vamos, prueba con el sacerdote un mes, y si al cabo quieres que deje de enseñarte, lo aceptaré.

El secreto del poder que *madame* Wu ostentaba en la casa era que nunca permitía que su voluntad fuera percibida como absoluta. Daba tiempo y prometía un final, y luego utilizaba ese tiempo para que los acontecimientos avanzaran hacia el final que ella tenía pensado.

Fengmo empezó de nuevo a girar la gorra entre las manos.

—Un mes, entonces —dijo—. No más de un mes si no me gusta.

—Un mes —confirmó *madame* Wu. Se puso en pie—. Y ahora, hijo mío, iremos a cenar juntos. Tu padre habrá empezado sin nosotros.

En la familia Wu, hombres y mujeres comían en mesas separadas. De modo que al llegar al umbral del gran comedor, Fengmo se dirigió hacia un extremo, donde su padre, sus hermanos y los primos varones se habían sentado ya, y *madame* Wu se acercó con su elegancia habitual a las mesas donde se encontraban las mujeres. Todas se levantaron al ver que se aproximaba. Vio enseguida que Ch'iuming había ocupado su lugar entre ellas. La chica estaba tímidamente separada de las demás, y tenía en las rodillas a un niño. Sin soltarlo, se puso también en pie y consiguió ocultar su rostro con el pequeño. Pero *madame* Wu ya la había mirado bien antes de que ella lo hiciera. La joven estaba seria, pero eso era normal en una casa desconocida. Bastaba con que estuviese allí.

—Sentaos, por favor —dijo cortésmente a nadie en concreto. Se acomodó en su sitio, el asiento más destacado, y cogió sus palillos. Meng había estado sirviendo a las demás y *madame* Wu volvió a dejar los palillos—. Sírveme, Meng, por favor. He pasado todo el día encargándome de temas de la casa y estoy un poco cansada. —Se echó hacia atrás sonriendo y, como era habitual, dedicó unas palabras a cada una de sus nueras y luego al pequeño de Meng, que estaba en brazos de su ama de cría. El niño estaba nervioso, y *madame* Wu tomó los palillos, eligió un pedacito de carne y se lo ofreció. Luego se dirigió a Ch'iuming—: Segunda Dama —dijo amablemente—, debes comer lo que más te guste. El pescado suele ser bueno.

Ch'iuming levantó la vista y se sonrojó. Luego se puso en pie e hizo una pequeña reverencia, sin soltar al pequeño.

—Gracias, Hermana Mayor —respondió con voz débil. Se sentó de nuevo y no habló más. Cuando un criado le puso delante un tazón con arroz, dio de comer primero al niño.

Pero con aquellas amables palabras, *madame* Wu había comunicado a toda la casa que Ch'iuming ocupaba un determinado lugar y que la vida de la familia debía incluir a partir de entonces aquella nueva incorporación. Todos habían oído sus palabras, a las que siguió un momento de silencio. Entonces los criados se pusieron a hablar entre sí y el ama de cría con el niño para camuflar el silencio.

Madame Wu aceptó la comida que acababan de servirle y empezó a comer con su lentitud y delicadeza habitual. El nieto, atraído por el obsequio en forma de carne que

había recibido, reclamó de repente poder sentarse en sus rodillas. Meng lo regañó con ternura.

—¡Llevas la cara y las manos muy sucias!

Madame Wu alzó la vista como si hasta entonces hubiera estado en un sueño.

—¿Es a mí a quien quiere el niño? —preguntó.

—Va muy sucio, madre —dijo Meng.

—Pues que venga —aceptó. Extendió los brazos, agarró al rollizo pequeño y lo sentó en sus rodillas. Después, con su exquisitez instintiva, cogió un par de palillos limpios, buscó trocitos de carne en los tazones colocados en el centro de la mesa y alimentó al niño. Lo hizo sin pronunciar palabra, pero sonriendo a cada pedacito.

El crío no le devolvió las sonrisas. Permanecía sentado en un sueño de felicidad, abriendo la boquita y masticando cada bocado con silencioso placer. Era el efecto que *madame Wu* solía generar en los niños. Sin el mínimo esfuerzo, se sentían felices a su lado. Y ella se sentía feliz con el nieto. Con él, su deber en la casa estaba completo, y con él, también, se mitigaba la secreta soledad que vivía en la casa. No sabía que estaba sola, y si alguien le hubiera dicho que lo estaba, lo habría negado, sorprendida ante un malentendido como aquél. Pero estaba muy sola y nadie podía llegar al interior de su alma. Su alma había dejado atrás su vida. Había ido mucho más allá de las cuatro paredes en las que habitaba su cuerpo. Vagaba por el mundo, había llegado al pasado y avanzaba hacia el futuro, y sus muchos pensamientos acompañaban ese viaje constante. Pero de vez en cuando, su alma regresaba a casa. Y en ese momento acababa de regresar. De repente se sentía plenamente consciente de aquel niño y de su significado. Las generaciones seguían su camino, la suya acabando, la de él empezando.

—Hijo de mi hijo —murmuró, y continuó acercando trozos de carne a su sonrosada boquita, que se abría para recibirlos. Cuando el pequeño estuvo saciado, lo devolvió a su madre.

Antes de que los demás terminaran, ella había terminado ya. Se levantó, rogándoles que continuaran, y abandonó con paso lento la estancia. El señor Wu y sus hijos la saludaron a su paso, haciendo el ademán de levantarse de sus asientos, y ella les sonrió, inclinó la cabeza y prosiguió su camino.

Aquella noche también durmió de un tirón.

Para Ch'iuming, la media hora de presencia de *madame Wu* fue el equivalente a su ceremonia de matrimonio. La noche la había dejado confusa. ¿Lo habría complacido o no? El señor Wu no había cruzado ni una palabra con ella y se había ido antes del amanecer. Después, ella había dormido hasta el mediodía. Nadie se acercó a verla en toda la jornada excepto una doncella. Luego, a última hora de la tarde, Ying la convidó a cenar con la familia. Ella se apresuró a prepararse, pero llegado el momento entró tarde en el comedor, y rápidamente cogió el niño de brazos

del ama de cría. Él no lloró. Pero los niños nunca lloraban con ella. En el pueblo había cuidado a muchos bebés de madres campesinas. Las damas que se habían convertido en sus parientes la saludaron de una en una, con una mezcla de indiferencia y timidez, y ella se limitó a inclinar un poco la cabeza a modo de respuesta. Ni siquiera podía comer.

Pero después de que *madame* Wu abandonara la estancia, se sintió hambrienta de repente y, girándose un poco para no quedar por completo de frente a las demás, comió dos tazones de arroz lo más deprisa posible.

Terminada la cena se puso en pie, cada vez más avergonzada, esperando que Meng y Rulan se marcharan. Pero Meng, siempre muy amable, se detuvo un momento para hablar con ella.

—Mañana iré a verte, Segunda Dama —dijo.

—No merezco tal honor —respondió débilmente Ch'iuming. Era incapaz de cruzar la mirada con la joven, pero se sentía reconfortada y feliz. Levantó la vista, y Meng adivinó un corazón tímido y desolado.

—Iré y llevaré conmigo a mi hijo —le prometió.

Y Ch'iuming salió entre las mujeres y los niños, escondiéndose de los hombres. Pero ellos la miraron, cada uno a su manera y tratando de ocultarlo.

Aquella noche el señor Wu llegó temprano al patio de las peonías, cuando ella no se había acostado aún. Cuando oyó sus pasos, estaba cosiendo las prendas que le quedaban por terminar. Se levantó al verlo llegar y apartó la mirada. Él tomó asiento mientras ella permanecía de pie, tosió para aclararse la garganta, posó ambas manos sobre las rodillas y la miró.

—Tú —empezó, sin llamarla por su nombre—, no debes tenerme miedo.

Ella era incapaz de responder. Se aferró con fuerza a la prenda que sujetaba entre las manos y permaneció quieta como una piedra frente a él.

—En esta casa —volvió a empezar el señor Wu—, tienes todo lo que puede hacerte feliz. La madre de mis hijos es afectuosa. Hay mujeres jóvenes, las esposas de mis hijos y las esposas de los primos, y muchos niños. Pareces de buen carácter y es evidente que eres complaciente. Serás muy feliz aquí.

Ella seguía sin responder. El señor Wu tosió y se aflojó un poco el cinturón. Había comido mucho y se sentía algo sofocado. Pero no había acabado todavía lo que tenía que decir.

—En lo que a mí respecta —prosiguió—, tienes sólo unos pocos deberes. Me gusta dormir hasta tarde. Si estoy aquí, no me despiertes. De noche me gusta el té si estoy desvelado, pero no el té rojo. Soy de sangre caliente y en invierno no soporto dormir con dos mantas. No me cabe duda de que irás aprendiéndolo, tanto eso como otras cosas.

A Ch'iuming la prenda se le cayó de las manos. Entonces lo miró y olvidó su timidez.

—Entonces... ¿me quieren aquí? —Le formuló la pregunta con el deseo de

encontrar cobijo en algún lugar bajo el cielo.

—Por supuesto. ¿No es lo que estoy diciéndote?

Él sonrió, y sus agradables facciones se iluminaron con un calor repentino que manaba de su interior. Ella se dio cuenta y lo comprendió. Aquella noche no tendría miedo. Era un precio muy bajo que pagar, un precio muy bajo que pagar a un hombre bueno a cambio, por fin, de un hogar.

Pese a que la Pequeña Hermana Hsia era siempre muy aplicada en sus deberes, *madame Wu* no esperaba tanta prontitud. Siete u ocho días después de su visita, Ying llegó corriendo; la sorpresa iluminaba sus ojitos redondos.

—¡Señora, señora! —gritó.

Madame Wu tuvo que interrumpir, fastidiada, su paseo entre las orquídeas.

—¡Ying! —exclamó muy firme—. Cierra la boca. Pareces un pez colgado al anzuelo. Ahora cuéntame qué sucede.

Ying obedeció, pero empezó a hablar de nuevo casi de inmediato.

—¡El hombre más alto que he visto en mi vida! ¡Un extranjero! Dice que usted lo ha mandado llamar.

—¿Yo? —dijo perpleja. Pero luego se acordó—. A lo mejor sí.

—No me había contado nada, señora —le reprochó Ying—. Le he dicho al centinela que no lo dejase entrar bajo ningún concepto. En esta casa jamás ha entrado un extranjero.

—No tengo que contártelo todo. Hazlo pasar enseguida.

Ying se retiró, estupefacta, y *madame Wu* prosiguió su paseo entre las orquídeas. Las plantas, aun habiendo transcurrido tan poco tiempo, habían revivido después de ser trasplantadas. En un patio umbrío como aquél se criarían muy bien. Se preguntó cómo estarían las nuevas peonías. En aquel momento oyó una voz profunda y resonante que se dirigía a ella desde la verja que daba acceso al patio.

—¡*Madame!*

Esperaba oír una voz, pero no estaba preparada para su potencia. Levantó la vista de las orquídeas y vio a un tipo alto y ancho de hombros, vestido con una sotana larga de color marrón que se sujetaba a la cintura con una cuerda. Era el sacerdote. En la mano derecha llevaba una cruz que apoyaba contra su pecho. *Madame Wu* sabía que la cruz era un símbolo cristiano, pero no era eso lo que despertaba su interés. Lo que despertaba su interés era el tamaño y la fuerza de la mano que la sujetaba.

—No sé cómo dirigirme a usted —dijo con su suave voz argentina—, pues de saberlo le devolvería el saludo. ¿Quiere pasar?

El sacerdote inclinó su gran cabeza y cruzó la verja del patio. Ying apareció tras él, pálida del susto.

—Acompañeme a la biblioteca, si hace el favor —indicó *madame Wu*. Se situó en un lateral de la entrada para que el hombre pasara delante de ella. Pero él aflojó un poco la mano que aferraba la cruz e hizo un leve gesto en dirección a la puerta.

—En mi país —explicó sonriente—, es la dama la que pasa primero.

—¿Sí? —murmuró—. La verdad es que quizá sea mejor que pase yo delante, pues conozco el camino.

Entró y se sentó en su lugar habitual, señalándole a él una silla situada en el lado opuesto de la mesa. Ying avanzó hasta la puerta y se quedó observando, medio

escondida. *Madame Wu* la vio.

—Ying, sal de ahí —le ordenó. Y luego se giró hacia el clérigo esbozando una leve sonrisa—. Esta mujer tonta no ha visto nunca un hombre de su talla y no puede evitar mirarlo. Le ruego la perdone.

Él le respondió con unas curiosas palabras:

—Tal vez Dios me dio este cuerpo inmenso para que los demás se divirtieran al mirarme. La risa es buena. —Su vozarrón retumbó por la habitación.

—Cielos —dijo débilmente Ying, levantando la vista hacia las vigas que tenía sobre la cabeza—, es como un trueno.

—Ying, ve y tráenos té caliente —le pidió *madame Wu* para tranquilizarla, y ella se fue corriendo, escabullándose como un gato.

El reverendo permanecía sentado sin moverse; su enorme cuerpo llenaba la gran silla de madera tallada. *Madame Wu* advirtió entonces que su delgadez, sin embargo, era extrema. La cruz que seguía pegada a su pecho era de oro. Su tez era oscura y sus grandes ojos castaños lucían tristes y francos sobre unas profundas ojeras. Su pelo, ni corto ni largo, era ligeramente ondulado. Llevaba barba, negra y fina. Los labios destacaban entre la barba oscura con un color rosado poco habitual.

—¿Cómo debo dirigirme a usted? —preguntó la dama—. Olvidé preguntarle su nombre a la Pequeña Hermana Hsia.

—No tengo un nombre propio —respondió el sacerdote—. Pero me dieron el nombre de André. Es tan bueno como cualquier otro. Hay quien me llama padre André. Pero preferiría, *madame*, que me llamara hermano André.

Ella no hizo ademán ni de rechazar ni de aceptar su deseo. No pronunció el nombre ni el título. Lo que hizo, en cambio, fue formular una nueva pregunta.

—¿Y su religión?

—No hablemos hoy sobre mi religión.

Madame Wu sonrió levemente ante la respuesta.

—Creía que todos los curas querían hablar de religión.

Él le dedicó una prolongada mirada. Pese a su fuerza, aquella mirada no resultaba en absoluto atrevida, y *madame Wu* no sintió ningún miedo. Era tan impersonal como la farola que pudiera sujetar cualquiera para mostrarle a alguien un camino desconocido.

—Me han dicho que quería usted hablar conmigo, *madame* —dijo el hermano André.

—Ah, sí... —Pero se interrumpió. Acababa de darse cuenta de que, camino de las cocinas, Ying había difundido la noticia de la llegada de un monstruo. Había murmullos y movimiento junto a la puerta. Desde donde estaba sentada entrevió a los niños. Dijo, con un tono de voz afectuoso—: Venid, niños. ¡Venid a verlo!

Un puñado de chiquillos se arremolinó al instante en la puerta. Parecían flores bajo el sol matutino y *madame Wu* se sintió orgullosa de ellos.

—Quieren verlo —explicó.

—¿Por qué no? —respondió el sacerdote, volviéndose hacia los críos. Éstos dieron un paso atrás, pero al ver que él seguía sin moverse y sonriente, se acercaron de nuevo.

—Es evidente que no se come a los niños. De hecho, a lo mejor es como los budistas y sólo come fruta y verdura.

—Así es —contestó el hermano.

—¿Y cómo eres tan grande? —le preguntó sin aliento uno de los niños. Era el hijo de un primo joven de la familia Wu.

—Dios me hizo así.

—Supongo que sus padres serían también grandes —dijo *madame Wu*.

—No recuerdo a mis padres —declaró él con suavidad.

—¿De qué país eres? —preguntó un mozalbete. Tenía ya edad de ir al colegio y conocía los distintos países.

—No tengo país. Mi hogar está dondequiera que viva.

—Lleva usted muchos años aquí —dijo *madame Wu*—. Habla nuestro idioma a la perfección.

—Hablo muchos idiomas para poder hablar con todo el mundo.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo en la ciudad? —insistió ella. Empezaba a sentir una curiosidad exagerada hacia aquel hombre.

—Sólo un año.

Los niños habían perdido ya todo el miedo y se arrimaron a él.

—¿Qué es eso que llevas en esa cadena colgada al cuello? —preguntó uno. Señaló con el dedito la forma dorada.

—Es mi cruz. —Y mientras hablaba, cogió la pesada cruz y la acercó a los niños para mostrársela.

—¿Puedo cogerla?

—Si quieres...

—No —interrumpió bruscamente *madame Wu*—. No la toques, niño.

El hermano André se volvió hacia ella.

—Pero si es inofensiva, *madame*.

—No debe tocarla —respondió ella con frialdad.

El clérigo la dejó caer sobre su pecho, cruzó las manos sobre las rodillas y guardó silencio.

Apareció entonces Ying con el té, abriéndose paso entre los chiquillos.

—Os llaman vuestras madres —voceó—. ¡Todas las madres andan llamándoos!

—Volved con vuestras madres —dijo *madame Wu* sin levantar la voz.

Los pequeños dieron media vuelta inmediatamente y se marcharon corriendo.

El hermano André le lanzó una profunda mirada de agradecimiento.

—No la temen, pero la obedecen.

—Son buenos niños —repuso ella, satisfecha por su comprensión.

—También usted es buena —dijo él, despacio—. Pero no estoy muy seguro de

que sea feliz.

Aquellas palabras, pronunciadas muy lentamente, la hirieron como si de pronto le hubiesen clavado un afilado cuchillo sin saber bien dónde. Enseguida empezó a negarlas.

—Todo lo contrario, soy feliz por completo. He dispuesto mi vida tal y como la deseaba. Y tengo hijos...

El sacerdote la miró con aquellos ojos profundos y penetrantes, pero no dijo nada. Siguió escuchándola, con atención. Era la calidad de aquel silencio y su absoluta atención lo que la hacían titubear.

—Es decir —prosiguió—, soy completamente feliz, excepto que tengo la necesidad de algún tipo más de conocimientos. De qué tipo, eso no lo sé.

—A lo mejor no se trata tanto de conocimientos como de comprender mejor lo que ya conoce.

¿Cómo era posible que estuviera hablando de sí misma con aquel desconocido? Lo pensó un momento y pospuso la respuesta.

—No es por mí por lo que lo he invitado a venir aquí. Es por mi tercer hijo. Me gustaría que hablara un idioma extranjero.

—¿Qué idioma?

—¿Cuál es mejor? —preguntó ella a su vez.

—El francés es el más hermoso; el italiano, el más poético; el ruso, el más potente; el alemán, el más sólido. Pero el inglés es el que domina para los negocios por encima de cualquier otro.

—Entonces lo mejor sería que estudiara inglés —dijo *madame* Wu, decidida. Levantó los ojos y lo miró a la cara—. ¿Cuáles son sus honorarios?

—No cobro honorarios —respondió en voz baja el hermano André—. No necesito dinero.

—¿Un sacerdote sin necesidad de dinero? —Su sonrisa tenía cierto tono irónico.

—Yo no tengo necesidad de dinero —repitió, poniendo énfasis en sus palabras.

—Pero si me obliga usted a aceptar algo a cambio de nada, me sitúa en una posición inferior. ¿No quiere, entonces, que done dinero para su religión..., para buenas obras?

—No, la religión funciona mejor sin ese tipo de regalos. —Reflexionó un momento y añadió—: Puede que, de vez en cuando, haya cosas que hacer en la ciudad..., como quizá un lugar donde albergar a niñas abandonadas. Yo mismo me he hecho cargo personalmente de algunas de esas niñas hasta encontrarles unos buenos padres. Cuando se presenten cosas de ese tipo, acudiré a usted, *madame*, y su ayuda será mi recompensa.

—Pero esos asuntos de nuestra ciudad no tienen nada que ver con usted. ¿No hay nada que pueda hacer por usted?

—Eso es lo que puede hacer por mí, *madame*.

Su voz resonó en la habitación y ella decidió no contradecirle. Ying, que se había

retirado al patio, entro, miró y volvió a salir al ver que seguían sentados igual que antes.

—¿Cuándo empezamos las lecciones? —pregunto *madame* Wu. Se sentía incapaz de llevarle la contraria a aquel hombre.

—Ahora mismo, si así lo desea. A mí me va bien cualquier momento.

—¿Podrá venir todas las tardes? Por las mañanas, mi hijo estudia en el colegio nacional.

—Cuando usted quiera.

Madame Wu se puso en pie y llamó a Ying.

—Dile a Fengmo que venga.

Se plantó en el umbral de la puerta, el patio a un lado, la biblioteca al otro. Durante un momento tuvo la extraña sensación de estar entre dos mundos. Salió al patio y dejó al sacerdote sentado solo en la biblioteca. Permaneció a la escucha, como si esperara que él fuera a llamarla. Pero no oyó nada. Un ruiseñor acababa de posarse sobre el murete que rodeaba el jardín, como todas las tardes a esa hora. Cantó lentamente cuatro notas muy claras. Entonces la vio y se marchó volando. Casi se arrepentía de haber invitado al clérigo. ¡La de cosas extrañas que podía enseñar en la lengua extranjera! Se había precipitado. Se acercó de nuevo a la puerta y observó la biblioteca. ¿Él consideraría de mala educación que lo hubiese dejado solo? Pero cuando miró, lo vio con la cabeza hundida en el pecho y los ojos cerrados. ¿Estaría dormido? No, movía los labios. Se retiró algo amedrentada y se alegró de ver que Fengmo se acercaba a la verja que tenía justo frente a ella.

—¡Fengmo! —gritó. Entonces giró la cabeza y vio que el hombre levantaba la suya, que abría sus ojos ósculos y que le brillaban—. ¡Fengmo, ven aquí!

—Voy, madre.

Al instante estaba allí, muy joven e insignificante en comparación al sacerdote. A ella le sorprendió ver lo pequeño que era Fengmo, a quien siempre había considerado alto. Lo cogió de la mano y lo acompañó hacia la biblioteca.

—Mi tercer hijo, Fengmo —le dijo al hermano André.

—Fengmo —repitió el reverendo. A modo de cortesía, debería haber dicho «Tercer joven señor», pero se limitó a repetir su nombre—. Soy el hermano André. —Se sentó—: Siéntate, Fengmo. Me han encargado enseñarte un idioma extranjero y tu madre ha elegido el inglés.

—Pero sólo el idioma —estipuló *madame* Wu. Ahora que iban a empezar las lecciones, se preguntaba si se habría equivocado entregando la mente de su hijo a aquel hombre. Porque enseñar a una mente es asumir el poder sobre ella.

—Sólo el idioma —repitió él. Captó el temor de las palabras de la dama y respondió enseguida—. No tiene que temer nada, *madame*. Soy un hombre honorable. La mente de vuestro hijo será sagrada para mí.

Ella estaba confusa viendo de qué modo la captaba aquel forastero. No esperaba unos instintos tan delicados en un cuerpo tan velludo. No había conocido a ningún

extranjero, excepto, claro está, la Pequeña Hermana Hsia, que no era más que una mujer infantil. Incluyó levemente la cabeza y salió al jardín.

El clérigo apareció en la puerta de la biblioteca una hora después. Hablaba con Fengmo utilizando sílabas desconocidas. Las pronunciaba claramente y despacio y Fengmo lo escuchaba como si en todo el mundo no hubiese oído nada más.

—¿Tan rápido se lo ha enseñado? —preguntó *madame* Wu. Estaba sentada en su silla de bambú bajo los árboles, con las manos sobre el regazo.

—No las comprende todavía, *madame* —respondió el hermano André—. Pero yo enseño siempre hablando únicamente el idioma que se ha de aprender. En pocos días empezará a pronunciar esas palabras. —Se giró hacia Fengmo—: Hasta mañana —dijo, y tras inclinar la cabeza ante *madame* Wu a modo de despedida, avanzó hacia la verja dando grandes zancadas y sin prisas.

Todo el mundo recuperó su forma y proporción una vez que se hubo marchado el enorme sacerdote.

—¿Y bien, hijo mío? —preguntó *madame* Wu.

Pero Fengmo parecía aún aturdido.

—En sólo esta hora me ha enseñado muchas cosas.

—Cuéntame las palabras que has aprendido.

Él abrió la boca y repitió algunos sonidos.

—¿Qué significan? —preguntó ella.

Fengmo negó con la cabeza, aturdido todavía.

—No lo sé... No me lo ha dicho.

—Que te lo diga mañana —exigió en tono severo—. No permitiré que en esta casa se pronuncien palabras que nadie puede entender.

La noticia de la visita del corpulento sacerdote corrió como la pólvora por toda la casa y llegó también a oídos del señor Wu. *Madame* Wu lo vio acercarse a media tarde del día siguiente. En aquel momento se hallaba eligiendo unas sedas para la costurera, que estaba a punto de empezar a bordar zapatos nuevos para los niños.

—Despacha a esta mujer —dijo el señor Wu al llegar junto a ella.

Madame Wu notó que estaba enfadado. Recogió las sedas y le dijo a la costurera:

—Regresa dentro de un par de horas.

La mujer desapareció y el señor Wu se sentó, sacó la pipa y la encendió.

—Me he enterado de que has contratado un tutor extranjero para Fengmo sin decirme una palabra al respecto.

—Debería habértelo dicho, cierto —admitió con delicadeza—. Me he equivocado. Lo que sucede es que no quería molestarte y creo que es necesario que Fengmo mire a Linyi con buenos ojos.

—¿Por qué?

Hacía tiempo que ella había aprendido que nada hay más útil para una mujer

frente a un hombre que la sinceridad. Jamás había engañado al señor Wu, y no pensaba hacerlo ahora.

—El otro día, Fengmo vio a Ch'iuming mientras estaba aquí. No creo que surgiera nada entre ellos, pero Fengmo está en ese momento de su juventud en que ese tipo de cosas puede suceder si conoce a una mujer joven y bonita. Por lo tanto, he encendido la llama hacia otra a dirección. Me sentiría incómoda con esta clase de problemas en la casa.

El señor Wu, como era habitual, quedó desconcertado ante la verdad, y ella reparó en las reveladoras gotas de sudor que empezaban a humedecerle la raíz del pelo.

—Me gustaría que no imaginaras cosas con tanta facilidad. Siempre estás apareando hombres con mujeres. Tienes a los hombres en muy bajo concepto. Lo noto. Noto que incluso a mí me has catalogado de viejo chiflado.

—Debo de ser una persona muy torpe si he hecho que te sientas así, y debería pedirte perdón por ello —dijo con su voz cantarina.

Permanecía sentada con una elegancia inefable que la mantenía tan lejos de él que parecía incluso que no estuvieran en la misma habitación. Lo comprendía a la perfección. Hacía tiempo que sabía que era mucho mejor aparentar rendirse que mostrar resistencia, y que reconocer rápidamente un error equivalía a mostrar siempre una rectitud invencible.

Pero vio que él seguía dolido, y en secreto se sintió humillada por haber actuado de modo que su torpeza llegara a herirlo.

—Me gustaría que vieras el buen aspecto que tienes hoy —continuó con su encantadora sonrisa—. Creo que nunca te había visto tan guapo. Pareces diez años más joven que hace unos días.

Él se sonrojó y se echó a reír.

—¿Tú crees? ¿De verdad? —Captó la ternura de su mirada y se inclinó hacia ella por encima de la mesa que los separaba—: Ailien, sigue sin haber nadie como tú. Después de ti, cualquier mujer es insípida. Lo que he hecho ha sido sólo porque tú has insistido.

—Lo sé, y te lo agradezco. Durante toda nuestra vida juntos sólo has hecho lo que yo he querido. Y ahora, cuando tanto te he pedido, has seguido haciéndolo.

Los ojos de él se llenaron de lágrimas.

—Te he traído un regalo. —Se llevó la mano al bolillo y sacó un paquete de papel de seda, que desenvolvió. En su interior había dos adornos para el pelo en forma de mariposa y flores, fabricados en jade, perlas cultivadas y oro—: Los vi ayer, y me hicieron pensar en ti. Aunque la verdad es que siempre estoy pensando en ti. —Se secó la frente—: Incluso por la noche —murmuró sin mirarla.

Ella se puso muy seria.

—No debes pensar en mí por la noche. No es justo con Ch'iuming. Al fin y al cabo, ella te dedica ahora toda su vida.

Él mantuvo su aspecto infeliz.

—¿Acaso no se muestra agradable contigo? —le preguntó ella con su hermosa voz.

—Oh, sí, es agradable —dijo él de mala gana—. Pero tú... estás tan lejos de mí últimamente... ¿Vamos a tener que pasar el resto de nuestros días separados de esta manera? Tú, que siempre has sido el centro de mi vida... —Le temblaban los labios.

Madame Wu estaba tan conmovida que se puso en pie sin quererlo y se acercó a él, el cual la rodeó con los brazos y presionó la cara contra su cuerpo. Notó ella un temblor en su interior y empezó a alarmarse, no por él, sino por ella. ¿Derrotaría aquel momento de debilidad todo lo que había hecho?

—Tú —murmuró el señor Wu—, perlas y jade..., madera de sándalo e incienso...

Ella se deshizo delicadamente de su abrazo hasta quedar sólo con las manos posadas sobre él.

—Te sentirás más feliz que nunca —le prometió.

—¿Volverás a mí?

—De otra manera —le prometió de nuevo. En cuanto vio la cara de su marido, supo que el momento de debilidad había acabado. Él tenía la boca entreabierta, y el habitual débil perfil de petulancia en los labios. Al verlo, su cuerpo se convirtió en una fría columna de mármol. Retiró incluso las manos—. En cuanto a Fengmo —añadió—, no te preocupes. Y en cuanto al tutor, parece ser que Linyi quiere que Fengmo hable inglés. Dice que de lo contrario está demasiado anticuado. En un mes estará listo para casarse con Linyi. ¡Pobre de él si no lo está!

—Eres una conspiradora —rió el señor Wu—. ¡Planificas y conspiras con la vida de los hombres! —Había recuperado su buen humor. Se puso en pie y, riendo y sacudiendo la cabeza, se marchó.

Cuando Ying entró en la estancia unos minutos después, se encontró a su ama inmersa en uno de sus silencios. Ella levantó la cabeza al percibir la presencia de la criada.

—Ying, coge un poco de mi jabón perfumado y dile a Ch'iuming que no utilice otro.

Ying permaneció inmóvil, sorprendida.

—No me mires así —dijo *madame Wu*—. Aún tienes que hacer más cosas. Coge uno de mis peines de madera de sándalo para ella, y pon polvo de sándalo entre su ropa interior.

—Lo que usted diga, señora —replicó con amargura.

Fue entonces cuando *madame Wu* vio la pipa del señor Wu. La había dejado en una mesita al marcharse. Se dio cuenta al instante de que lo había hecho expresamente, un aviso de que pensaba regresar. Dejar la pipa del hombre era una antigua señal establecida entre el hombre y la mujer.

Se la señaló a Ying y le dijo con sequedad:

—¡Ying! Se ha olvidado la pipa. Devuélvesela.

Ying se giró sin decir palabra, recogió la pipa y se la llevó.

Cuando *madame* Wu hubo acabado de emparejar las sedas, estaba ya demasiado oscuro para poder ver los colores. Iba a pedir que encendieran las velas cuando vio la figura de Fengmo en la penumbra. Se había despojado del uniforme del colegio y llevaba un vestido largo de seda de color crema con un bordado del mismo tono. Se había peinado el pelo hacia atrás, lo que dejaba más despejada su frente cuadrada. Después de darle la bienvenida, *madame* Wu lo elogió por lo guapo que es taba.

—El vestido queda mejor que el pantalón —dijo, estudiando la forma de su frente mientras pronunciaba aquellas palabras. Una frente hermosa, aunque nadie podía adivinar lo que pensaba el cerebro que se escondía detrás. Fengmo estaba tan sólo entrando en la edad viril—. ¿Te acuerdas de las palabras que aprendiste ayer? —le preguntó, sonriendo.

El chico acababa de encender un cigarrillo extranjero. Tsemo y él se habían aficionado a ese tipo de tabaco. Las espirales de humo en el aire le encajaban muy bien. No tomó asiento, sino que empezó a deambular inquieto por la biblioteca. Luego se detuvo y repitió con claridad las palabras extranjeras.

—¿Las entiendes? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—No, pero hoy le preguntaré qué significan. —Dejó de hablar para escuchar—: ¡Ya llega! —exclamó.

Se oían las potentes pisadas de los zapatos de cuero sobre las piedras. Entonces apareció el hermano André en la puerta, escoltado por un centinela, que se retiró en cuanto vio que *madame* Wu se levantaba.

—¿Ha comido ya? —preguntó la dama, una forma habitual de dar la bienvenida.

—Como sólo al mediodía —dijo el sacerdote. Esbozó una sonrisa agradable, casi tímida.

Viéndolo allí de pie, *madame* Wu sintió de nuevo que toda la estancia, Fengmo, incluso ella misma, se encogían ante la presencia de aquel hombre gigantesco. Pero él no parecía ser consciente ni de su talla ni de sí mismo.

—Fengmo estaba repitiéndome las palabras extranjeras que le enseñó usted anoche, pero no sabemos qué significan —dijo *madame* Wu en cuanto tomaron asiento.

—Fueron las palabras que pronunció en su día un hombre de Inglaterra. Es decir, que nació en Inglaterra y vivió y murió aquí. Pero su alma vaga por todas partes.

Hizo una pausa, como si estuviese reflexionando, y luego tradujo las palabras como si entonara un cántico.

Y no por las ventanas del este solamente,
cuando amanece, entra la luz.

Delante, el sol se pone, lentamente,
pero al oeste, mira, ¡la tierra brilla!

Madame Wu y Fengmo lo escucharon, absorbiendo cada palabra como si de agua

pura se tratase.

—¿No es religión? —preguntó ella dubitativa.

—Es poesía —afirmó el chico.

—Te he enseñado las primeras palabras en inglés que me enseñaron a mí —le explicó el clérigo sonriendo—. Y tampoco yo las comprendía al principio, cuando era un chiquillo en Italia.

—De modo que el sol que nos ilumina es el mismo en todo el mundo —dijo *madame* Wu, pensativa. Se echó a reír—. Se burlará de mí, hermano André, pero creía ser más entendida, siempre he pensado que el sol nos pertenecía sólo a nosotros.

—El sol nos pertenece a todos, y reflejamos su luz, el uno en el otro, este y oeste, amanecer y ocaso.

Fue como si las cuatro paredes de la habitación se esfumasen; las paredes de los patios donde había estado recluida toda su vida. *Madame* Wu tuvo una visión clara y momentánea. El mundo estaba lleno de tierras y de gentes bajo el mismo cielo, y en los siete mares, las mareas que subían y bajaban eran las mismas.

Deseaba quedarse y escuchar la siguiente lección del hermano André, pero sabía que Fengmo no se sentiría cómodo si ella se quedaba. Se levantó.

—Enseñe a mi hijo —dijo, y se marchó.

—¿Qué piensa Linyi ahora que Fengmo está aprendiendo inglés? —le preguntó a *madame* Kang. Su amiga había ido a verla una tarde a última hora, finalizado todo el revuelo de la jornada. Un símbolo del tipo de amistad que mantenían las dos mujeres era el hecho de *madame* Wu iba a visitar a *madame* Kang unas pocas veces al año, mientras que ésta la visitaba a ella dos o tres veces por semana. Era una situación natural para ambas.

—Mi hija me tiene sorprendida. Dice que se casará con Fengmo si resulta de su agrado después de haber charlado unas cuantas veces con él, y cuando haya aprendido el inglés suficiente para hablarlo con fluidez. ¡Me parece una vergüenza que quiera verlo! Aún me acuerdo, siendo yo una jovencita, que sucumbí a una criada picarona que me engatusó un día de Año Nuevo cuando el señor Kang se acercó con su padre a visitar nuestra casa. Miré a hurtadillas a través de una ventana enrejada y lo vi. No me atreví a confesárselo hasta después de haberme casado con él y de que hubiera nacido nuestra primera hija. Y durante todo aquel tiempo, la vergüenza me pesó como un pecado. —*Madame* Kang se rió con su característica alegría.

—Sin duda alguna, con esa mirada el mal ya estuvo hecho.

—Lo amé al instante —dijo, ya sin pizca de vergüenza.

—Ah, esos momentos. ¿Ves por qué es sabio prepararse para ellos? El corazón de los jóvenes es como fuego a punto siempre de prender. La leña y el combustible siempre están listos. Y bien, ¿cómo podemos disponer un par de encuentros entre ellos, o varios?

Las dos amigas se habían sentado aprovechando el fresco de la tarde. Ying había servido rodajas de melón en una mesita a su lado. El corazón amarillo de la fruta, salpicado por brillantes pepitas, parecía dulce y refrescante. *Madame* Wu le indicó con un gesto a su amiga que cogiera un trozo.

—Come un poco de melón —dijo amablemente—. Te refrescará. Hoy te veo cansada.

La cara redonda de *madame* Kang se incomodó al oír aquellas amables palabras. Se sacó un pañuelo de seda del pecho, se cubrió la cara y empezó a sollozar sin ocultar su llanto, pues estaban solas.

—Y bien, Meichen —dijo asombrada *madame* Wu—, cuéntame por qué lloras. —Retiró la mano y el pañuelo de la cara de su amiga. Ésta reía y lloraba a la vez.

—Estoy tan avergonzada... —tartamudeó—, no puedo contártelo, Ailien. Debes adivinarlo por ti misma.

—No estarás... —empezó muy seria.

—Sí, lo estoy. —Sus ojitos, siempre tan risueños, se habían convertido también en una tragedia.

—¡Tú, a tu edad, y ya con tantos hijos! —exclamó.

—Soy una de esas mujeres que conciben sólo con que su hombre se acerque a la cama.

Madame Wu no podía responder. Era demasiado considerada para decirle a su amiga lo que pensaba o para culparla por no seguir su ejemplo.

—Lo curioso —dijo *madame* Kang, retorciendo y doblando el enorme pañuelo, manchado ahora de lágrimas— es que lo que más me importa son los comentarios de Linyi. Linyi es muy crítica conmigo. Siempre anda diciéndome que estoy demasiado gorda, y que debería peinarme de otra manera, y que es vergonzoso que no sepa leer, y que la casa está sucia, y que hay demasiados niños. Si Linyi sigue conmigo y tengo que decírselo...

—Linyi debe incorporarse a esta casa rápidamente. —En el fondo se preguntaba si sería bueno introducir en la casa a una joven tan tozuda y voluntariosa, capaz incluso de juzgar a su propia madre.

—Tú puedes enseñarle —suspiró con pena *madame* Kang—. Creo que te tiene miedo. Pero ni a su padre ni a mí nos lo tiene. —Se echó a reír entre las lágrimas al pensar en su marido—: Pobre hombre —dijo, y se secó los ojos—. Cuando se lo he contado esta mañana, se ha tirado de los pelos con ambas manos y ha exclamado: «Debería largarme e iniciar un negocio en otra ciudad».

Madame Wu no hizo ningún comentario a esas palabras, y como a su amiga aquel silencio le resultó frío, la miró y le dijo, un poco con malicia, otro poco con tristeza:

—A lo mejor eres afortunada, Ailien, porque no amas a tu esposo.

Aquellas palabras se clavaron como un cuchillo en el corazón de *madame* Wu. No estaba acostumbrada a que su vieja amiga fuese tan mordaz con ella.

—A lo mejor la diferencia no está en el amor, sino en el autocontrol —replicó.

Cogió una tajada del fresco melón dorado—. O a lo mejor es simplemente que nunca me ha gustado que se rieran de mí. Tú, al fin y al cabo, eres más fuerte que yo, Meichen.

—No discutamos ahora —le suplicó *madame* Kang. Extendió su mano rolliza y la posó sobre la esbelta y fría mano de *madame* Wu—. Tenemos el mismo problema, Ailien. Creo que todas las mujeres lo tienen. Tú lo solucionas de una manera, y yo de otra.

—¿Consideras lo tuyo una solución? —Notó que el amor sincero y firme que sentía por su amiga iba ablandándole el corazón a medida que hablaba, y estrechó con sus frágiles dedos la gruesa mano que enlazaba la suya.

—No podría soportar... hacer lo que tú has hecho. Tal vez tú seas sabia, pero yo no puedo serlo si eso significa interponer a alguien entre... mi viejo hombre y yo.

¿Quién podría haber pensado que en aquel momento el corazón de *madame* Wu se vería inundado por un inexplicable dolor? Pese a tener su mano entrelazada con la de su amiga, estaba horrorizada por lo tremendamente sola que se sentía de pronto. Se hallaba en lo alto de una cima, rodeada de hielo y frío, perdida y sola. Quería gritar, pero la voz no le salía de la garganta. La escondía la penumbra. *Madame* Kang no se percató de la palidez de su rostro y, absorta como estaba, no se dio cuenta de la rigidez que el miedo había infundido en el cuerpo de su amiga.

En medio de aquel extraño terror, *madame* Wu vio al hermano André. La gigantesca figura del sacerdote se cernió sobre su soledad, que se disipó gracias a su necesidad de hablar con él.

—Hermano André —dijo agradecida—, pase. Mandaré llamar a mi hijo. —Mientras hablaba, soltó los dedos de *madame* Kang y se levantó—: Meichen, te presento al profesor de Fengmo. Hermano André, le presento a mi amiga, es como una hermana para mí.

Él inclinó la cabeza a modo de saludo sin mirar a *madame* Kang, pero conservando el gesto amable en el rostro. Entró en la biblioteca. Allí, a la luz de una vela, lo vieron tomar asiento, coger el libro que llevaba aferrado al pecho y empezar a leerlo.

—¡Vaya gigante! —exclamó *madame* Kang en un murmullo—. ¿No te da miedo?

—Un gigante bueno. Ven, Fengmo llegará enseguida. No debe dar la impresión de que estamos hablando de él. ¿Entramos?

—Tengo que volver a casa. Pero antes de irme, ¿qué hacemos con lo de que Linyi vea a Fengmo?

—Hablaré con él, y si él lo quiere, te lo llevaré primero a tu casa, y luego otro día puedes venir tu aquí con ella. Con dos encuentros debería bastar para que se hiciesen una idea.

—Tú siempre tienes razón —dijo *madame* Kang, y después de estrechar con fuerza las manos de su amiga, se marchó.

Aquella noche, después de la lección, *madame* Wu retrasó un poco a Fengmo. Los dos hombres habían pasado mucho tiempo sentados con sus libros. Ella se había acercado a la puerta, oculta por la oscuridad, y había oteado el interior. Algo en la atenta mirada de Fengmo, algo en la profunda seriedad del hermano André, la había amedrentado. ¿Estaría el clérigo embrujando el alma del chico con el poder de su gran cuerpo?

Repentinamente débil, se sentó en uno de los bancos de bambú y se alegró de la oscuridad reinante. «¡Cuántas veces se intenta y cuántas se fracasa! —pensó—. ¿Cómo podía imaginarme, al invitar a un cura a venir para que enseñara a mi hijo, que ese hombre estaría de tal modo inundado de su dios que brilla, resplandece y lo atrae todo hacia él?».

Sabía que el alma de Fengmo se encontraba en aquel momento de despertar en que si no la embrujaba una mujer, podría hacerlo un dios. Ella no quería que se hiciese sacerdote, y tenía muchas razones para no desearlo; pero por encima de todo estaba la de que el cuerpo del sacerdote es estéril, y el Cielo es contrario a la esterilidad. Cuando un dios roba el alma de un cuerpo, el cuerpo se venga, destroza el alma, la hunde y la arruina. Cuerpo y alma son pareja, y ninguno debe desertar del otro. Si dentro de veinticinco años, después de haber engendrado hijos e hijas, Fengmo deseara hacerse sacerdote, tal y como decidían los hombres que vivían en los templos, ella comprendería que quisiera atender a su alma después de que su cuerpo hubiese quedado atendido. ¡Pero no ahora!

¿Debía entrar y romper el hechizo que se estaba tejiendo? Se quedó dudando en el umbral de la puerta, sin que la vieran. Luego se retiró. Ella, la madre y sólo la madre, no era lo bastante fuerte para mantenerse firme frente a aquel gran reverendo. Fengmo se pondría en su contra para demostrar su independencia respecto a ella, simplemente por eso. No, necesitaba la ayuda de una mujer joven, de una chica alegre, de un encantador pedazo de carne y hueso. Linyi tenía que llegar lo antes posible.

Transcurrida la hora de la lección, dijo:

—Hermano André, gracias por enseñar tan bien a mi hijo. ¡Hasta mañana, un saludo!

Se había puesto en pie para pronunciar aquellas palabras. Ambos hombres se quedaron parados, como sorprendidos por su presencia. El clérigo inclinó la cabeza a modo de despedida y se marchó rápidamente, dejando a su paso la estela de la sombra de sus largos ropajes. *Madame* Wu posó la mano en el codo de Fengmo y lo sujetó con fuerza para impedir que siguiese al forastero.

—Hijo mío, quédate un rato conmigo. Tengo que contarte una cosa muy extraña. —Notó el rechazo en la rigidez del brazo de Fengmo y retiró la mano—: Querido hijo, hay veces en que me siento sola. Esta noche es una de esas veces. ¿Te quedarás un poquito conmigo?

¿Qué hijo podía negarse a esa voz? Ella había vuelto a posarle la mano en el

brazo, tiraba de él con delicadeza.

—Ven y siéntate aquí conmigo en el frescor de la penumbra. ¿Me permitirás hablar sin responder nada hasta que yo termine?

—Si así lo quieres, madre —respondió. Pero ella se dio cuenta de que quería que lo dejase marchar, que deseaba liberarse de ella. ¡Sabía leer muy bien las señales!

—Fengmo —dijo, su voz era música surgiendo de la oscuridad. Él no podía verla. Era tan sólo una voz encantadora que llegaba a sus oídos—. No sé cómo decírtelo. —Oyó una risita incómoda en su hijo—: Has crecido tanto... Estás hecho un hombre. Me imagino que debería esperar... Pero la verdad es que no debo ser egoísta. Linyi quiere hablar contigo. Cuando Liangmo tenía tu edad, habría dado por imposible una cosa así. No creo que a Meng se le hubiera ocurrido pedirlo. Pero Linyi es muy distinta a Meng, y tú eres muy distinto a Liangmo.

La hermosa voz vertía sus palabras a la noche. Era difícil creer que fuese aquella la voz de su madre, tan joven, tan tímida, medio en risa, interrumpida por pausas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él de pronto.

—Me lo ha dicho hoy su madre.

Madame Wu se reclinó en su asiento, levantó la cabeza en dirección al cálido cielo oscuro, sopesó y calculó todos los matices de la voz de Fengmo. Sentía una emoción especial, como si estuviese midiéndose con algo quizá más fuerte que ella misma. Pero vencería. Tenía a Fengmo agarrado por el cuerpo, y en un hombre el cuerpo es más fuerte que el alma.

—Quizá esté muy mal por mi parte —continuó con un tono algo lastimero, ante el silencio de Fengmo—. Mi primera reacción ha sido decir que si Linyi es tan atrevida..., no la quiero en esta casa.

Fueron las palabras adecuadas. La respuesta de Fengmo surgió acalorada de la oscuridad. Se inclinó hacia su madre. Y ella notó su joven y fresco aliento junto a la cara.

—¡No lo entiendes, madre!

—¿No? —preguntó. Las palabras del joven, tan familiares, hicieron que se sintiera segura de nuevo. Es lo que todos los hijos dicen a todas las madres.

—Hoy en día las mujeres y los hombres se conocen —declaró Fengmo—. No es como cuando tú eras joven, ni siquiera como cuando se casó Liangmo.

—Tal vez tengas razón —dijo ella con un suspiro—. Quiero que seas feliz..., eso es todo. No quiero que veas a Linyi si tú prefieres no verla. Puedo decirle a su madre que no es conveniente. Con ello sabrá que Linyi no te interesa.

—Por supuesto que voy a verla —aseguró con un tono casi despótico—. ¿Por qué no tendría que hacerlo?

—Fengmo —contestó con tono suplicante—, no dejes que Linyi se imagine cosas. Hay muchas jóvenes que estarían encantadas de venir a esta casa. Y ahora que pienso en Linyi, recuerdo que siempre me pareció que era un poco bizca.

—Si lo es, me daré cuenta enseguida.

—Le diré entonces a su madre que dentro de unos días tú y yo iremos...

—¿Por qué tú, madre? —replicó él con total claridad.

—¡Fengmo! —exclamó, cortante—. No claudicaré hasta esos extremos. ¿Cómo se te ocurre ver a la chica a solas?

—Por supuesto que la veré a solas —afirmó enfadado—. ¿Es que tiene que llevarme mi madre, como si fuese un niño pequeño?

—¿Y si te digo que no irás de ninguna manera? —preguntó con energía.

—No lo digas, madre —respondió Fengmo con la misma energía—. No quiero desobedecerte.

Cayó entonces el silencio entre ellos. *Madame Wu* se levantó de su asiento.

—¡Así que insistes en ir a ver a Linyi!

—Iré —repitió obstinado.

—Ve, entonces —dijo ella, pasando por su lado y entrando en su habitación. Allí la esperaba Ying, que había oído las voces.

—Señora, ¿qué...? —empezó.

Pero *madame Wu* levantó la mano.

—¡Espera! —susurró—. ¡Escucha!

Permanecieron atentas; Ying con la boca entreabierta, a su ama le brillaban los ojos y una sonrisa le iluminaba el rostro. Oyeron las zancadas bruscas y rabiosas de Fengmo por el patio. *Madame Wu* se abrazó y rió con fuerza.

—Señora —empezó de nuevo Ying—, ¿qué sucede?

—Oh, nada —dijo feliz—. Quería que Fengmo hiciese una cosa, y va a hacerla... ¡Eso es todo!

Fengmo no se acercó a verla al día siguiente, pero *madame Kang* la visitó una mañana después. Las dos amigas juntaron rápidamente las manos.

—Fengmo y Linyi se han visto.

—¿Qué tal fue el encuentro? —preguntó una sonriente *madame Wu*.

—Reí y lloré —respondió *madame Kang*, devolviéndole la sonrisa—. Me senté en un lugar apartado, fingiendo no estar allí. Ellos querían que me fuese y no pudieron hablar porque no me querían allí. Permanecieron mudos, tristes, pero aun así no pudieron evitar lanzarse miradas constantemente. Me alejé sólo unos minutos, y cuando regresé, estaban exactamente tal y como los había dejado. No se habían movido. Pero no dejaban de mirarse. Luego él se levantó y se fue, y se dijeron: «Hasta la próxima».

—¿Sólo eso tan vulgar?

—¡Pero cómo lo dijeron! Ailien, te reirás, pero me entraron ganas de ir corriendo a ver a mi marido y sentarme a su lado, cosa que hice.

—Te tomaría por una boba, seguro —dijo *madame Wu*, sin dejar de sonreír.

—Sí, claro —confirmó, riendo—, pero no le dije nada, porque no quería volver a

provocarlo.

—¿Y qué mal te haría eso ahora? —preguntó con picardía.

—¡No te rías, Ailien! —exclamó suspirando—. Cuando ves a esos dos jovencitos..., tanta felicidad..., tantos problemas por delante..., ¡es que no te atreves a contarles la verdad!

—Hagamos lo necesario para que la boda sea pronto.

—Cuanto antes mejor —coincidió *madame* Kang—. Encender el fuego con la marmita vacía no es bueno para nadie.

Fengmo no se acercó a su madre ni aquel día ni al siguiente. Ella no volvió a verlo hasta que llegó de nuevo el hermano André. Pasó una y otra vez por delante de la puerta. Fengmo estaba preguntándole sobre unas palabras nuevas. Quería escribir una carta. Observó entonces el rostro del sacerdote. Parecía amable y paciente, pero perplejo. Le deletreó repetidamente las palabras a Fengmo y se las escribió. *Madame* Wu escuchaba las letras sin comprenderlas, sonidos extraños sin significado alguno. Pero que ella lo entendiera o no carecía de importancia. Era Fengmo quién las entendía, y Linyi las entendería también. El chico estaba impaciente por escribirle una carta en inglés. *Madame* Wu rió en silencio. Luego se sintió avergonzada frente al hermano André por lo fácil de su victoria. Desapareció y decidió no verlo aquella noche. Se acostaría pronto.

Linyi, como desposada, llegó a la casa un agradable día próximo al final del noveno mes. Era una estación buena para las bodas, con la cosecha lista para ser recogida y las espigas cargadas de arroz. El verano se había calmado y el otoño estaba aún por empezar.

Las dos familias se reunieron felices para celebrar esa segunda unión entre ellas. Liangmo y Meng estaban especialmente dichosos. El cuerpecito de Meng comenzaba a abultarse con su nuevo hijo. Tenía hambre a todas horas y los mareos habían desaparecido. Recibió a su hermana bella y henchida de felicidad. Las dos madres habían decidido seguir los deseos de sus hijos y no ofrecer el mismo estilo de boda larga y anticuada que habían organizado para Liangmo y Meng. Tres días de festejos eran demasiado para una pareja de impacientes como Fengmo y Linyi. Querían la ceremonia de boda rápida de los tiempos modernos, una promesa hecha ante los mayores, y con eso bastaba.

Y así lo hicieron, y *madame* Wu compensó a los ciudadanos, consternados por la pérdida del banquete, alquilando un restaurante durante tres días. Eso ahorró el problema de tener el gentío desfilando por la casa.

—Estas nuevas maneras tienen su lado positivo —dijo *madame* Kang cuando el día de la boda tocó a su fin.

Los hombres se habían congregado en el patio del señor Wu y las mujeres en el de *madame* Wu. A las mujeres les habían servido los más exquisitos dulces mientras los hombres eran obsequiados con productos más fuertes. Fengmo y Linyi se habían retirado a sus aposentos. Por suerte, dos meses antes había fallecido un anciano primo, por lo que había libres dos habitaciones que *madame* Wu había ordenado redecorar y pintar.

—La verdad es que no hemos roto muebles ni ensuciado los suelos, como sucedió en la boda de Liangmo —observó.

Aquella noche se sentía feliz, como siempre que algún miembro de la familia se establecía definitivamente. Con ello su libertad se tornaba aún más completa. Fengmo había decidido abandonar sus lecciones una semana y el hermano André no había aparecido de nuevo por la casa. Ella no puso ninguna objeción. Era el momento del cuerpo. Había dejado de temer el poder del sacerdote. Que volviese por allí o no carecía de importancia, había conservado a Fengmo en la familia.

El patio estaba iluminado con farolillos de papel rojo, lo que inducía a las mariposas nocturnas a abandonar la oscuridad. Había muchas que no eran más que pequeñas criaturas de color gris, motas de polvo. Pero de vez en cuando revoloteaba por allí alguna que otra de gran tamaño y con alas de color verde claro o negro y dorado. Las mujeres gritaban, y ninguna se sentía aliviada hasta que la mariposa era capturada y atravesada con un alfiler sobre el umbral de la puerta. Entonces, todas podían aclamar su belleza mientras seguían cómodamente sentadas comiendo dulces.

La Vieja Dama sentía una especial predilección por aquel deporte y aplaudía satisfecha toda captura.

Ch'iuming entró en el patio justo en el momento en que acababan de dar caza a uno de esos insectos. *Madame Wu* la vio al instante, como siempre que aparecía, y como siempre también, ni se inmutó. Día tras día, en solemne silencio, la joven había ido ocupando su lugar en la casa. Ante *madame Wu* nadie hablaba de ella, ni bien ni mal. Pero la dama siempre era consciente de su presencia. A veces, cuando se despertaba por las noches, se hacía preguntas... y las ahuyentaba enseguida.

Al verla, la observó con detalle. La chica estaba delgada y tal vez excesivamente pálida, pero su delicadeza la volvía más bella.

«Debo preguntarle cómo se encuentra —pensó con una punzada de remordimiento involuntaria—. Cuando se haya acabado la boda, mandaré a por ella».

Una vez más, como siempre hacía, la alejó de sus pensamientos, y Ch'iuming se dedicó en silencio a servir té caliente a las invitadas. Había participado en las actividades de la jornada, pero medio escondida y ocupada en silencio con la comida o los niños o con cualquier cosa. De vez en cuando alguien le había dicho: «¡Segunda Dama, descansa un poco!», a lo que ella siempre había respondido con las mismas palabras: «Sólo hago esto y ya está».

Se unió a las mujeres que miraban la nueva mariposa. Era de color amarillo cremoso, como el amarillo del limón conocido como Mano de Buda, y tenía largas antenas negras. Las antenas se estremecieron al sentirse empalada. Las grandes alas se agitaron y los puntos negros que las adornaban relucieron verdes y dorados un instante. Luego, el insecto se quedó inmóvil.

—¡Qué rápido mueren! —dijo de pronto Ch'iuming.

Todas se giraron al oír su voz, y como si ella misma se hubiese sorprendido hablando, se encogió y sonrió como siempre hacía, mitad resentida, mitad tímida. Se quedó a la espera hasta que todas estuvieron de nuevo sentadas. Entonces, en silencio, se deslizó detrás de las demás y, acercándose a *madame Wu*, palpó su taza de té.

—El té está frío. Lo calentaré.

—Gracias. —La dama permaneció en silencio mientras Ch'iuming realizaba la tarea. Y cuando la chica se inclinó, olió la fragancia de la madera de sándalo, y mientras la olía, le observó el rostro. La suya era una mirada de humildad.

—¿Podría hablar con usted esta noche, Hermana Mayor? —le preguntó en voz baja.

—Por supuesto que sí —respondió. No sabía qué otra cosa responder, pues ¿cómo negarse a ello? Sintió, sin embargo, que la alegría la abandonaba. ¿Qué nuevo problema la acechaba? Bebió su té y permaneció en silencio hasta que las invitadas se fueron.

Cuando se hubieron marchado, Ch'iuming se quedó esperando sola, con la única compañía de Ying.

—Vete —le ordenó *madame* Wu a Ying—, y vuelve un poco más tarde.

No quería entrar con Ch'iuming en la casa. En el patio se estaba muy fresco. Las últimas orquídeas de color púrpura florecían bajo los farolillos. Meng le había regalado ese día las primeras vainas de loto. La carne blanca del interior no olía a nada y su sabor era insulso.

Se sentó y cogió una de aquellas grandes vainas. Ch'iuming permaneció de pie, cabizbaja, dubitativa.

—Siéntate, por favor —dijo *madame* Wu—. He estado pensando en estas semillas de loto. Nos las comeremos mientras hablamos.

—Yo no comeré, pero se lo agradezco.

—Las comeré yo entonces, y escucharé. —Sus delicadas manos abrieron una vaina. Sus manos parecían carecer de fuerza, pero la tenían. Pese a su dureza, la fibra de la médula que guardaba la vaina cedió bajo la presión de los dedos, y *madame* Wu sacó una de las muchas semillas que escondía. Con sus dienteillos afilados, tan sanos como los de una niña, separó la piel verde de la carne blanca.

—Deje que se las pele yo —le suplicó Ch'iuming.

Pero a la dama no le gustó la idea de que las manos de la joven tocaran lo que ella deseaba llevarse a la boca.

—Lo haré yo misma —respondió, y Ch'iuming, como leyendo alguna cosa más allá de las palabras, no repitió su oferta.

Y tampoco volvió a hablar mientras permanecía sentada observándola separar la vaina, extraer los frutos y partir con los dientes la crujiente pulpa. Luego, de pronto, como si su hambre se hubiese saciado, *madame* Wu arrojó la vaina en las piedras.

—Llevas un niño —dijo de repente. Utilizó las palabras ordinarias que utilizaría una mujer ordinaria.

Ch'iuming levantó la vista.

—Llevo la felicidad en mí —reconoció. Utilizó las palabras que utilizarían las mujeres de una gran casa cuando se esperaba un heredero.

Madame Wu no se corrigió ni corrigió a Ch'iuming. Continuó hablando con el mismo tono de voz claro y cortante.

—Eres muy rápida.

La chica no respondió al comentario. Bajó la cabeza y se sentó posando las manos sobre el regazo sin cruzarlas, con las palmas hacia arriba y los dedos inertes.

—Me imagino que él estará satisfecho —siguió, sin abandonar su tono cortante.

Ch'iuming le dirigió su sincera mirada.

—No lo sabe. No se lo he dicho.

—Curioso. —Estaba enfadada con la joven y sorprendida por su enfado. Había llevado a Ch'iuming a la casa con un objetivo, y lo había cumplido. ¿Por qué enfadarse con ella? Pero sentía la rabia enroscándose en su interior como una fina serpiente verde, levantándose de repente y vertiéndole el veneno en la lengua—: Las concubinas —añadió— suelen ir corriendo a contárselo a los hombres. ¿Por qué tú

eres distinta a las demás mujeres?

Los ojos de Ch'iuming se llenaron de lágrimas. *Madame Wu* las vio brillar bajo la luz del farolillo floreado que pendía sobre su cabeza.

—Quería contárselo a usted —dijo en voz baja y entrecortada—. Pensaba que se sentiría satisfecha, pero sólo está enfadada. Me gustaría acabar conmigo.

La desesperación de aquellas palabras llevó a *madame Wu* a recuperar la lucidez. Era normal que las concubinas de las grandes casas terminaran ahorcándose, tragándose sus anillos o ingiriendo opio, algo que siempre se consideraba como una vergüenza para la casa. Se apresuró entonces, como siempre, a salvaguardar su hogar.

—No digas tonterías. ¿Por qué deberías acabar con tu vida cuando lo único que has hecho ha sido cumplir con tu deber?

—Pensaba que si usted se alegraba, yo me alegraría también —continuó la chica con la voz entrecortada—. Pensaba que podría caldear mis manos con su fuego. Pero ahora, ¿en qué fuego me caldearé?

Madame Wu empezó a sentirse asustada. Había dado por supuesto que Ch'iuming era una chica ordinaria, criada en el campo, que agradecería como cualquier animal los síntomas de su fertilidad. La vaca no piensa en el semental, sino en el ternero. Si alguna vez había pensado en la vida de la joven, la había reconfortado la idea de que ésta se sentiría recompensada con un hijo y que con un hijo estaría satisfecha.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿No te alegras por ti? Tendrás un pequeño juguete con el que jugar, alguien con quien reír, una cosita tuya que cuidar. Si es un niño, lo criarás contigo en la casa. Y te prometo que si es una niña, no sufrirás reproches por mi parte. En mi casa son bienvenidos varones y hembras. Cuando mi propia hija murió antes incluso de hablar, la lloré como si hubiese perdido un hijo.

Ch'iuming no respondió, sino que clavó sus tristes ojos en *madame Wu*, escuchándola.

—No debes hablar de acabar con tu vida —prosiguió rápidamente—. Vuelve y acuéstate en tu cama. A él dile, si va a visitarte, que tienes buenas noticias.

Le habló con serenidad para devolverle la cordura, pero en el corazón sentía que el frío de las cumbres de la montaña se apoderaba de nuevo de ella. Deseaba estar sola y por eso se puso en pie. Pero Ch'iuming se abalanzó hacia ella y se colgó al dobladillo de su vestido.

—Permita que me quede aquí esta noche —le suplicó—. Permítame dormir aquí como cuando llegué. Y usted... dígaselo por mí. Ruéguele... ¡ruéguele que me deje sola!

Madame Wu comenzó a tener miedo de verdad.

—Pierdes la cabeza —le dijo muy seria—. Recuerda quién eres. Llegaste a mí sin padre ni madre, una expósita, recogida de la calle por la esposa de un campesino. Enviudaste sin haber estado casada. Hoy eres la segunda después de mí en esta familia, la más rica de la ciudad, una casa a la que cualquier familia de la región desearía enviar a sus hijas. Vistes con sedas. Llevas jade en las orejas y anillos de oro.

No regresarás a mis habitaciones. ¿Cómo lo explicaría en la casa? Retorna enseguida a los aposentos a los que perteneces, para los que fuiste comprada.

Ch'iuming le soltó el dobladillo del vestido. Se levantó y retrocedió poco a poco hasta la verja. La dureza de *madame* Wu se quebró de repente al ver la desesperación de su rostro.

—Vuelve allí, niña —dijo con su habitual tono amable—. No tengas miedo. Las jóvenes tienen miedo a veces y no saben qué hacer con el primer hijo, aunque no lo esperaba de ti, que te has criado en el campo. Duérmete pronto y no te despiertes si llega él. Sé que si no te encuentra con ganas, te dejará dormir. Es bueno, amable. ¿Acaso no lo conozco? ¿Por qué temerlo? Y haré eso por ti..., se lo diré mañana. Haré todo eso por ti.

Como recuperada por aquella amabilidad, Ch'iuming le dio las gracias en un susurro y abandonó el patio. *Madame* Wu apagó los farolillos uno a uno hasta que el recinto quedó a oscuras. Cansada, se dirigió a su habitación, y entonces Ying entró a prepararla para acostarse. Cuando su ama mostraba la mirada de aquella noche, una mirada tan triste y tan fría, no se atrevía a preguntarle nada.

Corrió las cortinas encerrando en su interior la silenciosa figura y se fue a las ruidosas estancias de los criados. Hombres, mujeres y niños seguían todavía comiendo lo que quedaba del banquete de boda y a Ying le encantaba aquella comida. Se llenó un cuenco con carne de diversos tipos, tomó asiento en el umbral de una puerta y masticó con placer, prestando atención a los comentarios de los sirvientes de la gran casa. Estaba por encima de todos ellos con la excepción de Peng Er, el criado del señor. Peng Er se había sentado también a comer con los demás. Su cara rolliza brillaba sudorosa. Tenía en las rodillas a la más pequeña de sus hijas, una cosita de dos o tres años de edad. Cuando él paraba de comer para respirar, la niña abría la boca y chillaba, y él le acercaba el cuenco a la boca y le daba de comer con sus palillos.

—¡Peng Er! —exclamó una risueña voz de mujer en la oscuridad—. ¿Sabes si el amo duerme todas las noches en el patio de las peonías?

—Todas las mañanas le llevó el té allí —gritó él a modo de respuesta.

—¡Ying! —llamó la misma voz risueña—. ¿Qué tal va en el patio de las orquídeas?

Pero Ying se negó a responder a eso. Acabó rápidamente con el contenido de su cuenco, cogió agua fría de una jarra, se aclaró la boca y escupió el agua en la dirección de donde provenía la voz.

Hombres, mujeres y niños se dispersaron ante aquella señal. Todos temían a Ying. Ocupaba un puesto demasiado próximo al trono de la casa.

Madame Wu se despertó al amanecer. Sentía una carga encima y luchó contra el desvelo bajo esa carga. No había pasado una buena noche. Se había dormido y

despertado, para luego volver a dormirse, sin olvidarse por completo de todo. Vivía en la zona central de la casa, y había noches en las que sentía la familia igual que el corazón debe de sentir el cuerpo. Ahora lo recordaba. Era la noche de bodas de Fengmo. Cualquier noche de bodas era una noche de inquietud. ¿Se habrían emparejado? ¿Habría ido bien o mal? No lo sabría hasta verlos. Pero tampoco podía apresurarse en averiguarlo. No lo sabría hasta que las cosas siguieran su propio curso y se hiciese debidamente de día.

Suspiró y recordó entonces la segunda carga. Le había hecho una promesa a Ch'iuming de la que le gustaría retractarse. Pero ¿cómo retractarse? Sin duda alguna, la chica se habría aferrado a ella toda la noche. Luego, como si no tuviera suficientes problemas, Ying apareció en la habitación al verla despierta.

—Señora, la Vieja Dama está enferma. Dice que cree que en el banquete de anoche se comió una cucaracha y que se le pasea por el estómago. Dice que es grande como una rata, que se le ha instalado en el hígado y que está arañándole el corazón con las patas. No puede tratarse de ninguna cucaracha, por supuesto. Mi hombre, por muchos fallos que tenga, jamás se permitiría un descuido así.

—Cielos —murmuró *madame Wu*—, como si no tuviese ya bastante.

Pero por encima de todas las cosas era consciente de sus deberes; se dio prisa y Ying se dio prisa, y en cuestión de minutos estaba en los aposentos contiguos a los suyos, donde la Vieja Dama, que yacía entre almohadones, la miró ojerosa.

—Haz rápidamente alguna cosa por mí. Estoy a punto de morirme —le dijo con voz débil.

Madame Wu se asustó al ver el estado de la anciana. El día anterior estaba animada como un niño travieso, presumiendo de haber ganado al Mahjong y comiendo todo lo que se le ponía por delante.

—¿Por qué no me han llamado antes? —le preguntó a la criada.

—Justo en esta última hora nuestra Vieja Dama se ha puesto con tan mal color —dijo la mujer para disculparse.

—¿Ha vomitado y evacuado?

La Vieja Dama respondió inesperadamente por sí misma.

—He vomitado lo de tres embarazos seguidos he vaciado todos mis intestinos en el orinal. Vuelve a llenarme, nuera. Dentro de mí no hay más que agua..., agua y aire.

—¿Puedes comer?

—De algún modo tengo que llenarme —replicó la anciana con voz débil pero valiente.

Alentada por sus palabras, *madame Wu* ordenó que le llevaran una sopa clara de arroz, raspó personalmente un poco de raíz de jengibre caliente para echarla en el caldo, cogió una cuchara y le dio de comer la mezcla a su suegra.

Cuando ésta se ponía enferma, resultaba conmovedora. Su ajada boca parecía inocente e indefensa como la de un bebé. *Madame Wu* la observaba con cada cucharada. No le quedaba ni un diente y tenía las encías sonrosadas y limpias.

¡Cuántas palabras habrían salido de aquella lengua rosada, tan encogida y pequeña ahora! La mujer siempre había tenido muy mal genio, y cuando se enfadaba, maldecía a cualquiera que se le cruzara. Aquella lengua era su arma. El Viejo Caballero la temía. Pero también habría oído otras palabras de su boca, sin duda alguna, y el señor Wu, que siempre había sido el centro de su vida, habría oído muchos poemas infantiles y risas de aquella vieja boca.

—Estoy mejor —declaró por fin la Vieja Dama, exhalando un suspiro—. Sólo necesito recibir alimento. A mi edad, mi cuerpo ya no tiene fuerza. La vida es para mí ahora como una hoguera hecha con hierba. Sólo quema cuando se la alimenta.

—Duerme un poco —dijo *madame* Wu con ternura.

La anciana abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué estáis todo el rato diciéndome que me duerma? Pronto me quedaré dormida para siempre.

Madame Wu se sorprendió al ver los ojos de su suegra empañados por las lágrimas y apagados. ¡La Vieja Dama estaba llorando!

—Hija, ¿crees que hay más vida después de ésta? —murmuró.

Extendió como una garra la mano y aprisionó la de su nuera. La vieja garra se notaba caliente y febril. *Madame* Wu, que se había levantado ya, volvió a sentarse. La Vieja Dama había tenido un cuerpo muy fuerte toda su vida. Era una mujer feliz que había rechazado cualquier cosa que no alcanzase a comprender. Rica, bien vestida, con poder dentro de la gran casa..., ¿qué le había faltado? Pero al haber vivido por completo de su cuerpo, se asustaba al verlo marchitarse. ¿Adónde iría cuando el cuerpo le fallara?

—Espero que exista una vida más allá de ésta —le respondió *madame* Wu con cautela. Podría haberla engañado igual que se engaña a un niño, pero se sentía incapaz. La Vieja Dama no era ningún niño. Era una anciana a punto de morir.

—¿Crees que volveré a nacer en otro cuerpo, tal y como nos cuentan los sacerdotes del templo?

La mujer no había hablado nunca de esas cosas. *Madame* Wu buscó una respuesta sincera que ofrecerle. Pero ¿quién podía penetrar las sombras que había por delante?

—No sabría decírtelo, madre —contestó por fin—. Pero creo que la vida no se pierde nunca.

No dijo nada más. No dijo que creía que los que habían vivido por completo de su cuerpo morirían con ese cuerpo. Era capaz de imaginarse al hermano André con vida lejos de su cuerpo, pero no a la Vieja Dama.

La anciana empezaba a quedarse dormida pese a su voluntad de permanecer despierta. Sus párpados, arrugados como los de un viejo pajarito, se cerraron sobre sus ojos, y comenzó a respirar profundamente. Su mano huesuda se separó de la suave mano de *madame* Wu. Ésta se marchó, tras detenerse tan sólo para susurrarle a la criada:

—Esta vez se recuperará. Pero intenta mantener lejos de su vista comidas fuertes

para que no le apetezca tomarlas.

—Nuestra Vieja Dama es tozuda —murmuró la criada para defenderse—, y no me gusta hacerle pasar hambre.

—Obedéceme —dijo severamente.

Pero mientras se acercaba a los aposentos del señor Wu, se sintió satisfecha de que la mala situación le aportase al menos una cosa buena: la enfermedad de la Vieja Dama le daba un motivo para ir allí distinto al que tenía en realidad. Había enviado a Ying con antelación para anunciar su visita. Cuando llegó a la verja del patio, se encontró con Ying esperándola para decirle que el señor Wu había estado ausente por motivos de negocios y que acababa de llegar. Le informó de que el señor le había dicho que se sentara y aguardara a que se cambiase de ropa.

De modo que esperó en el patio donde había pasado tantos años de su vida. Las peonías trasplantadas crecían con fuerza. Las flores ya no estaban, habían caído los pétalos, pero las hojas eran oscuras y gruesas. Alguien había plantado raíces de loto en el estanque y las grandes flores de color coral se abrían sobre la superficie del agua. En el centro de las flores temblaban los estambres maduros, listos y cubiertos por un polvo dorado. Su fragancia inundaba el ambiente del patio y *madame* Wu buscó su pañuelo y se lo llevó a la cara. Era un aroma demasiado fuerte.

Atravesó el patio y entró en la habitación principal. El mobiliario seguía tal y como ella lo había dejado, aunque con algunos añadidos. Había muchas macetas con plantas. De la pared colgaban algunas imágenes del extranjero. No estaba ni mucho menos tan limpio como antes. Le molestó ver polvo bajo las sillas y en los rincones. Se acercó a las puertas de gruesa madera tallada, adornadas con celosías y ahora abiertas de par en par. Asomó la cabeza por detrás de una de ellas.

Apareció el señor Wu, abrochándose su chaqueta de seda gris.

—¿Hay alguna cosa detrás de la puerta, madre de mis hijos? —le preguntó con su potente voz.

Ella se giró y se sonrojó débilmente.

—Polvo. Tengo que hablar con el mayordomo. Esta habitación necesita una limpieza a fondo.

El señor Wu miró a su alrededor como si fuese la primera vez que veía aquella estancia.

—Tal vez sí. Te necesita —añadió tras un momento. Pero lo dijo alegremente y con una media sonrisa. Ella se puso seria y no respondió.

Se sentaron. Ella le examinó el rostro sin que él se diese cuenta. Se le veía bien alimentado y las comisuras de su boca parecían sonreír de nuevo. Eso era precisamente lo que quería y había planificado. ¿Por qué sentía entonces un deseo cruel de hacerle daño?

—Tu madre está enferma —dijo abruptamente—. ¿Has ido a verla?

La sonrisa se esfumó.

—No, por desgracia. Debería haber ido a primera hora de la mañana, pero entre

una cosa y otra...

—Está muy enferma —insistió ella.

—No te referirás...

—No, esta vez no. Pero el final no queda muy lejos. Su alma comienza a cuestionarse qué sucederá a continuación y me ha preguntado si yo creía en otra vida después de ésta. Esas preguntas significan que el cuerpo está empezando a morir y que el alma tiene miedo.

—¿Qué le has respondido? —Su rostro adquirió de repente un aire de solemnidad.

—Le he dicho que esperaba que así fuera, pero que cómo podía yo saberlo.

El señor Wu se mostró inexplicablemente enfadado.

—¡Qué cruel eres! —exclamó—. ¿Cómo puedes mostrar tus dudas ante un alma anciana? —Se desabrochó todo el cuello de la chaqueta, sacó el abanico que guardaba en la parte de la nuca y se puso a abanicarse con energía.

—¿Qué le habrías dicho tú? —preguntó ella.

—Se lo habría asegurado —gritó—. Le habría dicho que en los Manantiales Amarillos sólo la espera felicidad. Le habría dicho...

—Tal vez sería mejor que fueras a decírselo. —Nunca alzaba la voz cuando se enfadaba. Más bien la convertía en plata fundida. Fluía como un río encendido.

Él se mordió el labio.

—Se lo diré, por supuesto.

Permanecieron un instante en silencio, luchando ambos por recuperar la calma. Ella, impecablemente quieta, con las manos flojas sobre el regazo y la cabeza un poco inclinada sobre su esbelto cuello. Él, inmóvil, exceptuando la mano del abanico que movía sin parar. Los dos se preguntaban por qué se sentían molestos el uno con el otro y ninguno conocía la respuesta.

La primera que habló fue ella.

—Tengo otro asunto que mencionarte. —Su voz aún era argentina.

—Cuéntame.

Se decantó de nuevo por el camino directo.

—Anoche fue a verme Ch'iuming y me pidió que te dijese que está embarazada. —Volvió a utilizar las palabras más ordinarias. No levantó la cabeza para mirarlo, sino que siguió inmóvil y elegante.

Oyó que el abanico caía y rozaba la seda de su vestido. Él estuvo tanto rato en silencio que al fin ella alzó la vista. El señor Wu la miraba fijamente, con una sonrisa bufonesca y avergonzada dibujada en el rostro, y se rascaba la coronilla con la mano derecha, trazando círculos sin parar en un gesto que ella comprendió a la perfección. Era una mezcla de contento, bochorno y satisfacción.

Cuando sus miradas se encontraron, él se echó a reír.

—Envenéname. Echame veneno al arroz... u oro en polvo en el vino. Siento que no tengo vergüenza. Pero me limité a obedecerte, madre de mis hijos..., nada más.

Muy a pesar suyo, ella notó que la risa se arremolinaba en su estómago. Las comisuras de la boca se le doblaron, los párpados le temblaban.

—No finjas ahora que no te sientes satisfecho —dijo—. Sabes muy bien que te sientes orgulloso de ti.

—Pobre de mí..., soy demasiado potente.

Sus risas se unieron como tantas veces habían hecho durante su vida juntos, y volvieron a encontrarse como en un puente de risas. Y en aquella risa ella percibió algo. ¡No lo amaba! Meichen tenía razón. Si no lo quería, si nunca lo había querido, ¿cómo podía odiarlo ahora? Era como si de su alma cayera el último eslabón de la cadena. Había recogido esas cadenas una y otra vez para volver a ponérselas. Pero ya no más. Ya no había necesidad. Se había liberado por completo de él.

—Escúchame —le dijo cuando se acabaron las risas—. Tienes que ser amable con Ch'iuming.

—Yo siempre soy amable con todo el mundo —aseguró.

—Por favor, intenta ser serio un momento. Es su primer hijo. No la acoses. Mantente alejado de ella mientras se acueste de cara a la pared.

Él sacudió la cabeza ante sus comentarios.

—Quizá con una concubina no baste —bromeó, y se relamió el labio superior.

Pero ya no la hería en ningún sentido. Ella se limitó a sonreír y decir:

—Y ahora puedes ir con tu madre. Y más que hablarle sobre su alma, cuéntale mejor que vas a tener otro hijo.

Pero la Vieja Dama no se alegró ni con las noticias que le llevó su hijo. Apenas había llegado *madame* Wu a su patio, después de detenerse por el camino a jugar con los niños, cuando Ying entró corriendo para reclamar su presencia.

—La Vieja Dama ha empeorado —gritó—. ¡La Vieja Dama está asustada y la reclama, señora! El señor está con ella y le suplica que acuda.

Madame Wu salió de prisa hacia la habitación de su suegra. El señor Wu estaba allí sentado, acariciando la mano casi sin vida de su madre.

—¡Ha dado un vuelco hacia peor! —exclamó al verla—. ¡Mi anciana madre ha elegido el camino del descenso!

Un destello iluminó los ojos vidriosos de la Vieja Dama, pero no podía hablar. Abrió la boca y frunció el rostro como si estuviese a punto de echarse a llorar. Miró apenada a su nuera, sin emitir ningún sonido y sin llorar.

Madame Wu comprendió al instante que la anciana estaba más asustada que nunca.

—Dale un poco de vino —le murmuró a Ying, que la había seguido hasta allí—. Debemos calentarla, tiene que sentir su cuerpo. Sírvale vino de Cantón. Ponlo enseguida a calentar. Y manda al centinela a avisar al médico.

La Vieja Dama continuaba mirándola, implorando su ayuda; su rostro era una

inalterable y lastimera máscara de llanto.

—Ying te dará un poco de vino caliente —le dijo *madame* Wu con su voz dulce y reconfortante—. Te sentirás mejor y con más fuerzas. No tengas miedo, madre. No hay nada que temer. Todo es normal como siempre. Los niños están fuera, jugando al sol. Las criadas cosen y se ocupan de la casa. Los cocineros preparan la cena en las cocinas. La vida sigue igual que siempre, y seguirá así para siempre. Nuestros antepasados construyeron esta casa, y nosotros hemos continuado en ella durante años, y nuestros hijos lo harán después de nosotros. La vida continúa eternamente, madre.

Su voz cantarina y reconfortante llenó el silencio de la habitación. La Vieja Dama la escuchó y, poco a poco, las arrugas de su cara fueron suavizándose y cambiando hasta que la máscara del llanto se desvaneció. Sus labios volvieron a temblar y empezó a respirar. Mientras aquella máscara estaba fija en su cara, parecía que hubiese dejado de respirar.

Ying llegó enseguida con el vino caliente en una jarrita de pitón largo, un pitón que *madame* Wu acercó a los labios de su suegra para que el líquido fuera cayendo despacio en su boca. La Vieja Dama tragó dos y tres veces. Sus ojos brillaron con una leve sensación de placer.

Tragó otra vez y murmuró unas palabras.

—Siento...

Entonces sus ojos mostraron una mirada de sorpresa y rabia. Pese a sentir el vino caliente en el estómago, su terco corazón dejó de latir. Se estremeció, el vino subió rápidamente de nuevo y manchó la colcha, y la anciana murió.

—¡Oh, madre! —gimió el señor Wu, sobrecogido.

—Coge la jarra —le ordenó *madame* Wu a Ying secamente. Se inclinó hacia delante, con el fino pañuelo de seda que extrajo de la manga secó los labios de la Vieja Dama, y levantó su cabeza con ambas manos. Pero la cabeza no se movía y volvió a depositarla sobre la almohada—. Su alma se ha ido —anunció.

—¡Oh, madre! —gimió otra vez el señor Wu.

Se puso a llorar con fuerza y abiertamente, y ella lo dejó llorar. Era necesario hacer rápidamente determinadas cosas. No cabía esperar, en una criatura como la Vieja Dama, que los siete espíritus de la carne abandonaran el cuerpo de forma inmediata. La fallecida debía ser exorcizada y confinada para que los espíritus liberados de la carne no provocaran daños en la casa. Tenía que llamar a los sacerdotes. En el fondo de su corazón, *madame* Wu no creía ni en aquellos sacerdotes ni en sus dioses. Permaneció de pie mientras el señor Wu seguía acariciando la mano de su madre sin parar de llorar. Se sorprendió con el deseo apremiante de reclamar la presencia del hermano André para encomendarle la tarea de exorcizar al demonio y ahuyentarlo de la casa. Pero la familia no se sentiría satisfecha con una decisión así. Si un niño enfermaba bajo aquel techo, ni aunque hubiera pasado un año, la culpa recaería en no haberse preocupado debidamente de los espíritus carnales de la Vieja

Dama. No; por el bien de la familia debía seguir las viejas tradiciones.

Se giró hacia Ying.

—Llama a los sacerdotes. Y que vengan los embalsamadores a su debido tiempo.

—Me ocuparé de todo —aseguró Ying, y desapareció.

—Ven, padre de mis hijos. Dejemos que descanse un rato. Las criadas se encargarán de lavarla y vestirla, vendrán los sacerdotes para exorcizarla y los embalsamadores realizarán su trabajo. Tienes que salir de aquí.

Él se incorporó obedientemente y salieron juntos de la habitación. Ella caminó despacio a su lado mientras él seguía sollozando y secándose los ojos con las mangas. *Madame Wu* suspiró sin llorar. Hacía muchos años que no lloraba y era como si se le hubiesen secado los ojos. Cuando él la oyó suspirar, extendió la mano para coger la de ella, y unidos de ese modo se dirigieron hacia su patio. *Madame Wu* se sentó allí con él y dejó que le hablara de los recuerdos de su madre, de cómo solía protegerlo de los castigos de su padre, y de cómo, cuando su padre lo obligaba a estudiar, ella entraba sigilosamente en su habitación y le daba vino, dulces y frutos secos, y de cómo lo llevaba al teatro en vacaciones, y de cómo cuando estaba enfermo, llamaba a malabaristas y artistas para que lo entretuvieran mientras permanecía en cama, y de cómo cuando él tenía dolor de muelas, ella le daba una calada de una pipa de opio.

—Una buena madre, siempre alegre y alegrándome. Me enseñó a disfrutar de la vida.

Madame Wu lo escuchó en silencio y lo convenció para que comiese y bebiese, y luego para que siguiese bebiendo un poco más. Despreciaba a los borrachos, pero había momentos en que el vino cumplía su papel y ahogaba las penas. Así que él se puso a beber el vino caliente que ella pidió, y a medida que fue bebiendo, su hablar se tornó más arrastrado y comenzó a repetir las mismas palabras una y otra vez hasta que por fin le cayó la cabeza sobre el pecho.

Entonces ella se levantó y entró de puntillas en el dormitorio que le había pertenecido en su día. Asomó la cabeza entre los cortinajes de seda de la cama. De cara a la pared, vislumbró la nuca de una cabeza oscura, el fino perfil de un hombro.

—Ch'iuming —dijo en voz baja—. ¿Duermes?

La joven se giró y *madame Wu* vio sus ojos mirando fijamente en la penumbra.

—Ch'iuming, esta noche no debes dormir aquí. Nuestra Vieja Dama se ha marchado a los Manantiales Amarillos y él está borracho de vino y dolor. Levántate, niña.

Ella se incorporó para salir de la cama, en silencio, obediente.

—¿Adónde voy? —preguntó humildemente.

Madame Wu se quedó dudando.

—Supongo que deberías ir a mis aposentos —respondió por fin—. Esta noche no dormiré. Debo velar a la Vieja Dama.

—Oh, permita que la vele también yo —susurró—. No quiero dormir.

—Pero tú eres joven, y por el bien de lo que llevas dentro, no deberías

permanecer despierta toda la noche.

—Déjeme estar con usted —le suplicó.

Madame Wu no podía negarse.

—Que así sea entonces.

De modo que después de comprobar que acostaban al señor Wu y de correr las cortinas del lecho, *madame Wu* se apresuró a ocupar el lugar que le correspondía en la casa aquella noche. Los que habían permanecido en vela hasta entonces se fueron a la cama, pero los criados no durmieron, ni tampoco los primos de más edad. La Vieja Dama estaba aseada y vestida, y *madame Wu* se acercó para asegurarse de que todo se hubiera hecho según lo debido. Ch'iuming permaneció a su lado, sin decir nada pero dispuesta en todo momento a coger eso y pasarle lo otro. La chica tenía manos diestras y ojos rápidos, y leía un deseo antes de que fuera expresado con palabras. *Madame Wu*, sin embargo, se dio cuenta enseguida de que Ch'iuming no sentía ningún dolor. Aquello no era la muerte para ella. Su rostro estaba serio pero no triste, y no fingió su llanto, como otras habrían hecho.

«Todavía no tiene el corazón en esta casa —pensó observándola—. Pero la llegada del niño la unirá a este lugar».

Una generación acababa de completarse y de abandonar la casa, y *madame Wu* pasaba a convertirse en la cabeza dentro de aquellas paredes, del mismo modo que el señor Wu era la cabeza de puertas para fuera. La Vieja Dama no fue enterrada enseguida. Los adivinos consultados declararon que el primer día de suerte sería un día a mediados de otoño. Por lo tanto, finalizados los rituales y con la Vieja Dama durmiendo eternamente en su lecho sellado de madera de ciprés, el ataúd fue transportado al silencioso templo familiar de la casa. Nadie, ni siquiera los niños, tenía la sensación de que la anciana estuviera lejos de allí. Los chiquillos solían acercarse corriendo al templo durante sus juegos y atisbar en su interior.

—¡Bisabuela! —decían en voz baja—. Bisabuela, ¿nos oyes?

Y permanecían a la escucha. A veces no oían nada, pero a menudo, cuando era un día de viento racheado, comentaban entre ellos que la habían oído responderles desde su ataúd.

—¿Qué dice? —le preguntó *madame Wu* en una ocasión a una de las niñas, la hija de un primo hermano.

—Dice: «Niños, id a jugar..., sed felices» —respondió muy seria—. Pero, madre mayor, su voz suena muy débil y muy lejana. ¿Estará feliz en su ataúd?

—Por supuesto que sí —le aseguró—. Y ahora, obedécela..., ve a jugar, sé feliz, pequeña.

Después de la desaparición de la Vieja Dama hubo una época de quietud en la familia. Era como si cada generación, con su deceso, conociera mejor su lugar en el tiempo y el espacio. Con su muerte, la vida daba un salto adelante y todos se

acercaban más al final. Cuando el señor Wu dio por finalizado su primer duelo y se despojó de sus prendas de tela de saco, ya no era el mismo de siempre. Su rostro tenía un aspecto más viejo y más serio. Iba de vez en cuando al patio de *madame* Wu y juntos hablaban sobre la familia que ambos encabezaban. Le preocupaba imaginarse que no había sido un hijo tan bueno como debería. Acababa dando vueltas apesadumbrado a la idea de su madre siempre que comentaban entre ellos las cosechas, los terribles impuestos de los señores feudales y el gobierno, si deberían llevar a cabo algún gasto de cualquier tipo o cuando hablaban de los hijos y los nietos.

—Tú siempre fuiste buena con ella —le decía a *madame* Wu—. Pero yo la tuve en el olvido mucho tiempo.

Entonces, para consolarlo, ella le respondía con estas palabras:

—¿Cómo puede un hombre olvidar a su madre? Fue quien te dio el aliento, y respirar es acordarte de ella. Te dio tu cuerpo, y cuando comes, bebes, duermes y siempre que utilizas tu cuerpo, estás recordándola. Yo no pido de mis hijos que vengan siempre corriendo a mí para decirme «Ah, madre, esto» y «Ah, madre, lo otro». Tengo suficiente recompensa viéndolos vivos, sanos, casados, felices y teniendo sus propios hijos. Con ellos, mi vida está completa. Y lo mismo sucedía con nuestra Vieja Dama. Ella vive en ti y en tus hijos.

—¿Tú crees? —decía él después de escucharla, y cuando se alejaba de ella se sentía siempre reconfortado.

Ella, sola, reflexionaba sobre muchas cosas. Su vida, ahora más que nunca, estaba dividida en dos, en la parte que vivía en la casa y la parte que vivía dentro de ella. A veces dominaba una, y otras veces la otra. Cuando reinaba la paz en el hogar, vivía felizmente sola. Cuando había problemas de algún tipo, se metía a fondo en ellos y los arreglaba como podía.

A mitad de aquel otoño, vio que en la casa se iniciaba un pequeño problema que iría haciéndose mayor si no lo atacaba de inmediato, como una agalla rebelde en un árbol joven. Linyi y Fengmo empezaron a pelearse. Un día, realizando su habitual inspección de la casa, descubrió por casualidad el mal humor que reinaba entre ellos. Pese a su atrevida belleza, Linyi se mostraba muy desaliñada en sus estancias. Al principio, *madame* Wu no quiso comentar el asunto porque Linyi era hija de su amiga y sabía que *madame* Kang, con una familia tan grande como la suya, no podía mantener una limpieza y una pulcritud constantes. Cabía esperar, por lo tanto, que sus hijas fueran menos cuidadosas que *madame* Wu.

Pero Meng era también hija de *madame* Kang, y en lugar de amonestar a Linyi, *madame* Wu decidió hablar con la hermana mayor para que la aconsejara.

Encontró a Meng cepillándose la melena a media mañana. Era una mañana gris y calurosa y la casa todavía andaba medio dormida. *Madame* Wu no regañó a su nuera

por estar peinándose a aquellas horas, pero pensó que quizá le sirviera saber que su hermana menor iba a ser amonestada.

Meng se recogió apresuradamente el pelo en cuanto la vio.

—¿Eres tú, madre? Me siento avergonzada por no haberme peinado aún. Me haré un moño.

—No es necesario, hija, hazlo como se tiene que hacer —contestó tomando asiento.

Entonces la criada siguió cepillando la suave y larga cabellera oscura de la joven. Rulan y Linyi llevaban el pelo corto, pero Meng seguía peinándose al estilo tradicional.

—¿Cuántos días te quedan? —preguntó *madame Wu*.

—Once, por luna llena. Espero, madre, recibir tus consejos. Sabes lo mucho que sufrí con el primero.

—A mis hijos —intervino jovialmente la criada— los tuve en el campo mientras ayudaba a mi marido con la labranza.

La doncella era originaria de las tierras de los Wu y la conocían de siempre. Incluso ahora, regresaba en verano a los campos, y sólo volvía a la casa después de recogida la cosecha, para pasar el invierno sirviendo. Lo hacía porque era viuda y debía cuidar de sí misma, pero amaba la tierra y necesitaba regresar allí una vez al año.

—Con el segundo no sufrirás tanto —le dijo *madame Wu* a Meng—. Aunque nadie puede esperar que las mujeres criadas entre paredes paran a sus hijos con la facilidad de las que viven libremente.

—¿Crees que Linyi parirá a sus hijos mejor que yo? —preguntó con inocencia.

—No, no lo hará mejor —dijo la sirvienta—. Es demasiado instruida.

Madame Wu se echó a reír.

—Eso no es cierto, buena mujer. Posiblemente yo sea tan instruida como Linyi, y mis hijos nacieron con facilidad. Lo que sucede es que he tenido mucha suerte en mi vida.

—Sí, es usted una de esas personas que el Cielo señala.

—Linyi dice que no quiere hijos —contó de pronto Meng—. Dice que le gustaría no haberse casado con Fengmo.

Madame Wu levantó la vista, sorprendida.

—Meng, cuidado con lo que dices —exclamó.

—Es verdad, madre... —Le dio un puntapié a la criada—: ¡Me has tirado del pelo, palurda! —gritó.

—La culpa es de su hermana, que me ha sobresaltado —replicó la doncella—. Jamás había oído de una mujer que no quisiera hijos, excepto la concubina que teme que se le estropee el tipo. Pero en esta casa, pare incluso la concubina.

Madame Wu no hacía caso a ese tipo de comentarios de la servidumbre.

—Meng, he venido aquí para hablar de lo desaliñada que es tu hermana y para

preguntarte qué debería decirle, pero lo que estás contándome es más grave que esconder el polvo debajo de la mesa. Debería haberme interesado antes por el estado de ese matrimonio. Pero me he mantenido ocupada con los asuntos relacionados con el fallecimiento de la Vieja Dama. Dime cómo lo sabes.

—Me lo contó la misma Linyi —explicó. Ninguna de las dos mujeres tenía presente a la doncella. De hecho, ¿qué había que esconder? Independientemente de lo que la vida llevara a la casa, allí estaba para que todos lo vieran y le prestasen su atención, y los criados ocupaban también su lugar.

—Dime lo que te contó Linyi —le ordenó *madame* Wu.

—Dice que odia las casas grandes como ésta. Dice que desearía no haberse casado con alguien de aquí. Dice que Fengmo pertenece a la familia y no a ella, y que ella también pertenece a la casa en contra de su voluntad, y no a él. Le gustaría poder marcharse e instalarse solos en su propia casa.

Madame Wu no alcanzaba a comprender todo lo que estaba oyendo.

—¿Solos? ¿Y de qué comerían?

—Dice que si Fengmo supiera más inglés, podría trabajar y ganarse un sueldo.

—¿Quiere que Fengmo sepa más inglés?

—Así podría ganar algo de dinero y podrían vivir los dos solos.

—Pero si aquí nadie los molesta. —Se sentía indignada al ver que bajo su techo había surgido aquel punto oscuro de rebelión.

—Se refiere a la forma de vida de la familia. Las jornadas de banquetes, los días de fallecimientos, los cumpleaños, los deberes de las nueras, las criadas que se ocupan de los niños y todas esas cosas. Dice que Fengmo piensa antes en la familia que en ella.

—Y así debería ser, y es lo que ella debería hacer también. ¿Es que se considera una prostituta que no pertenece a la casa?

Meng se quedó en silencio al ver que a su suegra no le había gustado nada lo que acababa de oír. La criada sabía también que el asunto era demasiado profundo como para aportar sus comentarios. Terminó con el pelo de su ama, le colocó dos adornos de perlas, retiró los cabellos del peine, los enrolló entre los dedos, salió y los soltó al aire.

Madame Wu y Meng se quedaron solas.

—¿Tú también tienes esas ideas? —le preguntó *madame* Wu muy seria a la encantadora y abultada chica.

Meng se echó a reír.

—Soy demasiado perezosa, madre —respondió con franqueza—. Me gusta vivir en esta casa. Se mantiene limpia y ordenada sin necesidad de mis dos manos. Y me alegro de que venga una criada y se lleve a mi hijo cuando llora, y me siento feliz todo el día. Nunca fui a la escuela, y me da igual leer o no leer libros. El padre de mi hijo me explica todo lo que debo saber, y ¿qué más quiero saber que lo que él quiere que yo sepa?

—¿Liangmo se porta bien contigo?

Las suaves mejillas de Meng se sonrojaron con fuerza.

—Se porta bien conmigo en todo. Jamás ha existido un hombre tan bueno. Gracias, madre.

—¿Y crees que Fengmo no se porta bien con Linyi?

Meng se quedó dudando.

—¿Quién sabe de quién es la mano que golpea primero cuando se enzarzan en una pelea? Pero creo que es por culpa de Rulan. Siempre está con Linyi. Ella y Linyi hablan sobre sus maridos, y las dos se dedican a sumar al suyo los fallos del marido de la otra.

Madame Wu recordó a Rulan sollozando aquella noche de tanto tiempo atrás.

—¿Crees que Rulan también se siente infeliz?

Meng se encogió de hombros.

—Linyi es mi hermana —respondió, después de dudar unos instantes—. Con Rulan no hablo.

—¡No te gusta Rulan! —exclamó. Tenía la sensación de estar abriéndose camino en un laberinto y de estar hundiéndose profundamente en algo que no había sospechado que estuviera sucediendo en su casa. ¡Qué monstruosidad que estuvieran peleándose de aquella manera los llamados a ser los siguientes después del señor Wu y ella!

—No me gusta Rulan —dijo Meng, sin alterar su tono de voz ni dar muestras de odio.

—¿Acaso las mujeres deben andar siempre peleándose? —dijo muy seria *madame Wu*.

Meng volvió a encogerse de hombros.

—Que no te guste alguien no significa pelearse con esa persona. No me gusta Rulan porque siempre se comporta como si ella tuviese la razón y los demás estuviéramos equivocados. Y también se comporta así con Tsemo, madre, y me pregunto cómo no lo has visto. Le he dicho a Liangmo que tenía que decírtelo, pero él siempre responde que no quiere preocuparte. Pero la Vieja Dama lo sabía..., ella solía pegar a Rulan.

—¡Pegar a Rulan! —exclamó *madame Wu*—. ¿Por qué nunca se me dijo nada?

—Tsemo no permitiría que Rulan te lo dijera. —Meng empezaba a disfrutar con su relato—: Rulan es muy instruida —prosiguió—. Es más instruida que Linyi, y por eso Linyi la escucha. Siempre está hablando de cosas que las mujeres no deberían saber.

—¿Qué cosas?

—La constitución, la reconstrucción nacional, el trato desigual y todas esas cosas.

—Pues tú parece conocerlas —dijo *madame Wu* con un asomo de sonrisa.

—Liangmo sí las conoce, pero yo no.

—¿Y no quieres saber todo lo que Liangmo sabe?

—Tenemos muchas cosas más de las que hablar.

—¿Qué cosas?

Pero Meng no respondió a la pregunta con palabras. Sonrió de un modo que hizo que en sus mejillas se formaran hoyuelos y apartó la vista.

Y *madame* Wu dejó de presionarla. Se levantó al cabo de un rato y regresó a sus aposentos con la clara conciencia de la nueva agitación que reinaba en la casa. Aquel día, sin embargo, se notaba agotada. Se sentía como el que tiene que correr una carrera sin haber comido. No era lo bastante fuerte para aquellos jóvenes, para aquellos hombres y mujeres cuyas vidas dependían de ella. Su sabiduría, la sabiduría del camino humano inalterable desde el nacimiento hasta la muerte, resultaba antigua para ellos. Pensó en el hermano André. Él poseía una sabiduría que se extendía más allá de aquellas paredes. Llamaría a Fengmo y le sugeriría que reemprendiera sus estudios. Cuando llegara el sacerdote, podría compartir con él los problemas de esos jóvenes que recaían sobre ella.

Ordenó a Ying que llamara a Fengmo. Su hijo se presentó enseguida, pues no tenía nada que hacer y casualmente se encontraba en aquel momento en casa. Tenía un aspecto que no le gustó en absoluto a *madame* Wu. De no haber estado debidamente casado, habría dicho que llevaba una vida disoluta. Parecía hosco e insatisfecho, aunque saciado y sobrealimentado.

—Fengmo, hijo mío —dijo con su agradable voz—. Desde que tu abuela nos dejó he estado muy ocupada. No te he preguntado qué tal te iban las cosas. Os he visto a Linyi y a ti junto con toda la familia, pero aún no había podido verte a solas. Y bien, hijo, habla con tu madre.

—No hay nada de que hablar, madre —respondió, sin prestar atención a sus palabras.

—Tú y Linyi —lo instó ella.

—Estamos bien.

Ella lo miró en silencio. Era un joven alto, de cintura enjuta y muñecas y tobillos finos. Era de constitución ligera, pero cada vez más robusto. Tenía la cara cuadrada, los labios gruesos y habitualmente taciturnos.

Madame Wu sonrió.

—Cuánto te pareces a cuando eras un bebé —dijo de repente—. Es extraño lo poco que cambian los hombres después de nacer, en comparación con lo mucho que cambian las mujeres. A veces, cuando os miro, me parece que sois iguales a cuando os pusieron por primera vez entre mis brazos.

—Madre, ¿por qué nacimos?

También ella se había formulado a menudo esa pregunta, pero cuando su hijo se la formuló, se asustó.

—¿No es el deber de toda generación dar vida a la siguiente?

—Pero ¿por qué? —insistió él—. ¿Por qué existimos?

—¿Podemos dejar de ser, ahora que estamos creados?

—Pero ¿para qué me sirve a mí si existo sólo para crear a otro como yo, y a él sólo para crear a otro como nosotros dos? —continuó. No la miraba. Tenía sus finas y jóvenes manos unidas frente a él—. Existe un yo —dijo lentamente— que no tiene nada que ver contigo, madre, y nada que ver con el hijo que saldrá de mí.

Madame Wu estaba asustada. También ella tenía aquellas preguntas y aquellos sentimientos, pero jamás había soñado encontrarlos en un hijo.

—¡Ay de mí! —exclamó—. He sido una mala madre para ti. Tu padre nunca tuvo pensamientos de ese tipo. He vertido mi veneno en ti.

—Yo siempre he tenido estos pensamientos.

—¡Pero nunca me lo habías dicho!

—Creía que se me pasaría. Pero sigo pensando en ello.

Ella se puso muy seria.

—Espero que eso no signifique que tú y Linyi no os lleváis bien.

Él frunció el entrecejo.

—Yo no sé lo que quiere Linyi. Está inquieta.

—Estás demasiado con ella. No es bueno que marido y mujer estén continuamente juntos. Veo que ella no viene a sentarse con las demás mujeres, como hace Meng. Se queda en vuestro patio. Y allí, naturalmente, se cansa, está aburrida, intranquila...

—Tal vez —dijo él, como si no le importara.

Ella siguió observándolo con ansiedad.

—Fengmo, invitemos de nuevo al hermano André. Mientras estuviste con él, me dio la impresión de que te sentías feliz.

—Tal vez no sea lo mismo ahora —respondió con indiferencia.

—Vamos —dijo ella con firmeza. Hacía tiempo que había aprendido que la indiferencia debía combatirse con firmeza—. Lo invitaré.

Él no respondió.

—Fengmo, si tú y Linyi deseáis salir de esta casa, no lo prohibiré. Deseo la felicidad de mis hijos. Tienes derecho a preguntar por qué deberías limitarte a ser un eslabón más en la cadena de las generaciones. Tengo otros hijos. Si deseas irte, habla y cuéntamelo.

—No sé qué quiero —contestó con la misma indiferencia.

—¿Odias a Linyi? Eso sólo podría significar que eres totalmente infeliz. ¿Cuánto lleváis casados? Sólo tres meses. Ella no está embarazada y tú pareces indiferente. ¿Qué significa eso, Fengmo?

—No puedes medirnos por esos criterios, madre.

Pero *madame Wu* era muy astuta.

—No te mediré sólo por esos criterios, pero sé que si un hombre y una mujer no se emparejan primero bien en el cuerpo, no puede haber más emparejamiento después. Cuando el cuerpo se empareja, el resto del emparejamiento llega solo, y aun sin ser así, los dos pueden seguir viviendo como una sola persona. Pero el cuerpo es

como los cimientos de la casa que construyen entre los dos. Alma y mente, y todo lo demás, eso es el tejado, la decoración, todo lo que se añade para hacer una casa agradable. Pero sin cimientos, todo lo demás se derrumba.

Fengmo la miró.

—¿Y cómo es que mi padre tiene una concubina?

Madame Wu no estaba dispuesta a aceptar aquella grosería.

—Cada cosa tiene su momento —dijo muy seria—, y un momento da paso a otro.

Consciente de que había sobrepasado los límites de un hijo, Fengmo se rascó su corto cabello y se llevó las manos a las mejillas.

—Bien, que venga el hermano André —aceptó por fin. Se quedó pensativo un momento más y luego añadió—: Será mi único maestro. Dejaré de ir a la escuela nacional.

—Que así sea, hijo mío.

Así fue como el hermano André regresó a la casa de los Wu. No mencionó para nada el tiempo que había transcurrido desde la última vez que estuvo allí, ni nada de lo sucedido desde entonces. Fengmo llegó al atardecer para recibir su clase y volvió a marcharse. Pero cuando el sacerdote pasó por el patio después de haber impartido la lección, *madame* Wu lo llamó cortésmente. Estaba sentada en el lugar donde solía sentarse por las tardes en otoño hasta que empezaba a enfriar demasiado. La noche estaba fresca, pero, negándose a dejar marchar el verano, decidió aguantar aún un par de noches más. Ying había protestado ante su decisión de quedarse fuera y había encendido en la biblioteca un brasero con carbón para aliviarle el resfriado que le aseguraba acabaría sufriendo.

—Buen hermano André —dijo *madame* Wu.

La gigantesca figura del hombre se detuvo. Giró la cabeza y la vio.

—¿Me llamaba, *madame*?

—Sí. —Se levantó—: Si dispone de un poco de tiempo, dedíquemelo por favor para hablar un poco sobre mi tercer hijo. No me siento satisfecha con él.

El clérigo inclinó la cabeza.

—Trae té, Ying —dijo *madame* Wu—, y quédate para arreglar las brasas. —Recordó que el hermano André era sacerdote y quiso evitarle la incomodidad de estar a solas con una mujer.

Pero si él se sentía incómodo, no lo demostró. Tomó asiento en cuanto le indicó una silla y permaneció a la espera. Clavó su profunda mirada en el rostro de ella, aunque la dama sabía que no pensaba en ella. Aquellos ojos debían de estar mirando el cielo que había sobre ella.

—¿Por qué se siente infeliz Fengmo? —preguntó directamente.

—Está demasiado inactivo —respondió él sin más.

—¿Inactivo? —repitió *madame* Wu—. Tiene sus obligaciones. Por Año Nuevo asigno obligaciones a cada uno de mis hijos y a mis nueras. Este año, mi hijo mayor es el responsable, después de mí, de la supervisión de las tierras. Y Tsemo debe controlar la compra y la venta, y Fengmo está aprendiendo los detalles sobre los graneros de la ciudad donde comercializamos nuestros cereales. Desde que dejó la escuela, está ocupado con eso varias horas al día.

—Aun así, sigue estando inactivo. Fengmo posee una mente atípica y un espíritu explorador. Aprende con rapidez. Me pidió que le enseñara inglés. Pero además de todo lo que aprende de inglés, hoy he comprendido algo más. He descubierto que no había olvidado nada. Los conocimientos que le brindé hace unos meses han echado raíces en él y han creado zarcillos, como la parra que busca en el aire algo a lo que aferrarse y trepar, y echar flores y frutos. Por mucho que usted le llene todas las horas del día, Fengmo siempre se encontrará inactivo hasta que encuentre aquello en lo que utilizar su mente y su espíritu.

Madame Wu lo escuchó con atención.

—Está intentando convencerme de que le permita enseñarle su religión —dijo muy hábilmente.

—Usted no sabe lo que es mi religión.

—Sí lo sé. La Pequeña Hermana Hsia me lee a menudo sus libros sagrados y me ha explicado sus formas de rezar y todas esas cosas.

—Mi religión no es la de ella, ni la de ella es la mía —respondió aquel hombre extraño.

—Explíqueme la suya.

—No se la explicaré porque no puedo hacerlo. La Pequeña Hermana Hsia puede leerle un libro y explicarle una forma de rezar, pero mi estilo no es ése. Yo leo muchos libros, y no tengo una forma establecida y fija de oración.

—¿Dónde se encuentra entonces su religión?

—En el pan y en el agua, en dormir y en caminar, en limpiar mi casa y arreglar mi jardín, en alimentar a las niñas perdidas que encuentro y en acogerlas bajo mi techo, en venir a enseñar a su hijo, en sentarme junto a los enfermos, en ayudar a los que van a morir a que puedan morir en paz.

—Me gustaría haberlo llamado cuando falleció la Vieja Dama —dijo ella inesperadamente—. Sentí un extraño deseo de llamarlo. Pero temí que la familia siguiera prefiriendo a los sacerdotes del templo.

—Yo no habría hecho que se fueran sus sacerdotes. Nunca prohíbo la presencia de nadie que pueda aportar consuelo. Todos necesitamos consuelo.

—¿También usted? —preguntó ella con curiosidad.

—A buen seguro que también.

—Pero lo veo tan solitario... No tiene a nadie de su sangre.

—Todo el mundo es de mi sangre, y no existe diferencia entre una sangre y otra.

—¿Es su sangre igual que la mía? —dijo extrañada.

—No existe diferencia. Toda la sangre humana está hecha de lo mismo.

—¿Por qué es usted sólo sacerdote? —Sabía que era de mala educación y se apresuró a disculparse—: Debe perdonarme. Soy demasiado curiosa. Sé que nunca se debe preguntar a un sacerdote por qué se hizo sacerdote. Pero tengo la sensación de que no ha cometido ningún crimen y de que no necesita ningún santuario.

—No me pida perdón. De hecho, apenas sé cómo me convertí en sacerdote, a menos que fuese porque primero era astrónomo.

—¿Conoce las estrellas? —preguntó ella tremendamente sorprendida.

—Nadie conoce las estrellas, *madame*. Pero estudié su ascenso y su caída, su ir y venir por los cielos.

—¿Lo practica todavía? —Se avergonzaba de su curiosidad, pero no podía evitarlo.

—Lo practico, *madame*, cuando mi jornada de trabajo concluye y a menos que la noche esté nublada —contestó. Sus modales eran tan sinceros, tan tranquilos, que la irritaban. Respondía sus preguntas porque ella se las formulaba y porque no tenía

nada que esconder, pero también como si ella no le preocupase en absoluto.

—Está muy solo —dijo de repente—. Trabaja todo el día entre los pobres y de noche entre las estrellas.

—Cierto —admitió con la misma calma.

—¿No ha querido nunca un hogar y una esposa e hijos?

—Amé en su día a una mujer, *madame*, e íbamos a casarnos. Entonces entré en la soledad, y dejé de amarla y de necesitarla.

—Una injusticia para ella, creo —dijo *madame* Wu con dignidad.

—Sí, lo fue —concedió él—, y así lo sentí, pero tuve que decirle la verdad. Fue entonces, para continuar con mi soledad, cuando me hice sacerdote.

—¿Y su fe?

Él la miró con sus ojos oscuros.

—¿Mi fe? Está en el espacio y en el vacío, en el sol y las estrellas, en las nubes y el viento.

—¿No hay ningún dios allí?

—Lo hay. Pero yo no le he visto la cara.

—¿Cómo puede creer en él entonces?

—Porque también está en todo lo que me rodea —respondió el hermano André. Su voz grave pronunciaba palabras grandiosas y sencillas—. Está en el aire y en el agua, en la vida y en la muerte, en el ser humano.

—¿Y sus niñas abandonadas? —insistió ella—. Si ama su soledad y no necesita a nadie, ¿por qué se ocupa de esas niñas desamparadas?

Él bajó la vista hacia sus manos ajadas por el trabajo.

—También estas manos tienen que vivir y ser felices —dijo, como si se tratase de criaturas distintas a él y no le perteneciesen—. Para que el alma sea libre es necesario buscarle también alguna utilidad a la carne.

Madame Wu lo miró fijamente, con curiosidad cada vez más intensa.

—¿Existen otros hombres como usted?

—No hay ningún hombre igual que otro. —Su rostro bronceado adquirió un aspecto cálido, casi sonriente, como si una luz se cerniera sobre él—: Pero su hijo, *madame*, el joven Fengmo, creo que podría convertirse en alguien como yo. Quizá se convierta en alguien como yo.

—¡Lo prohíbo! —exclamó con autoridad.

—¡Ah! —dijo el hermano André, sonriendo. Sus ojos misteriosos e iluminados la miraron ardientes un instante, y luego se despidió.

Y ella se quedó sentada levantando la vista hacia las estrellas que brillaban en el cielo sobre su patio. Ying salió dos veces a regañarla.

—Déjame. Tengo cosas en que pensar.

—¿No puede pensar en la cama en lugar de hacerlo aquí con este frío? —refunfuñó Ying.

Viendo que su señora no le respondía, entró a buscar un manto de piel y se lo

echó sobre las rodillas. *Madame Wu* siguió sin moverse. Se recostó en su asiento para contemplar mejor las estrellas. Las paredes del patio recortaban un cuadrado en el cielo similar al que delimitaban en el suelo, y sus pensamientos, arriba y abajo, por debajo y por encima, se hundieron en lo más profundo y ascendieron hasta lo más alto.

Bajo la tierra de la casa se extendían raíces humanas, las raíces invisibles y desconocidas de todos los miembros de la familia Wu que habían vivido allí. Allí habían nacido y allí habían muerto. Los cimientos permanecían inalterables. Y antes de ellos había habido aun otros. El Viejo Caballero le explicó lo que él había oído en boca de su padre, y que éste había oído a su vez en boca del suyo: que cuando se fundó la casa de los Wu, las manos que excavaron aquella tierra no colocaron las piedras sobre tierra, sino sobre escombros, porcelana rota, fragmentos de vasijas y trozos de baldosas.

—Ninguna casa puede alcanzar el fondo de la tierra —le contó el Viejo Caballero—. Ciudad sobre ciudad, nuestros antepasados construyeron cinco, una encima de la otra. El hombre ha construido sobre el hombre, y otros construirán sobre nosotros.

En los miles de años venideros, la casa de los Wu ocuparía su lugar y constituiría los cimientos de otras casas, y otros ojos mirarían esas mismas estrellas. Comprendía la soledad del hermano André, y entendía por qué se sentía feliz en ella. Mirando las estrellas, notó el escalofrío de aquella soledad.

—¡*Madame!* —gritó Ying desesperada desde el interior de la casa.

Pero ella no la oía.

Ying acabó asustándose. Se acercó con sigilo y observó el semblante de su ama. Lo encontró puro, frío y absorto. Sus grandes ojos oscuros continuaban contemplando el cielo. En la penumbra del patio, iluminado tan sólo por el destello de la vela de la biblioteca, su rostro, muy pálido, parecía casi transparente.

—¡Ay de mí, su alma ha huido! —murmuró Ying, y se llevó las manos a la boca. Retrocedió aterrorizada ante aquella visión y atravesó el patio de puntillas.

Madame Wu la oyó vagamente, sin importarle y sin saber por qué estaba Ying tan asustada. Se había liberado de aquellos muros. No ascendían hasta el cielo y recortaban un cuadrado entre las estrellas, como ella creía. Al coronarlos, había visto ante sí toda la tierra, los siete mares, los países y las gentes de quienes había oído hablar sólo en los libros, los dos polos de la tierra, sus hielos y sus nieves que jamás se fundían, los trópicos y su vida terrenal.

«No cabe duda de que desde las estrellas se ven todas las cosas», pensó.

Por primera vez en su vida deseaba elevarse por encima de esas cuatro paredes y viajar a todas partes del mundo para verlo y conocerlo todo.

«Pero aún me quedarán las estrellas. ¿Cómo se puede llegar hasta ellas?».

Pensó en la Vieja Dama, convertida ahora en alma libre y polvo encerrado en un ataúd. El alma de la anciana revoloteaba por la casa.

«Soy libre por fin. Abandonaré esta casa. Ascenderé hasta saber de qué están

hechas las estrellas».

Y así soñando, *madame* Wu se olvidó de que Ying había cruzado el patio y había desaparecido, y tampoco la vio regresar acompañada por sus tres hijos. Liangmo, Tsemo y Fengmo llegaron juntos y se quedaron mirándola. Liangmo fue quien habló primero.

—¡Madre! —Habló con delicadeza, temeroso de que el alma de su madre hubiese abandonado su cuerpo, porque cuando esto sucede, se debe cortejar el alma, persuadirla y no asustarla, pues de lo contrario podría no retornar jamás. Porque el cuerpo es la jaula y el alma es el pájaro, y si alguna vez se abre la puerta y el pájaro queda en libertad, ¿qué razón tendría para volver a la jaula? Se la debe tentar y engañar—: Querida madre, tus hijos están aquí..., tus hijos te esperan...

Pero *madame* Wu estaba en trance. No oía ninguna voz.

Los chicos se miraron aterrorizados.

—Llama a nuestro padre —le ordenó Liangmo a Tsemo.

Éste se apresuró a obedecer, y en cuestión de minutos, mientras los demás esperaban en silencio por miedo a que el alma huida escapara aún más lejos, el señor Wu se presentó en el patio. Detrás de él, pasando totalmente desapercibida, entró Ch'iuming.

—¿Cómo ha sucedido esto? —le preguntó a Ying.

—El sacerdote extranjero la ha dejado así.

Se miraron entre sí cada vez más amedrentados.

—¡Madre de mis hijos! —dijo con suavidad el señor Wu. Su rostro lucía el color del pergamino. Ella no respondió—. ¡Ailien! —gritó. No se atrevía a tocarla. Las manos de ella colgaban de las muñecas como flores blancas sin vida.

Ch'iuming se arrodilló en silencio a los pies de *madame* Wu, le quitó los zapatitos de raso y las medias blancas de seda y empezó a calentarle los pies descalzos. Estaban fríos, y se los llevó al pecho.

—La despertarás demasiado deprisa —le dijo el señor Wu.

—No, porque a mí no me teme —respondió. Seguía arrodillada mirándolos, al padre y los hijos de aquella casa a la que el Cielo la había arrojado.

—Ella no teme a nadie —replicó él con dignidad.

—A mí no me teme porque no le importo —dijo extrañamente Ch'iuming, y bajó la vista hacia los pies descalzos que tenía entre las manos.

En aquel momento, *madame* Wu alejó la mirada de las estrellas y descubrió a sus tres hijos.

—¿Vosotros tres? ¿Qué queréis?

Ch'iuming le puso rápidamente las medias y los zapatos. *Madame* Wu ni siquiera la vio. Pero sí vio al señor Wu.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó con un tono de voz frío y distante.

Todos se dieron cuenta de que su alma no estaba dispuesta a regresar a ellos.

—Madre, creo que Meng está a punto de dar a luz a su hijo —contestó enseguida

Liangmo.

—Madre —dijo Tsemo—, me gustaría que enseñases a Rulan a preparar pasteles de miel.

—Madre —declaró Fengmo en voz baja—, hoy te he dicho una mentira.

Uno a uno, todos fueron reclamando su presencia. Luego fue el turno del señor Wu.

—Madre de mis hijos, la casa te necesita. ¿Te has olvidado de que es la época de distribuir las semillas de trigo para las tierras?

Ella regresó por fin.

—¿Es que nunca acabarán vuestros problemas? —murmuró.

—¡No! —dijo Liangmo—. ¡Nunca!

Madame Wu palpó a tientas el manto que le cubría las rodillas, se puso en pie y lo dejó caer. Había bajado de las estrellas y volvía a estar de nuevo en la casa. Miró a su alrededor, aturdida.

—¿Dónde está Ying? Estoy cansada..., debo dormir. Mañana..., mañana.

Los hombres retrocedieron y dejaron que Ying la acompañase a su habitación. Sólo Ch'iuming desapareció en la oscuridad. Pero los hombres se quedaron en el salón, en silencio, mirándose, escuchando, hasta que Ying salió del dormitorio y les dijo:

—Ahora está a salvo..., se ha quedado dormida.

Entonces se fueron.

—¿Tienes una explicación a esto, padre? —le preguntó Liangmo al señor Wu—. Su alma no había abandonado nunca la casa, ¿verdad?

—No sé qué le ha sucedido —gruñó él—. Está muy extraña desde su cuarenta cumpleaños.

Pero Fengmo sacudió la cabeza.

—Ninguno de vosotros comprende a nuestra madre como yo. Sé cómo se siente. Siente que tiene alas y que nunca se le ha permitido volar... Así es como se siente.

Su padre, Liangmo y Tsemo se limitaron a mirarlo como si se hubiese vuelto loco y al instante se despidieron dándose seriamente las buenas noches.

A la mañana siguiente, *madame Wu* se despertó muy asustada por lo que le había ocurrido la noche anterior. Nada en su vida había sido tan dulce como aquellos momentos de completa libertad en los que su alma abandonó su cuerpo. Sabía que esa libertad podía convertirse en bebida para el alma, un licor al que podía resistirse tan poco como un borracho a su vino. Durante el rato en que su alma permaneció vagando entre las estrellas, había descuidado todo lo demás, y las cargas de la gran casa habían cesado de pesarle. Las había desterrado y dejado atrás con la misma certeza con que una monja escapa de los dolores de la feminidad, con la misma certeza con que el sacerdote escapa de la carga de la virilidad. Aquella mañana se

sentía enfadada con el hermano André porque la había tentado hacia esa libertad, y tenía miedo de sí misma porque había sucumbido. Cuando se despertó, la sensación de culpa pesaba sobre ella tanto como si se hubiese entregado a un amante secreto.

Se levantó inmediatamente, decidida a ser rigurosa consigo misma. Llamó a Ying para pedirle explicaciones por diversas faltas leves. Señaló el polvo acumulado detrás de un sillón que rara vez se movía y una telaraña que colgaba de una de las vigas del techo. Después de comer, recriminó al cocinero y le dio órdenes estrictas con mucha antelación sobre las comidas que debía preparar.

—Ahora que se acerca el invierno, es hora de que dejes ya de servir sopa de melón, pepino y comidas refrescantes de ese tipo. Es hora de cerdo asado, ternera salteada y legumbres, y de añadir carne a las verduras.

Él abrió de par en par sus ojitos al oír aquello.

—¿Dónde ha estado comiendo, *madame*, que no ha empezado a apreciar ya esas modificaciones? ¿Es necesario que me comente los cambios de temporada después de tantos años?

La acritud de *madame* Wu lo dejó sorprendido, pues, siendo como era un cocinero excelente, tenía su puesto en la casa asegurado, y mostraba su desparpajo cuando le apetecía, lo cual era con frecuencia, pues poseía el carácter temperamental de todos los grandes cocineros. Pero *madame* Wu no rebajó su acritud.

—Vete. No me cuentes lo que haces y dejas de hacer.

Aquel día no dedicó ni un minuto de tiempo a sí misma. Tan pronto se iba alguien, llegaba el siguiente. No se había tranquilizado aún de la conversación con el cocinero cuando vio que el señor Wu entraba en su patio más temprano de la hora en que solía levantarse habitualmente.

—Pasa, padre de mis hijos. He estado poniéndole las cosas claras al cocinero. A veces pienso que deberíamos cambiarlo. Tiene la lengua demasiado suelta.

—Pero es el único cocinero que prepara los cangrejos como a mí me gustan —dijo alarmado—. Sabes muy bien que estuve buscando en siete u ocho ciudades antes de dar con él, y que luego lo casé con tu criada para asegurarlo en la casa.

—Ying también es una descarada.

Eran unos comentarios tan excepcionales en ella que el señor Wu empezó a sentirse más que inquieto. Tomó asiento, sacó la pipa que guardaba en el interior de la manga, la llenó y la prendió.

—Bueno, madre de mis hijos, me parece que esta mañana no te encuentras muy bien. Tienes la mirada turbia.

—Me encuentro bien.

El señor Wu dio dos caladas y dejó la pipa.

—Ailien —dijo en voz baja, mirando primero a derecha e izquierda para comprobar que nadie lo oyera—, has hecho muy mal separándote de mí. De verdad, hombre y mujer carecen de salud separados. No es sólo una cuestión de tener descendencia. Es una cuestión de equilibrio. Mira, fíjate cómo estás. No te faltan

dientes, tu cabello sigue con el mismo color negro de siempre, tu carne es prieta, tu sangre veloz. ¿Has olvidado lo bien que nos...?

—Déjalo —exigió ella con firmeza—. Sabes que no soy una mujer voluble. He dispuesto así mi vida. ¿Tan infeliz estás que has de venir aquí y hablarme de esa manera?

—De hecho, estaría encantado de recibirte de nuevo —respondió con franqueza—, porque te quiero más que a nadie y te querré hasta que me muera, pero no estoy pensando en mí.

—No tienes que pensar en mí.

—Tengo que pensar en ti —afirmó él. Durante un segundo, tuvo la monstruosa idea de que quizá, por algún extraño vuelco de la naturaleza, ella se había unido a través del alma al sacerdote occidental. Pero se avergonzó enseguida de pensar eso de ella. Sabía lo quisquillosa que era en todo. Además de sacerdote, aquel hombre era extranjero. Incluso cuando el señor Wu era un impetuoso joven, sabía que lo mejor era reprimir su impaciencia, bañarse y endulzar su aliento y su cuerpo antes de acercarse a ella. Pero los extranjeros estaban considerados como de lo más bajo por lo áspero de su piel, lo abundante de su sudor y el grosor de su pelo lanudo. Apartó aquella monstruosa idea de su cabeza por miedo a que su esposa, con su mágico instinto, la adivinara y lo acusara. Recurrió, por lo tanto, a la única cosa que sabía que siempre le llamaba la atención. Hizo gala de su mal humor y se lamentó de que era él quien no se encontraba bien—. Ah, tienes razón, soy demasiado viejo —dijo suspirando—. Me rugen las tripas, me levanto dos o tres veces por la noche. Estoy cansado por las mañanas.

Pero ella siguió mostrándose cruel.

—Cena sólo un caldo... y duerme unas cuantas noches solo.

Él claudicó y se quedó inmóvil con el labio inferior hacia fuera; mientras, ella daba golpecitos con el pie en el suelo y suspiraba. Luego se levantó para servirle té. Él se percató del temblor de sus frágiles dedos mientras alzaba la tapa de la tetera, pero no dijo nada. Bebió, y ella bebió también de la taza que se había servido. Al cabo él se puso en pie para irse. Pero no había llegado aún a la puerta cuando ella lo llamó con aquella voz clara y pura tan característica que resultaba a veces tan dura como la plata.

—¡Has vuelto a olvidarte la pipa!

Él se giró, colorado como un tomate.

—La he olvidado, es verdad.

Pero ella siguió en el umbral de la puerta, señalándola como si se tratase de algo asqueroso, y él dio marcha atrás como un niño al que acaban de pegar y la recogió; luego pasó rápidamente por su lado, apretando los labios y sonrojado. Ella se quedó mirándolo un momento, sintiendo en el pecho una punzada que le dolía como si acabasen de darle un golpe allí mismo.

Pero antes de que pudiese prestarle atención, ¿quién podía aparecer sino la

Pequeña Hermana Hsia? De todas las mañanas del mundo, *madame* Wu tuvo la sensación de que precisamente ésa sería la última en que aquella pobre mujer pálida iba a ser bienvenida, pero ¿qué hacer sino invitarla a pasar y sentarse?

—Hace mucho que no la veo —dijo la inglesa con su habitual hablar rápido y entrecortado.

Madame Wu había aprendido a comprender lo que decía sin necesidad de entender sus palabras, pues la mujer no controlaba ni el ritmo de su respiración ni su lengua. Los sonidos surgían atropellados, sordos donde deberían ser agudos y agudos donde deberían ser sordos, y los altibajos de su tono de voz nada tenían que ver con sus palabras.

—¿Ha estado enferma, Pequeña Hermana?

—No, pero la última vez, tuve la impresión de que quizá molestaba.

—¿Molestar usted? —murmuró educadamente.

—Es usted muy amable. —Su inocencia la llevó a aceptar aquellas palabras de cortesía—: Hoy he venido por algo muy especial. Querida *madame*, por favor, tengo un plan, y si usted lo aprueba...

—¿De qué plan se trata?

—Es sobre ese sacerdote...

—¿El tutor de mi hijo? —murmuró.

—Tiene un hogar para niñas abandonadas. Hace tiempo que pienso que alguna mujer debería ocuparse de las niñas que tiene allí acogidas. Sólo dispone de una vieja criada. Pero deberían recibir una educación, *madame*. ¿No cree usted? Estaba preguntándome si usted podría pedirle..., es decir, a lo mejor..., me gustaría que me diera usted su aprobación para ofrecerle mis servicios como maestra.

—¿Por qué no se lo pide usted personalmente?

—Debe saber —contestó con seriedad— que su religión no es la misma que la mía.

—¿Cuántas religiones tienen los extranjeros? Cada día oigo hablar de una nueva.

—Sólo existe un Dios verdadero —dijo con solemnidad la Pequeña Hermana.

—¿Cree usted en ese Dios?

La inglesa abrió sus claros ojos azules. Levantó la mano y se apartó de la mejilla un mechón de cabello rubio.

—¿Por qué piensa si no que dejé mi hogar y mi país para venir a esta tierra extranjera?

—¿Es la nuestra una tierra extranjera? —preguntó *madame* Wu sorprendida.

—Para mí lo es.

—¿Le dijo su Dios que viniera aquí?

—Así fue.

—¿Oyó usted su voz?

La Pequeña Hermana se sonrojó. Se llevó sus grandes y blancas manos al pecho.

—La sentí..., la oí aquí.

Madame Wu se quedó mirándola.

—¿Y sus padres? ¿No intentaron nunca prometerla en matrimonio?

La hermana se presionó con más fuerza el pecho.

—En mi país, los padres no preparan los matrimonios. Los hombres y las mujeres se casan por amor.

—¿Ha amado usted alguna vez? —inquirió con su voz serena.

Las manos de la mujer resbalaron hasta su falda de algodón gris.

—Por supuesto —respondió simplemente.

—¿Y no se casó?

—En mi país —dijo con pesar—, es el hombre quien debe pedírselo a la mujer.

Madame Wu se quedó entonces en silencio. Podría haber formulado la siguiente pregunta sin ningún problema, pero era demasiado educada para hacerlo. Sabía que ningún hombre le había pedido a la Pequeña Hermana Hsia que se casara con él.

La inglesa alzó de nuevo la vista con valentía, pero tenía los ojos humedecidos.

—Dios había trazado otros planes para mí —declaró con voz animada.

Madame Wu le sonrió con amabilidad y dijo:

—¡Si no la conociese bien...! —Cogió su diminuta pipa de plata, la encendió, dio dos caladas y volvió a dejarla—: Aquí en mi país no dejamos un tema tan importante como el matrimonio en manos de los hombres y las mujeres, o de Dios. El matrimonio es como la comida, la bebida y el cobijo. Debe concertarse adecuadamente, pues de lo contrario algunos tendrían demasiado y otros morirían de hambre. En mi casa, planifico las comidas para todo el mundo, incluidos los criados. Cada uno tiene derecho a su parte. Hay platos, naturalmente, que gustan más que otros. Pero si dejase que cada uno eligiese lo que prefiere, los niños no probarían más que dulces. El padre de mis hijos ingeriría únicamente cangrejos y grasas. Hay criados avariciosos que comerían demasiado y no dejarían nada a los más tímidos, que pasarían hambre. A cada criado le reservo una cantidad determinada, a cada miembro de la familia, una determinada calidad. Y de ese modo alimento a todos los que tengo bajo mi cuidado.

La Pequeña Hermana Hsia jugueteaba con sus dedos.

—No sé cómo hemos acabado hablando de esto —dijo—. He venido a pedirle una cosa... y, en realidad, ya me he olvidado de qué se trataba.

—Lo ha olvidado porque no era realmente lo que tenía en la cabeza —dijo amable *madame Wu*—. Le responderé. No, Pequeña Hermana, debe dejar solo al hermano André. Le aseguro que él es como una roca grande y alta, y dura porque es alta. No sé por qué quiere lanzarse por ese desfiladero. Resultará herida, se le desgarrará la carne, su corazón sangrará y sus sesos se derramarán como la cuajada, pero él no lo sabrá. Dedíquese a su propio Dios..., se lo aconsejo.

La inglesa estaba blanca como el papel.

—No sé a qué se refiere —tartamudeó—. A veces creo que es usted una mujer malvada. Tiene unos pensamientos..., me hace pensar en ellos... y yo no tengo ese

tipo de pensamientos...

—No se avergüence de sus pensamientos —dijo con dulzura—. Son buenos, pues usted es una mujer buena; pero está muy sola. Y no desea estar sola. Pero debe estarlo. Es su destino. La vida no le ha proporcionado otra cosa. El suyo es un país extraño y cruel. Ni siquiera sus padres le brindaron lo necesario viendo que la vida no se lo daba. Pequeña Hermana Hsia, incluso yo le planificaría un matrimonio de tener la posibilidad. Pero aquí no existe ningún hombre de su estilo.

La mujer seguía escuchándola. Abría y cerraba la boca, jadeaba, y de repente estalló en lágrimas de rabia.

—¡Es usted odiosa! —gritó—. Usted... usted... Yo no soy así... Ustedes, las chinas, son todas iguales..., sólo piensan en esas... cosas horribles.

Madame Wu estaba profundamente asombrada.

—Pequeña Hermana, estoy hablando de la vida, de la vida del hombre, de la vida de la mujer. La compadezco, me gustaría ayudarla si pudiese...

—No quiero su ayuda —sollozó—. Yo sólo quiero servir a Dios.

—Pobrecilla —murmuró—, pues vaya entonces y sirva a su Dios.

Se levantó, y con una mano llena de ternura tomó la mano de la Pequeña Hermana Hsia para conducirla hacia la puerta y despedirla. Decidió no volver a verla nunca más. Se sentó serenamente y sus ojos seguían aún llenos de pesarosa preocupación cuando Ying hizo su entrada.

—El primer joven señor, su esposa se ha puesto de parto —gritó.

—Ah, manda llamar a su madre. Mientras, iré enseguida con ella.

Fue a su dormitorio, se lavó las manos a conciencia y se cambió la chaqueta de seda por una limpia de lino azul. Luego, después de perfumarse las manos y las mejillas, se dirigió a las estancias de Liangmo.

Se alegraba de la nueva noticia. Nada había tan apasionante en una casa como el nacimiento de un niño. Pese a no haberlo pasado bien con sus propios partos, cada vez que había dado a luz se había sentido depurada y renovada. No tenía ningún miedo por Meng. Meng era joven y sana, y estaba hecha para tener hijos.

Era el día de las mujeres, como todos los días en que se produce un nacimiento. La habitación principal de las estancias del hijo mayor estaba llena de criadas alborotadas, primas y parentela femenina. Incluso los niños estaban emocionados y reían mientras intentaban ayudar cargando cubos de agua y jarras de té. La gran casa estaba repleta de gente, pero aun así, todo el mundo recibía con agrado la llegada de un nuevo miembro. Además, el detalle de que Meng fuera la esposa del hijo mayor sumaba dignidad a aquel nacimiento.

—Sería mejor un varón —decía una prima mayor en el momento en que *madame Wu* llegó al patio—. De ese modo, si al mayor le sucede alguna cosa, está el segundo. Una casa con muchos chicos siempre es una seguridad.

Con la entrada de *madame Wu*, todo el mundo se puso en pie. Habían guardado para ella el asiento más elevado y se instaló en él. La habitación se quedó

repentinamente en silencio y se oyeron los murmullos de los saludos de bienvenida. Rulan, como segunda nuera, se levantó para servir el té. Incluso ella permanecía en silencio.

—Ah, Rulan —dijo *madame* Wu.

Lanzó una mirada rápida y aguda a la chica. Pálida..., estaba muy pálida. Nunca veía a Rulan sin recordar que una noche la habían oído llorar. Entonces vio a Linyi, algo apartada de las demás. Estaba partiendo con los dientes pepitas de sandía y lanzando las cáscaras al suelo. La dama reprimió una regañina. *Madame* Kang llegaría en cuestión de minutos y era mejor no molestar a Linyi. La chica se levantó en cuanto vio que su suegra tenía los ojos posados en ella.

—Hola, Linyi —dijo *madame* Wu. Y se dispuso a informarse de las cuestiones relacionadas con el nacimiento—. ¿Qué tal van las cosas? —le preguntó a la comadrona, que había salido corriendo al oír la conmoción provocada por su llegada.

—Todo va bien —respondió la corpulenta mujer. Era una persona fuerte, tosca y enérgica que realizaba sus tareas en todas partes, pero que agradecía atender un parto en una casa rica porque los obsequios que recibiría por ello serían ricos también, sobre todo si el recién nacido llegaba al mundo sano, vivo y era un niño—. Seguro que es un niño —dijo. Su cara ancha resplandecía—. La esposa del primer hijo lo llevaba muy alto.

Pero entonces se oyeron los gritos de Meng y la comadrona se fue de prisa. *Madame* Kang entró corriendo en menos de media hora. Ya era una mujer sin formas, pese a ir vestida con ropa holgada. Cuando cruzó el umbral de la puerta, se hizo el silencio. Un silencio creado por la curiosidad y la pena. Ella lo percibió y camufló su vergüenza con palabras.

—¡Hermanas! —exclamó—. Estáis todas aquí. ¡Me alegra que cuidéis de mi hija! —Y después se dirigió a *madame* Wu—: Dime, hermana mayor, ¿cómo se encuentra?

—He esperado tu llegada. Entremos juntas.

Y juntas entraron en la habitación donde se hallaba Meng acostada en un estrecho canapé. El sudor le caía por las mejillas y le empapaba la melena. Las dos damas se acercaron a ella, se colocaron una a cada lado y le tomaron las manos.

—Madre —jadeó Meng—. Madre..., es peor que la otra vez.

—Claro que no —aseguró para consolarla—. Será mucho más rápido.

—¡No habléis! —les ordenó a las dos *madame* Wu—. Lo que toca ahora es esforzarse.

Meng se aferró a la fría y frágil mano de *madame* Wu y a la mano caliente y rolliza de su madre. Le habría apetecido recostar la cabeza sobre el pecho de ésta y echarse a llorar, pero no se atrevió a hacerlo porque habría sido una falta de respeto hacia su suegra. El hedor a sangre caliente inundó la estancia. De pronto la comadrona empezó a estar muy atareada.

—¡Ya llega el pequeño señor de la vida! —exclamó—. Lo veo coronar.

Meng se estremeció, chilló y retorció las dos manos a las que seguía agarrada.

Ninguna de las dos rechazó ese gesto. Incluyó la cabeza para morderse la mano con que sujetaba a su madre, la cual se llevó esa mano al pecho.

—¿Por qué te haces daño? —exclamó.

Pero Meng se enderezó de repente y arqueó el cuerpo de dolor. Abrió la boca, y de ella salió un sonoro quejido que fue creciendo hasta convertirse finalmente en un grito. *Madame* Kang soltó la mano, empujó a la comadrona a un lado, extendió ambas manos y cogió al niño.

—Otro chico —dijo con gran reverencia. Como si la hubiera oído, el pequeño, que no había respirado hasta entonces, soltó el aire con un chillido.

Madame Wu sonrió al ver la carita arrugada y furiosa.

—¿Estás enfadado por haber nacido? —le pregunto al niño con ternura—. Óyelo bien, Meng, nos está echando la culpa de todo.

Pero Meng no respondió. Liberada del dolor, con los ojos cerrados, estaba tendida en el canapé como una flor aplastada en la tierra por la lluvia.

Madame Wu y *madame* Kang se habían sentado a charlar aquella noche. En la casa todo marchaba bien. El niño estaba sano. La joven madre dormía. Las dos damas estaban felices. *Madame* Wu, para evitarle el malestar a su amiga, no había aludido en todo el día a su cuerpo, cada vez más vergonzosamente obeso. Y mientras estaban allí sentadas, hablando de cuestiones familiares y de temas intrascendentes, entretejiéndolo todo con sus recuerdos de juventud, apareció una sombra en la puerta entreabierta. Era el hermano André, que llegaba para impartir su habitual lección a Fengmo.

—¿El sacerdote extranjero? —preguntó *madame* Kang.

—Sigue viniendo para dar clases a Fengmo. —Le pareció que había transcurrido mucho tiempo desde la pasada noche, cuando su alma había trepado por encima de los muros de la casa. Y esta nueva noche transcurría también con rapidez, atrapada y sujeta por el nuevo recién nacido. Una nueva boca, una nueva mente que caía bajo su responsabilidad.

—Comprendo igual de mal a un sacerdote o una monja que un idioma extranjero.

Madame Wu le sonrió.

—Tú, tú...

Madame Kang soltó una estrepitosa carcajada y se llevó la mano a su generosa barriga.

—Cuando estoy sola —confesó—, me siento feliz. Me alegro de tener un nuevo niño.

Con sorpresa, *madame* Wu captó en el sonrosado rostro de *madame* Kang, tan lejano ya a la juventud, una satisfacción divina similar a la que había contemplado la pasada noche en el rostro del hermano André. Su amistad había estado siempre por encima del hecho de ser mujeres. *Madame* Wu sabía que su amiga nunca había

alcanzado un nivel de educación que le permitiera leer. De hecho, *madame* Kang creía que leer era una pérdida de tiempo mientras pudiera dedicarse a criar hijos.

—Meichen —dijo, medio sonriendo, medio con ternura—, eres insaciable. No estás dispuesta a dejar los niños en manos de las jóvenes. Quieres incluso criar a tus nietos. ¿Es que no vas a parar nunca?

—¡Ay de mí! —exclamó, fingiendo sentirse avergonzada—. ¡Me gusta tantísimo!

—¿De verdad que nunca sientes deseos de otra cosa que no sea proseguir con tu vida tal y como es? —preguntó con curiosidad *madame* Wu.

—Nunca. Ojalá pudiese seguir criando un hijo cada año... ¿Para qué sirvo entonces si ya no puedo dar más frutos?

La esbelta y elegante sombra de Fengmo cruzó el umbral. *Madame* Wu lo miró de reojo.

—Fengmo, que llega para su lección.

Las dos vieron desaparecer la sombra.

—Linyi... —empezaron ambas a la vez, y se interrumpieron, esperando a que la otra continuara.

—Sigue —dijo *madame* Kang.

—No, tú eres la madre, adelante.

—No, hazlo tú.

—Bien, entonces —aceptó *madame* Wu pasado un momento—. Empezaré yo. Fengmo no es feliz con tu hija, Meichen. Es una pena que no le enseñases cómo hacerlo feliz.

—¡Fengmo! —exclamó. Su tono de voz cogió por sorpresa a *madame* Wu—. ¿Que Fengmo no es feliz? —repitió con desdén—. ¡Ailien, permíteme que te diga que quien no es feliz es Linyi!

—Meichen —replicó con su tono de voz más argentino—, haz memoria.

—Sí, tú crees haber instruido bien a Fengmo. Pero Linyi no es feliz con él. Un matrimonio está compuesto por dos personas. ¿Acaso es posible unir las manos si sólo hay una? Tú nunca le has enseñado a Fengmo la parte del matrimonio que le corresponde.

—¿Yo? —dijo secamente.

—Sí. Liangmo es como su padre. Es hombre por instinto, y Meng está feliz con él. Pero Fengmo es igual que tú.

—Lo que equivale a decir que exige algo que esté un poco por encima de lo común —repuso con amargura.

Madame Kang sacudió la cabeza y dijo:

—Déjalo entonces que lo halle fuera. Deja que aprenda de los libros y deja que encuentre un trabajo que lo ayude a eliminar su infelicidad. No tiene nada que ver con Linyi.

—¡Esto es una afrenta, Meichen!

—Lo mejor sería que Linyi volviera a casa una temporada. Fengmo y tú podéis

dedicaros a estudiar vuestros libros y a vivir sin ella hasta que comprendáis su valor.

Madame Wu vio que la amistad que existía entre ellas, tan profunda y apreciada, se agitaba hasta resquebrajarse.

—¿Estamos riñendo, Meichen?

Madame Kang replicó con pasión:

—Siempre he sido una buena amiga para ti, y jamás te he juzgado, ni siquiera cuando te he visto con pensamientos que están por encima de los de una mujer. Pero siempre he sabido que eras demasiado sabia, demasiado inteligente para ser feliz. Se lo dije al padre de tus hijos...

—¿Habéis estado hablando los dos de mí? —Su voz sonó con una calma excesiva.

—Sólo por tu bien. —Se puso en pie, colocó en su lugar sus anchos ropajes y se alejó de *madame Wu* con paso enérgico.

Más tarde, por la noche, cuando *madame Wu* estaba ya acostada, Ying le dijo:

—¿Sabe que *madame Kang* se ha llevado a casa a la esposa de su tercer hijo, señora?

—Lo sé.

Cerró los ojos como si se dispusiera a dormir. Pero no durmió. No había creído que su amiga fuese capaz de llegar y llevarse consigo a su hija, como si Linyi aún le perteneciese. Permaneció acostada sin moverse, pero aquella noche la rabia le impidió prácticamente dormir.

De haber sido una mujer menos inteligente, se habría limitado a enfadarse con su amiga y a estar segura de su propia postura, pero ella no era así. Se culpaba por haber descuidado su conducta. Siempre había sabido que su amistad con *madame Kang* era de casa y familia, tierra y arcilla. ¿Por qué no se había sentido feliz y conformada con eso en lugar de abrir una puerta que asustara a su amiga? Cuando un alma se ve forzada más allá del nivel que posee, se siente amedrentada. Ahora, por su descuido, la brecha entre Fengmo y Linyi era mayor. Era muy grave que una joven esposa se marchase de la casa de su marido y volviese a su hogar en busca del cobijo de la infancia. Fengmo debía ir a por ella para llevarla de nuevo a casa. Lo mandó llamar.

Él llegó pálido pero tranquilo.

—Hijo, te he mandado llamar para confesarte mi culpa. La madre de Linyi y yo nos hemos peleado. Como dos mujeres estúpidas, cada una de nosotras ha hablado a favor de su hijo y ella se ha llevado a su hija a casa. Tengo que explicártelo para que sepas que no ha sido culpa de Linyi. Ahora debemos invitarla a que vuelva con nosotros.

Fengmo negó con la cabeza y ella quedó horrorizada.

—No la invitaré, madre —declaró—. Que así sea. Linyi y yo no encajamos.

—¿Cómo puedes decir eso? —El corazón le latía a tanta velocidad que lo sentía incluso palpitar con fuerza contra el grueso raso de su chaqueta. La mañana era fría y la había elegido para ponérsela sobre el vestido de lino—: Cualquier hombre y

cualquier mujer con suficiente inteligencia pueden acabar encajando. El matrimonio es una cuestión de familia, Fengmo. Es una disciplina. No se puede pensar sólo en uno mismo.

—Madre, sé que eso es lo que te enseñaron a ti. Y es lo que tú nos has enseñado a nosotros. De ser tu único hijo, lo aceptaría por ser mi deber. Pero tengo dos hermanos que me preceden. Madre, déjame ser libre.

Madame Wu se inclinó hacia delante en su asiento, con las manos unidas.

—Fengmo, cuéntame qué ha sucedido entre Linyi y tú. Soy tu madre.

—Nada —contestó con terquedad.

Pero ella se tomó la respuesta en sentido literal.

—Nada —repitió horrorizada—. ¿Te refieres a que os habéis acostado los dos en la misma cama y no ha sucedido nada?

—Oh, madre —gruñó Fengmo—. ¿Por qué piensas que eso es lo único que puede suceder entre hombres y mujeres?

—Es lo primero.

Fengmo frunció los labios.

—Muy bien entonces, madre. Fue lo primero. Pero mira, yo esperaba algo más.

—¿Qué esperabas?

Él agitó las manos en el aire.

—Algún tipo de conversación, algún tipo de comprensión, compañía..., algo, después de la introducción. Quiero decir que, una vez que has acabado con el cuerpo, ¿qué queda?

—Pero a tu edad nunca acabas con el cuerpo —dijo *madame Wu*.

Empezaba a ver que no había comprendido a Fengmo. Había dado por supuesto que todos los hombres eran hombres, y nada más. En una ocasión se había reído con la lectura de una historia extranjera sobre la antigua Grecia en la que una mujer se enamoraba de un hombre que no era su esposo porque tenía buen aliento. La mujer sólo conocía a su esposo y creía que el mal aliento formaba parte del hombre y que todos los hombres tenían mal aliento. Ahora veía que, al pensar que todos los hombres eran iguales, había sido tan tonta como aquella mujer. Incluso ella había dado a luz a un hombre que era algo más que un simple hombre. Se quedó tan pasmada un momento que no pudo hacer otra cosa que contemplar a su hijo.

Pero Fengmo no parecía ser consciente de la mirada pensativa de su madre. Seguía sentado, con el cuerpo encorvado, los codos apoyados sobre las piernas separadas, las manos colgando entre ellas.

—Creo que no puedo ordenarte que hagas algo en concreto —dijo ella por fin en voz baja—. Ahora veo que he violentado tu persona.

Él levantó la vista y vio que su madre tenía los ojos vidriosos.

—¿A qué llamas tú libertad? —preguntó ella—. Dímelo y te la daré.

—Me gustaría irme lejos de esta casa.

Aquellas palabras le partieron el corazón. Sin embargo, le preguntó a

continuación:

—¿Adónde te gustaría ir?

—El hermano André dice que me ayudaría a cruzar el mar.

—¿Habrías pensado en esto si el hermano André no hubiese venido a esta casa?
—inquirió, con una punzada de remordimiento.

—Habría pensado en esto, pero no habría sabido cómo hacerlo. El hermano André me ha enseñado cómo.

Madame Wu no respondió al comentario. Permaneció sentada, muda y pensativa. Luego suspiró.

—Muy bien, hijo mío —dijo finalmente—. Sé libre.

Fengmo se marchó cuando apenas había transcurrido un mes de aquello, el día en que cayó la primera nevada ligera. La casa entera lo despidió en la puerta. La calle a la que daba la puerta principal desembocaba en el río, y los parientes masculinos, y con ellos *madame* Wu, lo acompañaron hasta la orilla. Varios hombres se encargaron de trasladar el equipaje y otros lo ayudaron a cargarlo al bote de remos que se balanceaba en las aguas y que lo transportaría hasta una pequeña lancha a vapor que, a su vez, lo conduciría hasta un barco de vapor fluvial. El vapor lo llevaría hasta el mar y hasta el buque que allí lo aguardaba. Sobre el suelo blanquecino se abría el cielo gris. El bote se puso en marcha y los copos de nieve se fundieron sobre los remos de los hombres. Los gritos de despedida siguieron a Fengmo en su camino. *Madame* Wu no dijo nada. Permaneció en pie, una pequeña figura recta envuelta en pieles, viendo como su hijo se alejaba de las costas de su hogar. Estaba asustada y triste, aunque consolándose con estas palabras: «Es libre».

Y envolviéndose con fuerza en sus prendas de abrigo, regresó a las paredes de su casa.

Con la marcha de Fengmo, lo normal habría sido que el hermano André dejase de acudir, pero *madame* Wu lo invitó a continuar sus lecciones tomando a Linyi como alumna, en lugar de Fengmo.

—Cuando mi hijo regrese de los países extranjeros —le dijo al sacerdote con su habitual y fría elegancia—, me gustaría que su esposa supiese algo de lo que él habrá aprendido.

El matrimonio de Fengmo se había enmendado de la siguiente manera: *madame* Wu fue a casa de los Kang y habló muy educadamente con Linyi en presencia de su madre. Le explicó que Fengmo iba a marcharse y que ella personalmente la invitaba a regresar para ver si era posible que antes de su partida, él la dejase embarazada.

—Hago esto, no sólo por el bien de nuestra casa, sino también por tu propio bien, para que no te sientas insatisfecha. —Mientras pronunciaba esas palabras, examinó el rostro de Linyi. «Una hermosa cara egoísta», pensó. Las buenas madres tenían siempre hijos egoístas. Meichen era demasiado buena. Hacía demasiado felices a sus hijos. Estos creían que su hogar era el cielo y que su madre era la tierra—: No está bien que una joven se quede vacía cuando su marido se va —continuó.

Madame Kang accedió de corazón a la idea. Se había arrepentido del enfado que provocara la pelea con su amiga. Linyi había colaborado a ello, pues, aunque había regresado a casa con todo el pesar de su madre, ésta empezó a verla como una joven testaruda. Linyi había dejado de ser una chica para convertirse en una mujer casada. Pero se comportaba como una niña de casa rica. Se levantaba tarde y holgazaneaba por los patios, y ni siquiera se agachaba a recoger el pañuelo cuando le caía del bolsillo: reclamaba la presencia de una criada para que lo cogiera del suelo y se lo diese. *Madame* Kang comenzó a reprocharle esos pequeños detalles y a pensar que tal

vez Fengmo tuviese buenos motivos de queja. Cuando se enteró de que el joven iba a marcharse, estuvo dispuesta al instante a que Linyi regresase con él.

—Ya no perteneces a esta casa —le dijo más de una vez—. Perteneces a la casa de los Wu.

«¿Cómo puedo hacer para que esa chica insolente y espigada se convierta en mujer y esposa? —se preguntó en secreto *madame* Wu—. Y no sólo por mi casa, sino también por su propia felicidad».

Y fue así como pensó de nuevo en el hermano André. Visualizó su cuerpo grande y paciente, su rostro moreno y agradable. ¿Sería capaz de enseñar a una joven esposa?

—Tienes que regresar a casa de tu esposo hoy mismo —declaró *madame* Kang. Y con el mismo afán empleado para llevarse a Linyi, la devolvió de nuevo.

La muchacha obedeció en silencio. No era una estúpida y percibía de sobra el cambio que había experimentado su madre. Sabía que acababa de expulsarla de su cielo y su tierra. Le dolía el corazón y regresó en silencio a los aposentos de Fengmo. Él había estado ocupadísimo con los preparativos de su partida. Pero sabiendo que iba a ser libre, se mostró alegre e indiferente hacia su esposa. Iba a abandonar la casa y poco importaba que ella estuviera o no allí.

—He regresado —anunció Linyi.

Él no le dijo que se alegraba, ni ella se lo preguntó. Ninguno esperaba el amor del otro. Con esa nueva docilidad, ella lo ayudó a doblar sus prendas y desempolvo sus libros. De noche durmieron juntos. Él la hizo suya y ella se entregó, en parte por su deber hacia la casa y en parte porque eran jóvenes y ávidos. Por la mañana se separaron sin que mediase palabra entre ellos. Linyi no abandonó sus aposentos por decencia.

—¡Hasta la próxima! —le dijo él.

—Que el cielo te dé buen viaje —respondió ella, de pie junto a la puerta y contemplando su marcha. Una débil sensación de incertidumbre le sacudió aquel punto central del pecho donde se encuentra el corazón, pero no estaba dispuesta a ver en ella la culpa de nada—. Todavía tengo sueño —se dijo, y bostezó; sin taparse la boca regresó a la cama matrimonial, se cubrió con la colcha de seda y se durmió como una pequeña crisálida.

Madame Wu la despertó de ese sueño tan pronto como Fengmo se hubo ido.

—Vamos, Linyi, ya has dormido bastante. Ahora tienes que levantarte e iniciar tu formación.

—¿Mi formación? —dijo Linyi, titubeando.

—Aprenderás a cocinar y bordar por las mañanas. La prima mayor te enseñará. Después, una hora antes de la comida del mediodía, vendrás conmigo y te enseñaré los clásicos. Por la tarde el hermano André te enseñará idiomas. A última hora de la tarde ayudarás a las criadas a acostar a los niños. Debes aprender a cuidar niños.

Linyi la miró desde debajo de las colchas, con sus grandes ojos sobresaltados y el

cabello despeinado.

—¿Ahora?

—Ahora mismo —respondió con firmeza *madame* Wu. Llevaba en la mano una fina vara de bambú con la que dio unos golpecitos en el suelo—. Lávate. Péinate. Y luego ve a verme.

Regresó a sus aposentos, con una mueca grave que le restaba belleza.

«Lo hago por Fengmo. Cuando acabe con esto, pensaré de nuevo en mi libertad».

Pero como no se fiaba de Linyi, aquella tarde, cuando llegó el hermano André, permaneció a su lado. Linyi no podía quedarse holgazaneando. Además, era una cuestión de honor que supervisase las horas que el sacerdote extranjero pasaba con su nuera en ausencia de su hijo. Sabía que el hermano era un alma buena, pero ¿quién además de ella iba a creer que aquel gran cuerpo era sólo un caparazón?

Así fue como a diario empezó a tomar asiento en el lugar más destacado de la biblioteca sujetando entre las manos el bastón coronado por la cabeza de dragón que había pertenecido a la fallecida Vieja Dama. Escuchaba todo lo que el clérigo le enseñaba a Linyi. Pero mientras que la chica avanzaba a duras penas y con desgana por la parte más complicada del aprendizaje, la cabeza de *madame* Wu iba muy por delante y divagaba por los centenares de caminos secundarios del pensamiento.

Y de ese modo se enteró de que la tierra y los mares se congregaban en un gran globo que navegaba entre las estrellas y los planetas, y comprendió los caminos del sol y de la luna, el tránsito de vientos y nubes. Pero aquello no fue nada comparado con el momento en que llegó a entender los distintos lenguajes del hombre. Y le gustaba hacer esto: elegía una palabra, una palabra como vida, o muerte, como amor, odio, comida, aire, agua, hambre, sueño, casa, flor, árbol, hierba, pájaro, y la aprendía en todos los idiomas que el hermano André conocía. Los idiomas eran las voces de la humanidad. Lo aprendía todo con la excusa de ayudar a Linyi.

Y a medida que aprendía, todo lo que había ocupado su vida hasta entonces fue perdiendo significado. Había veces, en el pasado, en las que se preguntaba por qué debería consumirse en el círculo continuo de nacimiento, muerte y otra vez nacimiento. En el interior de aquellas cuatro paredes, en las que el hombre engendraba y la mujer concebía para que la casa de los Wu no desapareciera, se había preguntado a veces sobre qué sucedería si una casa se extinguiese. A menudo se había sentido abatida cuando se presentaba un año en que nacían muchas niñas, un año en que algún discapacitado decidía salir del vientre antes de tiempo. Y especialmente en los años en que sólo esperaba la llegada de su cuarenta cumpleaños, se había negado a responder las preguntas de su propia alma. Y la Pequeña Hermana Hsia había estado por casualidad presente uno de aquellos días.

—¿Quiere que le lea del libro sagrado, *madame*? —le había preguntado la inglesa.

Aquel día, *madame* Wu estaba agotada a más no poder, pues encima se había enterado de que volvía a estar embarazada. Pero era demasiado cortés como para

negarse a la sugerencia de una invitada.

—Lea, si le apetece.

La Pequeña Hermana Hsia sacó entonces su libro sagrado y leyó en voz alta, con su hablar entrecortado e infantil, cosas como ésta:

—¿Qué es el hombre para que pienses en él, y el hijo del hombre para que te acuerdes de él? Pues los días del hombre son como la hierba...

—¡Pare! —exclamó *madame Wu*.

La voz irrumpió como una explosión, de una forma tan poco habitual que la extranjera se quedó mirándola sorprendida.

—¿Son ésas palabras para consolar al hombre? —preguntó *madame Wu*—. ¿Son ésas las palabras de un dios? ¡Diría más bien que son las de un demonio! Me ahorcaría, Pequeña Hermana, de tener que hacer caso a esas palabras. No siga leyéndome de su libro, a menos que pretenda que me quede sin vida.

Pero luego había reflexionado sobre aquellas palabras y ahora se acordaba de ellas. Sí, era verdad. La carne del hombre era como la hierba. Cuando su hijo nació muerto, recordó aquellas palabras mientras sostenía entre sus brazos el pequeño cuerpo inerte. Ahora, sin embargo, al oír las voces de la humanidad hablando en distintas lenguas, pero pronunciando siempre la misma palabra, se tropezó con una nueva duda.

—¿Tienen también todos los hombres una palabra que signifique Dios? —le preguntó al hermano André.

—Sí, todos los hombres —respondió muy serio, y entonces pronunció unas sílabas sonoras que resonaron como tambores en sus oídos, «Dios... Dios... Dios... Dios...», en veinte idiomas distintos, y en todos los idiomas del hombre.

—Clamamos al Viejo Cielo desde todos los rincones de la tierra —dijo ella en tono contemplativo, y los tambores resonaron en su alma.

En noches como aquélla le costaba dormir. Permitía en silencio que Ying la preparase y se encaramaba luego a la plataforma de madera de secuoya de su cama. Se abandonaba a su alma detrás de las cortinas de seda y meditaba sobre el significado de todo lo que había aprendido. El hermano André se había convertido para ella en una especie de pozo, amplio y profundo, un pozo de conocimientos y aprendizaje. Por la noche pensaba en las muchas preguntas para las que quería respuestas. A veces, cuando su excepcional número atribulaba su memoria, se levantaba de la cama y encendía una vela. Y cogía su pincel de pelo de camello y, con su delicada escritura, anotaba las cuestiones en una hoja de papel. La tarde siguiente, cuando llegaba el hermano André, se las leía una a una y escuchaba con atención todo lo que él le explicaba.

Su manera de responderle era tremendamente simple, y se debía a que él era una persona muy instruida. No necesitaba, como los hombres de intelecto inferior, divagar largo y tendido sobre el meollo de la cuestión. Igual que los antiguos taoístas, sabía cómo expresar en pocas palabras la esencia de la esencia de la verdad. La

despojaba de sus hojas, extraía el fruto y quebraba la cáscara, pelaba la vaina interior, partía la pulpa, sacaba la semilla y la dividía, y allí estaba el corazón, puro y limpio.

Y la mente de *madame* Wu estaba tan despierta en aquel momento de su vida, era tan punzante y penetrante, que cogía dicho corazón y lo absorbía en su totalidad. La joven Linyi permanecía sentada entre los dos y mantenía los ojos abiertos de par en par mientras esas palabras eran pronunciadas y escuchadas, y era evidente que todo aquello quedaba mucho más allá de su alcance. Su mente dormía aún en la juventud.

Pero el hermano André estaba maravillado con *madame* Wu.

—Ha vivido usted toda su vida detrás de estas cuatro paredes —le dijo un día—, pero cuando le hablo como hasta ahora sólo había hablado a uno o dos de mis hermanos eruditos, comprende perfectamente lo que quiero decir.

A lo que ella replicó:

—Me ha hablado usted del cristal mágico que hace grandes las cosas pequeñas. Una mota de polvo, me dijo, podría convertirse en algo tan grande como un desierto, y si se comprendiese ese fragmento, se comprendería el desierto. Esta casa es la mota de polvo, y la comprendo en su totalidad. Toda la vida está dentro de estas cuatro paredes. —Vio de reojo una mirada beligerante en el joven rostro de Linyi.

—¿Estás diciendo que no somos más que polvo, madre?

—No, niña. Digo que tú eres toda la vida.

Su mirada se cruzó con la del sacerdote por encima de la cabeza de la joven.

—Enséñele a esta niña —dijo.

—No soy una niña, madre —replicó Linyi con mala cara.

Pero *madame* Wu sonrió. Aquella tarde, mientras el hermano André guardaba sus libros, le preguntó humildemente:

—¿Podría atreverme a pedirle que me aceptara también como su alumna?

—Su deseo me honra —respondió con su grave voz.

—¿Durante una hora, quizá, después de la lección de Linyi?

Él inclinó la cabeza. Y a partir de entonces, dedicó cada tarde una hora a responder a las cuestiones de *madame* Wu. Escrupulosa a pesar de su edad, rogó a Ying que se sentara junto a la puerta mientras ella y el hermano conversaban.

—*Madame*, debo hacerle una pregunta. Si se enfada por ello, le ruego que me despache —le dijo una mañana Ying.

—¿Por qué habría de enfadarme ahora, después de los años que llevas hablando como te apetece? —Dejó el libro que estaba leyendo, aunque conservando el dedo pulgar entre las páginas, lista para reemprender la lectura cuando Ying hubiera acabado.

—Lo que estoy a punto de decirle no le gustará. Pero mientras usted estaba dando vueltas por la tierra con ese sacerdote grandullón, la casa se ha convertido en un caos. El ama de cría del segundo bebé de la esposa de su hijo mayor está perdiendo la

leche. El niño está esmirriado. De noche hay peleas en los aposentos de su segundo hijo. La criada de la esposa de éste dice que aún no hay ningún embarazo por allí. Y la Segunda Dama y nuestro amo... Bueno, señora, no pretendo abusar. Pero voy a decir que no está bien que una dama como usted se refugie en los libros de ese modo. Quizá no esté tan mal que nuestros antepasados nos enseñaran que las mujeres no tendrían que leer ni escribir.

Ying habló como si le fuese la vida en ello. *Madame* Wu la escuchó con su media sonrisa de siempre dibujada en su rostro. El dedo pulgar se deslizó entre las páginas, cerró el libro y lo dejó sobre la mesa.

—Gracias, buena mujer —dijo.

Se levantó y se fue al dormitorio. La mañana era fresca y se cubrió con un abrigo de pieles antes de salir. En el patio, el hielo secaba las orquídeas y las hojas se hundían en el suelo arcilloso. Pero los ramilletes de bayas del bambú de la India lucían potentes con su característico tono escarlata. Un mirlo posado sobre una piedra estaba comiendo los frutos, y Ying, que la había seguido fuera, corrió hacia él para espantarlo. Después de la paciencia que su ama había mostrado durante la reprimenda, la criada se sentía culpable por haber sido tan insolente e intentaba solucionar la situación con su habitual parloteo. *Madame* Wu la oía sin replicar. Al cruzar el patio vacío de la Vieja Dama, se le ocurrió que estaría bien que Liangmo se instalara allí con su familia, más cerca de ella, y así podría vigilar mejor a los niños. Luego podía trasladar a Tsemo y Rulan a los aposentos que actualmente ocupaba Liangmo, pues disponer de un espacio más grande pacificaría a buen seguro su relación.

El día era agradable. Bajo la luz del sol, sentía un bienestar que ni ella misma comprendía. El interior de las cuatro paredes que rodeaban ese pedazo de tierra estaba lleno de problemas humanos, pero se sentía capaz de afrontarlos, de solucionarlos incluso, porque había dejado de formar parte de ellos. Con su separación corporal del señor Wu había cortado todas las cuerdas que la enmarañaban. Reflexionó sobre el fuerte vínculo que unía cuerpo con cuerpo y que, una vez segado, liberaba no sólo el cuerpo, sino también el alma. Y su alma seguía ahora todos los caminos de la tierra. Y fue así como llegó al patio de Liangmo, igual que habría llegado una diosa, para asistir y no para compartir.

Pero el llanto lastimero de un niño golpeó sus oídos con una intensidad dolorosa. Se olvidó de todo aquello y entró corriendo en la habitación. Allí estaba Meng, sentada junto a la joven ama de cría que llevaba al pequeño hambriento pegado a su pecho vacío. Las lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas. El niño chupaba y apartaba la cabeza para gritar de rabia al ver que no obtenía leche.

—¿Qué sucede? ¿Cómo es que te has quedado sin leche?

La joven dejó al pequeño en brazos de Meng sin parar de llorar.

—¿Le has dado sopa de cangrejo con huevos escalfados? —le preguntó *madame* Wu a Meng.

—Lo hemos intentado todo. Al principio no le di importancia, pensé que era un resfriado o un empacho, y le preparamos al niño unas gachas de harina de arroz para un par de comidas. Pero llevamos ya dos días así y el niño no se alimenta. Está en la piel y los huesos.

Entonces llegó el ama de cría de más edad.

—Yo le he ofrecido al niño mi leche —dijo—, pero es demasiado vieja para él, la vomita. —Habló con orgullo de sí misma—: A mí nunca se me ha retirado la leche, dama mayor, ¿cómo puedo saber entonces qué deberíamos hacer?

—Vete —le ordenó *madame* Wu, percatándose de su vanidad y sabedora de que era una mujer que siempre ambicionaba regalos.

La nodriza joven seguía llorando y la dama se sentó, cruzó las manos sobre su bastón con cabeza de dragón y la miró.

—Se te ha retirado la leche porque estás triste. ¿Qué problema tienes?

La joven no respondió de entrada. Se secó los ojos con las mangas y bajó la vista, y cuando las lágrimas brotaron de nuevo, volvió a secárselas.

—Es extraño que tengas agua suficiente para lágrimas y no para leche para mi hijo —dijo Meng con inquina.

—Calla —ordenó *madame* Wu—. Es un ser humano. Habla, buena mujer.

Animada por aquellas palabras, la chica tartamudeó, con una voz tan débil que apenas era audible.

—No veo a mi hija. No sé cómo está..., llevo casi un mes aquí. La semana próxima este niño cumple un mes y yo no sé siquiera cómo está mi niña.

Meng parecía cada vez más enfadada. Tenía la boca apretada y sus negros ojos abiertos de par en par.

—¿Cómo puedes pensar en tu hija y dejar que se te retire la leche? —gritó.

—Calla —repitió *madame* Wu—. Que traigan aquí a su hija.

—¿Para que la críe junto con el mío? —exclamó Meng.

La joven nodriza cayó de rodillas ante *madame* Wu.

—Oh, dama mayor —dijo con voz entrecortada—, usted no es cruel... Me habían dicho que era cruel...

—¿Quién te había dicho que yo era cruel?

—El administrador... de las tierras... dijo que no debía desobedecerla..., que nadie se atrevía a desobedecerla. Yo no quería venir, señora. Tengo mi casita, mi hombre trabaja sus tierras, tenemos nuestra hija..., una niña, cierto, pero es nuestro primer vástago. Me sentía muy orgullosa de ella, tenía mucha leche. El administrador me dijo que debía venir aquí o que expulsaría a mi hombre de las tierras que tenemos arrendadas.

—No tenía ninguna orden mía de hablar así. Sólo le indiqué que encontrara un ama de cría.

—El administrador hace que en los pueblos todos la temamos. En las tierras, la tememos todos a través de él, hermana mayor.

Aquellas palabras sumieron a *madame* Wu en la confusión, pero no quería que aquella criada lo advirtiera. Los que están al mando en una casa grande nunca deben quedar a merced de quienes los obedecen. Incluyó la cabeza y dijo dulcemente:

—Mandaré aviso para que hoy mismo traigan a tu hija. Dormirá cerca de ti, pero no en la misma habitación que mi nieto.

—Ha salvado usted una vida —declaró la chica; cayó de rodillas y se dio con la frente en el suelo a los pies de *madame* Wu.

Pero el niño lloraba otra vez y la mujer se incorporó para volver a cogerlo. Las lágrimas de sus mejillas se habían secado y se llevó al pequeño al pecho. Él se agarró de nuevo al pezón, se puso a chupar y la leche empezó a fluir.

—Habías retenido la leche —gritó Meng—. Te negabas a que bajara.

Pero la nodriza levantó la vista, tímida y sorprendida. Era una sencilla mujer de campo.

—No, señora. No sé dónde estaba mi leche ni porqué ha vuelto, pero cuando nuestra dama mayor ha dicho que mi pequeña podía venir aquí, me he sentido liberada dentro de mi corazón y la leche ha bajado de nuevo.

Pero Meng seguía furiosa.

—¡Mujer vulgar, eres una estúpida!

Madame Wu se puso en pie.

—Ya que la vida de tu hijo depende de ella, quizá sería mejor que no te enfadases así, hija mía. Y tú, mujer, cuando llegue tu hija, no olvides que tu obligación es atender a mi nieto.

La joven la miró humildemente.

—No lo olvidaré, dama mayor —dijo en voz baja—. Siempre lo alimentaré a él en primer lugar.

Su mirada y su voz detuvieron los pasos de *madame* Wu. Debajo de aquella calma percibía algo sombrío y fuerte. Pero no preguntó qué era. A menos que de un modo u otro estuviese implicada, nunca había ahondado en exceso en los problemas de las personas que no eran de su familia. Se dirigió entonces a Meng.

—Mi hijo mayor y tú pasaréis a ocupar los aposentos de la Vieja Dama. Así podré estar más cerca de mis nietos.

Meng no pareció muy satisfecha con la idea, pero *madame* Wu se mostró firme.

—Hoy mismo mandaré a los criados para que se inicie el traslado —dijo, y sin esperar a que Meng replicara, se marchó en busca de su hijo Tsemo.

A esa hora, Tsemo debería estar fuera de casa ocupado con su trabajo, que consistía en supervisar los mercados en los que vendían su producción. Pero aún estaba allí. *Madame* Wu lo encontró en sus aposentos enjuagándose la boca, como si acabara de comer.

Él escupió apresuradamente y dejó a un lado la taza que tenía en la mano.

—Llegas pronto, madre.

—Estoy haciendo mis rondas. Venía a decirte que a partir de ahora pasaréis a

ocupar los aposentos de Liangmo porque él ocupará los de la Vieja Dama y así tendré más cerca a mis nietos.

—Se lo diré a Rulan.

Madame Wu observó en el rostro de su hijo una leve sombra de frialdad al mencionar ese nombre y fue directa al asunto, como era su costumbre siempre que veía problemas.

—Me han dicho que Rulan llora de noche.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó él bruscamente.

—Los criados, y resulta vergonzoso que los problemas de la familia se conviertan en chismorreos del servicio.

—Tenías razón, madre, no debería haberme casado con esa mujer.

—¿Se ha acabado ya el amor entre vosotros?

Él no respondió ni que sí ni que no. Deambuló por el diminuto patio, diez pasos en un sentido, dieciséis en el otro.

—No tenemos nada que decirnos que no desemboque en una pelea —respondió por fin.

—¿Cómo es que ella no está embarazada? Cuando no hay hijos, siempre acaban produciéndose peleas entre hombres y mujeres.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replicó él, encogiéndose de hombros—. No concibe. Te aseguro que no es culpa mía.

—Cuando hay peleas, la concepción es imposible —le explicó *madame Wu*—. Los corazones exasperados secan los fluidos corporales y envenenan la sangre. Entre el hombre y la mujer la corriente de fuerzas vitales debe estar siempre limpia y transparente. —Miró a su atractivo hijo—: Que hombres y mujeres peleen es fácil. Su diferencia natural es tan grande que a menos que se unan para crear una nueva generación, se alejan y se separan como el agua y el aceite. Una esposa sin hijos es una criatura contranatural, y se rebela contra el Cielo y la tierra, y el hombre no significa nada para ella. Debes tener paciencia con tu esposa hasta que conciba. Cuando eso llegue, descubrirás en ella una nueva mujer.

—¿Que yo no significo nada para Rulan? —cuestionó él con arrogancia.

—Ella te quiere, y por eso te odia. Su amor no da frutos. Eso la irrita. Contigo no tiene defensa, ni refugio. No tiene un lugar donde poder esconderse de ti y ser ella misma. —Se dio cuenta de que sus palabras estaban hiriendo profundamente a su hijo—: Debes marcharte de viaje. Y cuando regreses, muéstrate gentil, no arrogante. No le recuerdes que es mayor que tú o que ella te buscó a ti primero.

—¿Cómo sabes que me buscó? —Detuvo sus pasos para quedarse mirándola fijamente—: ¿Cómo lo sabes todo? —dijo, medio riendo, medio enojado.

—Lo veo con mis propios ojos. —Apoyó la barbilla en sus manos unidas sobre la cabeza de dragón del bastón—: Ella te teme y odia sus temores, y te quiere y aborrece su amor. Sí, vete y déjala conmigo. Entre hombres y mujeres existe un orden, y tú y Rulan habéis actuado fuera de ese orden. Mira a Meng..., en todo ha actuado tal y

como ordena el Cielo, y mira la armonía que reina en su casa. Sus hijos llegan de uno en uno, y Liangmo se siente feliz con ella. Ninguno de los dos ama en exceso al otro, y juntos están creando su nueva generación.

—Meng es una anticuada —dijo impaciente—. Además, es un poco tonta. Al menos Rulan no es tonta.

—No es necesario que una mujer sea tonta o no —replicó con paciencia *madame Wu*—. Todas esas cosas van en proporción. En el matrimonio, el hombre y la mujer deben estar proporcionados, y por eso elegí a Meng para Liangmo. Él es más inteligente que ella, pero ella es lo bastante inteligente como para comprender lo que él dice. En tu matrimonio sois demasiado iguales y por eso os peleáis.

—Tú eres más inteligente que mi padre. —Tsemo le lanzó una mirada tan cortante y brillante que ella se sintió incómoda.

—La sabiduría que yo pueda tener he ido aprendiéndola —dijo rápidamente—. Soy lo bastante inteligente como para que nunca haya habido problemas entre tu padre y yo. Por eso mandé a Ch'iuming a sus aposentos, para que él pudiese seguir siendo feliz cuando envejeciera.

—¿Y tú? —Tanteó con crueldad Tsemo.

—Yo sigo siendo feliz.

Entonces salió Rulan de la casa, como si no pudiese seguir fingiendo más tiempo que no oía todo lo que se estaba diciendo en el pequeño patio al que daba su ventana. *Madame Wu* sabía perfectamente que lo había escuchado todo, pero continuó con la farsa por educación.

—Estaba diciéndole a Tsemo que si os apetece, hija mía, podéis trasladaros a las estancias de Liangmo, que son mayores, pues a ellos los he mudado al patio contiguo al mío, donde podré ocuparme mejor de mis nietos.

—Te lo agradecemos, madre —dijo Rulan. Pero ni su voz ni su mirada mostraban agradecimiento. Iba vestida de modo descuidado con un feo traje a cuadros verdes y grises, y parecía mayor de lo que en realidad era.

«Tan pronto como se marche Tsemo —pensó *madame Wu*—, le enseñaré a mejorar su aspecto». Continuó sentada y miró pensativa a su nuera, y Tsemo, siguiendo su mirada, le encontró aún más fallos a su esposa.

—Odio ese vestido —le espetó de forma violenta.

—Cómprame otro —dijo ella con insolencia, echándose el pelo hacia atrás.

Madame Wu se levantó enseguida. No pensaba seguir sentada viendo cómo los dos se peleaban, y tampoco le apetecía forzarlos a que hiciesen las paces. Pero no pudo reprimir por completo su insatisfacción.

—Tsemo se marchará una temporada —le dijo a Rulan—. Le he dado mi permiso. Hasta que se marche, permanece tranquila. Mantente ocupada trasladando mañana tus cosas a los nuevos aposentos.

—Si Tsemo se va, me iré también yo —afirmó Rulan.

Estaba muy erguida, con las manos apretadas en un puño. *Madame Wu* le

correspondió con la misma postura erguida, las manos apoyadas en el bastón.

—Tú no te irás —dijo con total claridad—. Te quedarás aquí conmigo. Tienes mucho que aprender y yo te enseñaré.

Se quedó de nuevo sin esperar la respuesta de una nuera. Dio media vuelta para abandonar el patio y, una vez lo hubo hecho, no volvió la vista atrás.

«Ah, las esposas de mis hijos, ¡qué problemas me dan! ¡Mejor habría hecho acogiéndolas de niñas en casa y criándolas para ser las esposas de mis hijos de acuerdo con nuestras necesidades! Traer desconocidas a la casa para que críen a nuestros nietos equivale a traer problemas».

Se encontró deseando la llegada de la tarde y la tranquilidad, el momento en que, con el hermano André como guía, podía dejar atrás su cuerpo y avanzar, con sólo su alma, por el mundo.

En el patio, Rulan se quedó mirando a su joven marido con ojos de sufrimiento.

—Quieres irte y abandonarme —murmuró.

—Ha sido todo idea de mi madre —dijo Tsemo sin darle importancia. Echó la cabeza hacia atrás y se alisó el largo mechón que le caía sobre la frente. Al ver sus manos, ella sintió una punzada en el corazón que le hizo albergar odio hacia sí misma.

—Huiré —declaró, con el mismo tono de voz malhumorado.

Él se echó a reír.

—No conmigo... No me atrevería a volver de nuevo a casa.

—¡Temes a tu madre! —gritó ella.

—Pues sí, la verdad.

Tsemo solía utilizar el truco de mostrarse fácilmente de acuerdo con lo que Rulan decía. Sucumbía a sus palabras una y otra vez y ella se quedaba sin nada a lo que aferrarse.

—Preferiría no tener hijos que tenerlos y que me temieran.

—Bueno, hijos no tienes —dijo él con toda tranquilidad.

Aquella provocación le partió el corazón a la joven. Por mucho que lo intentara, no podía liberarse del poder que él ejercía sobre ella.

—¿Me odias de verdad, Tsemo? —susurró. Se acercó a su esposo, que la miró fijamente.

—¿Por qué me desgarras, me hieres y no me das paz? —contestó entre dientes.

—¡Paz por mi parte! —exclamó ella.

—No, sólo paz, paz, nada más.

—¡Paz para que puedas olvidarme! —replicó con pasión.

—Ya sé por qué quieres que me enfade contigo. —Rió con amargura—: Haces que me enfade porque así, como mínimo, consigues que piense en ti.

Le había arrancado la verdad, una verdad que Rulan se escondía a sí misma. Sí,

después de que él dejara de pensar día y noche en ella, después de que su matrimonio dejara de importarle, Rulan había forzado las peleas para atraer su atención. Quería verlo sufrir..., que sintiese dolor antes que nada.

Vio entonces como apartaba la vista de ella, una visión terrible.

«Debo evitarlo por mi bien —pensó—. Debo librarme de parte de este amor. Es demasiado amargo para mí».

Fue extraño que en el momento en que deseó liberarse de Tsemo, pensara en *madame Wu*. Dando rienda suelta a sus impulsos, pasó corriendo por delante de él, cruzó deprisa los patios y no se detuvo hasta encontrarla sentada en su biblioteca fumando su pipa.

—¡Madre! —gritó—. ¡Déjame ser libre también a mí!

Madame Wu oyó aquel grito como un eco de su propia alma. Pero no mostró su consternación. Dejó la pipa en la mesa y observó a su alta nuera.

—Tranquilízate. Siéntate y apártate el pelo de los ojos. Mientras pienso en ello, permite que te diga que no vuelvas a ponerte ese traje nunca más. Deberías vestir siempre con colores alegres. Iluminarían tu oscuridad. Y bien, ¿cómo puedo hacerte libre?

—Quiero salir de esta casa..., alejarme de Tsemo —dijo Rulan. Hizo caso omiso a la mano que le indicaba que se sentara. Permaneció de pie, sin escuchar nada de lo que *madame Wu* acababa de decirle, y las dos mujeres se quedaron mirándose.

—Té he dicho que Tsemo se irá. Te liberarás de él.

—Quiero liberarme de él para siempre —gritó—. No debería haberme casado. Odio lo que siento por él. Soy una esclava de ello. Él me tiene tal y como quiere que sea, no como yo quiero ser.

—¿Y tiene él la culpa de que así sea?

—Permite que me marche.

Madame Wu, aun sin quererlo, comenzaba a sentir cierto agrado hacia aquella extraña chica rabiosa.

—¿Adónde irás? ¿Qué le espera a una mujer fuera de la casa de su esposo? Aunque te liberara de esta casa, ¿podrías ser libre? Una mujer sin esposo... Todo el mundo acaba despreciándola. Una mujer sólo consigue ser libre a través de un hombre y de sus hijos.

Rulan la miró horrorizada.

—Dime cómo puedo liberarme —susurró.

Madame Wu sintió una gran pena por ella.

—Ay, hija mía —exclamó con amabilidad—, eso no puedo decírtelo, porque no lo sé.

—¿Has amado alguna vez?

Madame Wu bajó la vista y no respondió. Empezaba a tener la impresión de que Tsemo había sido injusto con aquella chica. ¿Cómo podía él saber lo que ella trataba de comunicarle? Él se había limitado a ser como era. ¿Cómo poder evitarlo si no

bastaba para la chica? Estaba percatándose de que era afortunada por no haber amado tanto al señor Wu. Hubo una época, cuando era muy joven, en la que había corrido el peligro de caer en ello. Pero se había librado por ser una quisquillosa. Y Rulan no era quisquillosa.

—Si tuvieras un hijo —dijo por fin—, te liberarías de él. Como mínimo, dividirías tu amor. Los hijos exigen mucho, y te ves obligada a dárselo. O podría ser, si no tuvieras hijos, que te dedicases a estudiar, o a pintar, o a cualquier cosa por el estilo. Tienes que dividirte, hija. Has permitido que todas tus fuerzas fluyan en un solo río estrecho y profundo. Excava tú misma canales y arroyos, y ve repartiendo tu amor aquí y allá.

—Trabajos forzados —dijo con amargura Rulan.

—Si es necesario —repuso con dulzura *madame* Wu—. Es tu único camino hacia la paz. De lo contrario, acabarás muriendo con toda seguridad. Porque él te odiará, te lo prometo. En estos momentos está vacilando al borde del odio. Y por eso le he ordenado que se aleje de ti una temporada.

Rulan se humedeció unos labios sin apenas color.

—¿Serán todos los hombres como él? —murmuró.

—Los hombres se parecen tanto entre ellos como los pececillos —dijo *madame* Wu con su hermosa voz—, en su forma de mover las cejas, de torcer la boca, de acomodar los hombros en el abrigo, en sus manos...

—¿Cómo lo sabes? —musitó Rulan, sobrecogida.

Madame Wu se echó a reír.

—El Cielo nos pone centenares de trampas para que nuestra especie siga adelante —respondió.

No podía enfadarse con esa chica. ¿Qué era sino una pobre criatura atrapada? Ahora que advertía con lástima lo mucho que Rulan amaba a Tsemo, se lo perdonaba todo.

Extendió su grácil mano, separó las de Rulan y les dio unas palmaditas de ánimo.

—Se acabó la desdicha —dijo de forma reconfortante—. No me gusta ver a nadie triste bajo este techo. Mira, yo me paso la vida intentando haceros felices a todos. ¿Qué quieres, hija, para ser feliz aquí?

Rulan no pudo más que sucumbir a aquella hermosa cara halagadora, a su voz amable y melodiosa. Permitted que *madame* Wu tirara de ella hasta quedarse como una niña sentada en sus rodillas.

—Déjalo marchar —le aconsejó *madame* Wu con suavidad—. Cuando Tsemo se vaya, no llores. Por mucho que tu corazón esté llorando, ayúdalo a preparar su equipaje y dile adiós con alegría. Que sea él quien no pueda conciliar el sueño, hija, no tú.

—¿Pero y si soy yo la que no puede conciliar el sueño sin tenerlo al lado? —preguntó con candor.

Madame Wu soltó una carcajada, disfrutando de tanta sinceridad.

—Pues te levantas y das una vuelta por el patio. El aire está ahora muy frío por las noches, y si coges frío, la cama caliente te ayudará a dormirte, aunque te acuestes sola.

Las dos mujeres se miraron fijamente a los ojos. *Madame Wu* percibió el alma joven y apasionada, temblando de ansiedad, y todas las fuentes de su dolor se abrieron de pronto. Manó de ellas una lealtad más profunda que la que sentía hacia la familia Wu, y sus aguas balsámicas se vertieron sobre aquella alma, una mujer también.

—Serás libre en cuanto reconquistes tu persona. Entre estas paredes puedes ser tan libre como lo serías de poder estar por el mundo entero. ¿Cómo podrías ser libre, no obstante, por lejos que fueras, si sigues llevando a Tsemo continuamente dentro de ti? Busca el lugar del río de la vida al que perteneces. Deja que fluya a través de ti, fresco y fuerte. No lo embalses entre tus dos manos, pues romperá la presa y huirá de ti. Deja que corra libre, y serás libre.

—No puedo vivir sin su amor —tartamudeó Rulan.

—Entonces ahórcate esta misma noche —dijo con calma *madame Wu*—, pues te prometo que él no te amará a menos que tú le permitas antes ser libre. El amor sólo vive en libertad.

—Si él me amara, podría incluso ser su esclava.

—Tú no eres una esclava. Estás forcejeando con tu amor para conseguir convertirte en el ama. Él lo nota, y no lo tolerará. Necesita liberarse de ti porque lo quieres demasiado. Oh, eres una tonta, ¿cómo puedo hacer que veas la manera de ser feliz?

Entonces Rulan cayó de rodillas.

—Lo veo —sollozó—. Sé a qué te refieres... y... ¡tengo miedo de hacerlo!

Pero *madame Wu* no la dejó llorar.

—Levántate..., levántate. —Se puso en pie, ayudó a Rulan a levantarse y la obligó a permanecer así—: Si tienes miedo —dijo muy seria—, ya no tengo nada más que decirte. Nunca vuelvas a acudir a mí. No tendré tiempo para ti. Sí, te dejaré marchar de la casa para siempre.

Al mirar a la exquisita e indomable criatura que tenía enfrente, Rulan sintió que su inquieto y amargo corazón se le paraba en el pecho. Aquella mujer fría y solitaria le parecía ahora la única mujer feliz que había conocido en su vida. Su madre había sido una mujer quejumbrosa e infeliz, y sus hermanas eran peleonas e inquietas, pues todas las mujeres de Shangai son inquietas. Pero *madame Wu* era tan calmada y profunda como el estanque que forma un riachuelo de montaña.

—Te obedeceré, madre —dijo humildemente.

Cuando se hubo marchado, *madame Wu* reflexionó con asombro que había mandado a sus dos hijos lejos de casa por culpa de dos jóvenes mujeres, a las que ella no quería, y que había decidido llevar sobre sus hombros aquella doble carga.

—¡Yo, que tanto ansío mi libertad! —exclamó.

Y, estupefacta ante aquella contradicción, se entregó a las manos de Ying para que la preparase para acostarse.

—No tengo explicación para mis actos —le dijo *madame* Wu al hermano André al día siguiente. Acababa de explicarle la marcha de Tsemo.

—¿Son necesarias las explicaciones? —replicó él con una de sus sonrisas.

Ella había observado a menudo esa sonrisa. Se iniciaba entre la espesura de las cejas y su barba como la luz que empieza a brillar en un bosque. La inmensidad de la cabeza de aquel hombre, su tamaño, corpulencia y vellosidad la aterrizaron en su día. Pero ahora ya se había acostumbrado.

—¿En qué está pensando? —preguntó él de una manera extraña y ciertamente tímida.

—Dice usted a menudo que en la tierra todos somos iguales, ¿cómo explica entonces su aspecto?

—¿Qué es lo que encuentra extraño en mí? —repuso, aún con la anterior timidez.

—Es usted tan grande —dijo ella con calma—, y con tanto pelo...

—Si no puede explicarse ni a sí misma, ¿cómo va a explicarme a mí?

La luz del bosque brillaba con tremenda intensidad. Ella vio destellos de dientes blancos entre la oscuridad de la barba y chispas de risa en sus negros ojos.

—He leído que los extranjeros son peludos porque están más próximos a los animales —declaró.

—Tal vez —aceptó él. Abrió la boca y soltó una sonora carcajada... En la profundidad de la noche, acostado en la soledad de su catre de bambú, daba gracias a Dios por no haber conocido a *madame* Wu siendo ella una jovencita. «No habría podido responder por mi alma, oh, Dios», decía inexorablemente en la oscuridad. Pero ahora era amo de su gigantesco cuerpo y ella sólo le hacía gracia—. En ese caso, ¿no sería cierto que al haberme hecho Dios a mí primero, habría mejorado su diseño original al hacerla luego a usted?

Fue ella quien rió entonces, y la carcajada profunda y la delicada risa acabaron fusionándose en una sola. En el patio, una criada lavaba la fina ropa interior de *madame* Wu con Ying sentada a su lado para explicarle cómo hacerlo. Ying sorprendió la mirada de perplejidad de la sirvienta.

La verdad es que, pese a los problemas de la casa, *madame* Wu estaba alcanzando una especie de florecer secreto y exquisito. Recibía cada nuevo día con entusiasmo y contento. Únicamente la impacientaban las tareas domésticas, pero controlaba su impaciencia y llevaba a cabo sus labores con firme autodisciplina. Pero Ying, que conocía hasta el mínimo suspiro de cambio de su ama, sabía también que la casa había dejado de interesarle.

No se atrevía ni un momento a pensar que aquel sacerdote tuviera un vínculo diabólico con *madame* Wu. La señora era excesivamente rigurosa para eso. Además,

estaba más fría que nunca, más argentina en su voz, más transparente en su mirada, más seria..., y aun así más alegre. Ying la había observado con detalle un par de días en los que el hermano André no había podido ir y le había enviado mensajes para advertírselo, y había visto a *madame* Wu del todo indiferente. Se sentaba tan feliz en su biblioteca como si su maestro estuviera allí. ¿Cómo explicar todo aquello?

La criada rió con disimulo.

—También la familia Wu —susurró—. ¿Has oído?

—¿Oído qué? —preguntó indignada Ying—. Yo no escucho lo que maúllan los gatos.

—Me imagino que sabes que mientras nuestra ama pasa el día aprendiendo con un sacerdote, nuestro amo frecuenta casas de flores.

—No es verdad.

Ying estaba sentada en un taburete bajo de bambú, se inclinó hacia delante y le dio a la criada un bofetón en la mejilla que le dejó una marca roja. La chica echó chispas por los ojos. Mostró entonces la otra mejilla.

—Vuelve a pegarme, pues es verdad que las frecuenta en compañía del viejo Kang, los dos. ¿Qué podías esperar?

Ying simuló entonces no saber nada, pero la verdad es que ya había oído antes comentarios sobre el tema, aunque los demás criados le tenían tanto miedo que cerraban la boca en cuanto ella entraba en la habitación.

«Ese viejo Kang —se dijo para sus adentros— es el causante de todo», y pensó apesadumbrada en la naturaleza de los hombres, y en cómo no pondría la mano en el fuego ni siquiera por su cocinero.

En el espacio amplio y tranquilo de la biblioteca, *madame* Wu se había olvidado de su propia casa. Permanecía sentada observando las facciones bronceadas y duras del hermano André, mientras él, extasiado por su mirada, enseñaba a aquella alma como jamás había enseñado a ninguna. Era una persona diáfana, muy sabia y a la vez muy joven. Había vivido en aquella casa, y había aprendido tanto a través de sus propias vivencias que estaba lo suficientemente madura para captarlo todo. Su mente era como una copa de cristal en la que el trabajo artesanal estaba ya finalizado y faltaba sólo llenarla.

¿Cómo evitar no explicarle todo lo que él sabía? Estaba vertiendo en aquel precioso recipiente de cristal todos los conocimientos que hasta entonces había guardado sólo para sí, porque hasta aquel momento no había encontrado a nadie interesado en compartírselos. Le explicó la historia del mundo, el ascenso de los pueblos y su caída, el nacimiento de nuevas naciones. Le explicó el descubrimiento de la electricidad y del radio; le explicó las ondas del aire que transportaban las palabras del hombre y su música por todo el mundo.

—¿Posee usted el instrumento capaz de captar las palabras y la música? —le preguntó ella.

—Lo tengo. Lo he fabricado yo mismo.

—¿Me lo traerá? —dijo con vehemencia.

Él dudó.

—Es una pena, pues lo tengo colgado a las paredes mediante muchos cables. ¿Podría...? ¿Querría venir a mi pobre casa para verlo?

Ella reflexionó su respuesta. ¿Podía ir a la casa de un extranjero, aunque lo hiciese acompañada? De repente se sintió muy tímida.

—A lo mejor —dijo, y giró la cabeza.

—No se incomode. Nada hay en mi persona que pueda incomodarla. El hombre que hay en mí está muerto. Dios lo mató.

Con esas extrañas palabras se marchó, y ella se sintió reconfortada, como sucedía siempre cuando él se iba. Depositaba muchas cosas en su mente. Se quedó pensando, con una media sonrisa, fumando su pequeña pipa, vagando por el mundo que él le había descrito.

«Me pregunto si alguna vez me alejaré de esta ciudad —reflexionó en su corazón—. Me pregunto si algún día navegaré en esos barcos y volaré con esas alas».

Por primera vez sentía pena por lo breve de la vida. Como mucho, le quedaban sólo cuarenta años. ¿Qué podía hacer en ese tiempo? Había vivido ya cuarenta y apenas había cruzado su puerta.

«¿Qué conozco siquiera de mi propia ciudad? ¿Y de nuestro país, instalado en medio de estos mares y montañas?». De ese modo el encanto del mundo se apoderó de *madame Wu*.

Día tras día, iba y venía con su familia, sonriente y pasando desapercibida. Se reunían para comer, y ella ocupaba su asiento habitual entre ellos y no veía a nadie, aun mirándolos a todos.

Y fue entonces cuando un día, mientras limpiaba las joyas de su ama, Ying la interrumpió de forma poco educada. Era un día a mediados de invierno, y *madame Wu* había colocado en una mesa unas azucenas sobre una bandeja de guijarros. En aquel momento, los rayos del sol que entraban a través de las ventanas con celosía cayeron sobre las azucenas y las joyas.

—Mira lo parecidas que son las joyas y las flores, las perlas, las esmeraldas, los topacios, y el blanco y el verde de esas flores —exclamó *madame Wu*.

Ying levantó la vista del brazalete que sujetaba.

—Señora, tan rápida que es usted para ver estas cosas, y resulta raro que no vea lo que sucede en su propia casa.

—¿Qué es lo que no veo? —preguntó con cierto sentido de culpabilidad. Pensó en sus dos nueras.

—El señor.

—¿Qué le sucede? —Quiso saber rápidamente.

—Frecuenta casas de flores —dijo sin más Ying.

—¡Imposible!

—Sí. Tampoco es que sea algo especial, ya que muchos hombres lo hacen, pero

¿y si trae algo a la casa que no debería traer?

Madame Wu reflexionó a fondo un instante.

—Dile a la Segunda Dama que venga —dijo.

Ying se levantó, pues era la responsable de transmitir mensajes importantes, y se marchó; *madame Wu* cogió sus joyas y las miró. Todas las piezas, excepto las pulseras que le había entregado su madre con motivo de su boda, hablaban del señor Wu. Los pendientes de jade que él le había regalado la mañana después del enlace como testimonio de lo satisfecho que se sentía con ella. Los anillos de esmeraldas que le había llevado de una tienda extranjera de Shangai, cuando ella no había visto nunca esmeraldas. El pájaro de diamantes que le había comprado en Hong Kong en otra ocasión, cuando tampoco había visto nunca diamantes. Los rubíes que había adquirido en una provincia remota y los adornos de jade para el pelo de Yunnan. Había también pequeñas piezas que a ella le habían llamado la atención cuando los joyeros se desplazaban a la casa bajo su petición. Nunca se había comprado muchas cosas. Los dos pasadores en forma de mariposa nocturna hechos con filigrana de plata y jade de color claro le recordaron la noche en que las mujeres cazaban mariposas y las empalaban en la puerta. Siguió sentada, dando vueltas y vueltas en su mano a uno de los pasadores. Era una filigrana de Cantón, exquisita y de una delicadeza inusitada. Las antenas eran hilos de plata finos como un cabello y coronados por puntas de jade que temblaban como si la mariposa estuviera viva.

Ch'iuming llegó en aquel momento. Llevaba el embarazo muy adelantado y le había cambiado la cara. Sus ojos parecían más grandes, y la boca, más roja.

Madame Wu le mostró los pasadores en forma de mariposa.

—Te los regalo. Ya no los utilizo.

Ch'iuming extendió la mano para cogerlos y los examinó en silencio.

—Son demasiado finos para mí. No sabría cómo llevarlos.

—Quédatelos de todos modos —dijo *madame Wu*. Removió con el dedo las joyas de la caja. Tuvo el deseo de regalarle a Ch'iuming todo lo que el señor Wu le había regalado, pero sabía que no debía hacerlo. Vio entonces las dos flores hechas con perlas y rubíes. Eran piezas de formas redondeadas y de un trabajo no excesivamente delicado—. Esto también. Cógelas. Te quedarán bien en las orejas. Me imagino que él también te regala joyas.

—No —respondió en voz baja Ch'iuming—. Pero no quiero ninguna.

Madame Wu tomó su pequeña pipa, la rellenoó, le dio dos caladas y volvió a dejarla. Cayó sobre la mesa una fina capa de ceniza y Ch'iuming se inclinó hacia delante para retirarla con la mano.

—Y bien —dijo *madame Wu*—, ¿sabes si él frecuenta casas de flores?

Ch'iuming se sonrojó.

—He oído decir que sí —respondió simplemente—. Pero a mí no me lo cuenta.

—¿Y no lo ves por ti misma? ¿Qué es lo que crees que siente por ti?

La joven bajó la vista.

—Demasiado, sea lo que sea. Porque yo no puedo quererlo.

Pronunció aquellas palabras con triste resolución. *Madame Wu* la oyó y entonces, asombrada, sintió una gran pena por el señor Wu.

—Entre tú y yo —dijo— lo hemos tratado mal, yo con mi edad, tú con tu juventud. ¿Has intentado quererlo?

Ch'iuming alzó sus ojos oscuros y sinceros.

—Oh, sí, sí que lo he intentado. ¿No es ése mi deber?

—Sí, es tu deber.

—Ya sé que lo es. —Y a continuación añadió, con el mismo tono de humildad y tristeza—: Lo obedezco en todo. Eso al menos lo hago.

—¿Sabe él que no lo quieres?

—Sí, porque me lo preguntó y se lo dije.

—¡No deberías habérselo dicho! —exclamó—. ¿Qué pasaría si todas las mujeres hablasen a los hombres con tanta sinceridad?

—Soy una estúpida.

—Así que frecuente casas de flores —reflexionó *madame Wu*. Suspiró con fuerza—. Los problemas entre el hombre y la mujer no tienen fin. ¿Cuándo se supone que ha de nacer el niño?

—El mes que viene.

—¿Estás contenta? —le preguntó bruscamente.

Ch'iuming adoptaba siempre la misma posición cuando no hablaba: las manos unidas sin fuerza sobre el regazo, la mirada baja, los hombros caídos. Cuando hablaba, las manos se tensaban y levantaba los párpados.

—Significará algo mío en esta casa —dijo, y volvió a bajar la vista.

Madame Wu tuvo la sensación de que ya no podía obtener nada más de ella.

—Vuelve a tus aposentos. Hablaré con él y averiguaré dónde se ubica su corazón.

Ch'iuming se levantó con su porte paciente y sencillo, inclinó la cabeza y se fue. Regresó pasado un instante y extendió la mano. Las joyas resplandecían sobre la piel oscura de su palma.

—He olvidado darle las gracias por esto.

—No me des las gracias —replicó *madame Wu*—. Póntelas y eso me servirá de agradecimiento.

—Le doy las gracias, Hermana Mayor —dijo Ch'iuming, y se fue de nuevo.

Aquel día, *madame Wu* canceló la lección con el hermano André y a última hora de la tarde, antes de cenar, envió a Ying a los aposentos del señor Wu para que anunciara su visita. En cuanto recibió el mensaje, fue el señor Wu quien se personó de inmediato en los aposentos de ella.

—Permite que sea yo quien se desplace, madre de mis hijos —le dijo con cortesía.

Ella observó sorprendida que estaba más delgado y con un color menos sano de lo habitual, y volvió a culparse por ello. Se levantó para recibirlo y luego ambos

tomaron asiento. Cuanto más lo observaba, más aumentaba su ansiedad. Él no tenía buen aspecto. Sus ojos, siempre brillantes y curiosos, estaban apagados, y sus gruesos labios carecían de color.

—Pareces enfermo. ¿Estás enfermo?

—En absoluto.

—Pero no estás bien.

—Estoy bien.

—¿Y la Segunda Dama?

Él extendió la mano.

—Hace todo lo que puede por mí.

—Pero no es lo bastante buena para ti.

El señor Wu parecía incómodo.

—Mira, madre de mis hijos, para una mujer joven resulta difícil. Yo ya no soy tan joven.

Entonces ella decidió ir con la verdad por delante.

—Me he enterado de que visitas casas de flores.

Él se encogió de hombros, sin mostrarse en absoluto avergonzado.

—A veces voy con el viejo Kang, sí —admitió—. Mira, lo que sucede simplemente es que resulta más fácil comprar mujeres sin esperar que te quieran. No hay engaño. Lo difícil es engañar. A ti nunca te engañé, Ailien, te quería. Ahora, con esta segunda..., no puedo quererla ni no quererla... —Se rascaba continuamente la cabeza parecía confuso—: Es mejor acudir a una casa de flores.

—Pero el próximo mes nacerá tu hijo —le recordó ella.

—Sí, bien. —Se rascó de nuevo la cabeza, como si estuviese perplejo—: Lo curioso es que no lo siento como mío. Al fin y al cabo, tú y yo hemos tenido ya cuatro chicos.

—Me parece entonces que Ch'iuming no sirve para nada en la casa —dijo *madame Wu* pasado un rato.

Él volvió a rascarse la cabeza.

—No, tal vez no —admitió.

—Creo que no la has tratado bien —añadió muy seria.

Él se mostró apenado.

—Soy muy amable con ella.

—No le has hecho regalos.

El señor Wu se quedó sorprendido.

—Es cierto, me he olvidado. Me olvido continuamente de ella.

Madame Wu estaba impaciente.

—Dime, ¿qué quieres de una mujer?

Se le veía muy incómodo.

—¿De qué mujer?

—De cualquier mujer.

El señor Wu se percató de su impaciencia y, siempre ansioso por complacerla, reflexionó a fondo su respuesta.

—Bien. Yo... —Tuvo la sensación de haber empezado mal y empezó de nuevo —: No es tanto lo que quiero yo de una mujer. Es lo que yo... quiero. Es decir, me gusta reír..., ya lo sabes. Me gusta escuchar cosas interesantes... Tú solías contarme muchas cosas interesantes. Y sabes cómo me reía con muchas cosas que me contabas. Bueno, todo eso... —Se interrumpió con aquellas palabras vagas.

—No puedo seguir entreteniéndote eternamente —dijo ella muy seca.

—No, por supuesto que no —repuso enseguida—. Así que, ya ves, frecuento casas de flores.

—¿Y allí qué sucede? —Le sorprendía sentir aquella curiosidad.

—Poca cosa. Normalmente comemos algo y bebemos. Jugamos mientras las chicas tocan el laúd o cosas por el estilo.

—¿Las chicas? ¿Cuántas hay?

—Cinco..., seis..., las que estén libres. Kang y yo... Bueno, somos alegres, y ellas, normalmente... —Se interrumpió una vez más.

—¿Y entonces?

Él empezó de nuevo, con algún esfuerzo.

—Bueno, entonces, pues, ya ves, la noche pasa rápida. Las chicas conocen muchas historias y trucos. —Sonrió sin darse cuenta.

—¿Y te quedas toda la noche?

—Habitualmente no —dijo en tono evasivo.

Ella estudió su suave rostro. Tenía arrugas, y no le gustaban. La juventud que siempre había creído permanente comenzaba a esfumarse. Suspiró y notó que estaba cada vez más impaciente.

—¿Te gustaría traer a casa a una de esas chicas de la casa de flores? —preguntó de repente—. Yo no lo aprobaría, pero quiero conocer tus intenciones.

Él se quedó sorprendido.

—¿Por qué debería hacerlo?

—En realidad vas allí sólo para jugar.

—A lo mejor.

—¡Qué infantil eres!

—No soy tan inteligente como tú, Ailien —dijo con humildad—. Nunca podría leer libros. Y ahora tengo poco que hacer. Liangmo lo gestiona todo. Puede gestionarlo incluso sin Tsemo y sin Fengmo. No soy muy necesario. —Hizo una pausa, y luego dijo con esa humildad que ella apenas podía soportar—: Si hay alguna cosa que crees que debería hacer, la haré. Quiero hacer todo lo que tenga que hacer.

Madame Wu no tenía nada que decir. La verdad es que no era muy necesario. Lo tenía allí sentado, atractivo, amable y dispuesto, como un niño, y no tenía el corazón suficiente para reprocharle nada.

Al separarse, ella vio con tristeza que la charla había ayudado al señor Wu a

recuperar su alegría. Sabía que en su vida podría liberarse de él. A través de su cuerpo, él había entrado también en su alma. No bastaba con que nunca lo hubiera amado. El amor no tenía nada que ver con la responsabilidad.

—¡Oh, Cielo! —exclamó, en una especie de extraña agonía—. ¿Es que voy a ser responsable de él para siempre?

Sintió las alas de su alma, serenas y extendidas, marchitadas y cayendo de nuevo hacia la tierra.

Pero el señor Wu fue directamente de *madame* Wu a la casa de flores a la que ella se oponía. Al principio, había seguido hasta allí al señor Kang un poco en contra de su voluntad y totalmente en contra de su conciencia. Luego solucionó ambos aspectos y salió victorioso. Su voluntad se había doblegado por completo hasta el punto en que ahora anticipaba con ganas sus inocentes visitas, y su conciencia había quedado reducida a la confusión y al silencio temporal.

No comprendía a Ch'iuming. No era tan inteligente como *madame* Wu, a la cual adoraba con la constancia con que un sacerdote adora a Kwan Yin, a quien sirve a diario. Ch'iuming no era ni una diosa ni una mujer. Cuando la trataba como a una diosa, se quedaba desconcertada. Además, no era ni mucho menos una diosa. Cuando la trataba como a una mujer, notaba que la sorprendía, y entonces se sentía confuso y no podía seguir adelante. La situación entre ellos había llegado a un punto en que no sabía cómo tratarla y por eso la dejaba de lado.

La experiencia lo llevó a idolatrar más que nunca a *madame* Wu, que había sido capaz, como ahora comprendía, de alternarse entre diosa y mujer, pero sin ser nunca las dos simultáneamente. Pero ya que se negaba en redondo a ser mujer de nuevo, y seguía siendo una diosa, se había visto obligado a buscar una mujer en otra parte.

Y la había hallado en la persona de una chica pequeña, curvilínea y divertida de la Casa de las Peonías, en la calle del Tocador de Laúd Ciego. Se trataba de un edificio antiguo, exteriormente una casa de té, pero también un lugar de juego y un burdel. Las chicas eran siempre muy limpias, jóvenes y animadas. El señor Kang le garantizó que llevaba años como cliente del lugar y que nunca había encontrado allí otro tipo de chicas. Además, el local seguía la política de no ser avaricioso. Si un hombre deseaba solamente mirar a una chica mientras comía y bebía, nada lo comprometía a más. Si la deseaba sólo como acompañante de un invitado, también podía ser. De hecho, para comprar más servicios se necesitaba llegar a algún tipo de acuerdo, pues siempre había una lista de espera de clientes. Al señor Wu, de todos modos, gracias a su posición como cabeza de una gran familia, no le había costado mucho ascender enseguida por esa lista.

Entró en el salón alegremente decorado con el aspecto de alguien conocido en el lugar y fue recibido por todo el mundo. El propietario llamó a su ayudante en voz alta.

—Dile a Jasmine que el señor Wu está aquí.

El señor Wu pasó tranquilamente a una habitación interior y fue obsequiado enseguida con té, y luego, transcurridos unos minutos, con vino y un tazón con pequeñas albóndigas a modo de aperitivo. Empezó a comerlas y cuando iba por la mitad, entró Jasmine.

Cuando la llamaron, estaba perfumándose su oscura melena, y llegó con el cabello recogido en dos moños sobre las orejas. Haciendo honor a su nombre,

Jasmine utilizaba esa misma esencia y la aprovechaba al máximo, adornando normalmente su pelo con un par de esas flores. Llevaba la cara empolvada casi de un blanco puro y los labios rojos; sus ojos eran redondos y muy oscuros. Era curvilínea y lucía siempre una sonrisa en la boca. Entró corriendo con sus piecitos y se posó en el brazo de la silla del señor Wu, frotando su perfumada mejilla contra la de él.

Él simuló no darse cuenta de su presencia y ella hizo pucheros.

—Tengo hambre —gimió.

Entonces él hundió la cuchara de porcelana en la sopa de albóndigas y le dio de comer muy serio, mientras ella se inclinaba hacia delante como una niña para recibirla. Entre los dos acabaron en silencio el plato, y luego él apartó la silla de la mesa y ella se acomodó en sus rodillas.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó el señor Wu.

La chica se observó las uñas pintadas de color granate.

—Oh, he estado esperándote... Es todo lo que puedo hacer.

—No puedo estar siempre aquí. Tengo trabajo. Soy un hombre de negocios. Tengo tiendas, mercados y tierras que supervisar. No son nada sin mí.

—Trabajas demasiado —se lamentó—. Me parece que tus hijos deberían ayudarte.

—Oh, mis hijos —gruñó—, piensan sólo en sí mismos y en sus familias. De hecho, dos de ellos se han ido, y el mayor... lo intenta, pero no puedo confiarle todo.

Le gustaba la presión que su redondo cuerpecillo ejercía contra su hombro. Le encantaba el aroma a jazmín de su pelo. Incluso su aliento era perfumado. Recordó la pregunta de *madame* Wu. ¿Quería llevarla a la casa? Por él, sería todo un placer, pero no llegaba a convencerse de sumar al hogar de sus antepasados una chica procedente de una casa de flores. La sombra de su padre lo prohibía.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Jasmine se acurrucó contra él y le deslizó el brazo por detrás del cuello.

—Me gustaría poder ir a vivir contigo. Sería muy buena. No molestaría a ninguna de las damas. Me quedaría sola hasta que tú llegaras.

—No, no —dijo él apresuradamente—. No te quiero allí. Me gusta salir y venir a visitarte. Si fueras a casa, formarías parte de ella, y yo no tendría adonde ir por mi propio placer. Un hombre debe ser él mismo en algún lugar.

Jasmine estaba preparada para aquella respuesta. Tenía una madre anciana que había sido chica de las flores en su juventud y que le había enseñado a cuidarse. «Concubina, a ser posible —le había dicho la anciana Lotus—, y de no ser eso, al menos una casa para ti».

—¿No podrías comprarme una casita? Nunca permitiría la entrada a otro hombre que no fueses tú, y te esperaría todo el día y toda la noche. Entonces podrías ser tú mismo siempre que te apeteciera.

El señor Wu se había planteado ya esa posibilidad. No le gustaba la tranquilidad con que se pronunciaba ahora su nombre siempre que llegaba a aquella casa de flores.

Era, al fin y al cabo, el cabeza de la casa de los Wu y el hombre que ocupaba el rango más alto entre la nobleza de la ciudad.

Pero al ser *madame* Wu quien llevaba las cuentas de la familia, ¿cómo iba a pedirle una cantidad tan grande como la que supondría adquirir una casa para Jasmine?

—Mira, florecita mía —dijo con ternura—, la madre de mis hijos es una mujer maravillosa. Es ella quien lleva las cuentas. ¿Qué debería decirle si quisiera buscar una casa para ti?

—¿No podrías vender alguna tierra y no decírselo? —Se sentó y lo miró suplicante. Tenía una voz infantil que a él le llegaba directamente al corazón.

—Nunca la he engañado —respondió preocupado.

—¿Conoce ella mi existencia? —preguntó Jasmine sorprendida.

—Aproximadamente.

—¿Qué quiere decir aproximadamente?

—Quiere decir que más o menos.

—¿Cómo puede saberlo más o menos? O lo sabe o no lo sabe.

—Digamos entonces que lo sabe. Siempre es más seguro decir que lo sabe que que no lo sabe.

Jasmine volvió a intentarlo. Escondió la cara detrás de su espalda.

—Me temo que llevo la felicidad en mí —musitó—. Por eso quiero la casa. Aquí no puedo tener un hijo.

El señor Wu se alarmó. La apartó de sus rodillas y la puso en pie, y ella se quedó allí, frente a él, cubriéndose la cara con las manos.

—Bien —dijo muy serio—, ha habido otros antes que yo. No eras virgen, por muy joven que seas.

Ella se apartó las manos de la cara. Los polvos de maquillaje seguían impecables.

—Pero mi ama puede demostrarte que no ha habido nadie desde que llegaste tú, o sea, en estos últimos tres meses. —Se giró y se secó los ojos con el borde de la manga—: No importa. —Su voz infantil estaba llena de tristeza—: Es mi destino. Las chicas como yo... A veces ocurre a pesar de todo. Sobre todo cuando de verdad amamos a un hombre. Ése es mi error.

De haber insistido ella, de haberle exigido, él se habría levantado y se habría ido, quizá para no regresar nunca más. Pero tenía el corazón blando.

—Sea culpa mía o no —dijo el señor Wu—, sabes que hay maneras de evitarlo. En eso puedo ayudarte. —Se llevó la mano a su saca, pero ella no estaba dispuesta a aceptar el dinero que le diese. Lo obligó con sus dos manitas a retirar la suya.

—No, por favor. Tendré el niño. Quiero tenerlo.

—No debes.

En aquel momento se vieron interrumpidos por gritos que procedían de la habitación contigua.

—¡Señor Wu, señor Wu! —llamaba el propietario.

La puerta se abrió de golpe. El señor vio allí a su criado, Peng Er.

—¡Amo, amo! —gritó Peng Er—. Tiene que ir a casa. ¡La Segunda Dama se ha colgado del viejo granado!

—¡Madre mía! —murmuró. Se puso de pie de un brinco y se marchó a grandes zancadas, dejando a Jasmine allí sola y con cara de rabia.

La conmoción que reinaba en su casa se alzaba por encima de las paredes de la finca y lo recibió en la calle. Habían llamado a los sacerdotes, que estaban tocando el gong y llorando por el alma perdida de Ch'iuming. Él cruzó corriendo la puerta abierta que nadie vigilaba y se apresuró hacia el patio de las peonías. Allí estaban los sacerdotes y se había congregado toda la casa para lamentarse, llorar y repetir el nombre de Ch'iuming. Se abrió paso entre ellos y allí en medio estaba ella tendida, sobre las banderolas del patio. A su lado, arrodillada, *madame* Wu tenía su cabeza recostada en su brazo. Pero la cara pálida de Ch'iuming parecía por completo carente de vida.

—¿Está muerta? —gritó el señor Wu.

—No encontramos vida en ella —respondió *madame* Wu—. He mandado llamar al sacerdote extranjero. Si tenemos a todos éstos, ¿por qué no él también?

En aquel momento apareció el hermano André, y la multitud congregada se dividió a su paso como el mar frente a un vendaval. Los demás sacerdotes guardaron un celoso silencio. En medio de ese silencio, cayó el clérigo de rodillas, introdujo una aguja en el brazo de Ch'iuming y la mantuvo allí.

—No voy a preguntarle qué está haciendo —le dijo *madame* Wu—. Sé que lo que haga será inteligente.

—Es un estimulante. Pero podría ser demasiado tarde. —Retiró la aguja con tanta rapidez que nadie la vio excepto el señor y la señora Wu.

Pero no era demasiado tarde. Los labios de Ch'iuming empezaron a temblar. Observándola, vieron que sus párpados se movían levemente. *Madame* Wu suspiró.

—Está viva. Entonces el niño está vivo también.

—¿Por qué se ha colgado? —inquirió el señor Wu.

—No nos lo preguntemos hasta que ella pueda explicárnoslo. Pero anuncia a los sacerdotes que su alma ha regresado. Págales generosamente, padre de mis hijos. Deja que piensen que lo han hecho bien para que se marchen y podamos quedarnos todos en paz.

El señor Wu la obedeció, llamó a los sacerdotes y los acompañó hacia el patio exterior. Las mujeres de la familia permanecieron allí, las primas mayores para elogiar a los sacerdotes, y Meng, Rulan y Linyi para observar en silencio el rostro de Ch'iuming, a quien apenas conocían pese a vivir en su misma casa. Era de su misma generación, pero estaba vinculada con los de más edad, por lo que no podían sentirse libres con ella y por eso la habían olvidado.

Pero con ese acto la chica se había acercado a ellas. Era infeliz, no quería pertenecer a los mayores. En el corazón de todas las jóvenes surgió un interés por

Ch'iuming, un interés que en el corazón de Meng se mezcló con pena, con curiosidad en el de Linyi, y con rebeldía en el de Rulan. Todas decidieron, a su propia manera, conocer a Ch'iuming y por qué había hecho aquello.

Pero no había tiempo para esos sentimientos porque en cuanto Ch'iuming volvió en sí, quedó patente que el niño nacería pronto. Debían trasladarla a su cama y mandar llamar a la comadrona. Así se hizo, y ya se disponía a irse el hermano André cuando habló Ch'iuming

—¿Es posible que haya visto al sacerdote extranjero? —suspiró.

—Está a punto de irse —dijo *madame* Wu. Se había sentado junto a la cama de fecundidad mientras las criadas preparaban a la joven para el parto.

—Dígale que venga... sólo un momento —le rogó.

Madame Wu se quedó sorprendida. No sabía que conociese al alto extranjero. Pero con la chica aún tan cerca de la muerte, no se atrevió a negarse a su solicitud. Fue personalmente y detuvo al hermano André cuando iba a marcharse.

—Pregunta por usted. Pase un momento.

Él se giró, inclinó la cabeza y cruzó el umbral de la puerta que daba acceso a la habitación donde Ch'iuming permanecía acostada en una cama gigantesca. El señor Wu estaba a su lado. De pronto se puso rígido ante lo incómodo de las circunstancias. ¡A qué situación había llegado la casa! No le cabía la menor duda de que la joven se había colgado por Jasmine. De forma silenciosa, había protestado con su propia vida.

Ch'iuming habló cuando el hermano André se inclinó junto a la cama, pero lo hizo con una voz tan débil que él ni siquiera pudo oírla. Se le acercó más y oyó entonces las siguientes palabras:

—Si nace una niña, se la entregaré cuando yo muera... No es más que una expósita.

—¿Cómo puede nacer una expósita en esta casa? —preguntó él dulcemente.

—Yo no soy más que una expósita, y es la criatura de una expósita.

Con esto, cerró los ojos y sucumbió al dolor. El clérigo se marchó con cara seria y sin explicar a nadie lo que ella le había contado, lo que le había dicho en un tono de voz tan bajo que nadie había podido oírla.

A última hora de la noche, Ch'iuming dio a luz una niña, una criatura tan pequeña que *madame* Wu la cogió, la envolvió en una manta de algodón y la acercó a su propio pecho para que siguiera con vida. Después se fue rápidamente a sus aposentos, dejando a la joven con la comadrona y con Ying, y llevándose a la niña a su habitación para acostarla en su cama y tenderse a su lado para mantenerla caliente. Entró entonces una criada para ver si necesitaba alguna cosa.

—Calienta ladrillos y tráelos aquí —ordenó *madame* Wu—. Esta criatura es como un capullo que debe abrirse con mucho cuidado.

—Oh, señora, ¿por qué no dejarla morir? Una niña... ¿en qué puede convertirse sino en una cosa enfermiza que únicamente cree problemas en la casa?

—Obedéceme.

La mujer se fue murmurando entre dientes y *madame* Wu miró a la pequeña criatura. Seguía respirando.

Dos días después, el hermano André le comento a *madame* Wu la extraña petición de Ch'iuming. La niña no había muerto. No podía mamar por ser prematura, pero había tragado unas cuantas gotas de leche materna que le habían puesto en la boca con una cuchara. A Ch'iuming le había subido la leche, pero estaba demasiado débil para poder hablar. No había respondido ni cuando *madame* Wu le anunció que la pequeña estaba viva.

—Esta niña no es una expósita —le dijo *madame* Wu al sacerdote con mucha dignidad—. Ha nacido en nuestra casa.

—Sabía que diría eso, y tiene usted razón. Pero ¿por qué dice esa joven madre que se trata de una expósita?

—Ella lo era, hasta que llegó aquí. —Dudó, pero, sorprendida, se encontró explicándole lo que nunca le había explicado, que era ella quien había llevado a Ch'iuming a la casa.

Él escuchaba, con la mirada baja y sus grandes manos sobre las rodillas. Siempre que ella observaba aquellas manos se preguntaba por qué eran tan callosas. Y entonces inquirió súbitamente:

—¿Por qué tiene las manos tan callosas?

Él se había acostumbrado a sus cambios.

—Porque cultivo la tierra para obtener comida para las niñas. —No movió las manos pese a la mirada de ella.

La dama continuó con su relato sin apartar la vista de las manos.

—Me imagino que, siendo sacerdote, no puede comprender ni al hombre ni a la mujer —dijo una vez terminada su historia.

—Siendo sacerdote, puedo comprender tanto al hombre como a la mujer.

—Entonces dígame qué he hecho mal. —Retiró la vista de sus manos para mirarle la cara, y se preguntó por qué, de entre toda la gente del mundo, había elegido abrir totalmente su corazón a un extranjero nacido en un país al otro lado del mar cuyas aguas y cuyos vientos jamás conocería.

—No ha tenido en cuenta que el hombre no está totalmente hecho de carne, y que incluso un hombre como su esposo debe estar en comunión con Dios. Lo ha tratado con desprecio.

—¿Yo? Si no he pensado en otra cosa que en su bienestar.

—Sólo ha pensado en el relleno de su estómago y en la blandura de su cama —dijo claramente—. Y peor que eso, ha comprado a una chica igual que compraría una libra de cerdo. Pero una mujer, cualquier mujer, es más que eso, y todas las mujeres deberían saberlo. Es usted culpable de tres pecados.

—¿Culpable? —repitió.

—Ha desdeñado a su esposo, ha acogido con desprecio a una hermana, y se ha considerado única y por encima de las demás mujeres. Esos pecados han trastornado su casa. Sin saber por qué, sus hijos se han sentido inquietos, y sus esposas, desdichadas, y a pesar de todos sus planes, nadie es feliz. ¿Cuál era su objetivo, *madame*?

Ella se echó a temblar al verse frente a su tranquila mirada.

—Tan sólo ser libre —dijo con voz entrecortada Pensé que si cumplía mi deber con todo el mundo, podría ser libre.

—¿A qué se refiere cuando habla de libertad?

—A muy poca cosa —contestó con humildad—. Simplemente a ser dueña de mi persona y de mi tiempo.

—Pide mucho para usted. Lo pide todo.

Ella notó que estaba a punto de llorar, se sentía como hacía años que no se sentía. Aquel hombre había sacudido la tranquilidad de su ser, la sensación de rectitud que tenía dentro de sí, y estaba asustada. Si ella, de la que dependía toda la casa desde hacía tanto tiempo, se había equivocado y estaba equivocada, ¿qué les sucedería a todos los demás?

—¿Qué puedo hacer? —preguntó con voz débil.

—Perdonarse —respondió él.

—Durante todos estos años, he cumplido escrupulosamente con mi deber.

—Teniendo siempre en mente su libertad.

Ella no podía rebatirlo. Siguió sentada sin moverse, con las manos unidas sobre el raso de color gris perla de su vestido.

—Indíqueme el camino —dijo por fin.

—En lugar de en su libertad, piense en cómo puede liberar a los demás —sugirió dulcemente.

Ella levantó la cabeza.

—De usted —añadió él con la misma dulzura.

Madame Wu nunca había sido una mujer religiosa, y lo miró con expresión vacilante.

—¿Está hablando de su religión extranjera? Si es así, le diré que no la comprendo.

—No estoy hablando de una religión extranjera.

—¿Quiere que me convierta en monja? —exclamó.

—No quiero que se convierta en nada —respondió el tranquilamente.

Se puso en pie, le sonrió según solía y se marchó sin despedirse. Ese acto, que en otro habría parecido de mala educación, le dio a *madame* Wu la sensación de que no existía una ruptura entre el momento que habían pasado juntos y el siguiente, cuando quiera que fuese.

Pasó un buen rato sin moverse. El entramado de las celosías de las ventanas se dibujaba sobre el suelo de baldosas grises como un encaje de sombras y luz de sol. El

ambiente era tranquilo y fresco, pero en la habitación no hacía frío. Frente a la mesa, pegado a la pared interior, había un gran brasero encendido, y las brasas, asfixiadas por las cenizas, desprendían temblorosos rayos incoloros de calor. «Nada — reflexionó— es tan fácil como haber pensado». La libertad no era cuestión de preparativos. Había considerado la libertad como algo parecido al melocotón que cuelga de un árbol. Había cuidado ese árbol, y en su debido momento había cogido la fruta y había descubierto que estaba verde.

Suspiró, y oyó entonces el llanto de la pequeña de Ch'iuming en la estancia contigua; corrió hacia allí, la tomó entre sus brazos para llevarla a su habitación y se sentó junto al brasero. Fuera por el calor o por la sensación de consuelo de sus brazos, la niña se tranquilizó y dejó de llorar para quedarse mirando la cara de *madame Wu*.

«A esta chiquilla no la amo —pensó—. Quizá nunca haya amado a ningún niño. Quizá ése sea mi problema, que nunca he sido capaz de amar a nadie».

Pero, pese a su falta de amor, retuvo a la pequeña entre sus brazos con cuidado, y cuando llegó Ying y la cogió, supervisó de nuevo cómo le daba de comer, e incluso se sintió satisfecha al ver que la niña comía con ganas.

Observando la escena, le dijo a Ying:

—Dame la niña y se la llevaré a su madre. Esta mujercita vivirá, y le salvará la vida a su madre.

Fue así como poco después caminaba bajo el sol con la niña en brazos, atravesaba su antiguo patio y entraba en la habitación donde Ch'iuming permanecía acostada en la gigantesca cama cuyos cortinajes mostraban aún los símbolos de la fecundidad. Ch'iuming estaba tendida con los ojos y la boca cerrados. Su palidez era intensa. Tenía las manos abiertas y flojas sobre el cubrecama de seda. Unas manos que habían cambiado en el transcurso de los últimos meses. A su llegada eran manos fuertes y endurecidas por el trabajo, y ahora eran frágiles y blancas.

—Aquí está tu hija —le dijo suavemente *madame Wu*—. Ha comido tan bien que está lo bastante fuerte para venir y descansar entre tus brazos.

Viendo que Ch'iuming no se movía, le levantó el brazo, colocó a la pequeña en el círculo formado por el mismo y la cubrió con la colcha. El brazo de la joven se tensó entonces. Abrió los ojos.

—Debe perdonarme que no le haya pagado con un hijo —dijo humildemente.

—¿Acaso no sé yo que tanto los niños como las niñas vienen del Cielo? —replicó—. Además, hoy en día también se agradecen las hijas. —Entonces recordó lo que el hermano André le había dicho y prosiguió rápidamente—: No pienses que tienes un deber hacia mí. No es así.

Ch'iuming parecía sorprendida.

—¿Por qué estoy aquí si no? —preguntó.

Madame Wu se sentó en el borde de la cama.

—He descubierto que me equivoqué mucho contigo, hermana. Cierto que te traje

aquí igual que podría haber comprado una libra de cerdo. ¿Cómo pude atreverme a comportarme así con un ser humano? Ahora me doy cuenta de que no pensé en tu alma en ningún momento. ¿Qué puedo hacer para enmendarlo?

Pronunció aquellas palabras con su hermosa voz, sin alzar el tono ni bajarlo, y el rostro de Ch'iuming fue mostrándose cada vez más asustado.

—¿Pero adónde iré? —tartamudeó.

Madame Wu vio que Ch'iuming no la había comprendido en absoluto y que pensaba que, muy educadamente, con la forma de hablar de los ricos y los grandes, ella estaba diciéndole que no servía para nada y que ya no la querían en la casa.

—No deseo que te marches a ninguna parte —aseguró—. Lo único que digo es que te he hecho daño. Te lo diré de otro modo: si pudieras elegir, si no tuvieras que pensar en nadie, ¿qué harías?

—¿Cómo puedo no pensar en nadie? —preguntó Ch'iuming, perpleja—. Está el señor, y está usted. Y más allá de dos personas tan honorables como ustedes, está toda la familia.

—¿Por qué le pediste al sacerdote extranjero que se llevara a tu hija si morías?

—No quería causar problemas con una niña.

—¿Por qué intentaste morir antes del día que te tiene preparado el destino?

—Porque Ying me explicó que, por mi forma, veía que daría a luz una niña, de modo que me dije, de corazón: «Nos iremos juntas y así no seremos un problema para nadie».

—La muerte puede ser tanto problema como la vida.

—No en mi caso —replicó con inocencia Ch'iu ming—, pues carezco de valor para nadie.

Madame Wu no tenía respuesta para eso. Se incorporó, sintiéndose impotente un instante.

—Deja de una vez esas ideas. Si hubieses fallecido, habría supuesto un gran problema sacar adelante a esta criatura, y sabes que yo nunca he sido de las que piensan que se debe dejar morir a las niñas.

—Es usted buena —dijo Ch'iuming, y volvió a cerrar los ojos. Bajo sus párpados aparecieron lágrimas.

Madame Wu las vio, pero vio también cómo el brazo de la joven sujetaba con fuerza a su hija. Lo tomó como una buena señal y se marchó.

Atravesando el patio se tropezó con el señor Wu, que llegaba de la calle. Se toparon cara con cara sin esperárselo, y al ver el modo en que se sonrojaba él y cómo aparecían en su frente unas pequeñas gotas de sudor, la dama comprendió al instante que había estado haciendo algo que ella no aprobaba.

—¡Madre de mis hijos! —exclamó.

—Salgo de visitar a la Segunda Dama —dijo ella amigablemente—. Debemos reflexionar sobre su situación. Intentó morir porque temía que la criatura fuese una niña y que las dos supusiesen una carga para la casa.

—¡Qué tontería! ¡Como si fuésemos nosotros gente ordinaria que ha de pensar en una boca más o menos!

—Hemos de hablar. Necesito conocer tu sabia opinión. —Siguieron juntos en la misma dirección y fueron a la gran estancia de forma cuadrada donde tantas horas habían compartido durante su periodo de vida en común. Al lado estaba la habitación donde Ch'iuming seguía acostada con su hija en brazos, pero no corrían peligro de que los oyera. El techo con vigas era alto y engullía cualquier voz humana—: Tenemos a esta persona en la casa, ¿qué debemos hacer con ella y con la nueva vida que ha traído al mundo? Por lo que veo, no ha cautivado tu corazón. Pero aquí está. Debo pedirte disculpas.

El señor Wu parecía incómodo. Por la mañana se había vestido con muchas pieles y el día ya no estaba tan frío. Además, se acaloraba ante cualquier situación violenta, incluso en invierno.

—Me avergüenzo de que..., después de todas tus atenciones... —tartamudeó—. Ella es buena. Pero ya sabes cómo van estas cosas. La bondad es excelente en la mujer. Pero...

—Fui muy egoísta —dijo ella simplemente. Estaba sentada en su postura habitual, con las manos unidas sobre el regazo. No lo miraba, sino que observaba pensativa las sombras del suelo. El sol que entraba por la puerta abierta proyectaba la sombra del bambú de invierno y sus hojas lanceadas bailaban en el aire. Pensó en el hermano André, y de pronto comprendió lo que había querido decirle. Jamás conseguiría ser libre hasta que se hubiese ofrecido por completo, y eso sólo podría lograrlo aceptando lo que más odiaba—. Veo que me he equivocado —prosiguió, sin levantar la vista—. Que todo sea según tus deseos. Si así lo quieres, Ch'iuming se irá de la casa. Y yo volveré. Olvidaremos, tú y yo, estos últimos meses.

Quedó entonces esperando sus palabras de bienvenida, pero él no las pronunció. Cuando el silencio se hizo más intenso, alzó la vista y vio la colorada cara de su marido, bañada ahora en sudor. El señor Wu rió de amargura al ver que lo miraba, se abrió el cuello de la chaqueta, sacó de allí un pañuelo de seda y se secó la cara.

—De haberlo sabido —jadeó—, de haberlo soñado.

Entonces ella sintió una presión gélida sobre el corazón. Él no la quería. Los rumores que había oído eran ciertos. Había encontrado a otra.

—Háblame de ella —dijo con delicadeza.

De forma entrecortada, tartamudeando y con gruñidos de risas incómodas, él le explicó que se preguntaba si podría instalar a Jasmine en una casa aparte de la suya. Era una chica joven e infantil.

—No quiero añadirte más obligaciones bajo este techo.

Ella abrió sus encantadores ojos.

—¿Sería para mí una obligación si con ello estás feliz? —preguntó con su voz más cantarina—. Que venga y viva bajo mi mismo techo. ¿Por qué dividir tu casa?

Él se levantó, se le acercó y le tomó la mano. Y allí quedó, fría y floja sobre la

mano rolliza de él.

—Eres una buena mujer —dijo solemnemente—. No todos los hombres pueden tener lo que quieren y, además, vivir en paz bajo su propio techo.

Ella sonrió y retiró la mano.

Pero mucho después de que se separaran, empezó a sorprenderse de la frialdad de la satisfacción que había experimentado. Una cosa era elegir a una mujer que ocupara su lugar. Pero qué distinto que fuera él quien la eligiese. Estaba maravillada por lo complicada que podía ser la vida entre un hombre y una mujer. Se había considerado liberada de él porque no lo amaba. Pero saber que el amor del señor Wu hacia ella había cesado y sentirse herida significaba que no se había liberado de él. El hermano André tenía razón. Siempre pensaba única y exclusivamente en sí misma.

—¿Cómo puedo deshacerme de la carga que me supone mi propia persona? —le preguntó al hermano André.

—Piense sólo en los demás —respondió él.

—¿Significa eso que siempre debo ceder ante los demás?

—Si no ceder significa estar pensando en usted, entonces debe ceder.

—El padre de mis hijos quiere traer otra mujer a la casa. ¿Debo admitir eso?

—Su pecado fue meter en la casa a la primera mujer.

A su manera, ella se enfadó al oír eso. De su corazón surgió una ráfaga de mal carácter, como un súbito torbellino.

—Ahora ha hablado como un sacerdote —dijo con malevolencia—. Usted no puede comprender lo que significa verse obligada a doblegar tu cuerpo a un hombre, año tras año, en contra de tu voluntad. —Sentía en su interior el extraño deseo de hacerle partícipe de su infelicidad, y así continuó, sin prescindir de ningún detalle—: Dejar tu delicado cuerpo en manos poco delicadas, ver cómo aumenta el calor de la lujuria mientras tu propia piel se torna fría..., sentir que tu corazón se debilita y tu mente enferma, y aun así, sentirte obligada con tal de mantener la paz en la casa.

El rostro de él seguía puro e imperturbable.

—Hay muchas maneras de ofrecer el cuerpo como sacrificio del alma.

Ella suspiró.

—¿Debo permitir la entrada de esta segunda mujer?

—¿No es mejor tenerla bajo su techo con su consentimiento que bajo otro sin él?

—Jamás pensé que un cura extranjero me daría ese consejo —replicó ella con renovada malicia.

Interrumpió la conversación abriendo el libro, y siguiendo las directrices del hermano André, estudió la poesía de los salmos hebreos. A medida que avanzaba la hora y que iba descubriendo en qué consistían, se sintió profundamente conmovida. En ellos, el corazón humano aclamaba con fuerza a lo que podía venerar. ¿Y qué era la veneración sino la confianza y la esperanza de que la vida y la muerte tenían

sentido porque habían sido creadas y planificadas por el Cielo?

—¿Es nuestro Cielo su Dios, y su Dios nuestro Cielo? —preguntó.

—Son una misma cosa —respondió él.

—Pero la Pequeña Hermana Hsia me dijo que no era así. Siempre decía que creyéramos en el único Dios verdadero y no en nuestro Cielo. Decía que no eran lo mismo.

—Dentro de un templo siempre hay algunos más tontos —dijo con suavidad—. Existe un solo Dios verdadero. Tiene muchos nombres.

—Entonces, en todos los lugares de la redonda tierra, sean cuales sean los mares, ¿todos los que creen en un Dios creen en el Único?

—Y por lo tanto son hermanos —corroboró él.

—¿Y si no creo en ningún Dios? —insistió.

—Dios es paciente. Dios espera. ¿Acaso no existe la eternidad?

Madame Wu sintió entonces una extraña corriente cálida que los atravesaba a los dos. Pero ni empezaba en él ni terminaba en ella. Era simplemente como si ellos la transmitiesen, desde los extremos de la tierra hasta los extremos de la tierra.

—El Cielo es paciente —repitió—. El Cielo espera.

Se separaron con aquellas palabras. El hermano André guardó sus libros en un pañuelo grande, raído y de color negro, y se puso el hatillo bajo el brazo. Ella se quedó en la puerta de la biblioteca observándolo cruzar el patio. Su gigantesca figura empezaba a encorvarse, como si su cabeza entrecana supusiera una carga para sus anchas espaldas. O quizá se debiera a que andaba cada vez más con la mirada fija en el camino que tenía delante. Apenas levantaba la cabeza para ver lo que había al final del camino.

Dio media vuelta y entró de nuevo en la biblioteca, siguiendo su costumbre después de terminar las clases. A veces permanecía hasta una hora allí para grabarse en la cabeza todo lo que el hermano André le había enseñado, para volver a leer lo que habían leído juntos, para contemplar las imágenes que él le había dejado, para reflexionar sobre las palabras que él había pronunciado.

Pero aquel día, apenas llevaba una hora sentada cuando oyó gritos en los patios, y alzó la cabeza para prestar atención. Fuera lo que fuese, Ying se lo comunicaría enseguida. Y justo cuando pensaba en eso, la vio llegar corriendo. Gemía, lloraba y se cubría la cara con el delantal.

Madame Wu se levantó enseguida y el libro que tenía en las manos cayó al suelo. Había sucedido algo terrible. Pensó en Liangmo, su hijo mayor. Pero por la mañana había salido de casa tranquilamente, como era habitual. Pensó en el señor Wu. Ying estaba ya en el umbral. Se retiró el delantal de la cara y exclamó:

—¡Qué desgracia! ¡El sacerdote extranjero!

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó bruscamente—. Si estaba aquí hace un momento.

—Le han pegado una paliza en la calle —gritó—. ¡Le han abierto la cabeza!

—¿Que le han pegado? —Su voz era como un eco.

—Los jóvenes esos —sollozó Ying—. La Banda Verde... ¡Esos malvados! Estaban robando en la tienda del prestamista, y el sacerdote ha visto al prestamista gritando y maldiciendo al Cielo, y se ha detenido para ayudarlo. Entonces han salido los jóvenes y le han golpeado también a él en la cabeza.

Madame Wu apenas había oído hablar de la Banda Verde. Pero sabía que se trataba de jóvenes rufianes que deambulaban por los caminos del país y las calles de la ciudad. El administrador de sus tierras siempre tenía un apunte en sus cuentas: «Honorarios para la Banda Verde».

—¿Dónde está el hermano André? —preguntó.

—Se lo han llevado a su casa y lo han acostado, pero acaba de llegar el centinela y dice que pregunta por usted —dijo Ying.

—Debo ir. Ayúdame con el vestido.

—Mandaré llamar a los porteadores.

—No, no hay tiempo. Cogeré un rickshaw en la calle.

Unos minutos después, la casa entera sabía que *madame* Wu había ido, por vez primera en su vida, a un lugar desconocido, a la casa del sacerdote extranjero. Ella tomó asiento en el rickshaw y le dijo al hombre que tiraba del carrito y le daba la espalda:

—Te pagaré el doble si duplicas tu velocidad habitual.

—Págume el triple y triplicaré mi velocidad —gritó él por encima del hombro.

Detrás, a una buena distancia, la seguía Ying en un segundo rickshaw, y por una vez, *madame* Wu no pensó en lo que la gente podría decir. Sólo tenía una cosa en mente, que de un modo u otro debía llegar a su lado a tiempo de poder oír su voz una vez más y recibir sus instrucciones para el resto de su vida.

Así fue como se plantó frente a la sencilla verja de madera sin pintar que se abría en el centro de un muro de adobe, y sin mirar nada más, la cruzó. La esperaba una mujer vieja, llorando.

—¿Dónde está nuestro hermano mayor? —preguntó *madame* Wu.

La anciana se volvió, y después de atravesar un patio lleno de niñas llorosas, la hizo entrar en la casa de adobe de una sola planta.

Allí, acostado en una estrecha cama de bambú, se hallaba el hermano André. Estaba rodeado de hombres y mujeres de las calles vestidos con harapos, todos se apartaron para que *madame* Wu pudiera acercarse a la cama, y como intuyendo su presencia, el sacerdote abrió los ojos. Llevaba la cabeza toscamente vendada con una áspera toalla blanca y la sangre le caía hasta la mejilla y empapaba la almohada sobre la que reposaba.

—Estoy aquí —anunció ella—. Dígame qué debo hacer.

Él estuvo un momento eterno sin poder hablar. Estaba muriéndose. *Madame* Wu se percató del vacío que llenaba el fondo de sus ojos oscuros y vio entonces toda su fuerza de voluntad iluminándolos. Él abrió los labios, su pecho se levantó con un

suspiro profundo y la miró.

—Dé de comer a mis corderos —dijo claramente.

Entonces *madame Wu* vio acercarse a la muerte. La respiración del hermano André cesó, los párpados temblaron, la voluntad se retiró. Su enorme cuerpo se estremeció y estiró las manos hasta que quedaron colgando de ambos lados de la cama y chocaron contra el frío suelo de ladrillo. Ella se inclinó para recoger su mano derecha y un hombre harapiento se adelantó para sujetarle la izquierda. Se quedaron ambos cogiéndoselas. Ella miró al hombre a los ojos. Era un personaje anónimo, nada, un criado, un mendigo. Él la miró tímidamente y depositó con delicadeza la mano del clérigo sobre su callado pecho, y *madame Wu*, acto seguido, dejó la derecha sobre aquélla. Las niñas entraron corriendo en la habitación y se arremolinaron junto a la cama convertida en féretro, todas llorando y gritando: «¡Padre, padre!». La dama se dio cuenta entonces de que sólo había niñas; la mayor no tendría más de quince años, y las de más edad llevaban en brazos a las pequeñas que no caminaban aún. Se inclinaron sobre el hermano André para tocarlo con sus manitas, acariciarle la barba, y limpiarle la cara de sangre con los bordes de la túnica, sin dejar de llorar.

—¿Quiénes sois? —preguntó *madame Wu* con una voz curiosamente tranquila.

—Somos sus corderos —respondieron en un desordenado coro.

—Descarriados —dijo el hombre harapiento—. Él recogía a las pequeñas junto a las murallas de la ciudad, donde las abandonaban. Las mayores son esclavas huidas. Recogía a cualquiera.

Madame Wu deseaba llorar su muerte a solas y sólo para ella. Pero las niñas se abalanzaban sobre él, lo abrazaban.

—Está frío —sollozó una chiquilla. Las lágrimas le brillaban en las mejillas. Acercó la mano de él a su mejilla mojada—. Tiene la mano muy fría.

Madame Wu permanecía inmóvil en medio de aquella extraña familia. Entonces se le ocurrió que todavía no sabía todo lo sucedido.

—¿Quién lo ha traído hasta su cama? —preguntó en voz baja.

El hombre vestido con andrajos se golpeó el pecho.

—Yo. Lo he visto caer. Todo el mundo en la calle estaba asustado. Los Ladrones Verdes han huido corriendo al verlo moribundo. El prestamista ha bajado las persianas y se ha metido en su casa. Yo no soy más que un mendigo, ¿qué tengo yo que temer? Este sacerdote extranjero solía darme algunas monedas, sobre todo en invierno. Y a veces me alojaba en su casa por la noche, y yo dormía aquí hasta la mañana, y luego me daba comida.

—¡Tú lo has traído hasta aquí!

—Estos hermanos mendigos y yo —aclaró. Ella vio entonces a media docena de compañeros de aquel hombre, vestidos también con harapos—. Es demasiado grande para transportarlo entre uno o dos.

Madame Wu miró el rostro en paz del hermano André. Se había acercado hasta

allí esperando oír unas palabras para sí misma. Pero él le había dicho: «Dé de comer a mis corderos». Y ahí estaban todas esas pequeñas. Las miró, y ellas la miraron. La observaban con el rápido instinto de los niños, traspasando su optimismo de la figura silenciosa del hermano André a su persona inmóvil pero viva.

—¿Qué haré con vosotras? —dijo dudosa.

—Señora, ¿qué le ha dicho nuestro padre que debía hacer? —preguntó ansiosa una pequeña flacucha. Llevaba en sus brazos a un bebé rollizo y alegre.

Madame Wu no pudo más que responder la verdad.

—Ha dicho que tenía que daros de comer.

Las niñas se miraron. La flacucha le pasó el bebé a otra.

—¿Tienes comida suficiente para todas nosotras? —preguntó muy seria.

—Sí —respondió. Seguía mirando a las chiquillas.

—Somos veinte. Yo tengo quince años... A los dieciséis nos busca un futuro.

—¿Os busca un futuro?

Había llegado también la anciana, que respondió:

—A los dieciséis les busca casa y un buen esposo.

Hablaban como si la figura inmóvil que yacía en la cama continuara con vida.

Madame Wu miró al hermano André. Tenía los ojos cerrados y las manos unidas sobre el pecho.

—Idos de esta habitación —dijo de repente—. ¡Todos! Dejadlo en paz.

Salieron obedientemente, mendigos, niñas y la anciana, y ella se quedó sola. Ying seguía rígida en el umbral.

—Márchate, Ying.

—Esperaré en la puerta.

Madame Wu la cerró. Lo que estaba haciendo provocaría habladurías. ¿Por qué una dama tendría que querer estar sola con un sacerdote extranjero, aun estando él muerto? No le importaba. En aquel momento, para ella no era ni un extranjero ni un sacerdote. Era el único ser que había conocido en su vida al que veneraba. El Viejo Caballero le había enseñado mucho. Pero el Viejo Caballero temía a muchas cosas. El hermano André no le tenía miedo a nada. No temía ni a la vida ni a la muerte. En vida, ella nunca había pensado en él como hombre, pero ahora que estaba muerto lo veía como un hombre muerto. Debía de haber sido extremadamente guapo en su juventud. Su enorme cuerpo allí tendido tenía proporciones majestuosas. Tenía la piel pálida y la muerte la había tornado casi transparente.

De pronto lo reconoció.

—¡Tú, a quien amo! —murmuró, terriblemente asombrada.

Fue una toma de conciencia, y en el instante en que lo aceptó, todo su ser empezó a cambiar. Aun sin moverse, su cuerpo percibía un hormigueo, la sangre le llenaba el corazón y su cerebro estaba más claro que nunca. Notaba el cuerpo ligero y fuerte. Levantó la cabeza y observó la habitación. Las cuatro paredes continuaban allí, pero ella se sentía libre y completa. El cuerpo seguía muerto y tendido en el camastro, pero

ahora, mirándolo, sabía que él lo había abandonado. Ella era escéptica hasta la médula. Llevaba años sin entrar en un templo ni quemar incienso en honor a un dios. Su padre le había quitado de encima las supersticiones tan comunes entre las mujeres, y el Viejo Caballero había rematado el trabajo. Ahora no creía de repente en un Dios invisible, pero sabía con seguridad que aquel hombre seguía con vida.

—André. —Se dirigió a él por su nombre en voz baja y clara, y nunca volvería a llamarlo hermano—: Tú vives en mí. Haré todo lo posible para proteger tu vida.

La paz inundó su corazón en cuanto pronunció aquellas palabras. Era una sensación tan profunda, tan tranquilizadora, tan satisfactoria, que por primera vez en su vida supo que nunca antes había conocido la paz. De pie, inmóvil, en aquella habitación desnuda y frente a su cadáver, se sentía feliz.

Aquella felicidad no era un estado de trance. Era una energía que empezaba a funcionar en su mente y en su cuerpo. Había determinadas cosas que debía hacer y que ahora tenía perfectamente claras. Su cuerpo muerto debía ser enterrado, sin sacerdotes ni oraciones. Ella debía recolocar sus escasas posesiones, y se encargaría de todo personalmente. Y después, continuaría con lo que él estaba haciendo, sin más.

Abandonó calmada la habitación para entrar en otra donde la esperaban Ying y la anciana, los mendigos y las niñas. Tomó asiento en una de las sillas de madera.

—En cuanto a su funeral, ¿dejó algún tipo de instrucciones?

Todos se miraron entre sí. Las niñas estaban sobrecogidas y no dijeron nada. La anciana sollozó y se secó las lágrimas con el delantal.

—La verdad es que nunca pensó en su muerte —exclamó—. Ni tampoco nosotras pensamos en su muerte.

—¿Tiene familia en alguna parte? De ser así, me imagino que deberíamos enviarles sus restos.

Nadie sabía que tuviera familia. Había llegado allí hacía un número indeterminado de años y no había vuelto a marcharse.

—¿Recibía cartas? —preguntó *madame Wu*.

—Nunca las leía cuando las recibía —dijo la anciana—. Las dejaba sin abrir, y yo las recogía pasado un tiempo y las cosía bajo las suelas de los zapatos de las niñas.

—¿Y nunca escribía cartas?

—Nunca.

—¿Y a ti? —le dijo al mendigo—. ¿Habló contigo alguna vez?

—Nunca de nadie con quien estuviera relacionado —respondió—. Hablábamos sólo de gente de la ciudad y los alrededores que necesitaba algún tipo de ayuda.

Madame Wu reflexionó sobre aquello. André le pertenecía totalmente. No había nadie más. Compraría un sencillo ataúd negro. En cuanto al lugar, lo enterraría en sus tierras. Pensó en uno de sus lugares favoritos, en la ladera de una colina junto a los campos de arroz. Allí donde crecía un ginkgo, muy viejo, bajo cuya sombra ella siempre descansaba cuando en primavera iba a ver la plantación.

Se levantó.

—Esta tarde me encargaré de que caven su tumba.

Las niñas y la anciana la observaron ansiosas y ella comprendió su ansiedad. Todas estaban pensando qué sería de ellas.

—La casa —dijo, mirando la habitación desnuda ¿es suya?

La anciana negó con la cabeza.

—Es una casa alquilada, y la conseguimos muy barata porque está encantada. Nadie quiere vivir en ella porque está habitada por comadreas, que transportan el espíritu de los malvados. Pero los espíritus malos lo temían y siempre hemos vivido aquí sin problemas y por un coste mínimo.

—¿No posee nada?

—Nada, excepto dos mudas de ropa. Llevaba una y yo le lavaba la otra. Tiene unos cuantos libros y la cruz. Antes tenía una imagen muy bonita clavada a una cruz de madera, y la colgaba en la pared de su habitación, sobre la cama. Pero una noche cayó y se partió, y ya no tuvo otra. Tenía un rosario, pero una de las niñas rompió la cuerda jugando, y él no volvió a unirlo. Parte de las cuentas rodaron y se perdieron, y dijo que ya no lo necesitaba.

Madame Wu observaba la habitación mientras la anciana iba hablando.

—¿Qué hay en esa caja negra? —preguntó, y la señaló con el dedo.

La anciana la miró.

—Es una caja de voces mágicas. De noche solía escuchar las voces.

Madame Wu recordó lo que le había contado. Se acercó a la caja, presionó la oreja contra ella y no oyó nada.

—No habla para nadie más —explicó la anciana.

—Entonces la enterraremos con él —decidió *madame Wu*.

—Posee una cosa más, y también es mágica —añadió la anciana vacilando—. Nos dijo que no la tocáramos nunca.

—¿Dónde está?

La anciana se arrastró debajo de la cama y sacó de allí una caja de madera de forma alargada. La abrió, y apareció un instrumento cuya forma recordaba la de una pipa.

—Se lo acercaba al ojo derecho cuando la noche era clara y miraba el cielo.

Madame Wu supo enseguida que se trataba de su medio de mirar las estrellas.

—Me lo llevaré. Y ahora tráeme sus libros, y haz que entierren con él sus vestidos y la cruz. En cuanto a la casa, que sea devuelta al propietario. Dile que he dicho que ha sido exorcizada y limpiada de todo mal. Puede alquilarla de nuevo a un buen precio.

Las niñas se apiñaron alrededor de la anciana; escucharon en silencio, con miedo y conteniendo la respiración. Se quedaban sin casa. Ya no tenían nada.

Madame Wu les sonrió. Con una ternura completamente nueva para ella comprendía a la perfección lo que estaban pensando.

—En cuanto a vosotras, a todas vosotras, y también tú, hermana mayor, vendréis a mi casa y viviréis allí.

Las niñas lanzaron un enorme suspiro. Estaban a salvo. Aceptaron su nueva seguridad con la facilidad y la confianza de la infancia y se sintieron emocionadas de inmediato.

—Cuándo... Cuándo —empezaron a gritar.

—Pienso que deberíais quedaros aquí con él hasta mañana. Iremos todas juntas a darle sepultura. Pero no regresaréis aquí. Vendréis a casa conmigo.

—Buen corazón —sollozó la anciana—. ¡Bondadoso y amable corazón! ¡Él lo sabe..., seguro que lo sabe!

Madame Wu sonrió sin hacer comentarios.

—¿Tenéis arroz suficiente para comer? Habrán de alimentarse hoy y mañana por la mañana. La comida de la noche se hará ya en mi casa.

—Él siempre guardaba en la casa comida para todo un día —respondió la anciana—. Al menos tenemos siempre comida para pasar el día.

—Entonces volveré mañana.

Dejó que las niñas se apretujaran contra ella un momento, consciente de que estaban acostumbradas a pegarse a él y sentir su presencia corpórea, y de que necesitaban de ella ese mismo consuelo. Luego les dijo dulcemente:

—Hasta mañana, pequeñas mías. —Y abandonó la casa donde yacía muerto el cuerpo de André; era una criatura distinta a la mujer que había entrado allí.

Regresó a sus estancias y se sentó a solas con su alterada personalidad. Aceptó la muerte de André. De haber seguido él con vida, habría llegado sin duda el momento en que habría descubierto que lo amaba. Y entonces sólo habría podido elegir una de las dos alternativas que se le habrían presentado. Podría haberse excusado para no verlo nunca más, o podría haber doblegado su alma ante él para contarle su amor. Sabía que eso los habría separado.

Aquella noche la pasó sola y despierta, negándose a permitir que Ying entrase a acostarla. No quería acostarse en una cama. Quería permanecer sentada, viva, en estado de alerta, sola, descubriendo la totalidad de su nueva conciencia. Amaba a un hombre, un extranjero, un desconocido, un hombre que nunca había extendido su mano para acariciar la suya, cuya caricia habría sido impensable. Sonrió durante un largo rato en la oscuridad. La casa estaba oscura y en silencio, pero a su lado ardía una vela y su corazón hablaba en voz alta.

—¿Me habrías temido de haberte acariciado con mi mano? —dijo.

Pero sabía que André no tenía miedo a nadie. Estaba aquel Dios suyo. Pensó entonces que los dioses de los hombres eran enemigos de las mujeres. Sintió celos por primera vez en su vida.

«Nosotras no tenemos dioses», reflexionó.

Los verdaderos dioses eran algo imposible para las mujeres. Pensó en las mujeres que conocía y que veneraban a dioses. La Pequeña Hermana Hsia hablaba

continuamente del suyo. Pero la Pequeña Hermana Hsia no tenía nada más de que hablar, ni esposo ni hijos, ni amigos ni familia. En aquel vacío, había salido y había encontrado su Dios. No, la única prueba verdadera para la mujer era si, teniendo todo lo demás, como tenían los hombres, lo rechazaba todo, salía y hallaba un dios. Ninguna de las mujeres que conocía bien, y que había conocido bien a lo largo de su vida, había buscado de verdad a Dios. Es decir, ninguna lo había hecho tal y como lo había hecho André, cuando de joven abandonó a la mujer que amaba, las riquezas que pudiera haber tenido y la fama que le habrían aportado sus conocimientos, para entregar su vida a Dios.

Hizo una pausa en sus reflexiones para pensar un momento en la mujer que André había amado y abandonado en su juventud, para amar, en cambio, la soledad. Debía de ser joven y bella, sin duda. Sintió más celos, no porque André hubiera amado a esa mujer, sino porque esa desconocida y olvidada tanto tiempo atrás había conocido a André de joven, cuando no era aún sacerdote.

«Me habría gustado verlo cuando era un joven gigante», pensó. Seguía sentada en una paz perfecta, en completa quietud, con las manos unidas y los anillos brillando suavemente en los dedos. Sí, André de joven debió de resultar muy atractivo para una mujer. Era guapo incluso como hombre maduro, pero de joven sería como un dios. Sintió entonces pena por la mujer a la que había dejado. Seguramente ahora estaría casada y quizá con muchos hijos, pues las mujeres no mueren porque un hombre las deje, pero en algún rincón de su corazón pensaría aún en André, con amor o con odio. Si era una mujer de corazón pequeño, lo odiaría, y si era de gran corazón, no lo culparía de nada y seguiría amándolo. O tal vez ya no pensara en él. Quizá se hubiese cansado y evitase cualquier sentimiento, como puede suceder con las mujeres cuando su corazón y su cuerpo han sido utilizados en exceso. Lo que entretejía el corazón y el cuerpo era la debilidad de la mujer, trama y tejido, y cuando el cuerpo se utilizaba en exceso, el corazón acababa también gastado, a menos que tuviera amor, como el que ella sentía en aquel momento por André. La muerte la había liberado del cuerpo de él. De haber continuado él con vida, sus almas se habrían perdido en la trampa de la carne. Le sorprendió notar en ese instante una repentina y abundante explosión de sangre en sus órganos vitales.

«Soy una mujer pese a todo», se dijo, gratamente asombrada. Pensar en el enorme cuerpo de André enriquecía su ser. ¡Qué peligro para la paz habría supuesto tenerlo presente en carne y hueso! Sintió un impulso de gratitud hacia los ladrones de la Banda Verde que habían acabado con un peligro como aquél. Pero se arrepintió en el instante en que vio, a través de la puerta abierta, el exquisito reflejo de la luz de la luna sobre las orquídeas, bajo los bambúes. Era una crueldad alegrarse de que los ojos de André se hubiesen cerrado para siempre.

—No es que me alegre de que hayas muerto —le explicó—. Es simplemente que tú y yo nos hemos ahorrado un gran dolor y de este modo podemos conservar nuestra gran dicha. Sabes sin duda que te quiero.

Y murmurando esas palabras cobró conciencia de que él la comprendía a la perfección. Nada podía haberle dado una sensación tan instantánea de completo consuelo y contento. Sabía que una violación del sacerdocio por parte de André le habría supuesto tanto dolor como a ella le habría causado violar el deber que tenía hacia su familia. Habrían rezado para renunciar el uno al otro, pero para llevarlo a la práctica, habría sido necesario no verse nunca más. La renuncia ya no era necesaria. Podía pensar en él tanto como quisiera y sin peligro alguno.

«Pero, naturalmente, yo he cambiado. —Seguía sentada, sin moverse para nada exteriormente, pero reflexionando sobre cómo había cambiado. No lo sabía. Tendría que descubrirlo por sí misma. Su corazón había mudado—. Ahora soy una perfecta desconocida para mí —pensó algo sorprendida—. No sé cómo voy a actuar ni cómo me sentiré».

Y después de aquel descubrimiento, transcurrió una hora entera en la que continuó sentada y sin moverse.

«No sé cómo voy a actuar. Lo que mana de mi ser es distinto. Ya no viviré por deber, sino por amor». Y así, a través del amor, se descubrió como persona.

Sintió de nuevo esa extraña explosión enriquecedora recorriéndole todo el cuerpo, seguida por una serena satisfacción.

Y entonces pensó en el instrumento para ver las estrellas. Había ordenado que se lo llevaran a casa y lo tenía en su biblioteca. Se dirigió hacia allí, lo sacó de la caja con cierta dificultad, pues era un objeto pesado, y lo instaló sobre las tres patas plegables que encontró también en el interior de la caja. Luego oteó el cielo a través de la puerta abierta.

Esperaba ver al instante las formas de las estrellas y de la luna en su recorrido. Pero para su frustración, pese a que la noche era clara, no vio nada. Lo probó de todas las maneras posibles, pero el cielo permanecía cerrado para ella, y, suspirando, guardó de nuevo el instrumento. Carecía de los conocimientos necesarios para utilizarlo.

«Le pertenece sólo a él. Lo enterraré con él, junto con la caja de voces de la noche».

Tomada esa decisión, se acostó y se durmió.

El funeral no tuvo nada que ver con cualquiera que se hubiese llevado a cabo antes en la ciudad. *Madame* Wu no podía permitir que fuese semejante a un entierro familiar. Pero le dio los honores del funeral del tutor de su hijo. Vistió a las niñas con tela blanca, sin dobladillos, y los mendigos que habían transportado al hermano André hasta su casa pidieron vestirse de duelo. Ella no se puso luto.

Después de reflexionarlo, había preguntado antes del funeral si debía informarse del fallecimiento a los pocos extranjeros que vivían en la ciudad. La Pequeña Hermana Hsia debería conocer la noticia, tal vez, y a buen seguro también el médico

extranjero.

Madame Wu no había visto nunca a ese médico y tampoco quería verlo ahora. Había oído decir que esos doctores iban siempre armados con cuchillos, dispuestos a abrir a cualquiera que estuviese enfermo. A veces actuaban con inteligencia extirpando tumores y bultos, pero a menudo mataban a la gente, y contra un médico extranjero no había la misma enmienda que contra aquel de los suyos que mataba en lugar de curar. Por ese motivo, pocas personas de la ciudad se acercaban al hombre a menos que estuvieran ya seguras de su muerte.

A través de un criado, envió un mensaje a los pocos forasteros de la ciudad, y el siervo regresó diciendo que todos le habían dicho que no conocían al hermano André, que no eran de su misma religión y que no asistirían.

Al final, el funeral resultó tal y como *madame Wu* lo había planificado. No se celebró al día siguiente, como había pensado, porque no se encontró un ataúd lo bastante grande y tuvieron que hacer uno especialmente. El fabricante de ataúdes, trabajando día y noche, lo tuvo listo en dos noches y un día; así, a primera hora de la mañana, antes de que la ciudad se pusiera en movimiento, *madame Wu* y su palanquín partieron en cabeza de la procesión, que la seguía a pie, y con André en su féretro. Antes había supervisado personalmente la introducción del cuerpo en la caja.

Había permanecido allí mientras los hombres instalaban a André en el ataúd, y fue la encargada de guardar en él la caja de voz y el instrumento para ver las estrellas antes de que clavetearan la tapa. Había trasladado de nuevo el instrumento a su casa para enterrarlo con él. No retrasó ni con una señal ni con una sola palabra la colocación de la tapa. Lo vio dormido, lo deseó y no dijo nada; luego la tapa bajó y no lo vio nunca más.

Tampoco lloró. ¿Por qué descubrirse a través de las lágrimas? Oyó cómo se hundían los clavos en la madera y vio cómo ataban las cuerdas a las poleas. Había contratado a veinte hombres para transportar el imponente ataúd. Lo llevaron por las calles y cruzaron la puerta de la ciudad que daba a la colina oeste; ella lideraba el cortejo mientras los demás la seguían, hasta que llegaron a la sombra del gingko que estaba dispuesto a recibirlo.

Nadie dijo nada mientras el féretro era descendido al hoyo cavado expresamente para él. Las niñas lloraron y la anciana se lamentó, pero *madame Wu* permaneció inmóvil y en silencio mientras la fosa se rellenaba de nuevo con tierra y se formaba un pequeño túmulo.

Durante un momento, sintió en el corazón un nudo duro y seco de dolor al pensar que no lo vería nunca más, excepto mientras viviera eternamente en su recuerdo.

Finalizado todo, encabezó de nuevo la procesión de vuelta a casa, conduciendo a las niñas hasta allí. A partir de aquel día, nunca más estarían sin techo.

A la mañana siguiente, observando aquella habitación que tan familiar le resultaba, fue consciente de que el mundo era igual que cualquier otra mañana. Pero en lugar de levantarse cansada y sin ganas de empezar la jornada, se notaba llena de energía. La energía fluía de algo que nunca había sentido antes. Sin la menor duda, lo que en su juventud sintiera por su esposo fue alguna especie de amor. Resultaba imposible no amar al señor Wu cuando era joven. Era demasiado guapo, demasiado sano, tenía un carácter demasiado bueno, y se granjeó su cariño y su pasión. Pero aquel amor no había tenido nada que ver con ella. Era tan instintivo como el reflejo de un músculo. De hecho, el corazón no era más que el músculo central del cuerpo.

Y ella lo sabía. En una ocasión había visto a su anciano abuelo cogiendo entre las manos el corazón aún con vida de un tigre muerto, en la época en que comerse el corazón de un tigre significaba absorber su fuerza. Recordaba la escena con tanta intensidad que era como si en aquel momento estuviese sucediendo ante sus propios ojos. Sería entonces una niña de ocho años, tal vez nueve. Los hombres de las montañas habían dado caza al tigre y lo habían arrastrado gruñendo hasta el patio, atrapado en las redes hechas con cuerda. Todos salieron a la luz de aquel sol de invierno para contemplar la bestia dorada con manchas, y al verlos, el tigre abrió su gran boca roja y bufó en señal de desesperada enemistad. Las mujeres se pusieron a gritar, pero ella permaneció quieta, mirando fijamente aquellos ojos amarillos y salvajes. Como intuyendo el poder que ejercía sobre ella, el tigre cerró las fauces y le devolvió la mirada. Sin pensarlo, ella dio un paso hacia delante y su abuelo le gritó. En aquel momento un hombre de las montañas se abalanzó sobre el tigre y le clavó su puñal en el corazón. El cuchillo atravesó la piel y la bestia se echó hacia atrás. El hombre extrajo el corazón entero, latiendo aún, y lo sostuvo ante los ojos de su abuelo.

Pero lo que sentía ahora por André no tenía nada que ver con el latido del corazón. Su amor, tranquilo y fuerte, era como la luz del sol al mediodía. Se sentía llena de calor, reforzada por él y segura de sí misma. Tan sólo tenía que exteriorizar aquel calor y aquella luz, y lo que hiciera estaría bien hecho. El amor se filtraba tanto en su cerebro como en su corazón. André no estaba muerto. Estaba vivo, y estaba con ella porque ella lo amaba. La reticencia del cuerpo había desaparecido. Era innecesaria. Ella, que durante toda su vida había sido escéptica hasta la médula, que se sonreía ante los sacerdotes y los ridículos rituales del templo, que había levantado la vista al cielo sin ver dioses allí, para quien los espíritus de la naturaleza no eran más que imaginaciones infantiles, estaba ahora segura de que André estaba vivo y con ella.

«Lo amé en cuanto entró en estas estancias, pero no lo sabía. Tuve que ver su cuerpo muerto para saber cómo lo amaba».

Y entonces, siendo mujer, se preguntó si él la había amado. Y por vez primera,

ante aquella pregunta sobre el amor correspondido, tuvo una sensación de soledad.

«Nunca lo sabré, pues no puedo oír su voz», pensó. Volvió la cabeza hacia el patio y echó de menos el sonido de sus pisadas sobre las piedras. Luego, escuchando pero sin oír nada excepto el gorjeo de los pajaritos posados en los bambúes, vio aparecer poco a poco la cara de André frente a la cortina oscura de su recuerdo. Sus ojos la contemplaban con calidez, sus labios, rodeados por aquella barba, le sonreían, y la jovial sagacidad que mostraba habitualmente su mirada se plantó ante ella con tanta intensidad que se vio obligada a devolverle la sonrisa. No podía oír su voz, pero de pronto supo a ciencia cierta que André la amaba. Detrás de los muros de su sacerdocio, que lo mantuvieron alejado de ella mientras estuvo con vida, él la había amado. Ahora había dejado de ser sacerdote y los muros habían desaparecido. No había motivo por el que ella no pudiera convocarlo en cualquier momento, ningún motivo por el que él no pudiera penetrar en su mente sin esperar a ser convocado. El cuerpo de André había muerto y el de ella se había convertido en el medio a través del cual podían vivir juntos.

Pensó en que ahora podría disfrutar de una nueva sabiduría que sola nunca habría tenido.

«Qué estúpida he sido —reflexionó, levantando la vista hacia los cortinajes azules de su cama—. ¡Qué confusos se sienten los hombres y las mujeres de mi casa con lo que he hecho!».

Lo que había hecho de forma tan egoísta era intentar liberarse de todos ellos retrayéndose en sí misma. Deseaba verlos felices, cada uno a su manera, pero no había querido preocuparse por hacerlos felices, ni había sido capaz de decirles cómo serlo. Les había proporcionado alimento y vestido, había mantenido la disciplina y el orden, pero la casa entera era un caos y nadie se sentía dichoso. Se había enfadado con ellos porque no eran felices. Y ahora se daba cuenta de que aquello era una completa insensatez.

Ying entró en la habitación en aquel momento, muy enojada.

—¿No se levanta esta mañana, señora? —Hablabla con voz quejosa.

—Está lloviendo —dijo *madame* Wu sonriente.

—¿Cómo lo sabe, señora? —preguntó con amargura—. Ni siquiera ha apartado las cortinas.

—Lo sé por tu voz, y tu cara está, además, cubierta de nubes.

—Jamás pensé que vería en nuestra casa a una chica de una casa de flores, ni a los hijos de la casa vagando por el mundo, ni a una concubina desechada y, aun así, teniendo que alimentarla.

—¿Así que ha llegado la chica, Jasmine?

—Está esperando en el patio trasero. —Iba arreciando el tocador de su ama a medida que hablaba—: Me han preguntado qué hay que hacer con ella, y yo no lo sé. —Sacó el labio inferior—: La chica dice que esperábamos su llegada. Y le he dicho que yo no la esperaba.

Madame Wu se levantó de la cama y deslizó sus frágiles pies en sus zapatillas bordadas con flores.

—¿Ha venido sola?

—La acompañaba una vieja desdentada que luego se ha marchado corriendo. Ha quedado en nuestras manos —dijo Ying amargamente.

Madame Wu no dijo nada. Se lavó y luego se puso su vestido de raso bordado de color gris perla sobre la ropa interior de seda blanca. Ying le arregló con cuidado el cabello, todavía con expresión taciturna.

—Tráeme el desayuno —le ordenó *madame Wu*.

Unos momentos después se sentaba y comía con apetito. Tenía una sensación de hambre nueva, incluso de comida, y aquello le hizo gracia. ¿No decían que el amor quitaba el apetito? Entonces recordó que sólo el amor no correspondido lo quitaba.

«André me quiere», pensó triunfante.

En menos de media hora estaba lista para ir al patio trasero a conocer a Jasmine.

—¿No quiere que la haga pasar aquí, señora? —preguntó Ying—. Si va usted a verla, la chica se lo creerá demasiado.

—No —respondió muy tranquila—. Iré yo.

Deseaba que en sus aposentos entrara la menor cantidad posible de gente. «Deja que el espíritu de André more aquí sin que nadie lo moleste», se dijo. Luego, en el umbral de la verja de la luna, sintió sus pies incapaces de moverse, como si unas manos los sujetaran al mármol. Acababa de tener otra idea.

«Pero André nunca se ocultó de nadie —pensó—. Habría recibido a esa chica libremente para discernir qué podía hacer por ella. La presencia de su espíritu aquí me ayudará».

Se volvió hacia Ying.

—Mejor que la traigas aquí.

Se sentó en cuanto Ying se fue. Cualquiera que hubiese fisgoneado a través de la verja la habría visto allí sentada, una figura esbelta y plateada, con la cabeza inclinada y una sonrisa en su rostro del color de la almendra. Pero no pasó nadie y Ying regresó enseguida, caminando delante de una joven sonrosada y rolliza.

Madame Wu levantó la vista y vio a Jasmine. En el mismo instante se dio cuenta de que era precisamente el tipo de mujer que más le desagradaba por naturaleza, una criatura robusta y terrenal, tosca y apasionada. Desvió la vista y sintió que su alma titubeaba entre el ayer y el hoy. Su exquisita piel se estremeció.

Pero luego notó que su instinto de protesta se acallaba, silenciado por André. Tenía la cara de él de nuevo ante sí, un reflejo oscuro sobre el telón de fondo del recuerdo. Con su rostro presente, empezó a formular preguntas a la chica empleando un tono de voz suave y amable. Ying retrocedió unos pasos y se quedó escuchando y mirando. No era para nada la habitual voz clara y cristalina de *madame Wu*. No tenía ni una pizca de dureza. Pero tampoco era la voz con la que normalmente se dirigía a los niños. Aquella voz era algo nuevo.

—Cuéntame por qué quieres venir a vivir aquí.

Jasmine bajó la vista hasta las piedras que tenía a sus pies. Deseaba haberse decidido por su chaqueta y sus pantalones de algodón azul en lugar de por el conjunto de raso verde.

—Quiero establecerme antes de que nazca el niño.

—¿Hay un niño en camino?

Jasmine levantó la cabeza y le lanzó una mirada.

—¡Sí! —respondió elevando la voz.

—No hay ningún niño.

Jasmine alzó la cabeza de nuevo, abrió la boca dispuesta a protestar, y se quedó mirando fijamente a *madame* Wu a los ojos. Los tenía clavados en ella con una mirada taladrante, y se echó a llorar.

—De modo que no hay ningún niño —repitió la dama.

—¡No tenemos que quedárnosla, señora! —gritó Ying.

Madame Wu extendió su esbelta mano.

—Eso voy a decidirlo yo. Márchate, Ying, por favor.

—¿Y dejarla a usted con este huevo podrido?

—Puedes quedarte junto a la verja de la luna.

Esperó a que Ying se hubiera ido para indicarle a la chica que tomara asiento en un banco de jardín de cerámica. Jasmine se sentó, frotándose los ojos con los nudillos y tragándose las lágrimas. *Madame* Wu tomó la palabra.

—Mira, entrar en la casa de un hombre es una cosa muy seria, sobre todo cuando se trata de una familia grande y honorable como la nuestra. Puedes entrar en ella y arruinar toda la felicidad que aquí tenemos. O puedes entrar en ella y sumarle felicidad con tu presencia. Todo depende de la sinceridad de tu corazón. Si vienes en busca de arroz y cobijo, te ruego que me lo digas. Esas cosas puedo prometértelas. Podrías tenerlas gratuitamente sin necesidad de comprarlas aquí con tu cuerpo.

Jasmine la miró con astucia.

—¿Quién da algo a una mujer a cambio de nada? —preguntó.

Madame Wu estaba maravillada consigo misma. De haber sucedido todo eso meses atrás, habría aborrecido la tosquedad de la chica. Pero ahora la comprendía.

—Nunca has tenido comida o cobijo de forma gratuita —murmuró—. Es difícil que me creas.

—No creo a nadie. —Se sacó del pecho un llamativo pañuelo de seda roja. Estaba cosido a un botón por un extremo, pero ella retorció entre los dedos el otro.

—Entonces vienes en busca de cobijo.

Jasmine negó con la cabeza.

—No he dicho eso —declaró. Levantó los párpados, y en sus ojos negros y redondeados apareció una mirada maliciosa—. Ha habido otros hombres que me han prometido cobijo.

—Pero has venido aquí por alguna cosa —insistió *madame* Wu—. ¿Es por el

honor que significa pertenecer a nuestra familia, aunque vivas en el patio trasero?

El rostro de Jasmine se volvió rojo de repente bajo la capa de polvos blancos.

—Me gusta el viejo jefe... —murmuró, utilizando la jerga de la calle.

Madame Wu sabía que se refería al señor Wu, pero no le hizo ningún reproche. La verdad empezaba a asomar del corazón de la chica.

—Es mucho mayor que tú, niña.

—Me gustan los hombres mayores —contestó temblando.

—¿Por qué tiembles? No es necesario que tiembles delante mí.

—Nunca he conocido a una persona noble —dijo la chica asustada—. Y él es muy noble.

—¿A qué te refieres con noble? —Nunca habría utilizado esa palabra para referirse al señor Wu. Impetuoso, impaciente, testarudo, estúpido, de buen carácter a veces, siempre egoísta..., palabras todas que encajaban con él, pero nunca noble.

—Me refiero a... noble. —Levantó el brazo—: Esta pulsera. Es de oro macizo. Un hombre joven me habría regalado una pulsera chapada en oro y jurado que era buena. Habría durado hasta que me abandonara. Pero no, el viejo me regaló oro macizo. —La mordió y le mostró las marcas de los dientes a *madame Wu*—: ¿Lo ve?

—Sí, es oro.

—Es tan paciente... —prosiguió la chica con entusiasmo—. Cuando no me encuentro bien, se da cuenta..., no me presiona. A los jóvenes les da igual. Van a la suya. Pero este señor siempre me pregunta cómo me encuentro.

—Así que eso es lo que hace. —Aquél no era el señor Wu que ella había conocido.

Jasmine dio vueltas a la pulsera en su brazo.

—Si no llevo un hijo... —empezó.

—El niño no importa —dijo *madame Wu*. La joven la miró de reojo mientras ella seguía hablando—. Lo que importa es si sumarás felicidad a la casa o si te la llevarás.

Jasmine alzó entusiasmada la cabeza.

—Traeré felicidad, se lo prometo, señora...

—Mañana tomaré una decisión. —Se levantó mientras pronunciaba esas palabras y Ying entró corriendo en el patio para llevarse a la chica.

Cuando se hubo ido, *madame Wu* siguió directamente el camino que la luz del sol reflejaba sobre los adoquines que conducían hasta la puerta. La luz la deslumbraba, pero sus pies se sentían confortables y calientes.

«He hecho bien —pensó, asombrada de sí misma—. ¿Cómo he sabido hacerlo tan bien?».

Y entonces lo comprendió. Si Jasmine quería de verdad al señor Wu, debía permitir también la existencia de ese amor. ¿Quería también el señor Wu a Jasmine? De ser así, la casa sumaría una nueva felicidad. La infelicidad de los hogares se debía a la falta de amor.

—Cuando haya descansado —le dijo a Ying, que entró sacudiéndose las manos

—, iré a los aposentos del padre de mis hijos.

—Hágalo, señora. —Parecía más contenta—: A lo mejor puede convencerlo con su sabiduría. En esta casa ya hay demasiadas mujeres.

Mientras acompañaba a Jasmine, Ying le había preguntado:

—¿Vas a quedarte?

—No lo sé —había respondido la chica con voz entrecortada—. Ha dicho que me lo diría mañana.

—Nuestra ama siempre toma las decisiones con rapidez. —No acabó diciéndole lo que pensaba, que si su ama no decía «sí» hoy, sería un «no» mañana. Había dejado a la chica junto a la verja trasera y la había cerrado con la barra de hierro.

—Voy a comunicárselo al señor —dijo entonces. La chispa había vuelto a sus ojos descarados. *Madame Wu* de dio cuenta, comprendió y sonrió.

Madame Wu despertó a su habitual consciencia plena, con el corazón sereno. Había luchado toda su vida por la calma y la serenidad. Se había convertido a sí misma en una prisionera recluida dentro de los límites de su voluntad, impuesta sobre su cuerpo. Y de ese modo, su voluntad había ordenado a su cuerpo que se comportase de determinada manera en determinados momentos, sin tener en cuenta sus sentimientos de repulsa y sus deseos. Ahora tenía la sensación de que nunca más debía obligarse a nada.

«André —se dijo—, ¿verdad que resulta extraño que hayas tenido que morir para que yo te conociese?».

«No es extraño —fue el pensamiento que acudió a su cabeza a modo de respuesta—. Entre nosotros se interponía mi cuerpo. Tú debías mirar una cara y unas facciones con las que en realidad yo no tenía nada que ver. Me fueron dadas al azar por mis antepasados, que de hecho eran desconocidos para mí. E incluso estando dispuesto a verlos como desconocidos y prescindir de ellos, seguía sujeto a su carne. Ahora soy plenamente yo mismo».

«André —le dijo ella en su interior—, ¿aún debería llamarte hermano?».

«Ya no es necesario calificar de ningún modo nuestra relación», le respondió él en su corazón.

Madame Wu seguía tendida en su cama con primor. La conversación que se estaba desarrollando única y exclusivamente en su cabeza empezó a asustarla. Escéptica como era, se habría echado a reír ante cualquier aparición sobrenatural, incluso la de su amado. Pero no había aparición ni sonido alguno. La austera estancia continuaba igual a como estaba cuando cerró los ojos para dormirse. Lo que sucedía era que oía en su cerebro la voz de André respondiendo a sus preguntas. Tal vez no fuese más que una obsesión provocada por su muerte y por el descubrimiento del amor que sentía hacia él. El simple hecho de haber comprendido en cuestión de segundos que amaba a un hombre que acababa de morir bastaba para sacudir el cielo

y la tierra. Por lo tanto, no era de extrañar que el cerebro se desdoblase ante aquella confusión. Recordó que André le había explicado que los pensamientos recorrían las células que formaban el cerebro. Reconocer su amor, chocando contra esas células, debía sin duda alguna de haber perturbado todas las anteriores líneas de pensamiento de su vida.

«No sé qué será de mí a partir de ahora», pensó.

Prestó atención para oír la respuesta. Pero lo que le sucedió, en cambio, fue que recordó de repente el aspecto de André cuando sonreía. Vio la luz brotando de la oscura profundidad de sus ojos y le devolvió la sonrisa.

Ying entró en la habitación, alarmada.

—El patio delantero está lleno de niñas mendigas —dijo inquieta—. Y la prostituta está sentada otra vez en el vestíbulo. Dice que usted ha mandado llamarla.

Madame Wu se echó a reír.

—Creo que esta mañana podría comerme un panecillo de pan de trigo.

Ying la miró fijamente.

—Parece cambiada, señora. Su piel está sonrosada como la de una niña. ¿No tendrá fiebre? —Se acercó a la enorme cama, cogió la manita de su ama y se la llevó a la mejilla.

—No tengo fiebre. Estoy sana, eso es todo.

Apartó con delicadeza la mano y retiró la colcha de seda. Se levantó y dejó que Ying la lavara y la vistiera. Pero se negó a ponerse el traje de seda gris que Ying le había elegido. Se decidió por uno de color rosa pálido que había retirado el día anterior a su cuarenta cumpleaños, pensando que nunca más volvería a vestir esos tonos.

Ahora le parecía distinto a como siempre lo había visto. La última vez que lo había llevado pensó que otorgaba cierto matiz cetrino a su palidez. Pero aquella mañana le daba color.

«Me equivoqué al desterrarlo —pensó contemplando su reflejo. Su vanidad natural se revolvió en su interior—. Es una pena que André nunca me viera con él». Se sonrió ante el espejo. Miró de reojo a Ying para ver si la había visto. Pero Ying estaba atareada doblando el vestido gris, poniéndolo manga con manga.

Madame Wu entró en la biblioteca. Siguiendo el sentido común, debería tener la sensación de que su vida estaba llena de problemas sin resolver. En el patio la esperaban veinte niñas, la joven prostituta estaba sentada en el vestíbulo principal y el señor Wu se había convertido más que nunca en una auténtica responsabilidad. Estaban la recién nacida y su madre Ch'iuming, y sus hijos y esposas. Pero su habitual distanciamiento de los seres humanos había desaparecido. Se daba cuenta por primera vez en su vida de que todo el mundo le agradaba. Había luchado durante toda su vida contra su desagrado hacia el ser humano. Nunca había encontrado a alguien que fuera plenamente de su gusto. Su madre no lo era por su ignorancia y sus supersticiones. Había querido a su padre, o al menos eso imaginaba, pero tampoco le

gustaba porque su corazón estaba siempre lejano y nunca pudo acercarse a él. Y, aunque el señor Wu era un hombre joven y atractivo cuando se casó con él, había secretos de su persona que le disgustaban. Incluso compartiendo su pasión, era consciente de sus formas y olores, y aun permitiéndola, había sentido siempre su caricia como una violación. El Viejo Caballero era un ser querido para ella, pero era hasta tal punto delicada que no podía olvidar lo que le desagradaba mientras por otro lado descubría lo que le gustaba. Él tenía buen corazón y una clara inteligencia, pero también los dientes rotos y mal aliento.

«Me pregunto si en el caso de que André hubiera estado vivo cuando descubrí que lo amaba, yo habría podido...».

Pero antes de que pudiera encuadrar aquella idea, apareció otra a modo de respuesta.

«¡Mira lo sabia que es la muerte! Elimina el cuerpo del hombre y libera su espíritu».

«Pero, de haber sido yo más joven —insistió—, ¿podría haberme sentido satisfecha sólo con tu espíritu?».

Clavó los ojos en las baldosas lisas de color gris del suelo. ¿Le habría sido posible, de joven, amar a un extranjero? Porque, naturalmente, André era un extranjero, un hombre de otro país y con otra sangre. Intentó imaginarlo joven y tan ardiente como un hombre puede serlo, y su sangre se rebeló en una curiosa rabia.

«¡No!». El grito estalló en su mente.

«No, no lo haré», prometió.

Ying llegó con el desayuno y colocó los platos ordenadamente sobre la mesa. *Madame Wu* cogió sus palillos.

—¿Han dado de comer a las niñas del patio?

—No, señora —respondió Ying muy seria—. Nadie ha ordenado preparar tanta comida.

—Entonces lo ordeno ahora —dijo *madame Wu* con delicadeza—. Que cocinen arroz enseguida, que compren pan y que preparen té para la comida del mediodía.

—Es una suerte que no llueva. El problema que tendríamos si hubiéramos de acoger a esa gente bajo nuestro techo...

—Aquí hay sitio para todos.

Se quedó asombrada al ver que Ying se echaba a llorar y, tapándose los ojos con su bata azul, salía corriendo de la habitación.

—Está cambiada..., está cambiada —gritó.

Pero al mediodía tenía preparados en el patio unos grandes pucheros llenos de arroz, y cuando llegó allí *madame Wu*, vio a las niñas comiendo felizmente y alimentando a las más pequeñas. La anciana que las había cuidado hasta entonces se levantó con la boca llena de arroz y les dijo gritando a las niñas que debían recibir a *madame Wu* como su madre.

—Ahora que vuestro padre se ha marchado, yo soy vuestra madre —declaró ella

sonriendo. Las huérfanas la miraron con amor, y de repente, por primera vez en su vida, *madame* Wu notó en su persona la auténtica punzada de la maternidad. Sintió que su cuerpo se dividía y se fusionaba de nuevo con un ser mucho más grande que el suyo. Aquellas niñas eran de ella y de André—. Sois todas mis hijas —dijo, preguntándose si aquellas palabras podían ser suyas. Al oír su voz, las niñas se precipitaron hacia ella para abrazarla, tocarla, apoyarse en ella. Ella las miró, y vio tanto sus pequeñas carencias y defectos como su belleza. Pero no experimentó ningún desagrado—. Vuestro padre hizo todo lo que pudo por vosotras —añadió con una sonrisa—, pero necesitáis también una madre. —Acarició una cicatriz roja y ulcerada en la mejilla de una de las niñas—: ¿Aún te duele? —le preguntó.

—Un poco.

—¿Y cómo te lo hiciste?

La cría ladeó la cabeza.

—Mi ama puso ahí la punta de su cigarrillo...

—Oh, ¿por qué?

—Yo era su esclava... y no hacía las cosas con la rapidez suficiente... —Le dio la mano a *madame* Wu—: ¿Me darás un nombre? —le suplicó—. Él iba a darme uno y entonces murió. Todas las demás tienen nombre.

—Primero me dirá cada una el suyo y luego sabré cuál darte.

Todas dijeron su nombre de una en una y todos eran palabras pronunciadas por André.

Piedad, Fe, Humildad, Gracia, Verdad, Misericordia, Luz, Canción, Estrella, Rayo de Luna, Rayo de Sol, Amanecer, Alegría, Claridad..., las mayores se llamaban así. Y a las más pequeñas les había otorgado nombres graciosos. Gatito y Pichón de las Nieves, Pétalo de Rosa y Bellota, Plata y Oro.

—Porque dijo que él no tenía plata ni oro —explicaron las dos pequeñas—, hasta que llegamos nosotras.

Todas rieron aquella gracia.

—Nos hacía reír a diario —dijo Oro. Era una pequeña gordita que andaba con Plata de la mano.

—¿Sois hermanas? —preguntó *madame* Wu sonriendo.

—Todas somos hermanas —exclamaron veinte voces.

—Por supuesto. Qué tonta soy.

La niña con la herida se acercó más a ella.

—¿Y mi nombre?

Madame Wu observó aquel rostro tan tierno. La chiquilla era preciosa, como el capullo de una flor, lleno de futura belleza. Le acudió un nombre a la cabeza.

—Te llamaré Amor.

—Me llamo Amor —repitió la niña.

El patio se había llenado de espectadores silenciosos. Los criados de la casa habían buscado cualquier excusa para pasar por allí y detenerse a mirar, pero los

niños de la casa y los demás familiares no tenían el pretexto de los recados. Miraban boquiabiertos a la nueva *madame* Wu. Por fin, Jasmine, que se había cansado de aguardar en el vestíbulo de entrada, se había levantado para acercarse también al patio, y detrás de ella, su criada. Jasmine se había preparado para ser muy fuerte y exigir sus derechos como alguien que albergaba en sí la esperanza de dar un hijo a la casa.

Pero en lugar de la dama severa y orgullosa que esperaba encontrarse, aquella mañana vio a una hermosa y agradable mujer riendo y rodeada de niñas mendigas. *Madame* Wu levantó la vista para ver el ajetreo que se había producido detrás de los pilares del porche y sus miradas se cruzaron.

—Ya ves que tengo muchas niñas —le dijo la dama, sonriendo—, pero no me he olvidado de ti, Jasmine. Hablaré contigo cuando haya planificado dónde pueden dormir y jugar ellas.

Se volvió hacia sus familiares. No estaban ni sus hijos ni sus nueras. Eran viejos primos o sobrinos pobres que, no teniendo un techo en otra parte, habían regresado a la casa de los antepasados para encontrar un rincón aquí y una cama allá.

—¿Dónde alojaré a mis niñas? —se preguntó alegremente.

—Hermana —respondió una anciana viuda—, si lo que haces son buenas obras, alójalas en el templo de la familia.

Madame Wu no se sentía ansiosa, sino que, simplemente, no sabía dónde instalar a las pequeñas. Aceptó al instante las palabras de la viuda.

—Eres muy sabia —dijo agradecida—. Ningún hogar podría ser mejor que nuestro templo. Allí hay patios donde poder jugar, y el estanque y la fuente. Los dioses de la familia tendrán algo que hacer a partir de ahora.

Caminó encabezando el grupo mientras hablaba; las niñas corrieron tras ella bajo el sol y la anciana las siguió con dificultad. En la parte más retirada de los jardines de los Wu había un gran templo, erigido por una de las antepasadas de la familia doscientos años atrás. Aquella mujer quiso convertirse en monja después de la muerte de su esposo, pero no deseaba abandonar su hogar para vivir en un templo público. De ese modo, construyó un bello santuario al amparo de los muros de la casa y allí vivió con los dioses hasta el momento de su muerte, con casi cien años de edad. Desde entonces, un sacerdote se ocupaba del lugar y no se permitía que nadie de los que allí servían fuera menor de cincuenta años, debido a la abundancia de mujeres jóvenes de la casa.

Madame Wu, pese a su escepticismo, había permitido que el sacerdote siguiera con sus funciones y había conservado el templo, pagado los dorados de las esculturas de los dioses cada diez años y reservado una cantidad de dinero anual para la compra de incienso. Cualquier miembro de la familia que lo deseara podía rezar allí, y se consideraba una ventaja que las mujeres no tuviesen que asistir a santuarios externos para sus oraciones, evitando así el riesgo de verse expuestas a sacerdotes libidinosos.

Condujo a las niñas hacia el templo. Se detuvo un momento en el amplio umbral

de piedra. Los dos dioses de la puerta se cernían sobre ella, uno negro, otro blanco.

«¿Ofenderán estos dioses a André? —se preguntó—. Su religión no tenía dioses de este tipo».

Le pareció oír su potente risa, resonando en las vigas pintadas que sobrevolaban las cabezas de los dioses.

Sonrió ella a modo de respuesta y, dándole la mano a la niña a la que había puesto por nombre Amor, ascendió los altos peldaños de madera y entró en el edificio. El ambiente olía a incienso y lirios. El incienso ardía junto a los dioses y los lirios florecían en el patio. El anciano sacerdote, al oír pasos, salió corriendo de su cocina. Había estado quemando hierba para poner al fuego su comida y tenía la cara y las manos cubiertas de hollín.

Se quedó mirando el tropel de niñas y a *madame Wu*.

—Te traigo regalos —anunció ella—. Decid vuestros nombres, niñas.

Y con voz alegre, las pequeñas repitieron su nombre de una en una.

—Y ésta —acabó *madame Wu*— es Amor. Son regalos para el templo.

El anciano sacerdote se había enterado de lo sucedido. Comprendía que la dama deseaba hacer buenas obras para el Cielo y no podía prohibirlo, por difícil que pudiera resultarle. Saludó inclinando la cabeza, unió sus manos cubiertas de hollín y fue retrocediendo, un dios tras otro, para dejar paso a su señora, que se internó en el recinto y fue asignando las habitaciones que hasta aquel momento habían estado ocupadas únicamente por dioses silenciosos que observaban los patios de la familia Wu.

—Esta habitación es para las más pequeñas, pues aquí está la diosa de la misericordia y las vigilará por mí durante las noches. Ésta es para las mayores, porque hay espacio para todo el mundo. Debéis ayudar a mantenerlo todo muy limpio.

Notó entonces que Amor no se despegaba de ella.

—Déjame ir contigo —le suplicó la chiquilla—. Te lavaré la ropa y te serviré la comida. Puedo hacer cualquier cosa.

El corazón de *madame Wu* se transformó en llamas. Pero era una persona justa. Sabía que André no habría favorecido a ninguna por encima de las demás. Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Debes quedarte aquí y ayudar a las demás. Eso es lo que tu padre habría deseado. —Sabía, de todos modos que no era simplemente una cuestión de justicia. No quería a nadie con ella, nadie que compartiese su vida con él.

—¿Dónde dormiremos, madre? —le preguntaron las niñas.

—Por la noche traerán camas. Pero primero tenéis que pasar el día jugando.

Y viéndolas felices, las dejó allí en compañía de los dioses.

Jasmine frunció sus rojos labios y clavó la mirada en la punta de su pañuelo de

seda estampado con flores. Estaba unido por el otro extremo a un botón de cristal cosido al hombro izquierdo del vestido y colgaba de allí como un chal. Se ocultaba la cara con el pañuelo, o jugaba con él cuando no deseaba mirar a su interlocutor.

—Hablar me resulta difícil —le dijo a *madame Wu*.

—Seguramente no hay mucho que decir.

—Hay mucho que decir —replicó con descaro—. Aunque ahora no espere un hijo, lo tendré. —Se llevó las manos al vientre.

Madame Wu la observó con interés.

—Tendrías que ser capaz de parir un hijo gordito y sano. Pareces fuerte.

Jasmine se quedó desconcertada.

—¿Y cuál sería mi posición en la casa?

—¿Qué posición quieres? —preguntó a su vez *madame Wu*.

—Debería ser la tercera esposa —respondió Jasmine con energía. Resultaba curioso que una criatura tan joven y tan bonita pudiese mostrarse tan enérgica. Pero el conjunto de sus ojos redondos y luminosos, su pequeña nariz recta, sus mejillas sonrosadas y su boquita carnosa resultaba enérgico y lleno de vida.

—¿Por qué no? —dijo con voz amigable.

—¿No le importa? —preguntó en un susurro. La energía desapareció de su cara y sus rasgos se suavizaron.

—¿Por qué debería importarme? —repuso simplemente *madame Wu*.

—¿Quiere decir con eso que puedo vivir aquí..., en esta gran casa..., y ser llamada Tercera Dama..., y que cuando mi hijo...?

—No quiero que ningún niño de esta casa sea ilegítimo. Eso sería indigno de nuestro nombre. Tú eres el jarrón que recibe la semilla. Tienes que ser honrada por eso.

Jasmine la miró con sus ojos negros y redondos abiertos de par en par, y luego se puso a sollozar con fuerza.

—Creía que me odiaría —dijo con voz entrecortada—. Me había preparado para su rabia. Y ahora no sé qué hacer.

—No es necesario que hagas nada —afirmó con calma—. Llamaré a una criada para que te acompañe a tus habitaciones. Son pequeñas, sólo dos, y están situadas a la izquierda del patio de mi señor. La Segunda Dama vive a la derecha. No es necesario que os conozcáis. Iré personalmente ahora mismo y le explicaré a mi señor que has llegado. —Se quedó dudando y al cabo añadió, con delicada franqueza—: Verás que él es una persona muy justa. Si deja su pipa de plata sobre tu mesa, tienes que tomarlo como un mensaje de que irá a verte. Si se marcha con la pipa en la mano, no te enfades. Y lo único que te pido a cambio de mi cobijo es lo siguiente: no traigas enfados a esta casa. —Miró entonces a la imperturbable anciana que había permanecido todo el rato sentada junto a Jasmine sin pronunciar palabra—: ¿Y ella? ¿Es tu madre?

La mujer abrió la boca para hablar, pero Jasmine se anticipó.

—Pertenece a la casa de donde vengo.

—En ese caso, que vuelva a ella —dijo *madame* Wu. Se llevó la mano al pecho y sacó de allí unas monedas de plata que depositó en la mesa.

Su brillo era tal que la mujer no pudo hacer otra cosa que cogerlas e inclinar la cabeza a modo de agradecimiento una y otra vez.

Pero la escena fue interrumpida por Jasmine, que cayó de rodillas delante de *madame* Wu e inclinó la cabeza hasta tocar el suelo.

—¡Me dijeron que era usted una persona justa, pero ahora sé también lo bondadosa que es!

La dama se sonrojó desde las mejillas hasta el cuello.

—De haber llegado otro día, sólo habrías encontrado rabia en mí —confesó—. Pero hoy es un día distinto a todos los precedentes.

Se puso en pie, sin invitar a la chica a levantarse, y salió rápidamente de la estancia.

«Soy una mujer malvada —se dijo—. No me importa cuántas mujeres se instalen en estas estancias. Mi corazón está lleno ahora».

Se detuvo, a la espera de una respuesta a sus pensamientos. Pero no la hubo, a menos que la paz completa que sentía en su corazón fuese la respuesta.

«¿Habría existido el silencio entre nosotros de haberte descubierto en vida?», reflexionó.

Él continuó sin responder y ella sonrió a su silencio. Incluso como espíritu era tímido en el amor. Las costumbres que tenía en vida seguían allí. El silencio se interrumpió un instante después. Al llegar al patio principal vio a tres hombres. Eran individuos de aspecto decente, bien vestidos, que volvieron la espalda al advertir su presencia y simulaban no verla, como si fuese ella una jovencita. Era un cumplido agradable, pero ella lo rechazó.

—Soy *madame* Wu. ¿Desean alguna cosa?

Se giraron hacia ella y el hombre de más edad, muy cortés, respondió aún sin mirarla.

—Es a *madame* Wu a quien buscamos. Hemos venido a preguntar si no debería vengarse la muerte del forastero. La Banda Verde es un peligro para toda nuestra ciudad, pero nunca había matado a nadie. Cierto que no era más que un extranjero y un sacerdote, pero si empiezan a matar extranjeros y sacerdotes hoy, acabarán matándonos mañana a nosotros. ¿No debería la ciudad exigir justicia en nombre del fallecido? De ser así, ¿presentará una denuncia, *madame* Wu?

En su cabeza se levantó una oleada de protesta. Vio los ojos de André, negándose ferozmente a la venganza, y habló al instante:

—No queremos ningún tipo de venganza. Él hablaba a menudo de perdonar a los que no saben lo que hacen. Pero ¿quiénes son esos ladrones?

—Los jóvenes más despreciables de la ciudad, los aventureros, los que quieren ascender no a través del trabajo honrado, sino consiguiendo que los demás les tengan

miedo —respondió indignado el sujeto de más edad.

—¿Existen personas así? —preguntó asombrada.

Los hombres rieron, pero no a carcajadas, por respeto a ella.

—Hoy en día existen muchos.

—¿Y por qué sucede?

—Corren malos tiempos —contestó otro. Era un tipo pequeño y enjuto, de cara arrugada pero pelo aún negro. Su mirada traslucía admiración hacia ella, erguida bajo la luz del sol con su vestido de color rosa. Pero ella no se dio cuenta, ni mucho menos. Estaba completamente a salvo de la admiración de cualquier hombre.

—¿Qué es lo que hace que corran malos tiempos? —Sabía bien lo que sucedía, pero lo preguntó de todos modos.

—Señora, vive usted detrás de estos altos muros. —Fue el hombre de más edad quien habló de nuevo—: No puede conocer el caos que reina en el mundo. El caos empieza en la maldad de los países extranjeros, donde la guerra amenaza continuamente. Nadie puede escapar de ello. Este caos provoca que los jóvenes se sientan inquietos. Se preguntan por qué deben someterse a las antiguas formas que pronto cambiarán. No tienen nuevas forma de comportamiento que ofrecernos, y así, rechazando lo antiguo y retrasando lo nuevo, viven sin ley.

Ella los miró. Por mucho que dudara de todo lo demás, de lo que estaba completamente segura era de la manera de pensar de André.

—Él no hablaba nunca de venganza —insistió.

Los hombres inclinaron la cabeza y se marcharon. Pero ella se quedó preocupada. Fue en busca del señor Wu, para ver cómo andaba de ánimos, y reflexionando por el camino sobre lo que aquellos hombres habían dicho. ¿Hacía bien mandando a sus hijos lejos en tiempos tan conflictivos como aquéllos?

«De encontrarme sola —pensó—, tendría miedo».

Pero no estaba sola. Con ese consuelo recordó que había dicho que anunciaría la llegada de Jasmine al señor Wu, y así lo hizo.

Cruzó la verja de la luna y vio que el señor Wu estaba escarbando la tierra de la terraza de las peonías con el extremo de latón de su larga pipa de bambú. Llevaba un vestido de raso azul oscuro y se había puesto sus zapatos de terciopelo forrados de seda. Estaba más delgado que nunca. En su juventud había sido un hombre entrado en carnes y en su edad madura rondaba la gordura. Ahora, sin estar delgado, su grasa empezaba a desaparecer y su suave piel morena empezaba a quedarse flácida.

—¿Estás bien, padre de mis hijos? —preguntó ella educadamente.

—Muy bien, madre de mis hijos —respondió él, y continuó escarbando la tierra.

—Destrozarás tu pipa —observó.

—Estoy comprobando si las raíces de las peonías están firmes. Ha llovido tanto que temo que se pudran.

—Las terrazas están bien drenadas. Recuerda que ordené poner tejas el año en que nació Tsemo. Subimos la altura de las paredes para que yo pudiese ver las orquídeas desde la cama.

—Te acuerdas de todo. ¿Nos sentamos fuera o dentro? Quizá mejor dentro. Estos vientos son molestos. Se arremolinan en el suelo y te hielan los pies.

A ella le asombraba ver que no se sentía en absoluto extraña en compañía del señor Wu. Pero no podía explicarle sus sentimientos respecto a André. No la habría entendido... ¿Un extranjero? ¿Un sacerdote? ¿Un hombre muerto?

Lo siguió hacia la habitación principal, donde la luz del sol formaba un cuadro grande sobre las baldosas situadas junto a la puerta abierta. Sentía hacia su marido exactamente lo mismo de siempre. Y al pensar en eso, se apiadó con todo su ser de él. Era una pena que hubiese sido incapaz de amarlo. Había privado a aquel hombre de la plenitud de la vida. Nada de lo que le había dado, ni su cuerpo ni sus hijos, podía recompensarlo por vivir con un corazón sin amor. Su única excusa era que ellos habían tenido un matrimonio concertado, sin la previa voluntad de ninguno de los dos, y que ella lo había hecho lo mejor que había podido. De haber elegido libremente, jamás se lo habría perdonado. Nada podía recompensar a un hombre de la ausencia de amor por parte de su esposa.

«Por lo tanto, ahora debo darle amor de un modo u otro», pensó.

—Acabo de hablar con esa chica, Jasmine —dijo con toda su calma.

Se había sentado a la izquierda de la mesa, con la espalda apoyada en la pared central de la habitación, y él había ocupado su lugar habitual a la derecha. Así solían sentarse las tardes de su vida conyugal, para hablar de los asuntos de la casa que implicaban a los dos.

El señor Wu estaba atareado con su pipa. Con su peculiar intuición, ella se dio cuenta de que la temía. En otra época, le habría hecho gracia ser consciente de eso. Nunca le había desagradado el miedo que inspiraba en los demás, aceptándolo como algo debido a su superioridad. Pero ahora le entristecía ver la mirada furtiva y esquiva de los ojos del señor Wu y el ligero temblor de sus gruesas manos. Donde había miedo no podía haber amor. André nunca la había temido, ni ella lo había temido a él. Comprendió, con una curiosa punzada que no producía ningún tipo de dolor, que en realidad el señor Wu tampoco la había querido nunca, pues de lo contrario ahora no le tendría miedo.

—Cuéntame lo que sientes por esa chica.

Al percatarse de la bondad de su voz, el señor Wu levantó la vista y ella captó en sus ojos una especie de timidez que nunca había visto en él.

—Sé lo que te parece Jasmine. Es inferior en todos los sentidos, por supuesto. Eso lo veo yo también. Pero siento mucha lástima por ella. Al fin y al cabo, ¿qué oportunidades ha tenido? La historia de su vida es muy triste, pobrecita.

—Cuéntame la historia de su vida —dijo amablemente *madame* Wu.

La casa estaba tan silenciosa que parecía que sólo estuvieran allí ellos dos. Las

paredes eran gruesas y de un patio se pasaba a otro. En la amplia habitación, el pesado mobiliario era el mismo que había sido durante siglos, y aquellos dos seres humanos no eran más que dos eslabones más en la larga cadena de hombres y mujeres que habían vivido bajo las descomunales vigas que sostenían el inmenso tejado. Pero había algo nuevo. El orden de la vieja vida se había roto.

—Sí, la verdad es que la chica no tiene nada especial —continuó él como queriendo disculparse.

—Si se ha ganado tu amor —replicó ella con su extraña y nueva bondad—, entonces es especial.

El señor Wu la miró sorprendido.

—¿Te encuentras bien, madre de mis hijos? Tu voz me parece más débil que nunca.

—Jamás en mi vida me he sentido más fuerte. Cuéntame más cosas sobre la chica que amas.

Él dudó.

—No estoy seguro de amarla. Es decir, no siento por ella ni mucho menos lo que siempre he sentido por ti. No tengo hacia ella el respeto que tengo hacia ti. No la admiro. No es culta. No le pediría consejo sobre nada. —Se noto más cómodo cuando vio el rostro de *madame* Wu más tierno de lo habitual, y que su mirada lo animaba. No estaba enfadada—: Tu sentido común es espléndido. ¿Continúo?

—Por favor, padre de mis hijos, explícame cómo te afecta. Quizá así pueda ayudarte a averiguar si la amas de verdad.

—¿Por qué te interesa?

—Digamos que creo que te hice mal disponiéndolo todo para la llegada de Ch'iuming.

—Actuaste con buena intención —dijo él con cortesía.

—Actué egoístamente —contestó, más amable si cabe.

Era la primera vez que reconocía haberse equivocado en alguna cosa y él se sintió muy conmovido.

—No queda nadie como tú —declaró con su vieja impetuosidad—. Sigo diciendo que de no haber sido por tu cuarenta cumpleaños, no me habría enterado de que existen más mujeres en el mundo.

Ella volvió a sonreír.

—Sí, pero a las mujeres sólo les queda la elección entre ese cuarenta cumpleaños... y la muerte. —De haberlo amado, habría preferido morir antes que tener a Jasmine en la casa.

—No menciones la muerte —pidió con tono cortés—. Y bien, me preguntabas cómo me afecta esta chica. Mira..., hace que me sienta fuerte. Sí, ése es el efecto que tiene sobre mí.

—¿Fuerte?

—Es tan pequeña, tan ignorante, tan débil... —En sus labios se formó una suave

sonrisa—: Nadie ha cuidado nunca de ella. En realidad es una niña. Nunca ha tenido nadie que la cobije. Nadie la ha comprendido nunca. Parece sencilla y ordinaria, pero en su corazón hay muchas cualidades. No es una criatura de gran inteligencia, ya me entiendes. Pero posee emociones profundas. Necesita una guía constante.

Madame Wu lo escuchó con asombro. Jamás en su vida había oído al señor Wu hablar de otra cosa que no fuesen sus propias necesidades y deseos.

—¡La quieres de verdad! —exclamó.

Su voz mostraba admiración y el señor Wu respondió a ello con orgullo y modestia.

—Si lo que te he explicado es amor, entonces la quiero.

Nunca habían estado el uno tan próximo al otro como entonces. Ella desconocía aquel corazón escondido. Él tenía también una nueva sensación. Aquella percepción la llenaba de asombro. No era de extrañar que un hombre como André hubiese despertado el amor en ella. Pero que esa tal Jasmine, esa chica de la calle común y coloradota, esa criatura llena de ignorancia e inocencia terrenal, hubiera despertado en el señor Wu algo de una energía similar era un milagro.

—¿No te importa? —dijo él. Su rostro era tierno y suplicante.

—Me alegro —respondió ella rápidamente.

Se levantaron los dos en el mismo momento y se reunieron en el recuadro que la luz del sol reflejaba en el suelo. La calidez de ella salió corriendo hacia él y él le correspondió. La cogió de las manos y en un instante pasajero fueron sólo uno, los ojos de él clavados en los de ella. *Madame Wu* deseaba poder decirle por qué se alegraba, y por qué se sentían tan próximos. Deseaba que supiera que comprendía perfectamente ese milagro de amor que se había producido en él, fuese a través de un gran hombre o a través de una chica de burdel. Sacerdote o prostituta, el milagro era el mismo. La había alcanzado a ella, aun escondida en sus secretas estancias, y lo había alcanzado a él en una casa de flores, para cambiarlos a los dos. Pero sabía que jamás podría lograr que entendiese aquel milagro. Sólo debía ayudarlo a que se cumpliera del todo en él.

—No hay mujer en la tierra como tú —dijo él.

—Tal vez no —replicó, y retiró delicadamente las manos de entre las suyas.

En aquel momento apareció Ying. Según era habitual en ella, había asomado primero la cabeza por la puerta para ver qué hacían. Se quedó sorprendida primero, y luego encantada, al verlos con las manos unidas. A buen seguro, aquello significaba reconciliación y que la chica del burdel se largaría. Dio un paso atrás y tosió, y luego reapareció con su mensaje urgente.

—Señora, ha llegado un hombre corriendo para decir que *madame Kang* se ha puesto de parto y que la cosa va mal, y que el señor Kang solicita su presencia inmediata como su hermana amiga.

Madame Wu se levantó de inmediato de su silla, a la que había vuelto al oír la tos.

—Cielos —murmuró—, no. ¿Ha dicho el hombre qué tipo de problema hay?

—El niño se niega a nacer —dijo Ying con tristeza—. No quiere abandonar el vientre.

—Debo ir enseguida. —Se apresuró hacia la puerta y entonces se detuvo un instante para dirigirse de nuevo al señor Wu—: Y, tú, padre de mis hijos, libera tu corazón y siéntete cómodo. La chica entrará en tus aposentos sin causar alboroto. Me dedicaré personalmente a silenciar todas las lenguas. Sólo pido una cosa..., que des permiso a Ch'iuming para que pueda marcharse.

—De hecho, estoy dispuesto a que se quede —dijo amablemente el señor Wu—. Es muy buena, y ¿adónde iría ahora si la echas de aquí?

—No la echaré de aquí. Decidiré sobre su vida a mi regreso. De momento que se traslade a mis aposentos. —Se volvió hacia Ying—: Ya has oído lo que he dicho, Ying. Que así sea.

La criada estaba pegada a la pared, clavando las uñas a los ladrillos.

—¿Va a quedarse esa puta? —gimió.

—Ahora ya no es eso —respondió muy seria *madame* Wu—. Es la decisión de mi señor.

Con esas palabras, se marchó apresuradamente, y en cuestión de minutos se encontraba sentada en su palanquín. Los portadores levantaron la silla y la transportaron acto seguido por las calles.

—Os pido prestada vuestra luz... Os pido prestada vuestra luz... —entonaban los hombres para abrirse paso, y la muchedumbre se apartaba ante la urgencia de sus gritos.

En casa de los Kang reinaba la conmoción. *Madame Wu* la vio y la oyó en cuanto el palanquín fue depositado en el patio exterior. Las jóvenes esclavas y las criadas corrían por todas partes, gritando y lanzándose reproches, y los criados permanecían en silencio y confusos. Cuando el mayordomo vio llegar a *madame Wu*, corrió hacia ella y, tras inclinar la cabeza a modo de saludo, le rogó que pasara enseguida al patio interior. Ella lo siguió, y con su presencia el estado de confusión se apaciguó. Todas las miradas se clavaron en ella como una esperanza. Su sabiduría era famosa y todos confiaban en el profundo cariño que sentía hacia la señora de la casa.

—Lee muchos libros —le susurró una mujer a otra. Esperaban que, gracias a esos libros, supiera qué hacer.

El señor Kang estaba sentado llorando en la principal estancia que daba al patio interior. *Madame Wu* lo había visto a menudo a lo largo de los años, pero nunca había cruzado una palabra con él ni lo había oído dirigirse a ella. Se habían saludado en diversos lugares, y también en las bodas de Meng y Linyi, tal y como hace la familia política. Pero lo conocía sólo a través de su amiga, su esposa.

Y eso significaba que lo conocía muy bien. Sabía lo que le agradaba comer, lo mucho que apreciaba el pato marinado con vino y ajo, que no le gustaban los huevos duros, que era capaz de comerse de una sola sentada siete rollos de carne de cerdo, que con dos *catty* de vino se emborrachaba, y que cuando estaba borracho, se limitaba a dormir sin buscar nada más. Sabía que se enorgullecía de la cantidad de hijos que tenía, pero que si alguno de ellos lloraba en su presencia, lo despachaba lejos. Sabía que por la noche dejaba sus zapatillas junto a la cama de su esposa, y que cuando no lo hacía, significaba que estaba en una casa de flores, y su esposa se pasaba la noche llorando, y él se enfadaba por eso. Sabía que tenía un lunar negro sobre el corazón, lo que era signo de una vida larga, que sufría de gases intestinales, que cuando soplaban las tormentas del norte que arrastraban arena de los desiertos, le escocían los ojos, y que le aparecía un sarpullido en las mejillas siempre que comía cangrejo, pero que pese a ello seguía comiendo cangrejo. Es decir, *madame Wu* lo sabía todo sobre aquel hombre que veía allí sentado, con sus rollizas manos posadas en las rodillas y llorando porque su esposa se estaba muriendo. Pero él no sabía nada de ella que no fuese lo que toda la ciudad sabía, que había elegido una concubina para su esposo al cumplir los cuarenta años.

Se levantó al verla entrar, lágrimas amarillas rodaban por sus mejillas.

—Está... está... —empezó.

—Lo sé —dijo *madame Wu*, apartando la vista. Hasta conocer lo extraño que podía llegar a ser el amor, le había maravillado que su amiga pudiera amar a aquel hombre. Se dirigió rápidamente hacia las cortinas de raso que separaban aquella habitación del dormitorio—. Iré enseguida, si me lo permite.

—Pase..., pase..., sálvele la vida —lloriqueó él.

Ella entró a toda prisa en el dormitorio de *madame* Kang. El olor a sangre impregnaba con fuerza el ambiente. Una lámpara de aceite parpadeaba sobre la cama verde donde estaba tendida, con una anciana inclinada sobre su cuerpo. Había también dos criadas, una a los pies de la cama y la otra en la cabecera. *Madame* Wu apartó a la de la cabecera y observó el rostro cadavérico de su amiga.

—Meichen —susurró.

Madame Kang abrió los ojos lentamente.

—Tú —musitó—, has venido... —Su cara se estremeció de dolor—: Me estoy muriendo...

Madame Wu le rodeó la muñeca con los dedos. El pulso era muy débil, y no le respondió.

—Deja de tirar del niño —le ordenó a la comadrona.

La anciana levantó la vista.

—¡Pero si es un chico! —exclamó.

—Dejadnos solas —ordenó *madame* Wu—. Fuera, todas. —Enderezó su esbelta figura.

Las mujeres se quedaron mirándola.

—¿Asume la responsabilidad? —preguntó la comadrona, y frunció los labios.

—Asumo la responsabilidad. —Esperó a que se fueran. Entonces, ya con tranquilidad, se inclinó sobre su amiga—: Meichen, ¿puedes oírme? —le preguntó con claridad. *Madame* Kang había cerrado los ojos e hizo un gran esfuerzo para abrirlos. No dijo nada, pero *madame* Wu advirtió que en el fondo estaba consciente—. Te quedarás aquí tranquila mientras voy a buscarte un poco de caldo. Lo beberás y descansarás. Entonces te sentirás otra vez fuerte. Cuando hayas recuperado las fuerzas, te ayudaré a dar a luz al niño. Entre las dos será más fácil.

Madame Kang parpadeó y cerró los ojos. Sus labios esbozaron la más débil de las sonrisas. *Madame* Wu la tapó para mantenerla caliente y fue a la otra habitación. La comadrona se había marchado enfadada, pero las sirvientas estaban allí, sirviéndole té al señor Kang, abanicándolo, suplicándole que se sosegara. Se giraron al verla llegar, pero ella se dirigió al hombre.

—Necesito su ayuda.

—¿Vivirá?

—Si usted me ayuda —respondió ella.

—¡Lo que sea, lo que sea!

—Silencio. —Acabó así con sus lloriqueos. Entonces le ordenó a una criada—: Tráeme un tazón de la mejor sopa que tengas preparada.

—Hay caldo de carne de ternera, caldo de pollo y sopa especial de pescado.

—La sopa de pescado —decidió *madame* Wu—, y añádele dos cucharadas de azúcar rojo. Tráela caliente. —Se volvió hacia el señor Kang—: Tiene que llevársela usted..., no una de las criadas.

—Pero yo... —resopló él—. Le aseguro que soy muy torpe.

—La llevará usted —repitió ella.

Regresó de nuevo a la habitación en penumbra y cogió otra vez la muñeca de *madame* Kang. El pulso seguía igual, pero no se había debilitado. Continuó esperando y pronto oyó los pesados pasos del señor Kang entrando en la habitación. Sujetaba con las dos manos un tazón con sopa caliente.

—Pondremos la sopa en la tetera —decidió ella. Vació rápidamente el té en una escupidera de latón y, tras cogerle el tazón, lo vertió en la tetera. Entonces se giró de nuevo hacia la cama—. Meichen, sólo tienes que tragar. —Comprobó la temperatura de la sopa y acercó el extremo de la tetera a los labios de *madame* Kang, dejando que el líquido entrara lentamente en su boca. La mujer no abrió los ojos, pero tragó y tragó, cinco o seis veces—: Ahora descansa.

No habló con el señor Kang. No; lo tuvo allí de pie, mirando. Depositó la tetera en la mesa, se subió las mangas de raso y se anudó a la cintura una toalla que colgaba de una silla. Él la observaba con expresión horrorizada.

—Yo no debería estar presente —susurró.

Pero ella le indicó con un gesto que se acercara, y, profundamente aterrorizado, él la obedeció. Había engendrado muchos hijos, pero nunca había visto el momento en que el resultado se hacía realidad. Había engendrado por placer y sin pensar en nada más.

Madame Wu dio la vuelta a las colchas y se inclinó sobre su amiga.

—Meichen, no te preocupes. Deja que tu cuerpo descanse. Me encargaré de ti —le aseguró. Pero, pese a aquellas palabras, *madame* Kang gimió en el instante en que le rozó su sensible piel. El señor Kang se llevó las manos a la boca y volvió la cara—. Dele la mano —le ordenó *madame* Wu—. Transmítale su fuerza.

El hombre no podía desobedecerla. La dama tenía sus grandes ojos clavados en él con severidad. Dio un paso al frente y cogió las manos de su esposa. Y por eso, sólo por eso, la mujer pudo abrir los ojos. Al sentir las manos que tan bien conocía, abrió los ojos.

—Tú —dijo sin aliento—, ¡tú..., padre de mis hijos!

En aquel instante de reconocimiento, *madame* Wu deslizó sus manos fuertes y finas alrededor del pequeño, y *madame* Kang gritó.

El señor Kang estaba empapado en sudor. Gruñó y apretó con fuerza las manos de su esposa.

—Si vives —murmuró entre dientes—, te juro, te juro...

—No jures nada —jadeó ella—. Me alegro... Tu hijo...

—Los hijos no son nada para mí sin ti —gritó—. Si mueres, me ahorcaré. —El sudor le caía por la cara.

—Entonces... ¿me quieres? —Su voz era tan débil, tan entrecortada, que *madame* Wu tuvo miedo durante un momento de la responsabilidad que había asumido.

—Corazón de mi corazón —gritó el señor Kang—. No te mueras..., no te mueras...

—No me moriré —dijo ella en voz bien alta.

Y en aquel instante, *madame* Wu extrajo el bebé de su cuerpo. La sangre manaba a raudales, pero la contuvo con el montón de algodón que la comadrona había dejado junto a la cama.

El señor Kang seguía agarrando con fuerza las manos de su esposa.

—¿Se ha acabado? —farfulló.

—Se ha acabado.

—¿Y el niño? —susurró *madame* Kang.

Madame Wu envolvió el cuerpecito desgarrado en la toalla que llevaba en la cintura.

—Está muerto —respondió muy despacio—, pero vosotros dos no necesitáis para nada este niño.

—La verdad es que no —balbuceó él—. Meichen, te lo suplico..., no más hijos. Nunca, jamás, te lo prometo...

—Calle —le dijo muy seria *madame* Wu—. No haga promesas que no pueda cumplir. —Palpó la tetera y vio que aún estaba caliente. Llevó su extremo a los labios de su amiga—: Bebe. Has prometido vivir.

Madame Kang bebió. Había cerrado otra vez los ojos, pero el pulso de la muñeca, cuando lo palpó *madame* Wu, era más fuerte aunque mínimo.

Le indicó al señor Kang que soltara las manos de su esposa.

—Tiene que dormir. Me sentaré aquí a su lado. Llévase al niño para darle sepultura. —Cogió al pequeño muerto y lo puso en los brazos del hombre, que lo recibió—: Que este niño sea la prueba de lo que le ha dicho. Recuerde para siempre su peso entre sus brazos. Recuerde que murió para salvar la vida de su madre... para usted.

—Lo recordaré —prometió—. Le prometo que lo recordaré.

—No haga promesas que no pueda cumplir —repinó *madame* Wu.

Pasó allí sentada el día entero y la noche que siguió.

Las criadas le llevaron comida y té caliente, pero ella no permitió que cruzaran la puerta. El señor Kang se acercó para darle las gracias y para contemplar a su esposa mientras dormía. Porque *madame* Kang seguía durmiendo, sin abrir siquiera los ojos cuando bebía el caldo caliente. *Madame* Wu había añadido al caldo las hierbas que servían para espesar la sangre y detener la hemorragia, y el polvo de ciertas levaduras que impedían las infecciones. Conocía esas cosas por sus libros antiguos, pues no eran de dominio público.

Meng y Linyi habían ido a ver a su madre, pero tampoco a ellas les permitió acceder a la habitación. Dejaba entrar por la ventana sólo el aire necesario para que ella y su amiga pudieran respirar, pues el viento era fresco y no quería encender el brasero porque los gases del carbón enrarecían el ambiente.

Madame Kang continuaba durmiendo bajo las colchas de seda, y ella la lavaba, la aseaba, le daba de comer el caldo y le administraba las medicinas cada una o dos

horas, y con cada hora que pasaba iba volviendo a la vida.

La mañana del segundo día, cuando *madame* Wu estuvo segura del pulso que comprobaba en las muñecas de su amiga, abandonó por fin la habitación. El señor Kang seguía sentado y solo fuera del dormitorio. No se había lavado, ni había comido ni había dormido, y el fingimiento, la cortesía y la falsedad se habían esfumado por completo. Estaba cansado, asustado y agotado, hasta quedar de él sólo su auténtica persona. *Madame* Wu se dio cuenta de ello, se compadeció de él y se sentó a su lado en otra silla.

—Le debo su vida —declaró cabizbajo.

—Su vida no debería correr peligro de nuevo —dijo ella con delicadeza.

—Lo prometo... —empezó él, pero *madame* Wu levantó la mano.

—¿Podrá mantener esa promesa cuando ella se encuentre otra vez bien? Y de poder, ¿cómo la mantendrá? ¿Acaso la he devuelto a la vida para verla triste y compungida porque usted entra y sale sin parar de casas de flores? ¿La consolará de algún modo que usted evite darle hijos y se dedique a esparcir su semilla por otras partes? Que ella lo ame tanto es una desgracia, a menos que usted la ame también.

—La amo —protestó.

—¿Cuánto? —Lo hostigó—. ¿Lo bastante como para darle una buena vida?

Él se quedó mirándola y ella le sostuvo la mirada, con sus ojos grandes y oscuros.

—Mejor morir a vivir una vida siempre triste —añadió la dama con calma.

—No le daré una vida triste. —Su mirada vaciló, se llevó los dedos a la boca y tiró de los labios—: Yo no sabía... Nunca pensé... Ella nunca me dijo...

—¿El qué? —Lo sabía, pero por el bien de su alma lo forzó a seguir hablando.

—Nunca supe nada de la vida —masculló—. Lo dura que puede ser..., lo mucho que cuesta.

—Demasiado. Pero ella lo ha amado a usted más de lo que cuesta.

—¿Ha sufrido así cada vez?

—¿Así? —preguntó como si no entendiera.

—Así, tan cerca de la muerte...

—Para cualquier mujer, un nacimiento es casi siempre algo muy cercano a la muerte. En este caso, se ha convertido en una cuestión de nacer o morir. Debe usted elegir. Ya no puede tener ambas cosas.

Él se tapó los ojos con la mano.

—Elijo su vida —murmuró—, siempre..., siempre...

Madame Wu se levantó en silencio mientras él se tapaba los ojos y abandonó la estancia. Tal vez nunca más lo viera. En la vida, hombres y mujeres permanecían separados, y era posible que nunca volviese a encontrarse en su presencia. No sería necesario. Aquel hombre tosco y sencillo estaba ahora aterrado de amor, de amor hacia su esposa.

De modo que *madame* Wu regresó a casa, muy cansada pero en absoluto enferma después de todo lo que había visto y hecho. Entrar de nuevo en sus aposentos,

limpios y tranquilos, fue como bañar su alma. Allí había estado André con ella, allí habían caminado y hablado. ¿Podía la comunión que ahora sentía con él tener alguna cosa en común con el crudo corazón del señor Wu y su amor hacia su esposa?

Entró en la biblioteca y sintió su calidez. Ying había encendido el brasero y su calor flotaba por encima de las brasas. En la ventana, el sol se colaba entre la celosía.

De no haber conocido la calidez del amor en su propio corazón, habría sido incapaz de salvar la vida de Meichen. El horror de la carne la habría superado, el olor de la sangre, el hedor de la muerte, la fealdad de la cara redonda y llorosa del señor Kang, la repulsión de su grueso cuerpo, la sordidez de su mente. Pero sabía que el amor la había elevado por encima de sí misma.

Entró Ying, refunfuñando.

—Señora —gritó—, señora... Mire su ropa..., está llena de sangre..., y se la ve tan pálida...

Entonces se miró y vio la sangre que manchaba el raso de su vestido. Ella, que tan quisquillosa era, se limitó a murmurar:

—Lo había olvidado.

No debe pensarse que *madame* Wu comprendía plenamente el cambio que se había producido en su ser. Tenía la sensación, de hecho, de que no sabía hacia dónde iba a apuntar su camino entre un paso y el siguiente. No contaba con ningún plan. Pero era como si estuviese andando por un camino de luz. Mientras mantuviera sus pies en ese camino, todo iría bien. Pero de pisar las sombras que flanqueaban el sendero por ambos lados, estaría perdida. Y la luz que iluminaba el camino era su amor por André. Cuando necesitaba saber el paso que debía dar a continuación, pensaba en él y lo sabía.

De modo que al día siguiente, cuando Ying le llevó la pequeña que Ch'iuming había dado a luz, sintió una ternura inmensa hacia ella. A través de aquella criatura había unido a Ch'iuming, una desconocida, con la casa de los Wu. Y mientras que antes veía a la niña como una nueva carga, y con perplejidad todo el asunto de Ch'iuming, ahora tenía la sensación de que no había ni peso ni perplejidad. Debía tratar a la madre y a la hija del mismo modo en que lo habría hecho André.

—¿Dónde está Ch'iuming? —le preguntó a Ying.

—Anda atareada por la cocina y los jardines.

—¿Está feliz?

—Ésa no puede estar feliz. Deberíamos echarla. Tener una cara triste por todas partes trae mala suerte. Corta la leche de los pechos de las amas de cría y provoca mal humor en los niños.

—Dile que venga a verme.

Era la mañana siguiente a haber estado en casa de *madame* Kang. Justo después de levantarse, había enviado un mensajero a preguntar por su amiga, el cual regresó

con buenas noticias. Su amiga había dormido bien toda la noche, la sangre de las heridas se había coagulado sin nuevas hemorragias y por la mañana había tomado un tazón de gachas de arroz con azúcar rojo. Ahora volvía a dormir.

El día era tranquilo y gris. El sol del día anterior se había esfumado y el olor a humedad del río inundaba el ambiente. *Madame Wu* lo aspiró delicadamente por sus orificios nasales.

A su lado, en un capazo, la pequeña jugaba con sus manitas. Las perdía a cada momento y su diminuta cara mostraba entonces una mirada de sorpresa. Luego volvía a verlas en cuanto las agitaba, se quedaba mirándolas y las perdía otra vez. *Madame Wu* rió mientras observaba el juego.

«Qué pequeños son nuestros principios —pensó—. Yo también estuve en su día en una cuna..., igual que André». Intentó imaginárselo como un niño pequeño, y se preguntó por su madre. Sin duda alguna, su madre supo desde el principio lo que era su hijo, un hombre que bendeciría a los demás a lo largo de su vida.

Ch'iuming apareció entre las puertas que separaban la estancia de la frialdad de la mañana silenciosa y gris. *Madame Wu* levantó la vista al verla llegar. La chica semejaba parte integrante de la bruma matutina, gris, calmada y fría. Su blanco rostro permanecía inexpresivo, sus labios estaban pálidos, y sus párpados también y parecían pesar sobre sus ojos oscuros.

—Mira a tu hija —dijo *madame Wu*—. Me está haciendo reír porque pierde las manos y luego las encuentra y vuelve a perderlas.

Ch'iuming se acercó hasta situarse junto a la cuna para mirar, y la dama vio entonces que no amaba a la niña. Era algo ajeno a ella.

De haber sido otro día, otro momento, se habría negado a hablar del tema, o habría apartado la vista diciéndose que no era asunto suyo si aquella chica ignorante quería o no a su hija. Pero preguntó:

—¿Es posible que no quieras a tu propia hija?

—No puedo sentirla como mía —respondió Ch'iuming.

—Pero eres tú quien la ha dado a luz.

—Fue en contra de mi voluntad.

Las dos mujeres se quedaron en silencio observando a la pequeña, inconsciente de la situación. En otra época, *madame Wu* le habría reprochado el no querer a su hija, pero el amor estaba enseñándole una lección.

En una ocasión, André le contó que había nacido un niño de una joven madre y un padre desconocido, y resultó ser un niño tan resplandeciente, que hombres y mujeres lo veneraron como un dios porque había nacido del amor.

—¿Y por qué era de padre desconocido? —le preguntó ella.

—Porque la madre nunca mencionó su nombre.

—¿Quién se encargaba de cuidarlos y alimentarlos?

—Un hombre bueno llamado José, que los veneraba a los dos y no pedía nada para sí mismo.

—¿Y qué fue de ese niño tan resplandeciente?

—Murió joven, pero son muchos los hombres que no lo han olvidado.

Se sintió iluminada también al recordar lo que le había dicho. ¿Por qué Ch'iuming no amaba a aquella niña, a no ser que fuese porque no amaba al padre, el señor Wu? ¿Y cómo sabía ella que no amaba al señor Wu, a no ser que fuese porque amaba a otra persona?

—¿A quién amas? —le preguntó de repente a Ch'iuming.

No le sorprendió ver cómo se sonrojaba el rostro de la joven. Se puso colorada hasta las orejas.

—No amo a nadie —dijo, y mintió con tanta claridad que *madame* Wu se echó a reír.

—¿Cómo quieres que te crea? Tus mejillas, e incluso tus orejas, revelan la verdad. ¿Temes también que tus labios la revelen? No amas a esta niña... Eso significa que no amas al padre. Pues bien, que así sea. El amor no se puede forzar, el amor no es algo que se pueda sentir por obligación y que pueda fingirse. Proviene del Cielo, sin que nadie lo pida y sin que nadie lo busque. ¿Debo culparte por eso? Sé que me equivoqué. Pero cuando te traje aquí, tampoco yo comprendía el amor. Pensaba que hombres y mujeres podían emparejarse como los machos y las hembras de los animales. Ahora sé que hombres y mujeres se odian si se emparejan sólo como si fueran animales. Porque no lo somos. Podemos unirnos sin siquiera una caricia en la mano, o una mirada en los ojos. Podemos amar incluso cuando la carne ha muerto. Lo que nos une no es la carne.

Era una conversación extraña, tan monstruosa por parte de la dama, cuyas palabras eran siempre sencillas y prácticas, que Ch'iuming no pudo más que mirarla como si estuviese viendo un fantasma. Pero *madame* Wu no era un fantasma, eso seguro. Sus ojos brillaban y su cuerpo parecía vigoroso pese a su delicadeza. Ch'iuming vio que tenía una nueva vida de algún tipo.

—Venga —dijo *madame* Wu—, cuéntame el nombre que llevas en tu corazón.

—Moriría de vergüenza. —Retorció el extremo de su chaqueta entre el pulgar y el índice.

—No permitiré que mueras de vergüenza —afirmó dulcemente.

Así, con muchas dudas y poca convicción, Ch'iuming pronunció varias palabras seguidas.

—Me dio usted... como concubina al mayor..., pero... —Y se interrumpió.

—Pero hay alguien a quien preferirías que te hubiese entregado —la ayudó a rematar *madame* Wu, y la chica asintió—. ¿Está en esta casa? —preguntó. Ch'iuming volvió a asentir—. ¿Es uno de mis hijos? —inquirió. Esa vez, la joven levantó la vista y se puso a llorar—. Es Fengmo —dijo, segura de que lo era, y Ch'iuming continuó llorando. «Vaya enredo, vaya confusión entre hombres y mujeres», pensó. ¡Todo aquello era fruto de su propia estupidez, de la ausencia de amor!—. No llores más. Todo es un pecado mío y debo enmendarlo de alguna manera. Pero aún no tengo

claro qué debo hacer.

Ch'iuming cayó de rodillas al oír esas palabras, se cogió la cabeza entre las manos y la acercó al suelo.

—He dicho que moriría de vergüenza —murmuró—. Permitidme morir. Una criatura como yo no sirve para nada.

—Todas las criaturas sirven para alguna cosa —replicó *madame* Wu, y la ayudó a incorporarse—. Me alegro de que me lo hayas contado. Es mejor que lo sepa. Y ahora te lo ruego, espera pacientemente en esta casa. La luz acabará apareciéndoseme y sabré qué debo hacer por ti. Mientras, ayúdame a cuidar de las expósitas que he adoptado. Será para mí de gran utilidad que puedas encargarte de ellas por mí. Están aquí y no tengo tiempo suficiente para cuidarlas.

Ch'iuming se secó los ojos al oír hablar de las niñas.

—Me ocuparé de ellas, señora. ¿Por qué no? Son mis hermanas. —Se inclinó para sacar a su hija de la cuna—: Me llevaré a la niña conmigo..., también es una expósita..., una huérfana, me imagino, pues su madre no puede amarla, pobre ranita.

Madame Wu no respondió. No sabía dónde encontrar la felicidad de Ch'iuming. Con el tiempo lo descubriría.

En los patios centrales de la casa, *madame* Wu siguió pensando en la familia a medida que los días pasaban para ir convirtiéndose en semanas y meses.

«De ser malvada —pensó un día—, podría equipararme a una araña que teje su red en torno a todos los que habitan en la casa».

Entre los bambúes cantaba un pájaro. Escuchó su extraño canto y supo de qué se trataba. Dos veces al año pasaba por allí un benteveo pardo de la India. Su voz era melodiosa pero discordante. Señalaba la llegada de la primavera, y eso era todo.

Reflexionó.

«¿Y cómo sé que no soy malvada? ¿Cómo sé que lo que considero bueno es verdaderamente bueno?».

Como era ya su costumbre, planteó la pregunta a su recuerdo de André.

Un día, se acordaba muy bien, se habían sentado allí en la biblioteca, donde ella estaba ahora sentada, él a un lado de la gran mesa de madera tallada y ella en el otro, no en extremos opuestos mirándose cara con cara, sino con la mesa entre los dos y ambos frente a las puertas abiertas al patio. Era un día tan bonito como aquél, con una atmósfera limpiísima y un sol tan fuerte que los colores de las piedras del suelo del patio, normalmente grises, mostraban matices de azul y rosa y vetas de plata. Las orquídeas habían florecido con un color púrpura oscuro. En el estanque saltaban los pececillos y se lanzaban contra los rayos de sol que penetraban sesgados en el agua.

André había estado contándole una antigua leyenda sobre la caída del hombre en el mal. Fue producto, decía, de la mano de una mujer, Eva, que dio al hombre una fruta prohibida.

—¿Y cómo sabía esa mujer que la fruta estaba prohibida? —preguntó *madame Wu*.

—Porque un espíritu maligno, que había adoptado la forma de una serpiente, se lo había dicho al oído.

—¿Por qué a ella y no al hombre?

—Porque sabía que la mente y el corazón de la mujer no estaban fijados en el hombre, sino en la prosecución de la vida. La mente y el corazón del hombre estaban fijos en sí mismo. Él se sentía feliz soñando en que poseía la mujer y el jardín. ¿Para qué más tentaciones? Lo tenía todo. Pero ella podía ser tentada con la idea de un jardín mejor, un espacio más grande, más posesiones, porque sabía que de su cuerpo saldrían muchos más seres, y tramaba y planificaba pensando en ellos. La mujer no pensaba en sí misma, sino en los muchos seres que crearía. Cayó en la tentación por el bien de ellos. Y por el bien de ellos caerá siempre en la tentación.

Ella lo miró. ¡Qué bien recordaba la profunda y triste sabiduría de sus ojos oscuros!

—¿Cómo es que conoce tan bien a las mujeres?

—Porque vivo solo. Me liberé previamente.

—¿Y por qué se liberó? ¿Por qué se retiró del río de la vida? ¿No pertenecemos todos a él? ¿Es correcto que alguien se libere de él?

Fue la primera vez en los meses que lo conocía que lo vio dubitativo.

—Usted ha formulado una pregunta que nunca he sido capaz de responder. Al principio me liberé por vanidad. Sí, eso lo sé y lo reconozco. Cuando era como los demás hombres, a punto de casarme y de engendrar hijos, me consideraba amado por una mujer. Pero Dios me dio una visión sobre el ser humano demasiado rápida para poder ser feliz. Yo la veía a ella como Eva, planificando para los seres humanos que iba a crear..., con una pequeña ayuda por mi parte, naturalmente, pero que de todos modos crearía ella a partir de su cuerpo. Y vi mi pequeña parte, una breve satisfacción de la carne, y luego toda mi vida cavando y escarbando, como Adán, para que nuestro jardín pudiera hacerse más grande y sus frutos más ricos. De modo que me pregunté si era a mí a quien ella amaba, y la respuesta fue que a lo mejor..., pero sólo de momento, porque me necesitaba para prestarle un servicio. Así que me dije: «¿No sería mejor prestar mi servicio a Dios, que no pide nada de mí excepto que actúe con justicia y camine humildemente ante él?». Aquel día me convertí en sacerdote.

—¿Y ha sido usted feliz? —inquirió ella con cierta malicia.

—He sido dueño de mí mismo...

Ahora, sola en la biblioteca, donde siempre se sentaba porque la presencia de él seguía allí, reflexionó también sobre el hombre y la mujer. Pensó en que Eva no debía ser culpada porque en ella existiera el deseo eterno de continuar la vida. El hombre, solo, jamás podría ir más allá de sí mismo. Había convertido a la mujer en una parte de él, para su propio uso y placer. Pero ella, con toda su ignorancia e inocencia, lo

había utilizado en su interminable creación de nuevas vidas. Ambos eran herramientas, pero sólo la mujer era consciente de serlo y se entregaba a la vida.

—Ahí —le dijo a André— está la diferencia entre hombre y mujer, entre tú y yo.

Seguía sentada a solas y el ambiente era suave y cálido, no soplaban viento. De una grieta formada entre la pared de ladrillo y el suelo de piedra emergió una pequeña lagartija de cola azul que se quedó al sol. *Madame Wu* estaba tan quieta que la lagartija debió de considerarla parte de la habitación, y su exigua forma se alegró de ello, lo que demostró volviendo la cabeza hacia uno y otro lado y moviendo su vistosa cola. Su mirada era brillante y vacía. Ella siguió sin moverse. Tener animalitos inofensivos por casa daba buena suerte. Intuían que la casa era eterna y hacían de ella su hogar.

Reflexionó, inmóvil, mientras la lagartija continuaba jugando. Ésa era entonces la infelicidad que reinaba entre hombres y mujeres. El hombre creía en su significado individual, pero la mujer sabía que no significaba nada en sí misma si no cumplía su papel y generaba más vida. Y debido al hecho de que los hombres amaban a las mujeres como parte de ellos, y que las mujeres nunca amaban a los hombres a no ser que lo hicieran como parte de lo que ellas debían crear, la situación se convertía en una lucha que dejaba al hombre eternamente insatisfecho. No podía poseer a la mujer porque ella estaba ya poseída por una fuerza superior a su deseo.

¿Ella, la mujer, no lo había creado incluso a él? Tal vez por eso él nunca la perdonó, sino que la odiaba y luchaba en secreto contra ella, y la dominaba, la oprimía y la mantenía encerrada en la casa, con los pies envueltos y la cintura apretada, y le prohibía recibir un sueldo, aprender un oficio y estudiar, y la dejaba viuda a su muerte, y la consumía a veces hasta convertirla en cenizas, aparentando que todo era a causa de su fidelidad.

Madame Wu se rió del hombre con una sonora carcajada y la lagartija corrió a su escondite.

En una ocasión, con André sentado delante de ella, le había dicho:

—¿Es el hombre totalmente hombre y la mujer totalmente mujer? De ser así, nunca podrán congraciarse, pues él vive para él y ella vive para una vida universal, y éstas son posturas opuestas.

André le respondió muy serio.

—Dios dio a cada uno su propio residuo; es decir, una parte simplemente humana, ni masculina ni femenina. Es lo que se denomina alma. Es invariable e inalterable. Puede abarcar también el cerebro y sus funciones.

—¿Pero no es igual el cerebro de la mujer que el del hombre?

—Sólo es igual cuando está liberado de las necesidades de la carne. En ese caso, la mujer podría utilizarlo sólo para sus deberes femeninos y el hombre sólo para conseguir mujeres. Pero el cerebro es una herramienta y puede usarse para lo que cada criatura desee. Si yo corto coles con un buen cuchillo no significa que no pueda emplear ese mismo cuchillo para tallar una imagen del Hijo del Hombre. Si el Hijo

del Hombre está en mi corazón, y al alcance de la vista de mi alma, entonces utilizaré mi herramienta, el cerebro, para verlo claro.

—El alma, entonces, es un residuo que no es ni masculino ni femenino.

—Así es.

—¿Y de qué materia está hecha el alma?

—De algo que no heredamos de ninguna otra criatura. Es lo que me confiere mi propia personalidad, lo que me conforma levemente distinto a los que me han precedido, por mucho que me parezca a ellos. Es lo que se me otorga a mí por ser quien soy, un regalo de Dios.

—¿Y si yo no creo en Dios?

—Crear o no carece de importancia. Por sí misma puede ver que usted es distinta a cualquier otra persona de este mundo, y no sólo usted, sino que incluso la criatura más humilde y menos bella posee también ese precioso residuo. Si lo posee, sabe que existe. Basta con saber eso. Creer en quien nos lo da es algo que puede esperar. Dios no es irracional. Sabe que para creer nos gusta ver con los ojos y escuchar con los oídos, que nos gusta sujetar las cosas con las manos. Así es como el niño conoce solamente aquello que sus cinco sentidos pueden contarle. Pero existen más sentidos, que se desarrollan a medida que el ser va creciendo, y cuando alcanzan su pleno desarrollo, confiamos en ellos del mismo modo que en su día confiamos sólo en nuestros cinco sentidos.

Madame Wu miró al otro lado de la mesa mientras recordaba sus palabras. La silla estaba vacía y no podía oír ninguna voz. Pero su cara, con su sonrisa serena, y su voz tan profunda eran tan claras como si las estuviera viendo o escuchando.

—Tan sólo estoy empezando a comprender —murmuró—. Pero estoy empezando. Y te amo con mi alma.

¿Era posible que existiese amor y amistad entre almas?

—Es posible —le dijo ella.

Madame Wu era una mujer pragmática y ponía en práctica todo lo que aprendía. Dentro de aquella casa, que era su mundo, había dos seres desajustados, es decir, que no guardaban la relación correcta con la casa y, en consecuencia, con el universo. Se trataba de Rulan y de Linyi.

Sin prisas, y permitiendo que fueran pasando los días, fue aproximándose el momento en que decidió hablar con ellas, primero con Rulan, que era la mayor.

Habían transcurrido muchos meses desde que Tsemo y Fengmo dejaran la casa. *Madame Wu* recibía cartas con regularidad, pues los dos eran buenos hijos. Eran cartas dirigidas a su padre y a ella, la cual después de haberlas leído y reflexionado al respecto, las enviaba al señor Wu. Después de leerlas, él las mandaba a Liangmo, quien cada vez más asumía la responsabilidad de todas las tareas relacionadas con las tierras y las tiendas, preparándose para el día en que se convirtiera en el cabeza de

familia; él las leía también y las guardaba en los archivos familiares.

A partir de esas cartas, *madame* Wu había percibido claramente que sus dos hijos avanzaban en direcciones opuestas. Fengmo había querido marchar al extranjero para estudiar. Ella le había concedido permiso y le enviaba el dinero que necesitaba. Había cierta prisa, decía él, pues las vías marítimas empezaban a cerrarse debido a la guerra que se avecinaba, y si no quería quedar atrapado, debería zarpar sin tomar el largo trayecto de vuelta a casa por tierra.

De haber sido hijo único, *madame* Wu jamás se lo hubiera permitido, pero teniendo tantos hijos como tenía, no lo presionó para que regresara antes. Había zarpado un día a finales de invierno y cruzado los mares sin problemas, y sus cartas llegaban ahora con un matasellos y un sello extraños. Eran norteamericanos, pero a *madame* Wu le resultaba indiferente. Todos los países extranjeros, siempre que quedaran más allá de los cuatro mares eran igualmente interesantes e incluso semejantes para ella. Fengmo estaba siguiendo los estudios que André había iniciado. *Madame* Wu se sintió aliviada al ver que no tenían nada que ver con sacerdocio ni religiones. No tenían nada que ver con dioses, y todo que ver con los hombres.

Pero Tsemo no había pedido cruzar el mar. Había viajado hasta la capital, donde encontró un buen puesto gracias a la riqueza y a la influencia de su familia. Eso no había causado asombro al señor Wu, ni a *madame* Wu, por amplia que fuera su mente, pues le parecía de lo más natural que la familia fuese conocida en todas partes. Luego Tsemo escribió para contar el verdadero motivo por el que había sido tan afortunado. En caso de que la amenaza de la guerra se hiciese realidad, el gobierno se retiraría tierra adentro y allí dependería sobremanera de los ciudadanos de clase más alta y de sus familias, y la familia Wu era la principal y más antigua de su provincia. Tsemo, por lo tanto, disfrutaba de muchas preferencias y tenía que soportar los celos, las envidias y la malicia de los que habían quedado relegados. Pero era joven y duro y se abría camino por sí mismo.

Sus cartas no ayudaban a *madame* Wu a descubrirlo mejor. Comprendía más a Fengmo. A su manera, él estaba abriendo su mente y su corazón tal y como ella había hecho. Estaba creciendo y convirtiéndose en hombre, y más que eso, su residuo, como lo denominaba André, estaba creciendo también. Pero Tsemo parecía poseído. Y ella ignoraba qué era lo que lo poseía.

El tema de Tsemo se aceleró aquel año con las repentinas noticias de los ataques en la costa por parte de pueblos del Océano Oriental. *Madame* Wu se enteró y mandó a buscar los periódicos, que no solía leer, para averiguar lo sucedido. Lo que leyó era lo habitual en la historia del país. Llevaban siglos recibiendo ataques de otros pueblos y la nación siempre había aguantado. Aguantaría también ahora, y no se sentía preocupada. No era probable que los enemigos atravesaran centenares de kilómetros tierra adentro hasta llegar a la provincia donde la casa de los Wu llevaba tantos años instalada. Agradecía que las anteriores generaciones de la familia no hubieran cedido a los nuevos tiempos, como otras muchas, para desplazarse hacia el mar a edificar

nuevas casas en la costa. La familia Wu había construido siempre sobre las tierras de sus ancestros, y allí permanecía. Estaban a salvo. Ciertamente, el enemigo atacaba también desde el aire. Pero no había grandes ciudades cerca y no era probable que los pueblos ignorantes del Océano Oriental conocieran el nombre de la familia que estaba por encima de las demás. *Madame* Wu se sentía a salvo en su casa.

Sin embargo, el ataque forzó un cambio rápido. El gobierno se trasladó hacia el interior, y Tsemo con él. A principios del otoño siguiente escribió diciendo que llegaría a casa en diez o doce días.

Con esa carta, *madame* Wu supo que no debía retrasar el tema de Rulan. Mandó llamar a la joven utilizando a Ying como mensajera.

Que nadie se imagine que durante todos esos meses *madame* Wu no se había visto con su nuera. Ambas se habían encontrado a menudo. En la mesa, la joven estaba entre las demás, y había estado presente en los habituales festivales de primavera y verano, siempre callada y con su vestir sobrio. Había, además, momentos en los que *madame* Wu necesitaba que se realizaran algunos escritos para los archivos de la familia y para las cosechas, y llamaba a Rulan para encomendarle la tarea, pues, entre todos, era Rulan quien dibujaba las letras más claras. Siempre se mostraba amable con su nuera, y en una ocasión le dijo incluso:

—Está muy bien tener una nuera instruida.

A lo que Rulan respondió con unas escuetas palabras de agradecimiento.

Pero en ningún momento había retirado *madame* Wu a la chica del lugar que ocupaba en la familia. Ahora, con la carta de Tsemo en las manos, sabía que había llegado la hora de hablar.

Rulan atravesó en silencio los patios. Había dejado de utilizar los zapatos de cuero duro que llevara consigo desde Shangai. Utilizaba ahora zapatos de terciopelo con suela de tela. *Madame* Wu no oyó sus pasos y levantó la vista sorprendida al ver su sombra esbelta reflejada en el suelo.

—Hija, caminas con mucha suavidad —dijo, después de intercambiar saludos.

—He abandonado mis zapatos de cuero, madre. —Se sentó, no de costado, sino bien instalada en la silla, que estaba apoyada en una pared lateral y, por lo tanto, quedaba más baja que la de *madame* Wu. Se encontraban en el salón, no en la biblioteca.

Madame Wu no abordó de entrada lo que tenía en mente, sino que dijo cortés:

—Llevo varias semanas pensando en preguntarte por tu familia en Shangai. ¿Pudieron huir cuando atacó el enemigo?

—Mi padre trasladó la familia a Hong Kong.

—Ah, eso queda lejos —dijo amablemente *madame* Wu.

—Pero no lo suficiente —repuso Rulan, con energía—. Ya se lo he dicho a mi padre.

—¿Crees que el enemigo se atreverá a atacar tan lejos? —La rapidez de la chica la había sorprendido de verdad.

—Será una guerra larga.

—¿De veras?

—Sí, pues su preparación ha sido larga.

—Explícame eso, si te apetece. —Aquella chica le resultaba muy entretenida.

—Madre, los pueblos del Océano Oriental llevan mucho tiempo con miedo, llevan siglos con miedo. ¿A qué? A un ataque extranjero. Han visto como un país tras otro era atacado e invadido. Los conquistadores han llegado de Occidente. Incluso cuando llegó Genghis Khan e invadió nuestra nación, los pueblos del Océano Oriental tuvieron también miedo. Llegaron hombres de Portugal y España, de Holanda y Francia, y conquistaron países. Inglaterra invadió la India, y esos orgullosos occidentales no han hecho más que invadirnos también a nosotros, una y otra vez. «¿Por qué deberían tener piedad de nosotros?», razonan por lo tanto los pueblos del Océano Oriental. De modo que a partir de ese miedo se han propuesto ocupar por su cuenta tierras y pueblos, y nosotros somos su vecino más próximo.

Un discurso monstruoso para una joven, y *madame* Wu se quedó asombrada. Ni siquiera André habría dicho esas cosas.

—¿Dónde has aprendido todo eso?

—Tsemo me escribe todas las semanas.

Madame Wu notó que su corazón respiraba aliviado. Sonrió.

—¿Así que los dos volvéis a ser buenos amigos?

Rulan se sonrojó. Era pálida por naturaleza, exceptuando sus labios de color carmesí, por lo que el rubor era evidente, pero aun así no giró la cabeza para ocultarlo.

—Cuando no estamos juntos, nos llevamos de maravilla. Tan pronto como llegue, volveremos a pelearnos..., lo sé. Ya se lo he dicho. Ambos lo sabemos.

—Pero si lo sabes —dijo *madame* Wu riendo—, ¿no puedes evitarlo? ¿Quién de los dos empieza, tú o él? —Pese a que lo encontraba gracioso, le gustó que la chica no intentara esconder nada.

—Ninguno de los dos lo sabe. Esta vez nos hemos jurado, por carta, que sea quien sea el que empiece, el otro se lo dirá para pararlo. Pero no confío en que sepamos hacerlo. Conozco el carácter de Tsemo. Es como una tormenta de verano. Aparece sin motivo alguno, y cuando él se enfada, yo también me enfado. —Hizo una pausa y frunció el entrecejo. Estaba pensando qué decir a continuación y *madame* Wu le concedió tiempo—: Hay algo en mí que él odia. Es verdad. El dice que no hay nada, pero lo hay. No lo siente cuando estamos separados. Pero cuando estamos juntos, está ahí. Si yo supiera lo que es, cogería un cuchillo y me lo cortaría.

—A lo mejor no se trata de algo que está ahí, sino de algo que no está —dijo con delicadeza *madame* Wu.

Rulan levantó la cabeza. Sus ojos, que eran su mayor belleza, mostraban una expresión de sorpresa.

—Nunca había pensado en esa posibilidad. —Entonces volvió a bajar la cabeza

—: Pero eso lo pondría muy difícil. Sería más fácil quitarme algo que poner algo que no poseo.

—Tampoco tiene por qué ser así. Todo depende de tu amor por Tsemo. Si piensas en tu matrimonio como algo que sólo implica a vuestras dos personas, entonces pelearéis siempre a menos que decidáis manteneros alejados.

—¿Te refieres a...? —No pudo terminar. Era muy tímida en la parte femenina de su ser.

—Me refiero a eso —dijo *madame Wu*.

Sabía que hablaba con una sabiduría procedente de su conocimiento del amor. Ahora sabía que entre hombres y mujeres no existía obligación. Existía sólo amor... o desamor.

Cogió su pipa de plata y empezó a llenarla lentamente. Pasó un rato sin mirar a su nuera, contemplando su patio, en el que aquella temporada las orquídeas habían florecido en amarillo. Las hojas de los bambúes ondeaban al son de la suave brisa como si fuesen penachos. Era el tipo de día que más les habría gustado a ella y André por su ambiente de paz.

—En primer lugar, has de saber que ninguno de los dos le debe nada al otro —prosiguió por fin.

Rulan la interrumpió sorprendida.

—Ésa es la cosa más extraña que jamás he oído decir por parte de una suegra a la esposa de su hijo, madre.

—Lo he aprendido recientemente. —Sonrió con picardía, como guardando un secreto—: ¡Créeme, hija, aún sigo aprendiendo!

Estaba llegando al corazón de Rulan. La chica había ido preparada para humillarse y recibir la ira de su suegra. Pero comenzaba a ver un atisbo de esperanza. No iba a recibir ira, sino sabiduría. Se inclinó hacia delante como un esbelto lirio a la espera de la lluvia.

—Los problemas entre hombres y mujeres surgen siempre de la creencia de que entre ellos existe algún tipo de obligación —continuó *madame Wu*—. Y una vez se abandona esta creencia, el camino se despeja. Todos tenemos una obligación, pero sólo hacia nosotros mismos. ¿Y cuál es? Complacernos. Sólo estando plenamente complacidos podremos complacer a los demás. —Hizo una pausa, encendió su pipa, dio dos caladas y sacudió la ceniza—: ¿Y por qué pienso que es así? Porque, según dicen los sabios: «El esposo no es amado por ser el esposo, sino por ser quien es, y él no ama a la esposa por ser la esposa, sino por ser quien es». Uno sólo es feliz cuando el otro es feliz y ésa es la única felicidad posible para ambos.

Rulan permanecía sentada sin moverse, escuchando.

Madame Wu continuó.

—En lo que a la procreación se refiere, no es una obligación ni de él ni tuya. Es la obligación que tenéis en común hacia vuestros semejantes. Has cometido el error de confundir el hecho de tener hijos con tu amor hacia Tsemo. Y con tu confusión has

confundido a Tsemo. Por eso se enfada contigo con tanta facilidad.

—Madre —le suplicó Rulan—, sigue hablándome. Me estás llegando al corazón.

—Tú y Tsemo os alejasteis de la tradición —declaró *madame Wu*—. Os elegisteis porque os amabais. Y eso es peligroso porque, de esa manera, disminuyen las probabilidades de lo que podría llamarse felicidad. Tú y Tsemo pensasteis solamente en vosotros, no en vuestros hijos, no en vuestra familia, no en vuestro deber para continuar nuestra especie. Pensasteis solamente en vosotros, como dos seres aparte de todos los demás. Engendrar, concebir y criar vuestros hijos, convivir en todos los sentidos de comer, dormir, vestir, entrar y salir... Estáis intentando forzarlo todo para que entre en ese pequeño lugar aparte. Pero en él no caben tantas cosas. Está demasiado lleno, y estáis ahogándoos el uno al otro. Estáis demasiado próximos. Os odiaréis porque esa parte de vosotros que sois vosotros, vuestra persona..., vuestro residuo, vuestra alma, no dispone de espacio suficiente para respirar y para crecer. —Miró a Rulan. La chica la escuchaba con todo su ser—: Distánciate, hija mía. Permite que él se distancie. Acepta como algo natural, como un deber hacia tu propia especie, que vas a tener hijos. Y que no se trata de tus hijos ni de los de él. Son los hijos de la raza. Tenlos con la misma naturalidad con la que respiras, comes, duermes y realizas todas tus demás funciones como criatura física que eres. Engendrar y concebir no tiene nada que ver con vuestras almas. No midas el amor que él siente por ti con la forma que él tiene de expresar el calor de su cuerpo. En esos momentos no piensa en ti. Piensa en sí mismo. Piensa tú también en ti. ¿Acaso la pasión de un hombre difiere de la de otro? No. Ni una mujer tiene a sus hijos de forma distinta a otra. En esas cosas somos todos iguales. No te imagines que, en esto, él o tú sois distintos al hombre o la mujer más vulgar. —Hizo una pausa, y una extraña sensación de agotamiento se apoderó de ella.

—Haces que me sienta como si el matrimonio no fuera nada —dijo Rulan en voz baja—. En lo que se refiere a Tsemo, podría haberme casado con cualquiera.

Madame Wu recuperó su energía.

—No he terminado. En cierto sentido, tienes razón. Cualquier mujer joven y sana puede casarse con cualquier hombre joven y sano, y cumplir ambos con su obligación con la vida. Y por ese motivo está bien que nuestras antiguas tradiciones se mantengan. Las personas mayores pueden elegir mejor que las jóvenes por el bien de la raza. Piensa en Liangmo y Meng... Son felices. Pero no disfrutan de la felicidad absoluta, como tú y Tsemo exigís. Aceptan el hecho de tener hijos como su vida. Liangmo no tiene otra ambición que ser un buen padre y esposo. Ninguno de los dos pide más. Por eso es mejor que los mayores escojan la pareja que debe casarse, si es que la pareja es como Liangmo y Meng.

—Pero nosotros no somos como ellos —dijo Rulan con vehemencia.

—No lo sois. Vosotros deseáis amistad y compañerismo entre ambos. Ah, pides mucho del matrimonio, hija mía. El matrimonio no fue concebido para soportar esa carga adicional.

—¿Qué tendríamos que haber hecho? ¿Vivir sin matrimonio? —preguntó Rulan, sin querer ser descortés.

—Tal vez..., tal vez. —*Madame Wu* se sorprendió al oír su propia respuesta—: Pero también eso es difícil, pues sois hombre y mujer, y el cuerpo exige su propia vida. —Hizo una pausa, buscando palabras que nunca habían estado en ella, y las encontró—: Tú y Tsemo sois muy afortunados. Os amáis en todos los sentidos. ¡Amaos entonces hija mía! La vida es demasiado breve para un amor así. Amaos y no desperdiciéis ni una hora con enfados. Separad vuestro amor de vuestra pasión y no dejéis que la confusión reine entre los dos. Algún día, cuando esta separación esté clara y establecida por la costumbre, cuando hayan nacido vuestros hijos y estén creciendo, cuando vuestros cuerpos envejeczan y la pasión se haya ido, tal y como, por suerte, sucede, conoceréis el mejor amor de todos.

De pronto se sintió intensamente sola pensando en André, y la idea de que nunca volvería a ver su rostro con vida la taladró con una agonía que no había experimentado aún. Cerró los ojos y soportó el dolor. Pasado un rato, notó que Rulan le cogía la mano y la acercaba a sus mejillas. Sintió el calor de una mejilla y luego el de la otra. Pero siguió sin abrir los ojos.

—Y la mujer tiene que liderar en secreto —dijo—. La mujer siempre tiene que liderar en secreto, y debe de hacerlo porque la vida se apoya en ella, y sólo en ella. Te lo advierto, mi hijo no te ayudará a lograr que vuestro matrimonio sea feliz.

Cuando abrió los ojos, la estancia estaba vacía. Rulan se había marchado.

Aquella noche, cuando Ying la desnudó para acostarse, *madame Wu* habló después de un silencio tan prolongado y tan profundo que Ying ni siquiera se atrevió a romperlo con su habitual parloteo.

—¡Ying!

—¿Sí, señora? —Miró el espejo por encima de la cabeza de *madame Wu*. Estaba cepillando la oscura melena larga y sedosa que tan sólo ahora empezaba a mostrar algunas canas blancas en las sienes.

—Tengo un trabajo para ti.

—¿Sí, señora?

—Mi segundo hijo regresará a casa en menos de un mes.

—Lo sé, señora. Todos lo sabemos.

—Éste es tu trabajo. Todas las noches, cuando hayas terminado conmigo, has de ir a ver a la esposa de mi segundo hijo y hacer para ella lo que solías hacer para mí.

Ying sonrió al espejo, pero *madame Wu* no le devolvió la sonrisa. Siguió hablando, sin cruzar la mirada con la sirvienta.

—No tienes que olvidar nada de lo que yo solía hacer... El baño oloroso, la fragancia de los siete orificios, el masaje suavizante con aceite, el perfume en el pelo.

—Lo sé, señora. —La voz de Ying era cálida e íntima. Entonces dejó de mover el

cepillo—: ¿Y si ella me lo prohíbe? A ésa no le importa en absoluto su belleza.

—No te lo prohibirá. Necesita ayuda, pobre hija, igual que todas las mujeres la necesitan. Y ahora lo sabe.

—Sí, señora.

Tsemo llegó a casa el quinto día del noveno mes lunar. La noticia de su llegada fue remitida a la ciudad por telegrama, que llevó un mensajero a pie hasta la casa de los Wu, y que el señor Wu llevó en persona a *madame* Wu. Últimamente no solía entrar en sus aposentos bajo ningún concepto, y cuando ella lo vio, supo que el asunto tenía que ver con alguno de sus hijos. Él le tendió la hoja de papel.

—Nuestro segundo hijo vuelve a casa —dijo con su amplia sonrisa.

Ella cogió el telegrama, lo leyó y le dio vueltas y vueltas en las manos. Era la primera vez que veía un telegrama. Sabía, porque André se lo había explicado, que el papel no viajaba por los cables como ella imaginaba. Ni siquiera las palabras que contenía se pronunciaban en ningún momento, sino que se tecleaban símbolos en una máquina y así se transmitían los mensajes.

—Los tambores de los salvajes tocados en la selva —había comentado ella.

—Gran parte de lo que hace el hombre no es más que un refinamiento del salvajismo —había replicado él.

Recordó aquellas palabras mientras reflexionaba sobre el telegrama.

—Debemos preparar un banquete de bienvenida —dijo en voz alta.

—Invitaré a todos mis amigos —declaró el señor Wu.

Madame Wu empezó a planificar.

—Deberíamos celebrar también un banquete secundario para los empleados de las tiendas y los trabajadores de las granjas.

—Lo que sea..., lo que sea —concedió él con sus grandiosos modales señoriales.

Ella lo miró con los párpados entrecerrados. El señor Wu había recuperado su antigua personalidad. Jasmine le había beneficiado. Estaba seguro de su valía. Su fracaso con ella —pues a su manera se había sentido humillado por su rechazo— y su fracaso con Ch'iuming le habían hecho daño. Era el tipo de hombre que necesitaba percibir constantemente su éxito con las mujeres. ¡Qué bien lo sabía ella, que durante tantos años había convertido su éxito en su obligación! Pero Ch'iuming era joven e ignorante, y no comprendía esas cosas, y Jasmine era, pese a toda su falsedad, lo bastante sincera en el negocio mediante el cual se había ganado el arroz y el techo. *Madame* Wu notó que su corazón secreto se tornaba más ligero, y también frío y desdeñoso. Se sentía en cierto modo avergonzada por aquella malicia, aunque la hubiera aceptado enseguida como su parte de naturaleza humana.

—No soy una mujer libre de pecado —le había contado a André en una ocasión—. Es decir, si acepto su concepto de pecado: el pensamiento secreto, el deseo oculto... Soy capaz de alcanzar la rectitud externa, pero ¿quién puede controlar su corazón?

—Pocas personas pueden hacerlo —había respondido él—. Y usted es una de esas pocas.

Sabía que si quería continuar cerca de André, debía alcanzar las alturas en las que

él vivía. Él nunca descendería a su nivel.

De modo que se dirigió con paciencia al señor Wu, que era el padre de sus hijos.

—Que se haga todo según tus deseos.

Él se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en sus robustas rodillas, y le sonrió. Bajó la voz para hacerle una confidencia.

—Tal vez no sepas que Tsemo es mi hijo favorito. Por eso siempre me ha inquietado que su esposa sea una mujer irascible. Tsemo debería haberse casado con alguien dulce y razonable.

Madame Wu no pudo evitar una respuesta mordaz.

—Te equivocas con Tsemo —dijo. En sus propios oídos resonó una voz excesivamente cortante y cristalina—. Es inteligente. Rulan también es inteligente. A medida que pasa el tiempo, me gusta cada vez más.

Él se alarmó, como le sucedía siempre que oía mencionar la inteligencia, y se retractó enseguida.

—Bien, bien —dijo, con su tono de voz habitual—, me atrevería a decir que tienes razón. ¿Lo dispondrás tú todo o lo hago yo?

—Yo me encargaré de que todo esté a punto en la casa, y tú, de convocar a los invitados y decidir los vinos.

Se despidieron inclinando la cabeza y se separaron, y mientras él se alejaba, ella cobró conciencia de que lo que había existido entre ellos tenía que ver sólo con la carne. Le resultó repulsivo. Pero aun así, ¿no habían cumplido con la obligación que le había mencionado a Rulan? Habían continuado la familia en su generación, habían satisfecho los instintos de su raza, y se habían liberado el uno del otro una vez cumplido eso. Ahora sabía que, aun después de que André le hubiera dado a conocer el residuo de su personalidad individual, Jasmine había hecho lo mismo para el señor Wu. No se había roto ningún vínculo, la casa seguía como antes, y su lugar en ella era el mismo. Percibía la sabiduría de la decisión de dejar vivir a Jasmine bajo aquel techo, un techo lo bastante grande para abarcar hasta el último miembro de la casa de los Wu. No cometerían el pecado supremo de dar a luz un hijo sin nombre e ilegítimo. Los hijos de Jasmine ocuparían su lugar en el orden humano.

Cuando inició sus tareas diarias, sintió su ser embargado de paz. Aquel día no tendría tiempo para sí. Mandó llamar al cocinero, al mayordomo y al jefe de los camareros, convocó a las criadas responsables de la limpieza y a las costureras. Era necesario examinar los vestidos de los niños, y los que necesitaran prendas nuevas las tendrían. Yenmo, el menor de sus hijos, que vivía en el campo, debía regresar a casa.

—Ha llegado el momento —le dijo al administrador de las tierras— de que mi cuarto hijo regrese al hogar. La situación en la familia está muy clara.

El administrador se echó a reír.

—*Madame*, ese hijo será el único que gestione las propiedades después de usted. Nuestro joven señor mayor es bueno para las tiendas, pero el cuarto señor menor está hecho para las tierras.

Madame Wu llevaba meses sin ver a Yenmo y ahora se preguntaba sobre él. Siempre había dicho que durante los años de transición de niño a hombre todos los varones eran iguales. Lo único que necesitaban era que los alimentaran, les enseñaran algunas cosas, vivir principalmente al aire libre y mantenerse alejados del juego, los burdeles y las desavenencias familiares. Por eso había enviado a Yenmo a vivir al campo con sus primos rurales y los campesinos. Ahora tenía que regresar, y ella debía tomar medidas respecto a él.

—Prepara las dos habitaciones pequeñas del patio que queda al este del de mi hijo mayor —le ordenó a Ying—. Ahora están llenas de cajas y trastos, y nadie las utiliza. Las amueblaremos para Yenmo. Serán tuyas hasta que se case.

Lo apropiado habría sido ubicar a Yenmo cerca de su padre, pero no pensaba permitirlo. Tampoco quería a aquel joven vigoroso y lleno de vida demasiado cerca de ella. Liangmo y Meng serían buenos con él y los niños disfrutarían con su presencia.

Así pues, todo estaba preparado. Lo último que hizo fue visitar a Rulan. Y lo hizo el mismo día del regreso. Tsemo tenía que llegar pasado el mediodía, pero nadie sabía exactamente cuándo, pues volvía en barco. Era una pena no poder enviar el automóvil a recogerlo, pues los caminos eran muy estrechos y los campesinos ponían el grito en el cielo si sus enormes ruedas pisaban sus terrenos. El automóvil, por lo tanto, permanecía encerrado en una dependencia especial junto a la verja, un objeto que despertaba la sorpresa y el asombro de todos cuantos lo veían, pero que de poco servía en realidad. Pero el señor Wu se habría sentido muy retrasado y anticuado de no haberlo adquirido, e incluso a Tsemo le gustaba hablar entre sus amistades de «el coche extranjero de mi padre».

Rulan se presentó delante de *madame* Wu, muy dócil, tímida incluso. Había elegido para la ocasión un vestido nuevo de color granate, un color fuerte que encajaba a la perfección con la palidez de su piel y el rojo de su boca. *Madame* Wu aprobó su corte ceñido, su longitud, y no mencionó la brevedad de las mangas, pues Rulan poseía bellos brazos y manos. Le indicó a Ying que abriera su joyero y de allí seleccionó un grueso anillo de oro con rubíes. Lo insertó en el dedo medio de la mano derecha de Rulan, la cual levantó la mano para admirarlo.

—Normalmente los anillos no son de mi agrado, madre —dijo—, pero éste me gusta.

—Te favorece, y lo que favorece a una mujer la hace más bella.

Rulan acababa de lavarse el pelo, aunque no le había aplicado aceites, por lo que descansaba sobre sus hombros con la misma suavidad que la seda sin tejer. Ying le había cortado las puntas para igualárselas. La nueva moda entre las jóvenes dictaba llevar el cabello sin recoger, y a *madame* Wu no le gustaba. Habría protestado si Meng hubiera copiado ese estilo. Pero al darse cuenta de que el corte sumaba calidez al rostro de Rulan no dijo nada en su contra. Cualquier cosa que hiciera a una mujer más bonita tenía que ser aceptada.

—Abre la boca —le ordenó a Rulan.

La chica la abrió y *madame* Wu observó detenidamente su interior. La boca estaba sonrosada y limpia como la de un niño, y los dientes, blancos y sanos. El aliento que exhalaba era dulce y fresco.

Alzó las faldas de la chica y examinó la ropa interior. Impoluta como la nieve, fragante y bellamente bordada.

Le levantó las manos y olisqueó las palmas. Estaban perfumadas, así como su cabello, y de su cuerpo emanaba el delicado aroma que en su día había utilizado ella.

—Lo harás muy bien, hija —dijo con dulzura—. No encuentro fallo alguno en tu cuerpo. Pero no puedo examinar ni tu corazón ni tu mente... Eso debes examinarlo tú por mí. El cuerpo es lo que llega primero, pero lo que perdura es el residuo.

—No he olvidado nada de lo que me dijiste —afirmó Rulan solemnemente.

Se esperaba a Tsemo en cualquier momento de las siguientes cuatro o cinco horas, pero ¿quién podía saber que mientras sucedía todo eso en la casa de la familia Wu, él no se aproximaba por el río sino por el aire? En lugar de llegar por el río, bajó del cielo y tocó tierra justo en el exterior de la muralla baja del lado sur de la ciudad. El peso de la familia Wu en la provincia en que se hallaba era tal que, en cuanto el oficial superior de Tsemo en la capital se enteró de su regreso a casa, puso a su disposición un avión del gobierno y un piloto.

El piloto se quedó inquieto al dejar a su pasajero en pleno campo sin que nadie se acercara a recibirlo. Pero Tsemo se rió.

—Es mi ciudad natal. Sabré encontrar el camino.

De modo que el piloto despegó de nuevo hacia el cielo y Tsemo se dirigió tranquilamente a su casa; todo el mundo lo miraba y saludaba a su paso, preguntándole cómo había llegado, y se quedaban atónitos y mudos de asombro al oír su respuesta:

—He llegado del aire.

Niños y desocupados salieron corriendo para anunciar a la casa de los Wu que el segundo señor estaba en camino, pero Tsemo avanzaba dando unas zancadas tan grandes que los seguía a todos muy de cerca. De modo que apenas acababan *madame* Wu y Rulan de hablar con la esposa del centinela, que había llegado jadeante para comunicarles la noticia, cuando Tsemo apareció pisándole los talones. Según el protocolo debería haber ido primero a saludar a su padre, pero a buen seguro Liangmo le había escrito contándole quién frecuentaba los aposentos de su padre y no deseaba ver a una desconocida antes que a su madre. Por lo tanto se presentó primero ante *madame* Wu, y se quedó desconcertado al ver con ella a Rulan, su propia esposa.

Fue un momento incómodo, pues, según las viejas tradiciones, no debía saludar a su esposa antes que a su madre. Pero, asombrosamente, Rulan salió en su ayuda. Se apartó con elegancia, concediéndole tiempo y espacio.

—Hijo mío, por fin has venido —fue la bienvenida de *madame* Wu. Extendió las manos y palpó sus brazos y sus hombros como hacen todas las madres—. Estás más

delgado, pero en mejor forma. Más duro y más sano —añadió, observando su sonrosado rostro.

—Estoy bien, pero muy ocupado..., de hecho, ocupadísimo. Y tú, madre, te veo muy bien..., mejor que cuando me fui.

Fueron ésas y muchas más las palabras que intercambiaron, y Rulan permaneció a la espera; Tsemo se maravilló por su paciencia. Ella no era una persona paciente. Y más sorprendente aún fue que su madre diera un paso atrás, extendiera la mano y cogiera la de Rulan para que avanzara.

—Rulan ha sido muy buena. Ha sido obediente, se ha esforzado mucho y lo ha hecho muy bien.

Nada podía complacer más a Tsemo que aquel elogio de su esposa por parte de su madre. Como todos los hijos de madres con carácter fuerte, necesitaba que ella alabara sus acciones. Ella nunca había elogiado a Rulan, y ésa era una de las causas de la rabia que él sentía hacia su esposa. *Madame Wu* lo había comprendido y vio la satisfacción en el atractivo rostro de su hijo, en su sonrisa libre, en el brillo de sus ojos. Él le dirigió unas pocas palabras a Rulan, frías, tal y como debían ser en presencia de miembros de la generación de más edad.

—Ah... ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias... ¿Y tú?

Fueron escasas las palabras que sus labios pronunciaron, pero sus ojos hablaron más. Porque en cuanto Rulan levantó la vista para mirarlo, él la vio más bonita que nunca; el tejido granate de su vestido se le ceñía al cuello y resaltaba profundamente su dorada palidez.

Tsemo apartó la vista y se volvió hacia su madre, ruborizado y tartamudeando.

—Madre, muchas gracias por dedicar tiempo a enseñarle..., por dedicar tiempo a... a... a...

Madame Wu lo comprendió al instante y le respondió.

—Hijo mío, por fin puedo decir: «Has elegido bien».

Vio las lágrimas que asomaban en los ojos de Rulan y su ser se inundó de una ternura que no había conocido jamás. ¡Qué indefensos estaban los jóvenes, y, pese a toda su valentía, qué necesitados estaban de la aprobación de sus mayores!

—Sea tierna con los jóvenes, ninguno de ellos pidió nacer —le había dicho André en una ocasión. Lo recordaba muy bien, pues aquel día ella se había enfadado con Fengmo por llegar tarde.

—Tampoco yo pedí nacer.

Él le lanzó su habitual mirada profunda.

—Ah, haber sufrido es la única razón por la que nunca deberíamos hacer sufrir a los demás. Sólo los pequeños y los mezquinos se vengan con el dolor. Usted, *madame*, está en un lugar demasiado elevado para eso.

Ella aceptó esas palabras en silencio, tragándose el enfado. Y él continuó, huyendo de ella y adentrándose en el universo:

—¿Y de qué sirve el sufrimiento si no nos enseña a nosotros, que somos los fuertes, a impedir que los demás sufran? Aprendemos lo que es, catamos su amargura, para que incite en nosotros la voluntad de expulsarlo del mundo. De lo contrario, esta tierra se convierte en un infierno.

Ahora, recordando sus palabras, sintió un deseo inconmensurable de que la pareja fuese feliz en su casa. Cogió la mano de Rulan y la de Tsemo y las unió.

—Tu deber hacia mí está cumplido, hijo mío. Llévala a tus aposentos y pasa la siguiente media hora a solas con ella. Será entonces hora de que vayas a saludar a tu padre.

Los vio marchar, con las manos aún unidas, y se sentó, sonrió y fumó durante un rato de su pipa de plata.

La casa vivió una algarada de festejos durante los diez días siguientes. Todos los parientes próximos o lejanos deseaban ver a Tsemo, hablar con él y pedirle su opinión sobre la nueva guerra, el traslado del gobierno hacia el interior del país, cuál creía que sería el precio del arroz como consecuencia de los disturbios y si la población extranjera blanca combatiría con los enanos del Océano occidental o contra ellos. Nadie pensaba en una posible derrota en manos del enemigo. La única pregunta era si se toparía con la resistencia abierta de las armas o con la resistencia secreta del tiempo. Tsemo, siendo joven como era, se decantaba por la resistencia abierta. El señor Wu, que no tenía ni idea de esos temas, se apuntó a su opinión.

Pero *madame* Wu, sentada entre los diversos miembros de la familia, escuchando, fumando su pequeña pipa, y sin decir nada que no fuese ordenar que se llevaran a un niño para que orinase, o para que lo llevaran a la cama a dormir, aconsejar a un criado que llenara las tazas de té con más cuidado, o cosas por el estilo, sabía que creía en que sólo con la resistencia secreta del tiempo podrían vencer a ese enemigo igual que habían vencido a todos los demás. Ella no estaba a favor de permitir que pueblos extranjeros corrieran en su ayuda. ¿Quién en este mundo ayudaba a alguien que no fuese de su sangre sin pedir mucho a cambio? Dar sin recibir, siempre que fuese fuera del seno de la familia, quedaba más allá de cualquier tipo de justicia.

Pero guardaba silencio. Allí no era más que una mujer, pese a ser la más respetada bajo aquel techo. Mucho tiempo atrás, en aquella libertad que únicamente conoció con André, ellos dos habían discutido sobre la naturaleza humana.

—Usted cree en Dios y yo creo en la justicia —había declarado ella—. Usted lucha por uno y yo lucho por la otra.

—Son lo mismo —había afirmado él.

Ahora, sentada entre su familia, se sentía profundamente sola. André no había estado nunca allí y nunca lo estaría.

—En cuanto a los extranjeros —le dijo de pronto a Tsemo—, ¿crees que si entran en nuestro territorio, podremos volver a expulsarlos?

—Sólo podemos pensar en el presente, en el día a día.

—Nuestro pueblo no es así. Llevamos cientos de años pensando.

—Y en cientos de años podremos expulsarlos a todos.

—¿Existe color, tradición, nacionalidad y enemistad en ese residuo del ser individual? —le había preguntado a André en una ocasión.

—No. Sólo existen fases de desarrollo. En todas las personas, de todos los niveles, es posible encontrar un alma.

—Entonces, ¿por qué existen guerras entre pueblos y entre países?

—Las guerras —había respondido él— se producen entre aquéllos situados en los niveles más inferiores. ¡Observe en cualquier país los pocos que en realidad se apuntan a la guerra, la desgana con la que combaten, con qué poco corazón lo hacen! Son los subdesarrollados los que aman la guerra.

Ella reflexionó sobre todo eso mientras Tsemo hablaba enérgicamente sobre regimientos, tanques, aviones bombarderos y todas esas cosas que carecían de significado para ella. Al final acabó retrayéndose, y bostezó con tanta fuerza que todo el mundo se giró a mirarla y ella se echó a reír.

—Tenéis que perdonarme. Me estoy haciendo vieja y los pasatiempos de guerra de la juventud no me interesan.

Se levantó, Ying corrió a su lado, y sonriendo para despedirse, regresó a sus aposentos.

Tsemo se marchó al undécimo día. El avión volvió para recogerlo y aquella vez se congregó un gran gentío de la casa y la ciudad para verlo salir volando. *Madame Wu* no estaba entre ellos. Todo lo que había dicho su hijo a lo largo de esos diez días la había dejado muy fatigada. Tenía la sensación de que era un desatino que un joven consagrara su vida a esos asuntos de la guerra y la muerte. No aportaban ningún valor, ni para la familia ni para sí mismo. La vida era la fuerza triunfante, y la respuesta al enemigo y a la muerte no era otra que vida y más vida. Pero cuando se lo comentó, él se mostró impaciente.

—Madre —exclamó—, no entiendes nada.

Ante aquel grito universal de juventud, ella sonrió y regresó a su silencio. Se despidió de él con dulzura y serenidad, él le dio las gracias y ella lo dejó partir. No se sentía apenada por verlo marchar de nuevo. Sus conversaciones habían llevado la inquietud a la casa y, sobre todo, habían amedrentado a su hermano menor. Yenmo había vuelto a casa, moreno y gordo como un joven campesino y varios centímetros más alto de cuando se fue. Ella no había intercambiado con él más que los saludos convencionales, prefiriendo esperar a que terminara toda aquella agitación para poder descubrirlo con tranquilidad. Pero se daba cuenta de que estaba asustado.

Se sentó a solas en su patio y Rulan fue a visitarla después de que Tsemo se fuera. Entró, se arrodilló junto a la dama y recostó la cabeza en sus rodillas. *Madame Wu* notó que una humedad cálida le traspasaba el raso del vestido.

—¿Qué son estas lágrimas? —preguntó con cariño—. Están calientes.

—Hemos sido felices —susurró Rulan.

—Entonces son buenas lágrimas.

Acarició suavemente la cabeza de la chica y no dijo nada más. Pasado un rato, Rulan se levantó, se secó los ojos, sonrió y se marchó.

¿Cómo podría soportarse la vida si conociésemos de antemano lo que va a ocurrir? La casa que había estado llena de festejos y satisfacción se vio hundida, en aquella misma hora, en el más negro de los lutos. ¿Quién sabe lo que sucedió entre las nubes? Menos de media hora después de que Tsemo ascendiera hacia el sol del amanecer de aquel día, el administrador llegó acalorado a las puertas de la casa seguido por todos los arrendatarios y campesinos de las tierras de los Wu, sollozando y rasgándose las vestiduras, y las mujeres soltándose el pelo. El alboroto era tan impresionante que incluso *madame* Wu lo oyó. Acababa de entrar en la biblioteca para estar un rato a solas después de que Rulan se marchara, y oyó lloros y gente que gritaba su nombre. Supo al instante lo sucedido.

Se levantó, salió de la habitación y se encontró con todos en la verja de su jardín. El señor Wu era el primero, las lágrimas rodaban por sus mejillas. Incluso Jasmine se había unido a los demás, y las niñas huérfanas, la anciana, todos los criados, y los seguidores y vecinos de la calle se amontaban junto a las verjas, que habían quedado abiertas.

—Nuestro hijo... —empezó el señor Wu, y no pudo proseguir.

El administrador tomó la palabra.

—Hemos visto caer un fuego en espiral desde el cielo, por encima del campo más alejado —le explicó a *madame* Wu—. Hemos corrido a ver qué era. Qué desgracia, *madame*, unos cuantos hierros, un motor extranjero, algunas piezas rotas que desconocemos... Eso es todo. No queda nadie.

Aquellas palabras cayeron sobre su corazón. Pero las conocía de antemano.

—No queda nada ni siquiera para ser enterrado —murmuró el señor Wu. La miró perplejo—. ¿Cómo es posible que nuestro hijo, lleno de vida hace tan sólo una hora, ya no sea nada?

Madame Wu lo lamentaba por él, pero en primer lugar pensó en Rulan.

—Es en su joven esposa en quien debemos pensar ahora —le recordó al señor Wu.

—Sí, sí —coincidieron todos—. Quizá lleve la felicidad en ella. ¡Qué suerte que disfrutaran de diez noches juntos! Si hay un niño, encontrarán consuelo, *madame*, señor...

Las lágrimas del señor Wu se secaron ante aquel atisbo de esperanza.

—Ve con ella —le ordenó a *madame* Wu—. Consuélala..., la dejamos en tus manos.

Así pues, *madame* Wu se dirigió, sola, hacia los aposentos donde Tsemo había

vivido con su joven esposa, y la multitud fue dispersándose poco a poco. El señor Wu regresó a sus habitaciones con Jasmine y cerró la puerta, y el administrador mandó a los trabajadores volver a las tierras. En cuanto a él, dijo que esperaría hasta recibir órdenes de *madame* Wu. Se sentó en la caseta del guarda para esperar a que lo mandase llamar.

Las niñas regresaron al templo, y el viejo sacerdote encendió incienso y murmuró oraciones por el hijo fallecido.

—Hoy en día —explicó a los antiguos dioses—, las cosas suceden con demasiada rapidez. No hay tiempo para rezar por los muertos. Viven y dejan de vivir, eso es todo lo que sabemos. ¡Buscad su alma, oh, vosotros que vivís en el espacio celestial! Encontradlo entre la multitud y guiadlo hacia aquellos que lo conocerán y le darán consuelo. Y cuando vuelva a nacer, consentid en que nazca de nuevo en esta familia, a la que pertenece.

Así rezó el anciano sacerdote.

En los aposentos donde tan feliz había sido, Rulan yacía acurrucada en el suelo junto a su suegra, con la frente apoyada sobre la mano de ésta, que sujetaba entre las suyas. Ambas guardaban silencio. ¿Qué había que decir? Las dos mujeres estaban unidas por el amor y el dolor. *Madame* Wu ansiaba poder explicarle su propia experiencia y cómo había contemplado a André, muerto. Pero no podía explicarlo, ni ahora ni nunca. El dolor le Rulan era peor que el suyo. Ella había enterrado el cuerpo de André, y del de Tsemo nada quedaba. Los vientos se habían llevado sus cenizas y las habían esparcido por la tierra. Los vientos lo habían sepultado donde habían querido. ¿Y qué más quedaba de Tsemo? Ella, la madre, tenía el recuerdo de su nacimiento, su infancia, su niñez, sus primeros años de adulto. Tenía el recuerdo de su voz, discutiendo, afirmando, de su rostro apasionado, confiado, atractivo; y ahora tenía el conocimiento de su muerte. Lo que había habido entre ellos era por completo de la carne, y no quedaba en otro sitio excepto en el recuerdo de su propia carne.

¿Pero qué le quedaba a Rulan? ¿Habrían llegado, durante esos días, más allá de la carne? ¿Tendría ahora la joven esposa algo a lo que aferrarse que la madre no poseía?

Era demasiado pronto para preguntarlo. Permaneció inmóvil y en silencio, y el calor de su ser fluyó hacia la chica encogida a su lado.

La primera en moverse fue Rulan, que se puso en pie, se secó la cara y dejó de llorar.

—Te estaré eternamente agradecida, madre, pues en estos diez días no nos peleamos ni una sola vez.

—¿Serás capaz ahora de estar sola? —preguntó *madame* Wu. La admiraba mucho, sentía que su amor hacia ella era cada vez más fuerte.

—Seré capaz. Cuando haya estado sola un tiempo, madre, iré a explicarte lo que quiero para mí.

—Mis puertas siempre estarán abiertas para ti. —Se incorporó, aceptando la ayuda de la mano de Rulan. Estaba caliente, pero conservaba su fuerza, y los dedos no le temblaban—: Noche y día, mis puertas siempre estarán abiertas para ti.

—No lo olvidaré.

Al alejarse, *madame* Wu oyó la puerta de los aposentos de Tsemo cerrándose a sus espaldas. Se detuvo y se volvió. ¿Se encerraría la chica para infligirse algún daño? No, no encajaba con la forma de ser de Rulan. Se sentaría sola y se acostaría sola y permanecería desvelada en su cama y sola regresaría a la vida, de un modo u otro. «De haber seguido Tsemo con vida —se dijo—, se habrían peleado una y otra vez». El encanto de aquellos diez días era imposible de mantener. Eran demasiado semejantes y se querían con demasiada pasión. El uno deseaba someter al otro, y ninguno de los dos podía permitir la libertad. Pero ahora vivirían en paz para siempre.

—¡En paz! —murmuró. Era la palabra más dulce creada por el lenguaje de los hombres.

Pese a no haber ningún cuerpo muerto por el que llorar, el ceremonial del luto se siguió en la casa de los Wu durante el número obligatorio de días. Se encargó y se preparó un ataúd, y en su interior se colocaron las posesiones preferidas de Tsemo, se cerró y se selló. Los adivinos de la ciudad decidieron el día del entierro y el funeral se celebró ese día. El ataúd de Tsemo fue enterrado en el cementerio que la familia poseía en las tierras de sus antepasados, y en el salón de sus ancestros se colocó su lápida entre los que habían muerto cientos de años antes que él.

Mientras sucedía todo eso, *madame* Wu permitió que el duelo continuara en todas partes sin restricciones. Ella también lo siguió y para ello aceptó la ayuda de su amiga *madame* Kang. Entre ambas casas había habido menos contacto. *Madame* Wu era consciente de ello desde hacía meses, pero no se había sentido predispuesta a enmendarlo. Sus preocupaciones internas, su recuerdo constante de André, habían ido apartándola gradualmente de su amiga. Además, aún pensaba con repulsión en la noche del parto.

Pero la pérdida de un hijo es un hecho demasiado grave para no superar cualquier grieta y las dos damas volvieron a acercarse, aunque no íntimamente, e incluso el señor Kang asistió al funeral. De no haberse producido el fallecimiento, *madame* Kang no habría entrado en la casa con tan buena voluntad. Pero dejó de lado todo lo demás y apareció en el patio de *madame* Wu con su espontaneidad de siempre, llorando en voz alta.

—Nuestros hijos se criaron juntos —exclamó— y es como si hubiera muerto mi propio hijo.

Madame Wu sabía que no mentía, y la recibió de buen grado; pasaron un rato sentadas juntas como antes, y *madame* Kang insistió en vestirse de luto para la procesión del funeral.

Pero *madame* Wu sabía que su amistad era cosa del pasado. Ella se había inmiscuido muy a fondo en la vida privada de su amiga, y ésta nunca podría perdonárselo, pese a la gratitud. Una gratitud que expresó abiertamente.

—Si no hubieras venido aquella noche, hermana mía, habría muerto. Mi vida es tuya.

Pero aun diciendo lo que decía, su mirada escondía reserva, y *madame* Wu supo que, pese a estarle agradecida por vivir, no le agradecía que hubiese estado presente en su mayor momento de debilidad. En cierto sentido, *madame* Kang se sentía celosa de *madame* Wu, y *madame* Wu lo sabía. No la culpaba por eso, pero en su fuero interno se alejó de ella. Comprendía perfectamente que, aunque *madame* Kang lamentaba con sinceridad la muerte de Tsemo, no lamentaba en absoluto que la casa de los Wu hubiera perdido un hijo, pues eso la colocaba en una posición algo superior. Antes, *madame* Wu se habría enfadado, pero ya no. Comprendía la debilidad de *madame* Kang y no la culpaba de nada.

—¿Tenemos que tolerar la estupidez y la malicia de los inferiores? —le había preguntado a André mucho tiempo atrás.

—Sí, porque destruirlos a ellos sería destruirnos a nosotros. Nadie es tan superior o tan sabio como para poder destruir a cualquier criatura sin destruir simultáneamente algo de sí mismo.

—¿Cómo sobrellevarlo, entonces? —Recordó, sintiendo una punzada en el corazón, el nacimiento de la hija de una criada de la casa a la que quitaron la vida con su consentimiento. La criatura era deforme y retrasada mental. Ying le había informado del nacimiento y, acto seguido, había levantado la mano con el pulgar extendido, y ella había asentido.

—Nadie puede permitirse acabar con la vida del ser más inferior —respondió André.

Entonces ella no reunió el coraje suficiente para explicarle lo de la niña. Ahora, sentada en su palanquín, en la procesión funeraria de su hijo, deseaba habérselo explicado. Con la pérdida de su hijo, la carga de la muerte de la niña pesaba más que nunca sobre ella. Sintió una punzada de superstición al pensar que el mal cometido podía haber provocado la situación actual. Desterró enseguida sus supersticiones. No creía en esas cosas. Más allá del alma, todo lo demás era casualidad. La relación de causa y efecto existía únicamente en el alma. ¿Qué efecto tuvo en ella la muerte de la niña? Ninguno, ya que en aquella época no comprendía lo que estaba haciendo. Ahora, comprendiéndolo, no pensaba odiar a su antigua amiga, por limitadas que fueran sus ideas.

«Tampoco puedo obligarme a seguir queriéndola», pensó con cierto instinto de rebeldía.

Aquella rebeldía volvió a recordarle a André, y una conversación que habían mantenido.

—Ama a tu prójimo como a ti mismo —leyó él lentamente.

—¡Amar! —exclamó ella—. Es una palabra demasiado fuerte. —Siempre se había mostrado muy crítica con su libro sagrado, celosa, quizá, por lo mucho que André lo leía y porque su sabiduría dependía de él. Pero él estuvo de acuerdo con ella. Levantó de repente su poderosa cabeza.

—Tiene razón. Amar no es la palabra. Nadie puede amar a su prójimo. Más bien debería decirse: «Conoce a tu prójimo como a ti mismo». Es decir, entiende sus adversidades y comprende su posición, trata sus fallos con la misma delicadeza con que tratas los tuyos. No lo juzgues en aquello en que no te juzgas a ti. *Madame*, ése es el significado de la palabra «amor». —Y continuó leyendo con su voz profunda e intensa, cuyo sonido permanecería para siempre en los oídos de ella.

El día del funeral hizo justicia al joven fallecido. El agua de los estanques estaba transparente, brillaba la luz del sol y los pájaros cantaban. *Madame* Wu se dio cuenta de todo ello a través del cristal de la ventana de su palanquín y se puso más triste si cabe. Pensó en Rulan, cuyo palanquín marchaba detrás del suyo, y miró por el cristal trasero para ver si también observaba el exterior. Pero la cortina de la ventana de Rulan estaba echada, y su cabeza volvió de nuevo a su hijo muerto. ¿Cómo habría sido encontrarse con la muerte en el cielo, entre las nubes? ¿Habría sabido a qué se enfrentaba? Se sintió dentro de Tsemo, disfrutando de la velocidad y de la libertad de volar por encima de la tierra. La máquina había fallado. Tsemo confiaba demasiado en las máquinas.

Angustiada, ella le había dicho antes de separarse:

—¿Puedes sentirte seguro con sólo esa máquina extranjera para sostenerte?

Él se había echado a reír ante su ignorancia.

—¡Son como mágicas, madre!

Así se lo había dicho, pero la magia había fallado. Tal vez hubiera dispuesto de algunos segundos para comprimir en ellos toda su vida. Visualizó su terror y su rabia, y luego su final. Su cuerpo se había dispersado en la inmensidad del cielo y contra la tierra. Ella inclinó la cabeza y se tapó los ojos con la mano.

El funeral se desarrolló según lo habitual. En la familia había habido muchos funerales y debía padecer uno más, incluso el de su propio hijo. Un día del pasado verano, el féretro de la Vieja Dama fue retirado del templo donde había permanecido esperando y trasladado también allí, a las tierras de la familia. Se había instalado una lápida de mármol, más pequeña que la del Viejo Caballero pero similar. A la izquierda del Viejo Caballero había un espacio reservado para el señor Wu, y junto a ese espacio otro para ella, y más allá de ese espacio otro para Liangmo y Meng. Y aún más allá se había cavado la tumba para el féretro vacío de Tsemo, que fue descendido hasta el fondo, después de matar un gallo blanco y esparcir su sangre y quemar diversos utensilios de papel. Habían construido un avión de papel que ardió hasta reducirse a cenizas. Terminado todo, se cubrió la sepultura con una losa y un gran terrón de césped, y se prendieron serpentinas de papel blanco. El funeral se dio por finalizado, la familia regresó a casa, y dejaron allí llorando a las plañideras

contratadas a tal efecto.

Por la noche, sola en su habitación, *madame* Wu reflexionó sobre su dolor. Al llegar a casa no quiso estar con nadie. Sabía que el señor Wu buscaría de inmediato alguna distracción. Rulan debía sufrir hasta recuperarse. Pero ella se acostó en la cama y pensó en su segundo hijo, en el espacio vacío que había dejado en la casa de los Wu, y en todos los hijos que habría dado su cuerpo y que ya no nacerían nunca. Se lamentó por ellos. Sentía profundamente todos los espacios vacíos de las distintas generaciones. Cuando muere un hombre joven, mueren muchos con él. Maldijo las máquinas peligrosas de los extranjeros, todas las guerras y las cosas que se llevaban la vida de los jóvenes. Se culpó por no haber mantenido a todos sus hijos en la casa para que vivieran allí su vida.

Vio la gran forma de André perfilada contra la cortina oscura de su mente. Habían comentado en una ocasión el tema del aprendizaje de Fengmo.

—Enseñe a mi tercer hijo —le había dicho ella—, pero no le enseñe nada que aleje su corazón de nosotros.

—*Madame* —había exclamado André—, si encarcela a su hijo, él huirá a buen seguro de usted, y cuanto más lo retenga, más se alejará de usted.

—Te equivocaste —le dijo entonces al recuerdo de su cara, que resaltaba con claridad sobre la oscuridad de su mente oculta—. No lo encarcelé, y es el que se ha ido más lejos de todos.

A la mañana siguiente se despertó temprano como siempre; era un día tan claro como el anterior. Se levantó inquieta. Pese a todo su dolor, el campo estaba tan bello el día anterior que deseaba salir de entre aquellas paredes. Pero ¿qué pretexto tenía para abandonar la casa estando de luto? Dio vueltas por sus habitaciones, sin querer irse ni quedarse. La casa estaba en silencio y todo el mundo dormía después de la fatiga del funeral. Ying llegó tarde, pálida, sin ganas de hablar y con los ojos rojos. Cumplió con su deber, y *madame* Wu la despachó pronto, se instaló en la biblioteca y cogió uno de sus libros.

El aire entraba por las ventanas abiertas con tanta dulzura que lo sintió sobre su piel como un aceite aromático.

A media mañana, unos pasos la sacaron de su ensimismamiento, y al levantar la vista vio en el patio a Yenmo, su cuarto hijo.

Él la saludó con energía, de forma algo tosca, pero, sabedora de que sus modales eran los que había aprendido con los campesinos, ella no lo corrigió.

—Pasa, hijo mío —dijo dulcemente. Lo cogió de la mano y sintió en su suave palma una mano joven y basta. Le sorprendió ver que era ya tan alto como ella—. Creces muy rápido —se lamentó en broma.

Yenmo no se parecía a ninguno de sus otros hijos. Era parco en palabras y en sonrisas. Pero ella vio que sus ojos conservaban la calma y que no era tímido. Sólo

que no sentía la necesidad de satisfacer a nadie. Le soltó la mano y él se quedó frente a ella, vestido en algodón azul y calzado con unos sólidos zapatos de suela de tela.

—Madre —dijo—, quiero volver a la granja. No voy a vivir aquí.

Tenía un aspecto tan fuerte y tan fresco, sus ojos eran tan redondos y oscuros, su pelo corto, tan tieso, sus dientes, tan blancos, que a ella le entraron ganas de reír.

—¿Por dónde vas en tus lecturas? —le preguntó.

—Estoy en el quinto curso de los Nuevos Lectores, y he leído el *Libro de los Cambios*.

Estaba muy bien para su edad.

—¿Pero no deberías ahora cambiar e ir más allá de una escuela de pueblo? —continuó ella.

—Odio los libros —respondió de inmediato.

—¡Odias los libros! —repitió ella—. Así que vas a ser como tu padre.

Él se puso colorado y bajó la vista.

—No, madre, no lo soy —declaró—. No seré igual que nadie. Y si no puedo regresar a las tierras, me escaparé. —Levantó la vista para mirarla y volvió a bajarla, y, pese a la tristeza que sentía, *madame Wu* se echó a reír.

—¿Le he dicho alguna vez a un hijo mío que no podía hacer lo que deseaba?

—Estos muros son demasiado altos —se quejó el chico.

—Son muy altos —coincidió ella.

—Quiero irme ya.

—Iré contigo.

Él pareció dudar.

—¿Dónde dormirás? —preguntó.

—Oh, regresaré esta misma noche. Pero me vendrá bien ver las tierras, comprobar por mí misma dónde vives y hablar con tu maestro. Mi corazón estará entonces más tranquilo respecto a ti.

El chico se marchó a preparar su ropa y ella mandó disponer su palanquín; se negó incluso a que Ying la acompañara.

—En el campo nadie puede hacerme ningún daño —dijo, al ver que Ying la miraba con los ojos abiertos de par en par.

Partieron juntos, ella en su palanquín y Yenmo a lomos del *pony* gris que se había convertido en su mascota, y así cruzaron las calles, donde todo el mundo sabía quiénes eran y hacia dónde iban, y se retiraban a su paso por el respeto debido a la nobleza.

Tan pronto como dejaron atrás las murallas de la ciudad, *madame Wu* se dejó embargar por el plácido espíritu del campo y su inquietud fue abandonándola lentamente. Aquel día arrinconó todo lo demás y se dedicó a contemplar el cuerpo fuerte y firme de su cuarto hijo, a horcajadas sobre su *pony* y cabalgando a medio galope delante de ella. El chico montaba bien, aunque sin elegancia. Se sentaba de tal manera en la silla que parecía formar parte del animal, subía y bajaba siguiendo los

pasos del *pony*. Pero cabalgaba sin miedo, jugueteando con el látigo de crin de caballo y cantando. Se le veía feliz, y *madame* Wu decidió que Yenmo tendría aquello que lo hacía feliz. Agradeció que para ese hijo, igual que para Liangmo, la felicidad se encontrase dentro de los confines de la familia.

Pasó el día en el pueblo, comió en casa del administrador y escuchó a todo aquel que fue a visitarla. Algunos se acercaron con agradecimientos, otros con quejas, y ella los recibió a todos por igual. Fue un buen día. La sencillez de la gente le refrescó el espíritu. Era gente honrada y sagaz que no escondía lo que pensaba. Las madres fueron con sus hijos para que la vieses, y ella elogió su aspecto y su buena salud. Inspeccionó las tierras cercanas al pueblo y examinó las semillas preparadas para las diversas cosechas. Observó con detenimiento el pozo y estuvo de acuerdo con que era poco hondo y resultaba necesario volver a excavarlo, y contó las tinajas de estiércol dispuestas para abonar los campos de coles. Visitó la escuela y habló con el anciano erudito que actuaba como maestro, sorprendiéndolo y complaciéndolo con su presencia. Rió cuando el maestro trató de elogiar la lealtad de Yenmo, y le contó que sabía que a su hijo no le gustaban los libros. Inspeccionó la habitación de la casa del administrador donde se alojaba Yenmo, un espacio confortable con gruesos muros, una cama amplia y cobertores limpios. Y antes de que el sol estuviese demasiado bajo, se despidió de él y montó de nuevo en su palanquín.

Y cuando estuvo sola, hizo lo que desde mucho tiempo atrás deseaba hacer. En la ladera de la colina estaba el gingko bajo el cual se encontraba enterrado André. Si se detenía sin dar explicaciones, su actitud resultaría extraña para la gente del campo, la ciudad y la casa, pues todo el mundo comentaba sus idas y venidas, y nada de lo que sucedía en la familia de los Wu podía pasar desapercibido. De modo que se atrevió a decir a sus porteadores:

—Llebadme a la tumba del sacerdote extranjero que era maestro de mi hijo. Honraré su memoria, ya que está aquí sin nadie que llore su muerte y pasamos muy cerca.

La llevaron hasta allí sin extrañarse, admirando su detalle de cortesía, y ella bajó del palanquín a cierta distancia de la tumba para poder estar sola. Y sola recorrió el estrecho sendero entre los campos y ascendió la pequeña colina hasta llegar a la sombra del gingko. El viento del atardecer agitaba las hojitas en forma de abanico y el sol poniente las reflejaba como pequeñas motas sobre la hierba. Se arrodilló frente a la sepultura e inclinó la cabeza hasta el suelo tres veces mientras los porteadores la observaban desde lejos. Luego se sentó en la bancada de tierra que rodeaba la tumba, cerró los ojos y convocó mentalmente su presencia. Él apareció con su rapidez de siempre; la sotana se le enrollaba en los pies, el viento le agitaba la barba. Su mirada era viva y luminosa.

—Esa barba —murmuró ella, medio en broma—. Me oculta tu cara. Jamás he visto tu barbilla ni tu boca.

Pero André también le había ocultado siempre su cuerpo. La sotana marrón

escondía las amplias formas de su gigantesca imagen y sus grandes e informes zapatos de tela ocultaban sus pies.

—Esos pies tuyos —murmuró, sonriendo—. ¡Cómo se reían de ellos las niñas!

Era cierto. A veces, cuando ella iba a visitar a las huérfanas por la tarde, lo que intentaba hacer con frecuencia, le contaban lo grandes que tenían que fabricarle las suelas de los zapatos al hermano André. Le indicaban la medida con sus manitas.

—Así..., así —le contaban riendo.

La anciana recortaba las suelas y los laterales a partir de retales y harapos, y buscaba una tela entera para cubrirlas.

—Yo cosía las partes más duras —le explicaba a *madame* Wu.

—Pero todas ayudábamos —recordaban las niñas.

—Todas ponían sus puntadas —confirmaba la anciana—. Incluso las más pequeñas pasaban la aguja un par de veces mientras yo sujetaba la tela.

Madame Wu se quedó un rato allí sentada pensando en él, y luego volvió a casa, sintiendo el corazón henchido de agradecimiento. Había tenido la satisfacción de poder conocer en su vida, e incluso amar, a una criatura completamente buena.

Unos días después, llegó un artesano de una tienda de la ciudad para entregar una de sus obras. Había pintado un retrato de André sobre un pequeño trozo de alabastro.

Madame Wu lo observó, medio asustada.

—¿Por qué me lo ha traído? —Quiso saber. No podía creer que otras personas conocieran su vida interior, aun sabiendo de la curiosa sabiduría de los analfabetos.

—Lo hice por buena voluntad para ese hombre —dijo inocentemente el artesano—. En una ocasión, cuando tuvimos problemas en casa y perdí mi negocio, él nos dio de comer y cuidó de nosotros hasta que pudimos volver a subsistir por nosotros mismos. Entonces le hice este retrato, para no olvidar nunca su cara. Pero ayer, la madre de mis hijos me dijo: «¿No deberíamos ponerlo en el templo de la casa de los Wu, donde viven ahora las huérfanas, para que lo recuerden como su padre?». Y por eso lo traigo.

El corazón de *madame* Wu descansó. No era a ella a quien llevaba el obsequio. Dejó el alabastro sobre la mesa. El hombre había fabricado una peana de madera labrada para sujetar el retrato de André. Había captado su mirada, aun añadiéndole algunos detalles que no eran suyos: los ojos ligeramente sesgados hacia arriba por los extremos, las manos quizá algo pequeñas y el cuerpo demasiado delgado. Pero, de todos modos, era André.

—¿Qué le pago por él?

—Es un regalo. No puedo venderlo.

—Lo recibo, entonces, en nombre de las niñas.

Así lo hizo, y el hombre se marchó. Ella guardó el retrato durante todo el día para sí y por la tarde lo llevó al templo. Las niñas estaban cenando en la mesa instalada frente a los dioses que vigilaban la entrada. *Madame* Wu se detuvo junto a la puerta para admirar la escena. Debajo de los dioses, ardían esbeltas velas rojas en sus

candelabros y el incienso del altar ascendía formando una nube aromática. Entre la luz y el humo que se elevaba hasta las vigas, los grandes dioses de arcilla policromada observaban a las chiquillas que tenían a sus pies.

Las niñas se habían acostumbrado ya a su nuevo hogar. Al principio los dioses les daban miedo, pero ya se habían olvidado de ellos. Comían y charlaban, y la anciana y el viejo sacerdote se ocupaban de ellas. Las mayores ayudaban a las más pequeñas. Cuando vieron llegar a *madame* Wu, el templo fue un clamor, y ella sonrió agradeciendo la bienvenida. Resultaba curioso, pues a menudo se había echado atrás ante las caricias de sus propios hijos cuando eran pequeños, y muchas veces había sentido incluso aversión ante el contacto de sus manos sobre ella. Pero jamás apartaba a aquellas niñas. No eran de su carne ni de la de André, pero eran de él porque así lo había elegido su espíritu, y cuando estaba con ellas, se sentía con él. No sabía si alguna vez acogería a alguna niña más. A lo mejor sí, a lo mejor no.

Levantó el retrato para que pudieran verlo.

—Traigo un regalo para vosotras —les dijo.

Se separaron para abrirle paso y ella dejó la imagen sobre alabastro en la mesa situada debajo de los dioses y delante del gran incensario de estaño. Allí estaba André, mirándolas, y las niñas lo miraron. De entrada se hizo el silencio, pues sólo deseaban observarlo. Luego empezaron a emitir suspiros y murmullos, para pasar después a las risas.

—Es nuestro padre. Es él...

Y así estuvieron un buen rato, mirando y deseándolo, y ella les dijo amablemente:

—De esta manera estará siempre con vosotras y podréis contemplar su rostro a diario y por la noche antes de ir a dormir.

Entonces les mostró lo que había al otro lado. El artesano había grabado en la piedra cuatro palabras y pintado de negro los trazos: «Un Honorable Corazón Extranjero».

Después de enseñárselo, dejó de nuevo el retrato en su lugar, y allí permaneció a partir de aquel día.

Al regresar a sus aposentos se dio cuenta de que no había visto a Ch'iuming en el templo. Aquella misma noche se lo mencionó a Ying.

—Le concedí a la Segunda Dama un permiso para vivir en el templo con su hija, pero no la he visto allí.

—No vive allí, señora, sino que va a menudo a sentarse con vuestra segunda nuera. Se han hecho amigas y son como hermanas; se consuelan mutuamente, pues desde la llegada de esa prostituta la Segunda Dama es como una viuda. El señor nunca deja la pipa en su mesa.

Madame Wu no respondió al comentario. Guardó silencio y reflexionó después del baño, mientras Ying le masajeara la piel con aceites. En una casa grande siempre sucede que aquellos cuyos corazones son semejantes acaban encontrándose y se unen en un vínculo de su propia creación. Si Ch'iuming consolaba a Rulan, pues que así

fuera. Podría incluso darse el caso de que Rulan quisiera también trabajar para las niñas del templo y encontrar consuelo en ellas. La verdad es que era necesario educar de un modo u otro a aquellas niñas. André habría querido que aprendieran a leer y escribir, y debían aprender a coser, a cocinar y a prepararse para la vida normal que siguen hombres y mujeres en todo el mundo. *Madame Wu* se acostó aquella noche elaborando planes para las chiquillas y dispuesta a montar una escuela para ellas bajo su propio techo. No obstante, nunca hacía nada precipitadamente. Todo lo que hacía estaba planificado y muy claro, así que dejó pasar los días.

Al año siguiente llegó de nuevo un telegrama del otro lado del mar, esa vez de su tercer hijo, Fengmo. El señor Wu lo recibió y se lo mandó a ella a través de un criado, sin entregárselo personalmente. Era una carta extraña. *Madame* Wu la leyó de todas las maneras posibles y siguió sin comprenderla. Anunciaba su llegada, y eso era todo. Si los vientos y las olas no se interponían en su viaje, estaría en casa en un mes como muy pronto y en dos meses a más tardar. Sin embargo, no habían transcurrido los años que se le habían asignado y él no mencionaba por qué regresaba tan pronto.

Cuanto más leía *madame* Wu esas escasas palabras, más inquieta se sentía. En aquellos momentos deseaba más que nunca la presencia de André, pues era el único hijo que había compartido con él.

—Sólo con que pudieses verlo —murmuró—, y luego decirme por qué vuelve a casa tan de repente, y si ha hecho algo malo...

Pero cuando cerró los ojos y buscó el rostro de André perfilado en la oscuridad, lo vio serio, simplemente. Permanecía en silencio y no surgió en aquella ocasión ningún tipo de recuerdo que le diera voz.

Tampoco le apetecía hablar con el señor Wu sobre su hijo, ni deseaba hablar con Rulan, y mucho menos con Ch'iuming. Pero cuando más pensaba en todo el asunto, más perpleja e incómoda se sentía, y al final empezó a temer de verdad el regreso de Fengmo, por miedo a que llevara consigo nuevos problemas. Luego pensó que de entre toda la gente, tal vez debería hablar con *madame* Kang, que era la madre de Linyi.

El distanciamiento entre las dos había continuado hasta el punto de que, de vivir en el campo, el camino entre ambas casas se habría llenado de malas hierbas. Incluso después de que *madame* Wu tomara la decisión de hablar con *madame* Kang, sintió una reticencia que le resultaba difícil de explicar. Se sentó a solas para averiguar qué era lo que seguía sin funcionar. ¿Por qué se sentía tan alejada de su antigua amiga, a quien no le reprochaba su pequeñez? El motivo tenía sus raíces en la gran diferencia que había entre ellas, y reflexionando descubrió que ésta estribaba en que *madame* Kang amaba terriblemente a su esposo, incluso tanto como ella amaba a André, y que esos dos amores, aunque tan distantes y distintos como el cielo y la tierra, eran, sin embargo, de la misma naturaleza. Es decir, ambas conocían el significado de amar a otra persona mejor que a ellas. Pero la repugnancia que *madame* Wu sentía hacia su amiga se basaba en que ésta amaba a su descuidado, gordo y anciano marido más que a sí misma. Utilizar el amor de una forma tan tosca empequeñecía la devoción más elevada y espléndida. Pero, sinceramente, conocía la verdad, que *madame* Kang sentía lo mismo que ella, y que la diferencia no estaba en la cantidad ni en la calidad, sino en el nivel. *Madame* Kang amaba a su anciano esposo lo máximo que era capaz de amarlo, y no se avergonzaba de ello.

«Pero el viejo Kang no debería vivir y respirar bajo el mismo cielo que André»,

pensó con indignación.

Era una mañana despejada y se encontraba en la biblioteca reflexionando sobre estas ideas, pero después de pensar un rato, rió con ganas. ¿Por qué enfadarse por el amor? Caía del cielo igual que el sol y la lluvia, tanto sobre los justos como sobre los injustos, sobre los ricos y los pobres, sobre los ignorantes y los cultos. ¿Se enfadaba por eso?

La risa le brotó del corazón. Cerró los ojos, vio a André riendo con ella, y permaneció sentada contemplando su rostro hasta que dejó de verlo. Entonces abrió los ojos, purificada y reforzada, Ying fue a buscar su abrigo, la preparó, y envió un mensajero por adelantado para anunciar su visita, y partió hacia casa de *madame Kang*.

La casa de los Kang permanecía inalterable en cuanto a su desorden, y más niños que nunca la miraron al entrar. Desde la última vez que *madame Wu* cruzara aquellas verjas, todas las esposas de hijos y las concubinas habían sumado un crío o dos a la casa, todos tan malcriados y felices como siempre. Una risueña criada la acompañó hasta el patio donde *madame Kang* pasaba el día sentada en un sillón de mimbre, bajo la sombra de un sauce junto a un estanque. El sillón había ido cediendo a las carnes cada vez más abundantes de la mujer hasta que los laterales de tela llegaron a adaptarse a las curvas de su cuerpo. Se sentaba en él por la mañana y, a menos que lloviera, no se levantaba de allí hasta la noche.

A su alrededor, los niños jugaban, gritaban y mamaban de los pechos de sus nodrizas, las criadas cosían y lavaban las verduras y el arroz en el estanque, las nueras chismorreaban, y, a lo largo del día, las vecinas se acercaban para comentar las últimas noticias, los vendedores entraban para mostrar su mercancía y llegaban damas de otras casas importantes para jugar al Mahjong. *Madame Kang* se encontraba allí sentada cuando llegó *madame Wu*, y a viva voz le dio la bienvenida y se excusó por no levantarse.

—Me he puesto tantos kilos encima que cuando llega la noche, juraría que peso más que por la mañana —exclamó.

La gente congregada en el patio se echó a reír y una risa procedente del interior indicó que el señor Kang también la había oído, aunque no salió. Al ser hombre, sólo podía sentarse por los alrededores y escuchar y observar desde cierta distancia mientras simulaba leer o dormir.

Madame Wu se dio cuenta de que con tanta compañía no iba a poder comentar lo que quería sobre Fengmo y Linyi. Pero tomó elegantemente asiento, sin prisas, en una silla que alguna criada u otra persona había colocado junto a *madame Kang*. Ésta sabía muy bien que *madame Wu* se había acercado a visitarla con alguna intención, de modo que agitó sus rollizas manos y ordenó a voces que todo el mundo se marchara y las dejara solas. Así, después de un rato de muchos gritos, corridas de un lado a otro y confusión, durante el cual *madame Kang* permaneció con las manos en las rodillas y dirigiendo en voz alta a todo el mundo, las dos damas se quedaron solas.

Madame Wu buscó el telegrama de Fengmo y se lo enseñó a su antigua amiga. Pero ésta se echó a reír y lo apartó.

—He olvidado por completo las pocas letras que aprendí en su día —dijo alegremente—. No las he necesitado nunca, ¿por qué iba a necesitarlas ahora teniéndote a ti, Ailien?

De existir algún distanciamiento entre ellas, la conducta de *madame Kang* no lo demostraba; se comportaba como si hubieran estado viéndose día sí, día no.

Madame Wu sonrió. Resultaba imposible no sonreír ante aquella mujer, por mucho que en cierto sentido no fuese de su agrado. De modo que leyó en voz alta las palabras de Fengmo: «Regreso a casa de inmediato».

—¿No dice más que eso? —preguntó *madame Kang*, mirando fijamente el papel.

—Sólo eso. —Volvió a doblar el telegrama y se lo guardó en el pecho. Levantó la tetera que había a su lado en la mesa, vio que la taza estaba sucia y la dejó donde estaba—: Es evidente que algo ha sucedido. Fengmo tenía pensado estar ausente cinco años.

—Está enfermo —exclamó *madame Kang*.

—Quizá, aunque de ser el caso, creo que nos lo habría dicho.

—¿Piensas que ha cometido algún pecado?

—No creo que sea eso. —De hecho, después de las prolongadas enseñanzas de André, no creía que Fengmo pudiera cometer una falta grave—: He venido a verte para hablar de Linyi. Me culpo por no haber proseguido las lecciones con ella desde la muerte de su tutor. —Giró la cabeza mientras pronunciaba esas frases, pues sabía que *madame Kang* era tremendamente rápida para ver más allá de las palabras cuando se trataba de asuntos entre hombres y mujeres.

—Eso a Linyi no le importa —dijo con énfasis—. No se atrevía a decírtelo, Ailien, pero odiaba esas lecciones, y no le gustaba el sacerdote. Dice que no paraba de hablar sobre su religión.

—Jamás le enseñó su religión —replicó indignada—. Yo le prohibí que se la enseñara a Fengmo y él nunca se la habría enseñado a Linyi. Comprendía mis sentimientos.

—No le hablaba de dioses. Pero le decía constantemente cómo debía pensar y qué debía sentir hacia su esposo, hacia ti y hacia todo aquel con quien tropezara y con quien conviviera bajo tu techo.

—Eso no era religión.

—Pero Linyi se sentía igual de incómoda. Decía que le costaba comer y dormir.

—Un buen maestro es el que conmociona el alma —declaró en voz baja.

—Si Fengmo se ha vuelto como ese sacerdote extranjero —dijo *madame Kang* bostezando—, la situación se pondrá complicada entre ellos. —Echó un vistazo al patio, y *madame Wu* vio que quería alguna cosa.

—¿Necesitas algo, Meichen? —le preguntó con educación.

—A esta hora suelo tomar un tazón de arroz y judías estofadas con caldo de pollo.

Me siento vacía.

Uno a uno, todos los expulsados del lugar fueron llegando de nuevo al patio. Los niños fueron los primeros que corrieron a jugar; en casa de *madame* Kang nunca se prohibía mucho tiempo a un niño hacer lo que quería. Luego las nodrizas corrieron detrás de los chiquillos, y cuando los atraparon, ellos empezaron a gritar, y *madame* Kang chilló:

—¡Dejadlos que vengan!

Las criadas llevaron el caldo. *Madame* Wu declinó compartirlo, y *madame* Kang lo tomó sorbiendo sonoramente y dejó que algún que otro niño bebiera por el lateral del tazón, después de soplar para enfriárselo.

Madame Wu se levantó para irse. Se dijo que podría ser su última visita a la casa y que quizá nunca volviese a ver a su antigua amiga. Se habían separado ya, mucho tiempo atrás.

Algo, de todos modos, había aprendido de la visita, y no se arrepentía de haberla realizado. André le había enseñado a Linyi cuál era su deber y ella descubriría lo que él le había enseñado.

Madame Wu lo dejó todo de lado a la espera de la llegada de Fengmo. Las niñas del templo tendrían que aguardar para su escuela, y también Rulan y Ch'iuming. Su primera obligación era la de preparar a Linyi para su esposo.

Algo que podía hacer fácilmente, pues dentro de sus derechos estaba el de pedir a su nuera que acudiese a visitarla. En una casa tan grande como aquélla solía ocurrir que *madame* Wu pasara varios días sin hablar con algún miembro concreto de la familia, y eso había sucedido con Linyi. Veía a la chica casi a diario en la principal comida familiar, en los festivales y los días de homenaje a las lápidas ancestrales, y en todas las festividades familiares. Pero no había tenido ningún motivo para reclamar su presencia. La chica vivía en la casa, era atendida por los criados, visitaba a su hermana y pasaba el día holgazaneando, con la excepción de las escasas tareas que *madame* Wu le asignaba por escrito en relación con la casa al inicio de cada temporada. Había dejado bajo la responsabilidad de Linyi tareas tales como dar de comer a los peces, adornar con flores el salón principal, ventilar y solear las prendas de piel y los vestidos de raso de Fengmo, y la supervisión del patio en que vivía, durante la ausencia de Fengmo, junto con una anciana criada que la había acompañado desde su casa. La chica se había puesto enferma un par de veces y Meng la había atendido y había mandado aviso a *madame* Wu de que ya se encontraba bien, y eso era todo lo que la dama sabía.

Pero ahora debía saber muchas más cosas. No pensaba engañarse con la idea de que todo era única y exclusivamente por el bien de su hijo. Quería escuchar en boca de Linyi lo que André le había enseñado. Quería escuchar sus palabras exactas, así como saber hasta qué punto habían echado raíces en el corazón de la joven.

Linyi se presentó, vestida, maquillada, empolvada y con las puntas del cabello onduladas. *Madame Wu* le dio la bienvenida con su sonrisa habitual y con el gesto de la mano que la invitaba a sentarse y ponerse cómoda. Antes de hablar, observó a Linyi de los pies a la cabeza. La joven era muy hermosa, lo sabía y no temía la mirada de su suegra. Ésta sonrió ante la audacia de aquellos ojos inocentes. ¿Eran inocentes? Sí, pero también picaros, perezosos, despreocupados y alegres.

—Sonrío porque pienso en cómo cambian los tiempos —dijo *madame Wu*—. Cuando yo era joven, habría llorado de ver las puntas de mi cabello onduladas. Lisa, suave y negra... Eso es lo que por aquel entonces se consideraba una melena bella. Pero ahora las ondas se consideran bonitas, ¿verdad? Meng debe de estar contenta, pues tiene el cabello ondulado. Aunque me parece que le gustaría no tenerlo así.

Linyi rió y mostró sus pequeños dientes blancos y su lengua rosada.

—Creo que Fengmo se acostumbrará al pelo ondulado —dijo con su voz transparente y aguda—. Todas las extranjeras lo llevan así.

—Ah. —Se puso seria de repente—: Cuéntame por qué siempre le has tenido tanto cariño a todo lo extranjero.

—No a todo lo extranjero —respondió con un mohín—. Nunca le tuve cariño a ese viejo sacerdote peludo.

—No era viejo —dijo *madame Wu* en voz baja.

—Para mí lo era. Y peludo... Ah, ¡cómo odio los hombres peludos!

Madame Wu advirtió que la conversación empezaba a resultar indecorosa para ambas. Se planteó cómo reencauzarla de nuevo.

—Pero te enseñaba muy bien. Creo que lo que te enseñó estaba lleno de bondad y deberías recordármelo, si quieres.

Pronunció aquellas palabras, «si quieres», con un tono tal que Linyi supo al instante que tenía que obedecer, y que debía hacerlo tanto si quería como si no. Frunció el entrecejo de modo que sus finas cejas apuntaron hacia abajo y se enrolló en el dedo un mechón de su oscuro cabello.

—No he intentado recordarlo, pero siempre decía que Fengmo había nacido para hacer un gran trabajo, y que mi parte consistía en hacerlo tan feliz como fuera capaz para que así él pudiese trabajar mejor.

—¿Y cómo tendrías que hacerlo feliz?

—Dijo que debía encontrar el río de la vida de Fengmo —contestó de mala gana—, que debía apartar la paja, los palos y las cosas que impiden el flujo del río, y que debía hacer todo lo posible para que el agua alcanzara su nivel. Decía que yo nunca debía ser como la piedra que se arroja a un arroyo limpio y lo divide. Que no debía dividir la vida de Fengmo.

«Sí —pensó *madame Wu*—, podrían ser palabras de André». Conociendo la mentalidad de la chica, habría utilizado palabras e imágenes sencillas.

—Continúa, hija mía —pidió amablemente—. Son buenas palabras.

Linyi prosiguió. Soltó el mechón y habló con mirada melancólica.

—Me dijo que tenía que leer libros sobre lo que hacía Fengmo, y que debía entender sus pensamientos. Dijo que Fengmo estaría solo toda su vida si yo no seguía su camino muy de cerca. Dijo que Fengmo me necesita. —Fijó la mirada en el rostro de *madame Wu*—: Pero no estoy segura de si Fengmo sabe que me necesita.

Madame Wu se enfrentó con aquella mirada infantil

—¿Lo amas? —preguntó.

Resultaba sorprendente que una dama formulase esa pregunta a la esposa de su hijo. ¿A quién le importaría eso, además de a *madame Wu*? A Linyi se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Podría amarlo —susurró—, si él me amase.

—¿No te ama?

Linyi negó con la cabeza con tanta fuerza que las lágrimas se desprendieron de sus ojos y cayeron en forma de gotas sobre el raso de color azul pálido de su vestido.

—No —musitó—, Fengmo no me ama.

Con esas palabras, escondió la cabeza entre las dos manos y se puso a llorar. *Madame Wu* esperó. Sabía que nada hay mejor que las lágrimas para aliviar los problemas de la mujer. ¿Cuántas veces había deseado ser capaz de llorar sin poder hacerlo?

Antes de volver a hablar, aguardó a que el llanto de Linyi se apaciguara y se hiciera el silencio.

—Ah —dijo—, Fengmo no quiere a nadie. Ése es su fallo. Debemos solucionarlo. Yo te ayudaré, hija mía.

Sus palabras fueron sencillas y suficientes, pues tal era la confianza que todos los miembros de la casa tenían depositada en ella, que Linyi se retiró las manos de la cara y sonrió a través de sus pestañas mojadas.

—Gracias, madre. Gracias y más gracias.

El día del regreso de Fengmo fue antes de la llegada del invierno pero después de los últimos días de calor del otoño. Se recogió y se almacenó la cosecha. La casa de los Wu, la ciudad que dependía de ella en cuanto a sabiduría y buen gobierno, los pueblos en que los que trabajaban las tierras vivían tal y como sus progenitores habían vivido, eran raíces de paz en un país donde la guerra de Occidente proseguía al rojo. En otras partes, las casas eran destruidas, las familias expulsadas y las tierras arruinadas. Pero allí, en el interior, la casa de los Wu seguía adelante.

Madame Wu esperaba la llegada de su hijo, y las primeras palabras que Fengmo le dirigió fueron sobre esa paz. Observó las estancias donde todo continuaba igual, como si no pudiera creérselo.

—¡No ha cambiado nada! —exclamó.

—¿Por qué deberíamos cambiar? —replicó *madame Wu*. Pero en el momento en que habló supo que no estaba diciendo la verdad. En ella misma se había producido

un gran cambio, el cambio interior que a diario se expresaba en todo lo que decía y hacía, y en su forma de dirigir a todos aquellos que buscaban su consejo, su cobijo y sus cuidados. Pero decidió no hablar de esas cosas—. Tú sí estás cambiado, hijo mío —dijo en su lugar.

Estaba solemnemente sentada en la biblioteca, con su vestido de raso bordado de color gris perla. Había tomado la decisión de recibir a Fengmo allí, en la sala grande donde tantas veces se había sentado con André. No hablaría de André, pero el recuerdo hablaría por sí solo. De modo que después de los festejos en la puerta, después de que acabaran los petardos y el ruido y de que la gente se hubiese marchado, cuando ya sólo quedaba el banquete, mandó aviso a Fengmo de que aguardaba su visita.

Se sentó sin que ella lo invitara a hacerlo. Había cambiado su vestimenta extranjera, con la que había llegado, y se había puesto sus habituales ropajes. Se había despojado incluso de sus zapatos extranjeros para calzarse los de terciopelo negro. Nadie había hablado de Tsemo, pues daba mala suerte hablar sobre un muerto a una persona viva y recién llegada. Pero Fengmo lo mencionó entonces.

—Echo de menos a mi segundo hermano —dijo.

Madame Wu se secó con delicadeza los ojos. Estando Tsemo con vida no lo había echado mucho de menos, pero ahora lo añoraba mucho y pensaba a menudo en él. Sabía que lo que añoraba no era lo que había conocido, sino lo que nunca conocería. Se reprochaba en gran manera haber permitido que un hijo se criara en su casa sin haber descubierto cómo era en realidad. Sólo lo había conocido como hijo suyo porque era de su carne, pero no porque se hubiera familiarizado con su ser.

«Nunca conocí sus encantos, y ahora nunca podré conocerlos», pensaba con frecuencia para sus adentros.

—¿Cómo está mi segunda cuñada? —preguntó a continuación Fengmo.

—Rulan guarda silencio. Cuando tenga tiempo, le buscaré una forma de vivir. Es demasiado joven para convertirse en monja.

—¿No crees que vuelva a casarse?

—Si lo desea, la ayudaré.

La respuesta dejó muy asombrado a Fengmo. Nunca se habría imaginado que su madre pudiera poner a una mujer por encima de la familia.

Viéndolo tan sorprendido, *madame Wu* continuó hablando con su acostumbrada delicadeza.

—Con los años he ido aprendiendo. Si las fuentes internas no son claras y cristalinas, entonces la vida no es buena. Y he aprendido que a todas las almas se les debe alguna cosa, una cosa que no es más que el derecho a la felicidad verdadera.

—Eso es lo que el hermano André solía decir —exclamó de pronto Fengmo. Madre e hijo se sintieron atraídos gracias a esas palabras, como si de un poder o una presencia invisible se tratara—. Madre, ¿recuerdas al hermano André?

Madame Wu dudó. ¿Cuánto debía decir? ¿Qué debía contar? Su antigua falta de

seguridad la abrumó. No, no debía romper del todo el silencio entre generaciones. La vida en sí misma había creado la diferencia, y el tiempo había corrido su velo. No era nadie para cambiar lo eterno. Ella y André estaban en un lado y Fengmo estaba en el otro.

—Lo recuerdo —fue toda su respuesta.

Pero si Fengmo se sentía en uno de los dos lados, no lo demostró.

—Él me cambió mucho, madre —dijo en voz baja. Contempló la silla vacía de André—. Me hizo comprender la felicidad verdadera. Me mostró mi propia alma. Y por eso he vuelto a casa.

Ella no dijo nada. Percibió un titubeo en la voz de su hijo y supo que incluso su respuesta sería demasiado para él. Le ofreció una de sus encantadoras sonrisas, unió las manos sobre el regazo y esperó, invitándolo a seguir hablando con ese gesto de buena disposición para escuchar.

—Nadie comprenderá por qué he regresado de forma tan repentina. Preguntarán y no podré explicarlo. No sé cómo hacerlo. Pero a ti quiero explicártelo, madre. Eres tú quien trajo al hermano André a esta casa.

Ella estaba tan segura de la presencia de André, aunque fuera tal vez sólo a través de su recuerdo, que no se atrevió ni a hablar. No; André no estaba allí porque ella lo recordase, sino porque lo amaba.

—¡Madre! —exclamó Fengmo. Levantó la cabeza y se obligó a hablar con rapidez, a empujar hacia fuera las palabras y a pronunciarlas—. He vuelto a casa porque aprendí a amar a una mujer extranjera, y ella me amaba, y nos separamos.

De haber conservado *madame* Wu su antigua personalidad, habría gritado de indignación. Pero le dijo muy suavemente:

—¡Es una pena, hijo mío! —Sí, sabía la pena que era.

—¡Lo comprendes! —exclamó Fengmo con el típico asombro de la juventud.

Había crecido mucho. Era varios centímetros más alto, y *madame* Wu se dio cuenta de que era delgado y de porte erguido, como el Viejo Caballero. De hecho, se percató de algo que hasta entonces le había pasado inadvertido, que Fengmo no se parecía a su padre, sino a su abuelo. Sus facciones mostraban la misma austeridad, la misma seriedad brillaba en sus ojos. Era guapo pero serio. Carecía del plácido atractivo de Liangmo y de la atrevida belleza de Tsemo. Fengmo tenía el aspecto de un joven intelectual.

—Voy aprendiendo con los años —dijo *madame* Wu.

—Ah, madre —suspiró Fengmo—. Me preguntaba si habría alguien en esta casa capaz de comprenderme. —Ahora que podía confiar en ella, empezó a relatar la historia—. Era una de las estudiantes, como yo. En el extranjero, hombres y mujeres estudian juntos. Estaba llena de preguntas y curiosidad. Me buscaba, no con descaro, ya sabes, madre, sino porque decía que no había visto nunca a nadie como yo. Me formuló centenares de preguntas sobre nosotros, sobre nuestro país y nuestro hogar, y me encontré contándoselo todo, incluso cosas sobre mí mismo. Y ella me contó su

vida. Nos conocimos muy bien... muy rápidamente.

—Y por fin tuviste que hablarle sobre Linyi —dijo con dulzura *madame* Wu.

Se cernió la sombra entre él y el sol. Dejó caer los hombros, giró la cara.

—Debía contárselo, y entonces tuve que volver a casa.

—Para poner el mar entre vosotros —concluyó, utilizando el mismo tono de voz.

—Para ponerlo todo entre nosotros.

Ella permanecía sentada con su calma habitual. André había alimentado el alma de su hijo, convirtiéndolo en una persona sumamente tierna y presta a hacer el bien. Suspiró por él, deseaba que fuese feliz, pero aquel hijo no se parecía a los demás hombres. No podía encontrar la felicidad ni en las mujeres ni en su propio cuerpo. Cuando le pidió a André que fuese su maestro, lo hizo sin reflexionarlo, viendo en ello sólo un pequeño paso adelante. Pero él había acariciado una cerradura, introducido un poco la llave, y bajo su mano se había abierto una enorme puerta a través de la cual su hijo había entrado en ese nuevo mundo.

¿Había vuelto de nuevo a casa? ¿Había cerrado la puerta a sus espaldas, girado la llave y puesto el candado una vez más?

—Y bien, hijo mío, ¿qué piensas hacer ahora?

—He regresado. Nunca volveré a marcharme. Tendré mi vida aquí.

Siguieron sentados en silencio, el largo silencio de los que se comprenden mutuamente.

—Tienes que ayudar a Linyi, hijo mío.

—Lo sé. He pensado mucho en ella. Le debo mucho.

—Debes encontrar la manera de necesitarla. Tienes que pedirle ayuda en cualquier pequeña cosa que hayas de hacer. Pídele que cuide tus cosas, que te clasifique los libros y que te lleve el té. No hagas tú nada, hijo mío, para que ella se sienta ocupada y nunca sepa nada más.

—Lo haré —le prometió.

Y siguieron sentados, y habrían seguido sentados durante otro largo rato, tan a gusto estaban juntos madre e hijo, pero Ch'iuming eligió precisamente ese momento para visitar a *madame* Wu y hacerle una solicitud sobre la que llevaba mucho tiempo cavilando.

Durante todos los meses de convivencia con Rulan, Ch'iuming había escuchado a la joven viuda hablar apesadumbrada sobre su amor por su esposo muerto. Y cuanto más la escuchaba, más descubría que sus pensamientos volvían de nuevo a Fengmo, y más sabía que debía abandonar la casa y marcharse con su hija. ¿Pero adónde podía ir?

Una noche en que a Rulan le resultaba imposible conciliar el sueño y en que habían estado hablando largo y tendido sobre las profundidades del corazón de las mujeres, Ch'iuming rompió su voto de silencio y le explicó el amor que sentía por Fengmo.

—Soy malvada. Me permito pensar en él.

Rulan la escuchó con ardiente atención. Se retiró el cabello de los hombros y dijo:

—Me gustaría que las dos pudiéramos marcharnos de esta casa. Aquí vivimos encerradas detrás de estos altos muros. La familia sólo se preocupa de sí misma. Amamos cuando no deberíamos y odiamos cuando no deberíamos. Estamos demasiado pegados los unos a los otros mientras amamos y odiamos.

—¿No estamos a salvo detrás de estos muros? —Ch'iuming siempre se mostraba un poco tímida frente a Rulan, admirándola y temiendo su audacia.

—No estamos a salvo de los demás.

En aquel momento se les ocurrió a ambas la misma idea. Sus miradas se cruzaron.

—¿Por qué tendríamos que quedarnos? —preguntó Rulan.

—¿Cómo atrevernos a marchar? —preguntó Ch'iuming.

Y a partir de entonces empezaron a urdir su plan. Primero Ch'iuming pediría que le permitieran vivir en el pueblo de los antepasados. No podía regresar a su antiguo pueblo, pues parecería que la familia Wu la había expulsado, y, además, *madame* Wu nunca lo consentiría. Pero solicitaría permiso para vivir en el de los Wu, y entonces, cuando *madame* Wu pusiera reparos diciendo que una mujer joven no puede vivir sola en un poblado de campesinos, pediría que la acompañase Rulan. Y cuando Rulan tuviera que expresar su opinión, diría que quería abrir una escuela para niños en el pueblo como una buena obra en su viudedad. Todo el mundo sabía que las viudas tenían que hacer buenas obras. Llegaron a esa conclusión después de mucho hablar, pues Rulan quería ir enseguida y defender su idea personalmente. Pero Ch'iuming señaló que sería una descortesía, pues, en el caso de no estar dispuesta a acceder, ¿cómo podría *madame* Wu afrontar la dificultad de negarse a los deseos de su nuera teniéndola frente a frente? Era mejor que fuese Ch'iuming primero y soportara el grueso de la negativa, si es que la había. En ese caso, no sería necesario crear diferencias entre *madame* Wu y su nuera.

Rulan protestó contra esa propuesta por encontrarla anticuada, pero Ch'iuming declaró que era sólo cuestión de decencia, por lo que el tema quedó zanjado.

Ch'iuming sabía perfectamente dónde estaba Fengmo, pero tomó la decisión de abordar a *madame* Wu en su presencia, saludarlo tan sólo delante de su madre y no hablar con él nunca más. Vistió a su hija con un traje limpio de color rojo, le lavó las manos y la cara, pintó un punto rojo entre sus cejas, trenzó su cabello y sujetó las puntas con un cordón rojo nuevo; y con la pequeña, que se había convertido en una preciosa niña gordita, apareció sin previo aviso.

Madame Wu miró hacia la puerta y vio a Ch'iuming. Era a última hora de la tarde, pues Fengmo había llegado a casa por la mañana. El sol había abandonado el patio, que había quedado bañado por una luz tenue en la que se situó Ch'iuming con su hija en brazos. Estaba casi bella; consternada, *madame* Wu se dio cuenta de ello. El amor de Ch'iuming, aun siendo secreto y no correspondido, le había aportado ternura y vida. La dama miró rápidamente a su hijo para saber qué veía. Pero en aquellos momentos él no veía nada. Ch'iuming lo saludó con cuidado.

—Nuestro Tercer Señor ha vuelto a casa.

Y Fengmo le respondió con toda sencillez:

—Sí, sí. ¿Qué tal estás?

—Muy bien. —Lo miró una vez y no volvió a mirarlo. Le dijo entonces a *madame Wu*—: Señora, ¿puedo pedirle un favor, aunque sea ahora, y no ser considerada grosera por molestarla?

Madame Wu sabía que la joven iba a verla justo en aquel momento por algún motivo, así que inclinó la cabeza.

—Siéntate y deja a la niña de pie —dijo.

Ch'iuming, ruborizada a más no poder, hizo lo que se le ordenaba. Luego solicitó el favor, y la dama la escuchó.

—Muy bien —aceptó—, muy bien. —Captó al instante el objetivo que la chica tenía en mente al visitarla en aquel preciso instante. Ahora que Fengmo había vuelto, Ch'iuming deseaba dejarle claro que quería marcharse de la casa y no desestabilizar la familia. *Madame Wu* se sintió agradecida ante tanta bondad.

Una vez obtenido el permiso, la joven pasó a solicitarlo también para Rulan.

—Ya que el luto de la familia ha terminado, y ya que su luto jamás terminará, ella querría aliviar su pesar con buenas obras. Desea montar una escuela para los hijos de los campesinos.

Al oír aquello, Fengmo, que había permanecido con los ojos clavados en el suelo, levantó la vista, asombrado.

—Eso es lo que yo pretendía hacer en mi regreso a casa.

¡Qué confusión! Ch'iuming se quedó horrorizada, y *madame Wu*, confusa.

—¡No me habías mencionado nada de eso, hijo mío! —exclamó con severidad.

—Aún no había llegado a ese punto. Después de lo sucedido, necesitaba plantearme qué trabajo podía realizar.

Madame Wu levantó su fina mano.

—Espera —le ordenó. Se giró hacia Ch'iuming—. ¿Tienes alguna otra petición? —le preguntó amablemente.

—Ninguna más —respondió ella.

—Entonces tienes mi permiso para marcharte, y Rulan también. Llamaré al administrador dentro de unos días y le ordenaré que busque casas apropiadas para vivienda y escuela, y después de eso podréis iros cuando queráis. Pero necesitaréis mobiliario especial, mejor del que suele encontrarse habitualmente en una granja, así como otras cosas. Decide qué precisas y le diré a Ying que lo prepare todo. Os harán falta dos criadas y un cocinero. El cocinero jefe puede mandaros a alguno de sus ayudantes.

Fengmo volvió a tomar la palabra.

—Si viven en el pueblo, no deberían instalarse muy lejos de la demás gente, pues de lo contrario se sentirían muy solas.

Ch'iuming le lanzó una rápida y cálida mirada, y no dijo nada. Le sorprendió que,

habiendo vivido toda su vida en una casa rica, a Fengmo se le ocurriera aquello. ¿Cómo conocía los sentimientos de la gente ordinaria?

Se olvidó enseguida de la cuestión. Jamás formularía una pregunta sobre él.

Se levantó, cogió en brazos a su hija, dio las gracias a *madame* Wu y se marchó. Rulan estaba aguardándola, y tan pronto oyó que tenían el permiso concedido, empezó a hacer planes con Ch'iuming sobre su nueva vida, con más alegría de la que nunca podrían haber imaginado.

En la estancia que Ch'iuming acababa de abandonar, *madame* Wu se dirigió a su hijo.

—Explícame cómo se siente tu corazón.

Fengmo se puso en pie y caminó con desasosiego hacia la puerta abierta. Se quedó mirando al exterior. El silencio de la noche empezaba a cernirse sobre el espacio rodeado de paredes. Las estaciones se sucedían allí como en todo el mundo.

—Es necesario que me consagre a mí mismo. Es lo que me enseñó el hermano André. Si no me consagro a una cosa, será a otra. Cuando me marché de aquí, busqué ansiosamente la devoción. La religión no está hecha para mí, madre. No soy sacerdote. El hermano André me enseñó a dar, como hombre, el máximo, pero no más allá.

—Bien, hijo mío —dijo *madame* Wu, y permaneció a la espera.

Él se sentó de nuevo.

—Vi el camino por pura casualidad —continuó Fengmo. Sacó de sus bolsillos un poco de tabaco extranjero y una pipa extranjera corta, la llenó y se puso a fumar. *Madame* Wu nunca había visto ese material, pero no permitió que su curiosidad lo interrumpiera—. En la ciudad donde vivía había un lavandero de nuestra misma raza. Cada pocos días yo le llevaba mi ropa para que me la lavase.

Madame Wu puso cara de sorpresa.

—¿El hombre lavaba la ropa de los demás?

—De mucha gente. Era su negocio.

—¿Estás diciéndome que lavaba incluso la ropa de los extranjeros? —preguntó acto seguido con cierta indignación.

Fengmo rió.

—Alguien tiene que hacerlo.

Pero *madame* Wu no reía.

—La verdad es que nuestra gente no debería lavar las prendas sucias de los extranjeros. —Estaba contrariada y olvidó lo que su hijo iba a explicarle.

Fengmo intentó consolarla.

—Bueno, bueno... El hombre no era de nuestra provincia, sino del sur. Un día, cuando fui a recoger mi ropa...

—¿Que recogías personalmente tu ropa? ¿No tenías criado?

—No, madre, allí nadie tenía criados.

Ella volvió a reprimir su curiosidad.

—Veo que se trata de un país muy raro; ya me contarás más cosas después. Sigue, hijo mío.

—Fui a buscar mi ropa y el hombre me enseñó una carta que había recibido de su casa. Llevaba veinte años lejos de su hogar, madre, y no podía leer las cartas que le mandaban. Ni sabía escribir. De modo que le leí y le escribí cartas, y él me explicó que en su pueblo nadie sabía leer ni escribir, y que tenían que ir a la ciudad para encontrar a alguien que supiera hacerlo. Yo no había comprendido lo penoso que es todo eso hasta que lo conocí. Era un buen hombre, madre, y no era estúpido, sino muy inteligente. «Si pudiera leer y escribir... —decía—, pero soy como un ciego». Volví a mi habitación, miré por la ventana, vi los grandes edificios de la universidad y los miles de estudiantes entrando y saliendo, aprendiendo muchas cosas, y pensé en aquel pobre hombre que no podía ni leer las cartas que recibía de su casa. Entonces recordé que eso sucede también en nuestros pueblos. Nadie de los que viven en nuestras tierras sabe leer y escribir.

—¿Por qué deberían saberlo? Ellos no van y vienen. Sólo se dedican a labrar los campos.

—Pero, madre, madre, saber leer es encender una lámpara que ilumina la mente, liberar el alma de su cárcel, abrir una puerta al universo.

Las palabras entraron por los oídos de *madame* Wu y flagelaron su corazón.

—Ah, son las palabras que él te enseñó.

—No las he olvidado —dijo Fengmo.

¿Cómo podía prohibírsele después de aquello, y cómo decirle por qué no podía vivir fuera de aquella casa?

—Rulan será precisamente quien me ayude —añadió él ilusionado—. No había pensado antes en ella. Y Linyi me ayudará también, y nos perdonaremos. —Estaba de nuevo en pie—: Mira, madre, si logro el éxito aquí, en nuestros pueblos, podría acabar expandiéndose por todas partes. Sería una buena obra enorme...

Madame Wu vio su joven y delgada cara iluminada con aquella luz que ardía eternamente en los ojos de André. No pensaba apagarla.

—Hijo mío, haz lo que te parezca bien. —Y ésa fue su respuesta.

Madame Wu permanecía despierta en la cama, algo que ahora solía sucederle muy a menudo. Era una situación que ni le disgustaba ni la alarmaba. Los jóvenes necesitan dormir, pues tienen trabajo que hacer y una larga vida por delante. Pero los mayores no necesitan dormir. El cuerpo, sabiendo que el descanso eterno no queda lejos, permanece en vela mientras puede.

Acostada y despierta tenía la sensación de que por la noche la casa estaba más viva que de día. Dejó que la visión de su mente deambulara por los diversos patios. Los primos de más edad vivían en los más alejados y exteriores, y los primos segundos y terceros más jóvenes no tenían por qué estar allí, pero permanecían en la

casa porque, de momento, carecían de otro techo y el de la casa era lo bastante grande como para cobijarlos a todos durante un tiempo. Alejó rápidamente la vista de los aposentos donde vivía Jasmine con el señor Wu. Por supuesto que conocía la vida que llevaban. No la juzgaba, simplemente le producía hastío. El cuerpo del anciano seguía con vida, alimentado y solazado, y la joven estaba cada día más gorda y perezosa, dispuesta a dormir tanto de noche como de día. Jasmine no suponía ningún problema en la casa. Era estéril. No había concebido ningún hijo y *madame* Wu se alegraba de que así fuese. Jasmine era de sangre salvaje y lo mejor era que la conservara dentro de sus propias venas. Cumplía su deber con el señor Wu y, después de haber disfrutado del placer durante los años pasados, se alegraba de dar placer ahora al anciano, que le regalaba joyas, sedas y delicadezas de todo tipo para comer, reía con ella y la mimaba. Jasmine había sido toda su vida una flor silvestre, supeditada a la suerte del viento que soplara. Su felicidad ahora consistía en saber que, detrás de aquellos muros, ningún viento podía rozarla. Aunque muriese el señor, ella continuaría viviendo, su lugar en la casa estaba garantizado. Mientras estuviese viva, ya no tenía nada que temer nunca más.

En cuanto al señor Wu, su concubina acababa ahora lo que su madre había iniciado en su juventud. Cualquier cosa que *madame* Wu hubiera fomentado en él se había esfumado, como una lámpara que va debilitándose por falta de combustible. Había engordado y estaba pesado, comía demasiado y bebía a menudo, aunque siempre en compañía de Jasmine. Había dejado de visitar casas de flores, pues Jasmine lo obsequiaba con todas las artes. Había perdido incluso su antigua necesidad de disfrutar de la compañía de los amigos y apenas frecuentaba las casas de té para enterarse de las últimas noticias y discutir los chismorreos de la ciudad. Jasmine le daba ambas cosas, de las que se enteraba a través de los criados. En los aposentos que compartían con una intimidad tan grande que era casi como si viviesen solos, se comportaban de forma obscena y alegre, bebidos y felices, dos pedazos de carne y huesos, dichosos de ser así. El nombre del señor Wu apenas se mencionaba, ni siquiera en su propia casa. De vez en cuando, un criado murmuraba algún comentario a otro, y eso era todo.

Con su mente de adivina, *madame* Wu conocía todo eso y dejó de frecuentar los aposentos que en su día fueron su hogar. Tampoco Jasmine acudió ni una sola vez a los suyos. Vivían tan alejadas la una de la otra como antes de que Jasmine entrara en la casa.

Madame Wu reflexionaba sobre todo eso acostada bajo sus colchas de seda y se preguntaba si habría fallado en algún sentido en su matrimonio. ¿Había algo que podría haber hecho y no hizo? Le formuló la pregunta a André, pero por una vez la respuesta no estaba preparada en su memoria. Vio en cambio, perfilado contra el terciopelo negro de su cerebro, el rostro del Viejo Caballero. Estaba tan nítido como siempre, ni más mayor ni más joven. Siempre había tenido la cara delgada, la dorada piel delicadamente dibujada sobre los finos huesos que la componían. Incluso ahora,

yacente en su tumba, su calavera debía de conservar su belleza, sus perfiles definidos y pulidos por el paso del tiempo.

«Me temo que no he tenido éxito con tu hijo, padre mío», dijo para sus adentros con tristeza.

Al contemplar aquel anciano rostro, amable y bondadoso, tuvo la sensación de que, tal vez, de no haberse separado del señor Wu en su cuarenta cumpleaños, él no se habría degradado hasta lo que era ahora. Pero el Viejo Caballero le habló desde los recuerdos de su juventud.

Ella recordaba muy bien aquel día. Habían estado leyendo juntos, pues él la había mandado llamar y ella lo había hallado con un libro abierto. Al entrar, le indicó con el dedo unas líneas y ella las leyó:

«Eleva un alma por encima de su nivel natural es un acto peligroso. Las almas, como los manantiales, poseen sus fuentes naturales, y forzarlas más allá va en contra de la naturaleza y, por consiguiente, constituye un acto peligroso. Porque cuando un alma se ve forzada, busca de nuevo su propio nivel y se desintegra, se desgarrá entre niveles superiores e inferiores, y esto resulta también peligroso. La verdadera sabiduría consiste en calcular, juzgar la medida del alma y permitir que viva en el lugar que le pertenece».

Su mirada se encontró entonces con la del Viejo Caballero, igual que se encontraba con ella ahora, a través de los muchos años que él había vivido en la casa.

«De no haberme separado», reflexionó... y no pudo imaginar nada más. Lo que había hecho era inevitable. Su persona se había visto sometida al deber durante muchos años, y durante muchos años su alma había permanecido a la espera, creciendo poco a poco, a través del cumplimiento del deber, cierto, pero creciendo en esclavitud y esperando ser liberada.

Resultaba extraño que ahora, en plena noche y mientras la casa permanecía en silencio, pensara con ansiedad en Liangmo, su hijo mayor. ¿Por qué sentir ansiedad por él, el más dichoso de todos sus hijos? También tenía que descubrirlo en cuanto pudiera.

Y no se detuvo en los aposentos de Fengmo. Fengmo era un hombre. Se había disciplinado como sólo podía un hombre hecho y derecho. No había doblegado su alma. Y con aquel consuelo, la mente de *madame* Wu fue adormilándose, como una barca vacía en un mar iluminado por la luz de la luna.

—Ahora mis libros de inglés —ordenó Fengmo.

Linyi los sacó enseguida de la caja. Sumaban dos buenas pilas.

—¡Cuántos tienes! —exclamó.

—Son sólo los mejores —dijo él sin darle importancia—. Aún quedan más cajas por llegar.

Se arrodilló junto a las estanterías adosadas a la pared y fue colocando los libros

que ella le pasaba. Se le veía tranquilo externamente, con una sonrisa constante en el rostro, pero interiormente estaba hundido en la confusión y el dolor. Tenía la sensación de que jamás podría volver a conciliar el sueño y deseaba instalarse a un ritmo febril, poner en su lugar todas sus posesiones, alejar de su vista las bolsas de viaje que nunca más utilizaría.

—¿Debes colocarlo todo esta noche? —preguntó Linyi.

—Debo hacerlo. Quiero ver que he vuelto a casa para quedarme.

Ella se sintió feliz al oír esas palabras, pues era demasiado joven para imaginarse por qué las había pronunciado sin siquiera mirarla. De hecho, al pronunciarlas, Fengmo estaba viendo una cara muy distinta a la de ella. Veía la cara de Margaret: ojos azules, cabello castaño, y una piel muy blanca y suave cuyo tacto jamás podría olvidar. ¿Lamentaría eternamente haber hecho lo que hizo aquel día en un bosque al otro lado del mar? Se obligó a soltarla en el mismo momento en que la tomó entre sus brazos.

—No puedo continuar —le dijo.

Ella no respondió. Se limitó a seguir allí, con sus ojos azules clavados en él. Los ojos azules tenían algo extraño y maravilloso. No podían ocultar lo que había detrás de ellos. Los ojos negros eran cortinas echadas, pero los ojos azules eran ventanas abiertas.

—Estoy casado —le confesó sin rodeos—. Mi esposa me espera en casa.

Ella tenía alguna idea sobre los matrimonios chinos.

—¿Fue una elección tuya o un acuerdo familiar?

Fengmo tardó mucho en responder. Se sentaron bajo el pino. Él se abrazó las rodillas y ocultó la cabeza entre sus piernas dobladas, pensando, percibiendo la verdad. Habría resultado fácil, y en parte cierto, decir: «Yo no la elegí». Pero cuando estaba a punto de pronunciar esas palabras, se le apareció mentalmente la imagen del hermano André.

—Mentir es pecado —le había enseñado el hermano André, así de simple—, pero no es tanto un pecado contra Dios como un pecado contra ti mismo. Cualquier cosa que se construya sobre la base de una mentira acaba derrumbándose. A quien más engaña la mentira es a quien la cuenta.

Fengmo no se atrevió a mentirle por miedo a que llegara el día final en que la estructura de su amor se derrumbara entre sus manos y su amor quedara enterrado en los reproches.

—No me obligaron a casarme. Digamos que... lo elegí.

Ella permaneció inmóvil después de aquello, escuchándolo, mientras él intentaba explicarle lo que el matrimonio significaba en su familia.

—Para nosotros es un deber que no tiene nada que ver con el amor o con nosotros, sino con el lugar que ocupamos en las generaciones. Sé que mi madre nunca ha amado a mi padre, pero ha cumplido con su obligación hacia la familia. Ha sido una buena madre y esposa. Pero al cumplir los cuarenta se retiró del matrimonio

y eligió otra esposa para mi padre. Eso nos entristeció, pese a que todos sabíamos que era una decisión justa. Ahora es libre para buscar su felicidad, aun dentro de la casa, y todos seguimos con ella para apoyarla y honrarla. Yo también tengo mi deber para con la familia. —De un modo extraño y distante, sabía que estaba hiriendo a Margaret en lo más hondo de su alma.

—Yo quiero casarme por amor —dijo ella.

De haber sido libre, no sólo de Linyi, sino de todas las generaciones de los Wu de los siglos pasados y de todas las generaciones de los Wu por llegar, le habría contestado: «Casémonos entonces. Despacharé a Linyi».

Pero no era libre. Sobre él se cernían las manos de sus antepasados, y las manos de sus hijos y sus nietos por nacer le hacían señas reclamándolo. Pero le debía aún más sinceridad.

—Me conozco —continuó. Alzó la vista, no para mirarla, sino para contemplar el paisaje que se desplegaba ante ellos, el río, sus barcos y el puerto, y la arcada del gran puente que unía las orillas—. Sé de qué estoy hecho, no sólo del Cielo, sino también de mi familia, cuyas raíces se encuentran en la leyenda, y sé que no puedo vivir sólo por mí mismo. Mi cuerpo me ha sido dado..., no me pertenece. Algo existe en mí que es realmente mío, cierto, y ese algo, llámalo alma si te apetece, es mi única posesión y puedo dártela porque te amo. Pero si tuviera que darte mi cuerpo, que no es mío, estaría robándoselo a las generaciones.

—Te equivocas... ¡Te equivocas! —exclamó ella—. Amor y matrimonio pueden ser la misma cosa.

—A veces, pero sólo por una casualidad del Cielo. A veces, incluso entre mi propia gente, aparece un hombre que, cuando la noche de bodas levanta el velo nupcial y contempla el rostro de su esposa desconocida, descubre a aquella a quien habría elegido de entre todas las mujeres de haber sido libre para elegir. Pero eso no es más que una casualidad del Cielo.

—Aquí siempre nos casamos por amor —insistió Margaret con orgullo.

Fengmo se dio cuenta de que la distancia entre ellos iba en aumento.

—No, no es así —le respondió. Tenía que decirle la verdad, aunque acabara matándolos—. Os casáis como nosotros, para continuar la especie, pero os engañáis y lo llamáis amor. Exigís la satisfacción personal, aun engañándoos. Veneráis el concepto del amor. Pero nosotros somos los más sinceros. Creemos que todos deben casarse, tanto hombres como mujeres. Es la obligación que tenemos para con la vida. Si llega el amor, es una gracia adicional del Cielo. Pero el amor no es necesario en la vida.

—Lo es para mí —dijo ella en voz baja.

Él continuó, sin responder al comentario.

—La dicha es necesaria, pero la dicha llega cuando se cumple con la obligación y las expectativas quedan satisfechas..., no las expectativas personales de amor, sino las de la familia y los hijos, el hogar y el lugar que cada uno ocupa en las

generaciones.

Habló desde lo más profundo de su ser, y mientras lo hacía, percibió la aprobación del hermano André. Sabía que dicha aprobación no era por lo que decía, sino porque estaba articulando la verdad de su ser.

¡Qué largo fue el silencio que se creó entonces entre ellos! Fengmo no lo rompió, sino que dejó que fuera creciendo e inflándose, un océano en profundidad y alcance.

Lo rompió ella, extendiendo la mano.

—Entonces esto es un adiós para nosotros, ¿no?

Él le cogió la mano durante un prolongado momento y la cubrió con la otra.

—Es un adiós —confirmó, y la dejó marchar.

El último libro estaba ya guardado, la última prenda, doblada. Fengmo cogió las maletas y las dejó en el pasillo, donde un criado las recogería por la mañana. Regresó entonces al dormitorio. Linyi seguía sentada en el suelo, insegura y a la espera. El joven se dirigió hacia ella sin dudarle y la tomó por los hombros con ambas manos.

—Vas a ayudarme —le dijo—. Tengo un trabajo que hacer aquí, en mi propia tierra, y te necesito. Es imposible que pueda hacerlo solo. Has de prometerme que me ayudarás con todo lo que puedas darme.

A Linyi, la ferocidad de su mirada casi le dio miedo. Pero era una sensación deliciosa. Quería sentir miedo de él. Necesitaba sus órdenes.

—Te ayudaré —susurró—. Haré cualquier cosa que me pidas que haga.

Fengmo fue como una hoguera en la casa. Todo se abanicaba con tal de alimentar la llama. Se levantaba antes del amanecer, comía a la luz de las velas y a primera hora de la mañana estaba ya cabalgando a lomos de su caballo por los estrechos caminos de los campos para llegar hasta el pueblo que había elegido para su primera escuela. Decretó que jóvenes y viejos debían aprender. Planificó escuelas para niños y escuelas para hombres, mujeres y ancianos.

Hubo, por supuesto, muchas quejas entre los ancianos que nunca se habían interesado por los libros y que no veían qué necesidad tenían ahora de aprender a leer.

—Con los pocos años que nos quedan por delante, ¿por qué debemos preocuparnos por conocer lo que otros hombres han escrito? —decían—. ¿Acaso no hemos aprendido también algo de sabiduría después de todos estos años? Con nuestra sabiduría nos basta.

Pero Fengmo era demasiado joven para consentir eso, hasta que al final los campesinos más viejos solicitaron ver a *madame* Wu para rogarle que ordenara a su hijo que se refrenara, y ella aceptó. Siempre había sido muy escrupulosa en cuanto a recibir con cortesía a los que estaban por debajo de ella. Por encima no tenía a nadie, y siempre podía negarse a ver a los de su mismo rango; pero nunca a los inferiores. De modo que los recibió con toda solemnidad en el salón principal de la casa, y mandó llamar al señor Wu para que la acompañase y ocupara su lugar habitual a la

derecha de la mesa central, mientras ella se sentaba a la izquierda, de modo que la casa quedase honrosamente presentada ante la gente del campo. El señor Wu hizo su aparición muy digno. Se había vestido con prendas de raso de color vino bajo una chaqueta sin mangas de terciopelo negro, simplemente porque había engordado demasiado y su antigua ropa no le iba bien. *Madame* Wu se asombró ante su gordura, pues llevaba tiempo sin verlo, excepto cuando se sentaba en la mesa, y su presencia en la mesa familiar era cada vez menos frecuente. «Morirá antes de lo que le corresponde», pensó, observando su papada, y luego pensó que era mejor morir feliz, aunque temprano, que morir menos feliz, aunque fuese más tarde. Guardó silencio, por lo tanto, y no le hizo ninguna advertencia.

Una vez instalados en sus asientos, entraron los campesinos vestidos con sus prendas de algodón azul y calzados con sandalias nuevas de esparto. Llevaban paquetitos con pasteles envueltos en papel grueso de color marrón y atados con cuerda de esparto, y debajo de la cuerda habían colocado trozos de papel rojo para dar buena suerte. Ofrecieron sus regalos y el señor Wu los aceptó, tras protestar correctamente asegurándoles que no era necesaria tanta cortesía por su parte.

Entonces, manteniendo su humildad frente a la nobleza, los campesinos dieron a conocer sus dificultades. *Madame* Wu los escuchó y lo mismo hizo el señor Wu, aunque con menos interés. El señor Wu coincidió completamente con ellos.

—Estos hermanos tienen toda la razón —anunció—. Mi hijo se comporta como un loco, le ordenaré que regrese enseguida a mi casa y os deje en paz.

Pero *madame* Wu conocía los dos lados del asunto y no tenía la menor intención de permitir que el señor Wu actuase por ignorancia. De modo que primero se mostró de acuerdo con él y luego en ligero desacuerdo. Y así dijo:

—El padre de mis hijos habla muy sabiamente y debe ser obedecido. Vosotros, buenos hermanos, habéis superado los cuarenta años de edad. Cierto es que nadie debería obligaros a hacer nada que vaya en contra de vuestros deseos. Pero quizá en el pueblo haya jóvenes capaces de beneficiarse por recibir un poco de educación..., la suficiente, diría, para poder repasar vuestras cuentas y ver que no os engañan en los mercados. —Se giró hacia el señor Wu y le dijo, con una voz que se había suavizado incluso más con la edad—: ¿Qué te parecería si le prohibiésemos a nuestro hijo enseñar a cualquiera por encima de los cuarenta años de edad a menos que la persona en cuestión lo desee expresamente?

Era un compromiso justo, y así quedó decidido. A partir de entonces, los campesinos viejos quedarían libres de Fengmo si ése era su deseo, y nadie que lo deseara debería temer verse por ello menos favorecido en cuanto a alquileres y semillas.

Fengmo se echó a reír cuando *madame* Wu le explicó la visita de los aldeanos.

—¡Tengo una manera de ganar! —exclamó, aceptando con gusto las dificultades.

El resultado de su trabajo fue que incluso algunos de los pueblerinos de más edad empezaron a solicitar instrucción cuando vieron el provecho que sacaban de ello los

más jóvenes. Además, siempre que un joven obtenía ventajas por conocer las letras, como poder leer una factura o comprobar una cuenta, Fengmo no perdía la oportunidad de propagar la noticia. Al final se puso de moda aprender a leer y otros pueblos empezaron a pedir escuelas, hasta el punto de que Fengmo estaba tan ocupado que *madame* Wu pasó meses enteros sin verlo ni saber cómo le iba.

Todo aquello era muy positivo para él, pero causó cierta conmoción en la casa. Ch'iuming y Rulan se trasladaron a vivir al pueblo. Fengmo las presionó a ambas para que colaboraran con sus escuelas, y la situación se tornó incómoda para *madame* Wu, pues se preguntaba cómo podría ocultar Ch'iuming el amor que sentía por su hijo. Se sentía cada vez más ansiosa, pues, pese a que ambos jóvenes eran de la misma edad, no eran de la misma generación, y si se producía alguna situación turbia entre ellos, podía acabar generándose un escándalo tremendo en torno al nombre de los Wu. Fengmo se acercó una noche a visitarla cuando ella se sentía tan ansiosa.

Lo recibió de buen talante, pues sabía que en aquellos momentos su hijo no tenía tiempo para nada excepto para lo que consideraba más importante. Tuvo un instante de terror al verlo, pensando que acudía a ella para explicarle lo que no deseaba oír sobre Ch'iuming. De hecho, se trataba de ella. Fengmo se sentó muy erguido, posó las manos sobre las rodillas y empezó enseguida. Su tono de voz era firme, aunque su mirada parecía compungida. *Madame* Wu no pudo evitar admirar su aspecto mientras hablaba. El aire fresco del pueblo le aportaba un sano buen color y el éxito de su trabajo le proporcionaba osadía.

—Madre, no sé cómo decirte lo que tengo que decirte, y como no lo sé, comenzaré por donde sea.

—Dime, hijo mío.

Él se pasó las manos por su corto pelo. Cuando regresó a casa, lo llevaba largo y bien peinado, pero ahora se lo había cortado como un campesino y parecía un cepillo negro.

—¿Es sobre Ch'iuming? —preguntó *madame* Wu.

—¿Cómo haces para saberlo todo? —repuso él, sorprendido.

—Tengo mis métodos. Y bien, hijo mío, ¿qué quieres decirme?

La brecha estaba abierta y él ya podía hablar.

—Ya sabes, madre, que ninguna mujer podrá conmoverme.

Ella sonrió ante la juventud de su hijo, y algo en aquel rostro joven tan serio le llegó al fondo del corazón. Ah, quizá los antiguos estilos de amor y matrimonio fueran erróneos... ¿Quién sabía? Se inclinó un poco hacia delante.

—Recuerdo... —Y se refrenó. Recordaba un día, cuando no era mayor que Fengmo, en que se despertó temprano por la mañana, observó la cara dormida de su esposo, y supo que nunca podría amarlo. Y pese a ello había cumplido con su deber, era dichosa, y su vida había gozado, a su manera, de felicidad. Pero la juventud del rostro de Fengmo la detuvo. Volvió a erguirse. No, no podía hablarle a su hijo de sí misma.

—¿Qué haremos? —preguntó él.

—Consideremos la salida más sensata.

Pero él ya tenía un plan.

—Te pido permiso para llevarme a Linyi conmigo, y viviremos también en el campo.

Dicho eso, *madame* Wu no pudo más que ver la sabiduría que encerraban sus palabras, aunque le entristeció pensar en otro patio vacío bajo su techo. Pero le complacía que su hijo hubiese pensado en Linyi como un punto de seguridad al que aferrarse, y cuanto más lo pensaba, más dispuesta estaba a acceder a lo que le pedía.

—Consiento —dijo por fin— con una condición: que cuando ella dé a luz a tus hijos, volváis aquí para el nacimiento y los meses siguientes. Los nietos deberían nacer bajo nuestro techo.

Fengmo estuvo de acuerdo con la propuesta, y pocos días después, él y Linyi cerraban las puertas de su patio y se trasladaban a una casa con paredes de adobe del pueblo. Y *madame* Wu se sintió feliz de que así fuera. Reflexionó un tiempo sobre si debía mandar llamar a Ch'iuming y ofrecerle su consejo y algún consuelo en forma de elogio, pero decidió que no lo haría. La joven debía aprender de la vida, como todos aprenden, lo que podía tener y lo que se le negaba.

Y Ch'iuming lo aprendió. Pero al año siguiente, cuando Linyi estaba a punto de dar a luz a su primer hijo, acaeció una cosa muy extraña. Era el año de la gran retirada, cuando el enemigo de las islas del Océano Oriental ganó mucho territorio y expulsó a mucha gente de sus tierras y sus hogares. Los errantes cruzaban la ciudad y el campo, y, dado que la población donde vivía la familia Wu se encontraba en esa región, hubo muchos que pasaron por allí.

Entre ellos había una mujer mayor, una viuda, que, junto con su hijo, la esposa de éste y sus nietos, permaneció más tiempo que los demás en la posada. Ese hijo, el único de la mujer, le explicó al posadero por qué se quedaban más tiempo.

—Mi madre perdió a una hija aquí hace muchos años. ¿Existe alguna forma de encontrar a los niños perdidos?

—¿Estaba muerta la niña? —preguntó el posadero. Los huéspedes eran gente pudiente y se dirigió a ellos con modales corteses.

—No murió, sino que la abandonó mi abuela, que tenía muy mal carácter y estaba enfadada porque mi madre había dado a luz a tres niñas seguidas.

—¿Cómo es que vinieron a parar aquí aquel año?

—Fue un año terrible en nuestra región, cerca de la capital del norte. La cosecha fue un desastre y nos trasladamos a otra zona donde hubiera abundancia de comida. Por el camino, mi madre dio a luz aquí.

El posadero reflexionó sobre el asunto.

—Entonces tuvo que ser en esta posada, porque es la única de la ciudad; yo llevo aquí toda la vida, y mi padre antes que yo.

—En ésta fue, según mi madre, y por eso hemos decidido demorarnos un poco. Mis dos hermanas han muerto y mi madre aún sigue pensando en su hija perdida.

—Iré a explicárselo a la nobleza de la ciudad. Si alguien lo sabe, *madame* Wu lo sabrá.

De modo que el posadero se vistió con su mejor ropa, y una tarde a última hora, después de atender a todos sus huéspedes, mandó a *madame* Wu el mensaje de que tenía una pregunta que formularle si accedía a recibirlo.

Ella le respondió que sí, pues la familia del posadero había pertenecido antiguamente a la servidumbre de la familia. Una hora después, el hombre se presentaba en el salón principal. Aquella vez no acudió el señor Wu, pues era una hora inoportuna para él. Al señor Wu no le gustaba que lo molestaran después de la cena, pero era el único momento en que el posadero podía desplazarse, pues sus clientes, en tiempos de guerra como aquéllos, tenían prisa por marcharse.

Le explicó la historia a *madame* Wu. Ella lo escuchó, encajando todas las piezas que conocía. No le explicó a aquel hombre lo que pensaba, sino que le dijo:

—Dile a la madre que venga a visitarme y que me lo cuente todo.

—Eso es lo mejor, señora —coincidió él, y se marchó de inmediato con el mensaje.

Al día siguiente, el hijo acompañó a su madre. *Madame Wu* la recibió en su patio y el hijo se quedó esperando en el salón principal.

Madame Wu desconocía el tipo de persona que sería su visitante. Esperaba a alguien de origen ordinario, pero cuando entró, apoyada en el brazo de una criada, descubrió que no se trataba de una mujer vulgar sino de una dama, aunque ya mayor.

La saludó y le pidió que se sentara en el lugar de honor, a lo que la mujer se negó hasta que se vio presionada a hacerlo. Por fin estuvieron las dos damas acomodadas, el té servido y todo dispuesto para empezar a hablar. Ying y la criada se mantuvieron a una distancia demasiado grande para poder oír la conversación, pero la suficiente para enterarse en caso de ser reclamadas.

Después de todas las palabras de cortesía de rigor, lo que dijo la señora fue lo siguiente:

—Nos hemos desviado bastante de nuestro camino hacia el oeste. La seguridad queda muy lejos de aquí y hemos recorrido más de trescientos kilómetros adicionales para venir. Pero tengo mis motivos. —Se secó los ojos, uno después del otro, con un pañuelo de seda.

—Explíqueme lo que desea explicarme —dijo amablemente *madame Wu*.

Animada con esas palabras, la mujer le contó cómo le arrebataron a su hija.

—Sé que mi hija no murió. Estaba muy sana..., más sana que cualquiera de mis otras hijas. Y mi esposo no estaba dispuesto a permitir que la mataran, aunque ésa fuese la exigencia de su madre. Era un buen hombre con una madre malvada. Por desgracia murió antes que ella, y tuvo miedo de explicarme cualquier cosa en contra de la voluntad de su madre. —Se interrumpió para volver a llorar—: ¡De qué modo fuimos castigados! Después de eso empezó a morir un hijo tras otro, tanto niños como niñas, hasta que sólo me quedó el menor. Ahora busco a la hija que perdí y por eso me he apartado tanto de mi camino.

—¿Cómo sabe que no mataron a su hija?

—Lo sé porque mientras me encontraba postrada en la cama después del parto, oí a mi esposo suplicándole a su madre, y ella accedió a que no la mataran, sino que la abandonasen junto a las murallas de la ciudad.

—¿Estaba la niña envuelta en una chaqueta de seda roja?

La mujer la miró fijamente.

—En mi vieja chaqueta roja —dijo casi sin aliento—. Pensé que si la envolvía en ella, alguien acabaría viéndola.

Madame Wu se levantó y se dirigió hacia su arcón. Allí, doblada entre sus propias prendas, estaba la que tanto tiempo atrás le había entregado Ch'iuming para que se la guardase.

—Aquí está la chaqueta.

La cara de la mujer cobró el color del plomo.

—¡Es ésta! —musitó. La estrujó entre sus manos—. Pero ¿y la niña?

—Vive.

Y entonces le explicó la historia de Ch'iuming y de cómo había acabado en aquella casa, y la dama la escuchó, llorando e impaciente, aunque también temerosa. Resultó duro explicar que Ch'iuming no había satisfecho al señor Wu, y que ella le había permitido marcharse a vivir al pueblo, por mucho que la apreciase. La dama se mostró agradecida, aunque también reprobadora, hasta que al fin dijo *madame* Wu:

—Vayamos al pueblo a verlo por nosotras mismas, y comprobará que su hija ha estado bien atendida.

Sin más demora, ordenó que preparasen los palanquines, y las dos llegaron enseguida al pueblo.

Madame Wu llevaba tiempo diciendo que debía visitarlo y comprobar por sí misma lo que Fengmo estaba haciendo, pero entre el frío del invierno, el calor del verano, las fiebres intermitentes que había sufrido y su amor por estar a solas con sus libros, no lo había hecho todavía. Lo que vio la dejó asombrada. El poblado parecía más limpio y próspero que nunca, y el aspecto de salud de la gente era envidiable. Los niños tenían la nariz limpia e iban bien peinados, y los lugareños le indicaron con orgullo el edificio de adobe que se había convertido en la escuela. Fengmo le había explicado muchas cosas y ella lo había escuchado con atención, diciéndole de vez en cuando «Sí, sí, hijo mío», pero no había llegado a captar todo lo que había llevado a cabo.

Su casa estaba junto a la escuela, y al haber enviado un mensajero con antelación anunciando su llegada, todo estaba listo para recibirlas. Linyi estaba embarazada, y así se lo habían comunicado a *madame* Wu, aunque ésta no estaba preparada para el aspecto tan saludable que exhibía la joven. Tenía las mejillas encarnadas, los labios rojos sin necesidad de maquillaje, y había ganado un peso adicional al propio de la maternidad. Había cortado las puntas onduladas de su cabello, y eso fue lo que, por encima de todo, más la complació. Aunque quizá la complaciera más el cambio que observó en sus modales. La chica se mostraba respetuosa y dispuesta, nada que ver con la holgazanería de antaño.

Así que fueron a casa de Fengmo y tomaron asiento, mandaron llamar al joven, y a su llegada se volvió a contar toda la historia; llamaron a Ch'iuming y su hija, y Rulan llegó con ellas.

En cuanto entró Ch'iuming, madre e hija se miraron y supieron quiénes eran. Era imposible dos caras tan iguales de no haber sido hechas la una de la otra. Todos los que presenciaban la escena empezaron a reír ante el final mágico de una historia tan extraña, y, pese a ser la más callada, *madame* Wu era la que más satisfecha se sentía.

—¡Madre! —exclamó Ch'iuming.

—Es mi hija —dijo la dama.

Ambas se echaron a llorar, y la mujer abrazó a su nieta, que en aquel momento era ya lo bastante grande para ser descarada, por lo que lloró y pataleó, y Ch'iuming le dio un bofetón ante el que su madre protestó. Pero pronto reinó de nuevo la calma. Naturalmente, la dama deseaba que Ch'iuming y la niña regresaran con ella y se

sumaran a su familia. La joven tenía que pedir permiso a *madame* Wu.

—¿Puedo ir, Hermana Mayor? —preguntó tímidamente.

Fue entonces cuando *madame* Wu vio con claridad que la chica no tenía buen aspecto. Pese al aire limpio del pueblo y la comida del campo, estaba pálida y tenía los ojos hundidos, como si padeciese insomnio, y reparó en que apartaba constantemente la vista de Linyi. Sería mejor que Ch'iuming abandonase la casa de los Wu. Concedió su permiso.

—Si no se tratase de tu madre, no te dejaría ir, pero si el Cielo ha unido a madre e hija, ¿cómo podría atreverme a separaros? Puedes ir, pero no sin que antes te prepare ropa nueva para ti y para la niña y todo lo que necesitéis para el viaje. No puedes salir de nuestra casa con las manos vacías.

La dama protestó diciendo que no era necesario, pero *madame* Wu insistió. Ch'iuming y su hija, después de muchas palabras de agradecimiento, regresaron con la anciana a la posada y, a partir de entonces, no volvieron a separarse.

Y *madame* Wu no dijo nada al respecto; sólo antes de marcharse hizo un aparte con la madre y le aconsejó:

—No consienta que esta hija suya permanezca sola. Búsquele un buen esposo y permítale iniciar de nuevo su vida.

Así se lo prometió la dama. Ch'iuming abandonó la casa de los Wu, y pasadas unas semanas, cuando estuvo todo dispuesto, partió con su madre. *Madame* Wu se alegró de que Ch'iuming no le propusiera una despedida privada. Conocía muy bien el tierno corazón de la joven y sabía que no lo hacía por ser desagradecida o rencorosa. No, no se despidió porque no había más que decir entre ella y la madre de Fengmo, y deseaba ahorrarse ese dolor. Partió con su amor en el fondo de su corazón.

Madame Wu nunca volvió a verla. Una vez al año llegaba una carta, escrita por un escribano y firmada por la joven. En las cartas, año tras año, después de los saludos de rigor, Ch'iuming le explicaba que estaba bien, que la niña crecía, y por fin, acabada la guerra, que se había casado con un viudo, un pequeño comerciante de Pekín que vendía mercancías nacionales y extranjeras. El hombre tenía dos hijos pequeños que ella pronto aprendió a querer. Su madre murió y Ch'iuming tuvo un hijo y después dos gemelos varones. Su casa estaba llena.

Madame Wu respondía a esas cartas cuidadosamente, con recomendaciones y sabiduría. Y en todas ellas, con toda la bondad de su corazón, incluyó noticias sobre Fengmo y su familia.

Sí, la familia de Fengmo aumentó también. Independientemente de cuál fuese su vida interior, su cuerpo era fructífero, y Linyi tuvo hijos, un niño, una niña y dos niños más. Ella iba a la casa de los Wu para cada parto, pero cuando el bebé alcanzaba el mes de edad, regresaba de nuevo al pueblo para ocupar su lugar junto a Fengmo. No tenía tiempo para jugar, hacer pucheros, rizarse el pelo ni pintarse las

uñas. Fengmo la trataba con severidad pero justamente. *Madame* Wu sabía muy bien que nunca amaría a Linyi, pero sabía también que no necesitaba amor. Él tenía otras pasiones, fuegos que abrasaban con llamas más altas que la del amor. Ardía en su entusiasmo por los demás. Estaba ávido de escuelas y más escuelas, y cuando las tuvo, no quedó satisfecho hasta que empezó a soñar con hospitales. Había abandonado sus prendas de seda. Permanecían guardadas en los baúles de los almacenes de la familia, e iba vestido con prendas sencillas con el patrón de un uniforme, pero sin insignias ni condecoraciones. Había algo en su semblante siempre serio que a *madame* Wu le recordaba constantemente a André, pero Fengmo carecía del humor de aquél. Era duro hasta la médula, y cerraba a cal y canto esa médula, incluso a sí mismo. Nunca había escrito ni mencionado de nuevo a la mujer que aprendió a amar al otro lado del mar. Fengmo no podía hacer nada sólo en parte bien. Su fervor ardía en todas direcciones simultáneamente.

Todos podían admirar ese fervor hasta que tocaba a la familia, y entonces era excesivo. Fengmo no se contentaba con enseñar a los campesinos, ni siquiera a Yenmo, que lo adoraba, sino que tuvo que meterse también con su hermano mayor; y eso Liangmo no lo consentía. La verdad es que Fengmo nunca encontraba maestros suficientes para sus escuelas y al ver que su cuñada Meng no hacía más que holgazanear y engordar, le preguntó un día si quería ayudar a Linyi y Rulan con las mujeres de más edad que peleaban para aprender las letras, coser con más provecho y hacer otras cosas útiles. Meng lo miró con los ojos como platos.

—¿Yo? —exclamó—. Pero si nunca cruzo la puerta si no es para ir a visitar a mi madre.

—Pues deberías hacerlo, cuñada. Es tu deber. Tus hijos están al cuidado de sus amas, tu hijo mayor está en manos de su tutor y tu casa está atendida por los criados. Deberías acercarte un par de horas al día y ayudarnos.

Meng empezó a agitarse.

—No puedo, Liangmo no lo permitiría.

—Pero te han enseñado a leer y escribir —insistió Fengmo—. En nuestro país, nadie con esos conocimientos debería guardarlos para sí mismo.

Meng lo escuchó con su cara redonda horrorizada. En aquella época, Fengmo tenía el tono de voz elevado típico de un maestro, y en cuanto comenzaba a predicar aquello en lo que creía, nadie podía replicarle. Sólo su interminable bondad lo salvaba y lograba que aquellos a quienes enseñaba siguieran queriéndolo.

—Se lo preguntaré a Liangmo —tartamudeó por fin, y él se marchó satisfecho de haberle llegado al corazón.

Pero cuando Meng le contó a su marido, llorando, de qué modo le había hablado Fengmo, él se enfadó mucho.

—Ha hecho que me sienta malvada —sollozó.

Liangmo se quitó las gafas que ahora usaba, las dobló y las guardó en su bolsillo. Luego dio un golpe sobre la mesa.

—Fengmo es demasiado problemático —exclamó—. Ha metido demasiadas ideas en la cabeza de la gente ordinaria. Ayer mismo, fue a verme el cabecilla de los granjeros para decirme que, a partir de ahora, no tendrían intermediarios para vender los cereales, que lo venderían ellos solos. Le pregunté cómo llevarían las cuentas, y al parecer Fengmo les ha enseñado a hacerlo. ¿Cómo se las arreglarán ahora los intermediarios para comer y alimentar a sus familias? ¿Acaso no existe un lugar bajo el cielo para todos los hombres? —Frunció el entrecejo y añadió—: Meng, te prohíbo que mantengas más conversaciones con mi hermano. Hablaré con él personalmente.

Y así lo hizo. Buscó tiempo entre su trabajo con las tiendas y fue a ver a Fengmo. En su fuero interno, se sorprendió ante la pulcritud de los pueblos, pues el trabajo de Fengmo se había extendido ya a toda la región. Pero apretó los labios para no revelar su asombro. Murmuró en cambio que no sabía quién pagaba por todo aquello y que, por la misma naturaleza de las cosas, la gente pobre no debería ser tan limpia como la gente rica. Tampoco hacía falta que se construyeran hospitales para los pobres, pues eran ya demasiados y no era necesario que todos siguiesen adelante.

La visita acabó con una gran pelea entre los dos hermanos, y fue peor porque Liangmo se sintió indignado al ver el aspecto de Linyi, que consideró inadecuado para una dama de su familia. Afirmó que iba vestida como una vulgar maestra de escuela y parecía mayor que Meng. Al oír el comentario, Linyi sintió un instante lástima de sí misma, pero Rulan se zambulló en la disputa poniéndose del bando de Fengmo y los aldeanos. Y Liangmo quedó aún más insatisfecho al comprobar que Rulan había olvidado ya su dolor y se dedicaba con plena pasión al trabajo que realizaba en los pueblos. El resultado final fue que se despidieron enfadados y que Liangmo fue a quejarse a *madame Wu*.

En aquella época, *madame Wu* sólo salía del recinto de su patio para visitar a las niñas del templo. No había acogido a ninguna más. Independientemente de lo que André pudiera haber deseado, no acogió a más. Sólo había hecho una cosa, y era donar dinero a un convento de monjas budistas de la zona sur de la ciudad para que cada mañana, al amanecer, enviaran a dos monjas al exterior de las murallas en busca de niñas abandonadas con vida, las recogieran y las alimentaran. *Madame Wu* ordenó que no las convirtieran en monjas, sino que les enseñaran, las criaran y las casaran con campesinos, y que sus esposos fuesen bondadosos y amables. Lo hizo por André.

Las niñas de André siguieron en el templo, y a medida que iban cumpliendo los dieciséis años, se las prometía en matrimonio a jóvenes adecuados. Tal era la fama de las chicas, que siempre había listas de jóvenes deseosos de casarse con alguna de ellas. Cada vez que una llegaba a los dieciséis años, *madame Wu* la llamaba y le hablaba sobre los muchachos que estaban dispuestos a casarse con ella. En la ciudad corrían muchos rumores sobre esa nueva forma de actuar, pues *madame Wu* no sólo les decía el nombre, la edad y las cualidades de los solicitantes, sino que, además, les mostraba retratos.

—¿Es que sólo los hombres pueden ver retratos? —preguntaba cuando alguien

mostraba su sorpresa—. ¿No es justo que la mujer pueda ver también la cara del hombre?

Nadie se atrevía a criticarla, y de ese modo se convirtió en una cuestión de rivalidad y honor que los jóvenes le enviaran los retratos que ella personalmente presentaba en su debido momento a las chicas. Después de que la muchacha eligiese, *madame* Wu mandaba un retrato de ésta al joven, y tal era la fama de las chicas del templo que nunca ninguna resultó rechazada por el hombre escogido.

Madame Wu llegó a considerarlas como sus propias hijas, y les enseñaba todo lo que proporcionaba la paz y tranquilidad en una buena relación entre hombre y mujer. Todas fueron buenas esposas y *madame* Wu se hizo célebre en toda la región por aquellas chicas.

Se sentía orgullosa de poder darles a todas una buena boda, y pasó a ocupar el puesto de la madre. Nadie comprendía su sonrisa ni la mirada abstraída de sus ojos. Pero ella no necesitaba que la comprendieran. Mientras, una a una, iba enviando a las huérfanas que eran sus hijas a hogares tranquilos y seguros, percibía la sensación de tener siempre a André a su lado. Pero no le bastaba con preparar a las niñas. No permitía que ninguna se casara hasta que ella personalmente hablaba con el hombre elegido y, si tenía madre, también con ésta. Una suegra con mal carácter era razón suficiente para prohibir el matrimonio, y así lo hizo tres veces, y en dos de las tres ocasiones el hombre quedó tan afligido por la pérdida que acabó separándose de su madre.

Madame Wu se sintió también afligida en esos casos, pues sabía muy bien que un hijo no debe abandonar la casa de su padre; André había hablado con ella sobre ese tema en una ocasión.

Ahora que envejecía, André se le aparecía mentalmente con mayor claridad que nunca, y ella recordaba muy bien lo que le había dicho un día de invierno, después de su lección con Fengmo. El patio estaba nevado y la blancura quedaba únicamente rota por sus grandes pisadas. Tanto Fengmo como Ying habían ido por los porches, pero André había atravesado la nieve.

Ella lo reprendió.

—Sin duda se le habrán mojado los pies.

Él bajó la vista hacia sus zapatos como si no supiese muy bien qué le decía, y sin más comentarios desplegó sus libros. Fengmo llegó entonces y empezaron la lección. Aquel día, ella se sentó cerca de ellos, escuchando pero sin decir nada. Y cuando Fengmo se fue, le formuló a André esta pregunta:

—¿Hasta qué punto debería permitirse a un hijo abandonar la casa de su padre?

A aquellas alturas, ella ya preveía que las enseñanzas del sacerdote desembocarían en la partida de Fengmo.

—La casa de su padre es su lugar de nacimiento, nada más —respondió él. Estaba ordenando sus libros, apilándolos sobre el pañuelo de algodón que le servía para transportarlos.

—¿Quiere decir con eso que un hombre no tiene obligación hacia sus padres?

—No soy la persona adecuada para contestar a esa pregunta. —Le lanzó una mirada fugaz, apartó enseguida la vista, y su sonrisa iluminó su rostro como una luz —: ¡Mire hasta dónde he llegado yo! Pero aun así no olvido que mis inicios estuvieron en una casa en Venecia.

—¿Venecia? —repitió ella. Nunca hasta entonces le había mencionado él su ciudad natal.

—Es una ciudad como Soochow, cuyas calles son canales y en la que en lugar de palanquines utilizábamos barcas, y cuando contemplaba el amanecer y la puesta de sol, veía cambiar el agua hasta convertirse en oro en movimiento.

Hizo una pausa y se quedó con la mirada fija en la pared vacía que tenía enfrente, pero ella sabía que estaba viendo aquellas calles de agua dorada. Luego volvió en sí y se despidió por aquel día.

Él había llegado a derribar de tal modo las paredes del recinto donde ella vivía, que ahora, cuando un joven abandonaba a una madre arrogante y de mal carácter, se sentía incluso en paz. El joven debía vivir también. Todos debían vivir.

El desmoronamiento de los muros la preparó para Liangmo, que llegó con muy mala cara y dispuesto a quejarse de su hermano Fengmo. Ella no veía a sus hijos a diario, ni tan siquiera una vez al mes, de modo que cada vez que cruzaban su puerta era como si los viese de nuevo. Por eso aquel día vio a Liangmo como un próspero hombre de negocios, el futuro cabeza de una gran familia, un comerciante y un fabricante de dinero.

Después de los saludos de rigor, Liangmo fue directo a la raíz del problema.

—Mi hermano menor está convirtiéndose en un fanático. De hecho, quiere que Meng salga de casa para ir a enseñar. Eso es imposible. Linyi parece una maestra. Se ha cortado el pelo y se ha puesto morena por el sol. Rulan parece una comunista. Todo eso me resulta odioso. ¿Crees que es adecuado para nuestra familia?

Madame Wu sonrió.

—¿No has encontrado los pueblos muy limpios? —preguntó.

Pero Liangmo no veía bien nada.

—Pienso primero en nuestra familia, no en los desconocidos ni en la gente vulgar —dijo con tozudez—. La responsabilidad de la familia descansa en mí, madre, cuando tú y mi padre os hayáis ido.

Sus hijos apenas hablaban del señor Wu. Todos sabían que, independientemente de cuál hubiera sido su puesto, ahora se hallaba vacío. El hombre estaba aletargado y satisfecho y no pedía otra cosa que estar solo. La verdad es que sus nietos lo adoraban. Entraban dando gritos en su patio y él les ofrecía dulces, reía con ellos y sesteaba mientras los pequeños jugaban; y Jasmine, con su ausencia de hijos, solía engatusarlos y tratarlos como a sus propios hijos, para que el hombre que la protegía no sintiera esa carencia. Sabía que los ancianos debían tener niños a su alrededor para evitar el temor a la muerte.

Pero Liangmo era muy correcto como hijo mayor y respetaba a su padre en todo momento, al menos de palabra, y escondía su debilidad. Siguió protestando sobre Fengmo.

—¿Y nuestro hermano menor Yenmo? ¿Es correcto que se ausente de la escuela?

—Yenmo no desea ir —dijo tranquilamente *madame* Wu.

—¿Existe algún motivo por el que no se le obligue a ir? ¿Tiene el aspecto que debería tener el hijo menor de nuestra casa? No existe ninguna diferencia entre él y el hijo de un campesino.

—Bueno, bueno —dijo ella con su suave voz.

Liangmo comprendió que su madre quería que se callase, de modo que sofocó su ira con un largo trago de té y se sentó con cara muy solemne.

Madame Wu permaneció un largo rato sin hablar. Conocía el valor del silencio. Era un día cálido y gris, el cielo estaba gris, las paredes eran grises, y en el estanque del patio se alzaba del agua fría una neblina delicada que se perdía en una atmósfera excesivamente cálida para la estación. El olor a tierra se cernía sobre los patios.

—¿Estás satisfecho en tus aposentos, hijo mío? —dijo por fin.

—Por supuesto que sí. —Dejó la taza de té—. Allí me obedecen. Mis hijos están sanos y son inteligentes. ¿Sabes, madre, que los mayores han finalizado ya la escuela primaria?

—¿Es posible? —respondió amigablemente—. ¿Y va todo bien en la ciudad?

—Bastante bien. Los mercados están algo pobres, tal vez, pero no demasiado para la estación. Ahora que la guerra ha terminado, empiezan a llegar productos extranjeros. El hospital extranjero está construyendo un nuevo edificio y he oído que vendrán muchos forasteros.

—¿Y es bueno eso?

—Fengmo está contento —dijo secamente—. En cuanto a mí, sólo puedo decir que somos afortunados. Meng no necesita médicos extranjeros y los niños nunca están enfermos.

—Recuerdo que curé a un nieto de la casa de los Kang con el caldo de hierbas de nuestra abuela —murmuró *madame* Wu—. Me imagino que se habrá convertido en todo un muchacho...

Madame Kang había muerto el año anterior. En aquel momento *madame* Wu pensó en ella tal y como la había visto en el ataúd. Habían tenido que fabricarlo de un tamaño el doble de lo habitual, y en él yacía *madame* Kang, con su vestido de seda y sus manos gordezuelas en los costados. Después de su muerte, *madame* Wu pensó a veces en ella con el antiguo amor que le profesaba, débilmente dulce aún, y su amistad de los primeros tiempos. *Madame* Kang había sido una chica sonrosada, alegre y llena de energía, que se entristecía sólo por pequeñas cosas, como que sus orificios nasales eran anchos y su nariz demasiado plana entre las cejas. El señor Kang se había casado de nuevo con una mujer joven cuya obstinación agitaba continuamente la inmanejable casa, como un cucharón una olla de cocido. Pero

aquello no le preocupaba a *madame* Wu, y no eran más que chismorreos para Ying, a quien ella podía o no escuchar mientras le cepillaba el pelo.

Liangmo esperó a que su madre hablara. Ella olvidó por fin sus pensamientos y le regaló su dulce sonrisa.

—Bien, hijo mío. El alma de cada uno debe adoptar su propia forma y nadie puede obligar a otro sin hacerse daño a sí mismo. Vive en tu casa, hijo mío, y deja que Fengmo viva en la suya.

—Dile una cosa a Fengmo, por favor, madre —pidió enfadado—. Ruégale que mantenga su largo brazo alejado de mi casa.

—Lo haré —prometió.

Liangmo se marchó, y en la próxima ocasión en que *madame* Wu vio a Fengmo, le dijo lo siguiente:

—¿Recuerdas, hijo mío, que en una ocasión tu tutor te dijo que enseñar es invitar al alma al Cielo, pero nunca obligarla?

Por la mirada de Fengmo vio que recordaba las palabras que había pronunciado André. Lo maravilloso de André es que toda su vida era siempre una invitación al Cielo.

Fengmo hundió la cabeza entre las manos.

—Sé por qué me lo recuerdas. Sé por qué debes decírmelo. Los fuegos que tengo acumulados en mí irrumpen a veces y me dejo llevar por mis propias llamas, y cuando me dejo llevar así, arrastro a los demás.

Ella le dejó hablar, sabiendo que necesitaba confesarse con alguien, y ¿con quién sino con ella? Volvió a sentir ese extraño impulso de hablarle sobre André. Estaban muy unidos, ella y aquel hijo que había compartido en exclusiva la sabiduría que André llevara a la casa. Pero se negó de nuevo a hacerlo. Aunque se permitió cierto consuelo diciéndole:

—A menudo pienso y reflexiono sobre lo que aquel sacerdote alto aportó a nuestra casa. Somos una familia tan antigua que no puede decirse que necesitemos sabiduría para vivir. Hemos continuado como familia durante cientos de años, y nuestra vida prosigue. Él no nos cambió, pero aun así hemos cambiado, tú y yo, y somos nosotros los que hemos instaurado el cambio en la casa. Pero ¿cuál es el cambio?

—Aprendimos de él el derecho de cada persona a ser ella misma —dijo Fengmo.

—Qué bien y con qué facilidad lo has expresado. —Nadie podría decir por su tono de voz en aquel momento que sentía la presencia de André en la habitación, de pie junto a su hijo y mirándolos a ambos con un amor indescriptible. Gozó del calor de su presencia. A menudo acudía a ella cuando estaba sola, pero nunca antes había aparecido con otra persona presente en la estancia—: De estar vivo, creo que él habría aprobado todo lo que haces.

—¿Tú crees? —Se irguió, y la satisfacción por lo que ella acababa de decirle le aportó nueva energía—. Madre, estoy pensando en algo nuevo. ¿Qué dirías si

convenciera a los médicos extranjeros para que empezaran a enseñar a los médicos rurales, poco instruidos pero capaces de curar las muchas enfermedades más comunes? En muchos casos, nuestra gente muere innecesariamente.

Y continuó con su voz brillante, animosa y llena de vida, pero ella apenas lo oía. Estaba pensando en André. Veía sus manos grandes y hermosas. Una de ellas, como solía suceder, estaba posada en el crucifijo que colgaba sobre su pecho. Cuando se le rompió el rosario, lo ató a una cuerda. El crucifijo se había roto también. Cuando los ladrones lo atacaron y cayó, el crucifijo se estrelló contra el suelo. Lo había visto roto al mirar en el interior del ataúd.

—Bien, hijo mío, bien —murmuró—. Bien..., bien.

Sólo cuando su hijo se puso en pie para marcharse apresuradamente, lleno de nuevos planes, recordó ella lo que le había prometido a Liangmo. Extendió la mano y retuvo a Fengmo sujetándolo por el brazo.

—Recuerda sólo una cosa, hijo mío: no obligues a nadie..., ni a Liangmo ni a Meng...

—¡Oh, a esos dos! —exclamó Fengmo—. Ya los he dejado estar...

Se fue, y André se fue también. Y ella se quedó sentada y sola, sonriendo para sus adentros.

Los años han pasado para *madame* Wu. Nunca cruza las verjas de su patio. Pero aun así sigue al corriente de todo lo que sucede. Es famosa por saber escuchar con paciencia y por sus sensatos juicios, y son muchos los que acuden a ella para beneficiarse de sus conocimientos. Ella es quien decide sobre los asuntos importantes concernientes a la ciudad y el campo. Fue ella quien decidió, por ejemplo, qué hacer con el cuerpo de la Pequeña Hermana Hsia cuando falleció, una noche de invierno, en su solitaria casa. El pobre y frágil cuerpo de la mujer fue trasladado al templo de los Wu y *madame* Wu en persona se encargó del féretro y del entierro. La inglesa se había distanciado incluso de los de su propio origen. Se había peleado con los demás extranjeros de la ciudad, que procedían de otros países, y en el momento de su muerte no había nadie en su casa excepto su viejo cocinero, que fue el único que la acompañó. Fue él quien informó a *madame* Wu de que había encontrado a su ama sentada en su silla, envuelta en los harapos de su manta y con su libro sagrado abierto sobre las rodillas.

Allí, debajo de los dioses de arcilla, y debajo del retrato de André pintado sobre alabastro, yacía en su ataúd la Pequeña Hermana Hsia. Las niñas del templo se habían ido excepto la que tenía por nombre Amor, que era la encargada de encender las velas. El viejo sacerdote, tan viejo ahora que apenas podía más que renquear, permitía a menudo que ella lo ayudara con sus obligaciones, y la vieja ama tenía una cuidadora, pues ya no podía caminar.

Madame Wu observó la cara huesuda de la mujer que había dejado atrás a los

suyos y a su familia, e intentó recordar la oración que la inglesa solía repetir con frecuencia. Pero no pudo recordarla. La había olvidado, junto con todo lo demás que no deseaba recordar. Lo único que pudo hacer fue encender incienso en la urna de estaño frente a los dioses y pedir al Cielo que recibiera también a aquella alma extranjera. Y el féretro de la Pequeña Hermana Hsia fue cerrado e introducido en un nicho del templo a la espera de la llegada de un día de suerte, durante el cual fue enterrado en una colina de las afueras de la ciudad, y *madame* Wu ordenó que instalaran una lápida donde constaran los escasos hechos que de ella conocía, en el caso de que si alguna vez se presentaba algún familiar buscándola, pudiera encontrarla.

Lo cual consideraba muy improbable, a menos que sucediera alguna cosa extraña.

Finalizada la guerra, el país entero vivió una época de confusión, y llegaron muchos hombres de ultramar para solucionar y mediar en dicha confusión. La casa de los Wu, sin embargo, no se vio afectada. Su ciudad permaneció más alejada que nunca de las regiones problemáticas. Pero los extranjeros seguían pasando por allí por un motivo u otro, y uno de esos motivos era que Fengmo los invitaba. Siempre que oía mencionar el nombre de un occidental, lo invitaba y le explicaba el trabajo que llevaba a cabo, y los hombres iban a verlo, pues su labor empezó a conocerse por todas partes, y a Fengmo le llovían los elogios.

Madame Wu, por supuesto, no recibía a los extranjeros, pues desconocía su idioma y resultaba muy difícil conversar con ellos. Además, declaró:

—Mi vida está completa. No necesito sumarle nada más.

Pero un día, Fengmo le mandó un mensaje especial anunciándole la llegada de un hombre del otro lado del océano y explicándole que había un motivo por el que deseaba llevarlo ante su presencia. *Madame* Wu dio su consentimiento y pocas horas después Fengmo apareció en compañía de un extranjero alto, joven y moreno. De hecho, su piel era tan oscura que, después del intercambio de saludos, *madame* Wu lo miró y se volvió hacia Fengmo.

—¿Es extranjero este hombre? Tiene la piel muy oscura.

—Es extranjero, pero sus antepasados, sus padres de hecho, proceden de Italia, madre, el país natal del hermano André.

¡De qué modo notó *madame* Wu los latidos agitados de su corazón! Olvidó que no sabía hablar otro idioma que no fuese el suyo y se inclinó hacia delante, con las manos sobre la cabeza plateada de su bastón, y le preguntó al joven:

—¿Conocía usted al sacerdote extranjero?

Fengmo intervino rápidamente para traducir, y a partir de entonces, *madame* Wu y el desconocido hablaron por mediación de él.

—No lo conocía, pero mis padres me han hablado de él. Era mi tío.

—¡Su tío! —repitió *madame* Wu—. ¡Es usted carne de su carne y sangre de su sangre!

Observó bien al joven moreno y encontró un parecido, y luego otro. Sí, allí

estaban los ojos oscuros de André, pero no tan grandes. Sí, allí estaba la forma de la cabeza de André, y las manos. Miró las del joven, más finas pero con la forma que tan bien conocía. Todo en él era más delgado y más pequeño que en su tío, y la mirada de sus ojos no era en absoluto la de André. El alma no era la misma.

Suspiró y se echó hacia atrás. No; el alma no era la misma.

—¿Ha venido aquí para encontrar a su tío? —preguntó.

—Sí —respondió el joven—. Mis padres sabían dónde estaba, aunque en los últimos años nunca nos escribió. Al pasar cerca de aquí me dije que vendría a ver si seguía con vida y escribí a mi padre a casa.

—Está enterrado en nuestras tierras. Mi hijo lo acompañará hasta su tumba.

Permanecieron un momento en silencio. *Madame* Wu luchaba con una extraña sensación de celos. Cerró los ojos y vio el rostro de André perfilado contra su oscuro terciopelo interior.

«Tú —le dijo—, tú nos perteneces sólo a nosotros».

Abrió los ojos y vio a su sobrino sentado frente a ella. ¡Ah, André tenía familia y parientes, extranjeros y muy lejanos!

El joven sonrió.

—Me imagino, *madame*, que sabe por qué vivía tan lejos de nosotros y por qué nunca escribía cartas.

Fengmo respondió por ella.

—No lo supimos nunca.

—Era un hereje —dijo solemnemente el joven—. La iglesia lo expulsó como renegado..., lo dejó sin casa, sin apoyo de ningún tipo. Después de aquello, nunca más supimos de él. Nos devolvía el dinero que le enviábamos..., se negó a regresar a casa.

—Pero no hizo nada malo —repuso Fengmo horrorizado.

—No fue lo que hizo. Fue lo que pensaba. Pensaba que la divinidad estaba en los hombres y las mujeres. Parece duro, en nuestra generación, considerarlo como pecado. Pero en su época era un gran pecado. Se sintió obligado a escribir una carta a su cardenal y explicárselo. En la última misiva que envió a mi padre nos contaba toda la historia. No sabíamos qué quería decir. Mi madre dijo que suponía que se había vuelto loco por vivir tanto tiempo solo.

Fengmo se lo tradujo todo a *madame* Wu y ella escuchó sin pronunciar palabra. Lo habían rechazado..., ¡su propia gente!

Permaneció otro momento en silencio, con los ojos cerrados, y los dos jóvenes se quedaron mirándola. Fengmo hizo un movimiento, nervioso por verla en aquel estado tanto rato, y entonces ella abrió los ojos.

—Dile a este joven extranjero que la tumba queda muy apartada. Dile que el camino es estrecho y tortuoso. Y que cuando llegue, sólo verá la sepultura, nada más.

El joven escuchó.

—Si tan lejos queda, mejor que no vaya —declaró—. Tengo que estar de regreso

a tiempo para coger el barco. Al fin y al cabo, como usted dice, no es más que una tumba.

Se fueron, después de la despedida de rigor, y *madame* Wu se alegró de verlos marchar. Tenía necesidad de estar a solas para asimilar todo lo que ahora conocía sobre André. ¡Todos aquellos años que había vivido allí, solo!

«Solo no», pensó. Estaban las niñas que encontraba y los mendigos a los que alimentaba.

Y ella... ¿Cómo le había abierto ella sus puertas para que entrase en su vida? Nunca lo sabría. Él había sido conducido hasta ella, que le había abierto sus puertas y lo había dejado pasar, y él le llevó consigo la vida eterna.

Sí, ahora creía que cuando su cuerpo muriese, su alma seguiría adelante. No adoraba a los dioses, ni tenía ninguna fe, pero tenía amor, amor eterno. El amor había despertado su alma dormida para convertirla en imperecedera.

Sabía que era inmortal.



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nanking. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.